

HIJOS DEL SOL

Tras el abismo Calnora

Rowan Fox



Hijos de Sol
Tras el abismo Calnora

Rowan Fox

Título: Hijos del Sol, tras el abismo Calnora

© 2019, Rowan Fox

1ª edición

Diseño de portada: Esther Espí

Todos los derechos reservados

A M y M, sin vuestro apoyo esto solo sería otra hisotira en mi cabeza.

Capítulos

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

1

El silencio presagiaba tempestades. En el palacio violeta nadie osaba siquiera moverse. Todos habían esperado el nacimiento del primogénito con expectación, y ahora parecía increíble que tantas buenas esperanzas y deseos depositados con ilusión se hubiesen tornado en silencio y desamparo. Del dormitorio de Lady Eloen una criada salió presurosa, cargada con algunas gasas ensangrentadas. Con el gesto sombrío fijaba su mirada en el suelo, evitando cualquier contacto que revelase a los que esperaban fuera lo que sucedía en la habitación. Una de las criadas que aguardaba en el pasillo la tomó por el brazo a su paso. Todos se acercaron a las dos elfas y aguantaron la respiración.

—¿Ha muerto? —se atrevió a preguntar.

—No. —La sirvienta que había salido de la habitación miró atrás, sin saber si seguir hablando o no. Daba igual, pensó, en breve todos sabrían la noticia—. Es una niña.

Hubo una exhalación general después de oír la noticia. Aunque era una posibilidad, nadie lo esperaba y en sus mentes todo seguiría siendo como hasta ahora: nacería un niño sano, de pelo castaño y ojos verdes, que en el futuro se convertiría en un rey magnánimo y justo con su pueblo. Pero esta niña era la primera en nacer como primogénita en varias generaciones, y eso daba un vuelco al destino del primer hijo de la familia Miraren.

—Pero, eso no puede ser —dijo otro elfo alto y espigado, de ojos negros, desde atrás del tumulto—. ¿Qué va a pasar ahora? Una elfa no puede ser rey.

La sirvienta, aún cargada con las gasas teñidas de rojo, negó levemente con la cabeza y con infinita tristeza en su mirada siguió su camino por el abarrotado pasillo. Todos los sirvientes y nobles que se apiñaban en el corredor esperando la presentación del bebé se miraron ansiosos. Ahora no importaban los rangos o los títulos, importaba aquella niña y lo que significaba para su futuro como nación.

El rey Sontar caminó despacio hasta la cama. El ambiente estaba cargado del olor metálico de la sangre y acre del sudor, a pesar de que las comadronas

habían dicho que había sido un parto sencillo.

«No hay partos sencillos», pensó para sí mismo el rey. Que el cuerpo de una mujer casi se partiese en dos para dar salida a otro ser en modo alguno le parecía sencillo.

Se sentó al borde de la cama, las sábanas estaban húmedas. Eloen, su esposa, estaba tirada sobre el colchón con la mirada perdida en algún punto lejano a aquella situación, empapada en sudor y lágrimas. Siempre había sido una elfa hermosa, pero ahora, al mirarla después de este *parto sencillo*, su esposo tenía dificultades en encontrar algo de ese brillo que había tenido momentos antes del alumbramiento. Desde luego que el bebé fuese niña no era la mejor de las noticias, pero en aquel momento Sontar no era capaz de comprender la presión que ahora mismo hacía mella sobre su esposa. Con delicadeza, el alto elfo alzó una mano para acariciar la atribulada frente de la parturienta. Apenas le había recolocado los cabellos pegados a la frente por el sudor sobre la cabeza, esta le obligó a retirar los dedos de un manotazo. No le miró en ningún momento. Por unos instantes el rey la había visto tan abstraída que dudó de que fuese consciente de que él se sentaba a su lado. Quedaba claro que no era así. Aguantando cualquier sentimiento airado, Sontar suspiró con resignación.

Un débil llanto llegó desde el otro lado de la habitación. La ayuda de cámara de la dama Eloen se acercó a la cama; llevaba un pequeño bulto de mantas en brazos. Dentro se revolvía inquieta la primogénita de los reyes de los elfos. La mujer no osó acercarse más a su señor, pero sí se tomó la licencia de hablar en voz baja.

—La niña aún no tiene nombre. —Inquieta, miró a su señora, y después de nuevo al rey—. La dama Eloen aún no se lo ha puesto.

El rey Sontar entendió al momento lo que estaba ocurriendo. El protocolo dictaba que nada más nacer la madre debía poner nombre al bebé, y así podría ser presentado en sociedad. Todos estaban fuera esperando, a pesar de que el bebé fuese una niña. Debía hacerse, porque para reyes como ellos ni siquiera un momento como ese era excusa para olvidar la firme guía del protocolo.

—Eloen, ¿cuál es su nombre? —preguntó Sontar en voz baja.

No obtuvo respuesta.

Su esposa seguía mirando por la ventana a aquel punto en el infinito. Su cuerpo estaba allí, pero su mente no.

—¡Eloen! —gritó el rey. La dama dio un pequeño respingo, como si su espíritu acabase de entrar en su cuerpo—. ¿Cuál es su nombre?

Ella le miró sin entender, como si le estuviese hablando en una lengua que desconocía por completo. Abrió la boca como si fuese a hablar, pero después, mirando a su esposo y a la niña respectivamente, la cerró y volvió la vista hacia la ventana, hacia aquel sitio lejano.

El rey Sontar entendió que su esposa estaba demasiado impresionada para aquellos requerimientos, pero, aun así, un rey —o una reina— no podía permitirse ni un momento de desconexión. Se incorporó de rodillas sobre la cama y cogió a la dama por los hombros. Atrayéndola hacia sí, le volvió a preguntar por el nombre. Ella seguía sin mirarle y, por supuesto, tampoco respondió nada. Una tempestad se estaba gestando dentro del cuerpo de la elfa.

El rey enfureció. No podía soportar sus desprecios, no en un momento como ese en el que debían estar unidos y buscar una salida. No por ellos dos, sino por su pueblo; por su hija. Le clavó los dedos en la carne, agarrándola con más fuerza, y la zarandó de nuevo.

—¡Di el nombre! —le gritó airado—. ¡Dilo ahora!

—¡No importa el nombre! —gritó por fin la madre—. Si quieres que tenga nombre pónselo tú, a mí no me importa. Yo no la quiero, ¡eso no es mi hijo!

Las palabras retumbaron en la habitación. La mujer había expresado sus sentimientos más profundos hacia su pequeña, los había expulsado en llanto y rabia. Aun así, su esposo no daba crédito a lo que acababa de escuchar. No creía posible que la Eloen que él conocía pudiese actuar de aquella forma tan cruel. Ella le dedicó una mirada de odio durante unos segundos y después volvió la cabeza hacia la ventana.

Aquello fue demasiado para el rey. Aún de rodillas sobre la cama, con una fuerza arrebatada, cogió a la dama por el brazo y con la otra mano, sin miramientos, le propinó una sonora bofetada.

La dama echó la cabeza a un lado a causa de la fuerza del manotazo. Acto seguido intentó recomponerse mirando con ira a su esposo.

—El nombre —dijo él impasible y sin aflojar un ápice la presión sobre su brazo.

Eloen se había mordido la mejilla a causa del fuerte golpe, con la boca ensangrentada y destilando rabia, miró fijamente al rey.

—Tzar. —Para después zafarse de la mano del rey y volver a su estado casi catatónico sobre el colchón.

«¿Qué clase de nombre es ese para una heredera?», se lamentó el rey para sus adentros. No sabía si aquel nombre era producto de la rabia o si a causa de la bofetada Eloen no había vocalizado bien, pero así se quedaría. Ese era el protocolo. Al menos la madre no había tenido el poco acierto de bautizarla como Desgracia o Vergüenza, algo que al rey Sontar le parecía plausible en un momento tan tenso como aquel.

Poco a poco, derrotado, salió del lecho y se dirigió hacia la criada que aún sostenía a la bebé en brazos a sus espaldas. Tenía ganas de llorar, de gritar, de romper los muebles y quemar la casa, pero al llegar hasta su hija, envuelta en aquel amasijo de mantas, sonrosada y pequeña, tan indefensa, tan hermosa, se olvidó de todos aquellos antojos fruto de la ira. Conteniendo las lágrimas, la tomó en brazos, se la acercó con cuidado al rostro y la besó en la frente. Su esposa podía decir cualquier cosa, pero aquella sí era su hija. Su primogénita. Tzar, ajena al huracán de emociones que acababa de barrer la estancia, bostezó con pereza. Sontar, al verla, pensó que ahora sabía lo que era el verdadero amor.

En el pasillo que llevaba a la estancia real los sirvientes y súbditos seguían esperando. Algunos murmuraban que el rey no saldría; una niña era una vergüenza, otros afirmaban lo contrario, siempre esperando lo mejor del soberano. Todos estaban de acuerdo en algo: una elfa no podría reinar jamás.

Una de las hojas de la enorme puerta de la habitación se abrió poco a poco y el rey Sontar salió al pasillo abarrotado, a vista de todos cargando al bebé. Se hizo el silencio.

—Esta es Tzar Miraren, primogénita del rey Sontar Tar´Miraren, soberano de todos los elfos. —Su voz sonó como un trueno, henchida de orgullo, ocultando mil miedos—. De ella se esperan grandes cosas, y así será.

Hubo una exhalación general, de alivio y temor a partes iguales. Todos los presentes aplaudieron. Algunos sirvientes se quedaron atrás, esperando el momento propicio para poder ver a su princesa, los nobles se adelantaron para rendir honores al rey y a su hija. El elfo alto y espigado que había hablado con la criada se acercó al rey: habían sido amigos desde la niñez. El rey Sontar, al verlo acercarse, se revolvió incómodo. Era su amigo, pero también conocía bien su carácter conservador. El noble se acercó lo suficiente para ver bien a la niña.

—Una elfa no puede ser un rey —dijo sin mirar a su amigo, sonriendo a la princesita—. Lo sabes.

El rey suspiró cansado.

—Buscaremos una solución —dijo en tono bajo, hablando más para él que para su amigo—. Todo irá bien.

2

Pocos días después la tormenta de emociones que se desataba en el palacio violeta del bosque de Miraren azotaba la isla de Arëmen, muy al sur de la casa real. La mujer que estaba dando a luz en aquel momento no era una reina, pues en la isla no las había, pero sí era la matriarca de la familia más poderosa a los ojos de su sociedad: Lyre Kelsalor. Temida y envidiada por igual. A pesar de haber visto ya más de mil veranos la elfa se conservaba en excelente estado. Para los que no la conocían personalmente era fácil confundirla con alguna de sus cuatro hijas, hermosas y despiadadas como ella. Y es que la belleza era uno de los más altos valores de los hijos del Sol, el dios Arien 'Glor. Esta les otorgaba rango y riqueza. En esas cuestiones la familia Kelsalor no tenía rivales. En la isla de Arëmen, de apenas unos doscientos kilómetros de superficie, vivían en una sociedad dedicada al hedonismo unas ochenta familias ricas y otras muchas pobres con sus miles de esclavos, elfos como ellos o de otras razas.

Lyre, de pie en la terraza superior del Gran Faro situado en el centro de la ciudad, su hogar, estaba dando a luz a su sexto hijo en aquel momento. Puesto que las mujeres estaban en el estrato superior de la sociedad, los hombres eran un valor para la familia, así que para la elfa de sol tener un hijo varón en ese momento sería un triunfo. Cuatro de sus hijas eran mujeres, y solo uno varón, pero qué varón. Veren había ganado sin problemas todas las competiciones para Anar en las que había participado. A sus apenas ciento ochenta años había sido el Primer Anar de la ciudad desde su iniciación, hacía ya más de ciento sesenta años. No había cargo más importante para un varón en Arëmen, y además significaba que la casa Kelsalor había sido la familia regente de la isla durante todo ese tiempo ya que el rango de Anar otorgaba a la matriarca de la familia el mayor poder en la sociedad de la isla. No había asunto, fiesta o juicio que no se tratase sin su consentimiento o aprobación, y si Lyre Kelsalor tenía ahora otro hijo, uno que llegase a ser tan grande como su apreciado Veren, a su juicio, sería regente de la ciudad durante muchísimo tiempo más. Así que Lyre Kelsalor, de pie, apoyándose en sus dos hijas mayores, aguantaba el dolor con estoicismo, rezando para que lo que saliese de su ser fuese de nuevo un chico. Las contracciones la acosaban, calambres le recorrían todo el cuerpo; apretó los dientes y notó cómo el sudor le caía a

borbobones por el rostro.

Un empujón más y estaría fuera.

Hizo acopio de fuerzas, le temblaban las piernas. Todos los miembros de la familia estaban presentes en el parto. Saliese lo que saliese de allí para ellos sería motivo de alegría; para todos menos para uno.

«Por favor, dios Sol. Por favor, Arien'Glor, que no sea un niño, por favor...», repetía una y otra vez el apuesto Veren para sus adentros.

Lyre soltó un gruñido, que poco a poco fue creciendo dentro de su garganta hasta convertirse en un alarido. Tras el último empujón las piernas le fallaron, las dos hijas que la sujetaban por los antebrazos, Venali y Viessa, tuvieron que afianzar los pies sobre el suelo para no caer de bruces con ella. Entonces, a la vez que se encogía de dolor, el bebé salió de su cuerpo. La tercera de las hermanas, Vanya, estaba preparada para coger a la criatura cuando cayese, pero al extender las manos, el bebé se le escurrió entre los dedos. Estuvo a punto de dar con su cabecita contra el suelo, envuelto en placenta y sangre, cuando la cuarta de sus hermanas, Vashti, se tiró de rodillas en un rápido movimiento y lo cogió a pocos centímetros del pavimento.

—Y bien, ¿qué es? —preguntó la madre de todos exhausta. Estaba derrotada, aún sostenida a pulso por Venali y Viessa, pero no podía esperar a saberlo.

—Es un niño —respondió orgullosa Vanya.

—Y tú casi lo estrellas contra el suelo —espetó airada Venali, la hermana mayor.

—No ha sido culpa mía —contestó Vanya recelosa—. ¡Se escurre como un pez!

—¡Basta! —gritó Lyre. Aún le quedaban fuerzas en su esbelto cuerpo para dar una tunda a sus impertinentes hijas—. Deja que lo vea.

Las elfas de sol se callaron de inmediato; nadie desafiaba a la madre Kelsalor. Ayudada por sus dos hijas mayores se recostó en su diván, y la menor le acercó al bebé. Era un bebé sano y bien formado. Además, era un varón. Lyre Kelsalor soltó una carcajada con su hijo recién nacido en brazos. Este chico le traería mucha fortuna, a ella y al dios Arien'Glor, estaba segura de ello. Todas las hermanas se apiñaron a su alrededor para poder ver bien al bebé.

« Se escurre como un pez», las palabras resonaban en la mente de Veren.

«Ese sí es un buen presagio. Ese bebé no te traerá fortuna, ni a ti ni a tu sucio dios. No mientras yo esté aquí».

Si alguna de las elfas que había en la terraza en ese momento hubiese sabido lo que pensaba Veren lo habría mandado azotar por hereje. Por suerte, ninguna de ellas podía leerle la mente, pero, por desgracia, sí podían leer sus expresivos gestos, algo poco habitual en él. El muchacho miraba la escena alejado, con los brazos cruzados sobre el pecho, con una expresión de repulsa pintada en su bello rostro. Sus ojos azules, tan claros como el mar, gritaban a los cuatro vientos que para él aquel nuevo hermano no era bienvenido. Estaba de pie, apoyado sobre una de las balaustradas doradas, cubierto con su capa roja de Anar. Venali alzó la vista y lo vio, con algunos mechones de cabello dorado saliendo de su capucha, brillando como los propios rayos del sol. Soltó una risita al advertir su expresión fastidiada, y apartándose del grupo caminó hasta estar frente a él.

—Vamos, hermano, no estés celoso —le habló con la boca prácticamente pegada a su oído. Como siempre que sentía cerca el cuerpo de su hermana, Veren se tensó. Aún no había logrado acostumbrarse a ellas y a su cercanía—. No creo que haya un Anar más grande que tú, ni siquiera ese pequeño bebé.

Venali le acarició el torso desnudo, mirándole fijamente a los ojos. Veren seguía impassible con los brazos cruzados sobre el pecho. Odiaba a su hermana mayor más que a ninguna otra, pero no sería él quien se delatase; eso sería una condena a muerte. Torció el gesto e intentó esquivar la mirada de Venali. La elfa de sol, enfurecida por su indiferencia, lo cogió por la mandíbula, cuadrada y bien definida, y le obligó a mirarle.

—Tranquilo tesoro, yo no dejaré que nadie te quite el sitio —dijo mientras le pasaba el dedo índice, presionando con fuerza, sobre los labios, a la vez que con la misma mano le dirigía el rostro, obligándole a mirarla directamente—. Yo cuidaré de ti.

Veren la miró fijamente sin cambiar el gesto. Tanto Venali como el resto de sus hermanas, y Lyre, su madre, pensaban que estaba celoso. Sí, él había rezado pidiendo que no fuese un niño, pero no había sido por celos. Él, y solo él, sabía lo que había sido convivir como hombre con el resto de la familia Kelsalor, y él, y algunos pocos afortunados en la isla, sabían lo que realmente significaba ser Anar. En algunos momentos se había sentido a punto de quebrarse: odiaba su vida, odiaba aquella capa roja adornada de joyas y oro, y se odiaba a sí mismo por las cosas que había tenido que hacer debido a su

estatus. Aun así, sus hermanas pensaban que estaba celoso, cuando en realidad estaba triste. Triste por aquel bebé, y por la vida que le tocaría vivir de hoy en adelante.

3

Cuando le propusieron aquello Delvan Magnorim pensó que era una locura. Él era un medio elfo. Su madre era una mujer y su padre había sido un noble elfo de ojos negros, alto y delgado, pero él apenas lo recordaba. Hasta donde sabía su padre se encargó de que su madre viviese siempre como una dama de la alta sociedad en Ilorula, ciudad que daba cobijo a todo tipo de razas que habitaban sobre Ocrera, y él no había tenido más aspiraciones que convertirse en caballero del rey Sontar algún día. Pero convertirse en rey, aunque fuese consorte, le parecía una idea propia de un demente. Si no hubiera sido su padre, amigo íntimo del monarca, quien se lo había propuesto pensaría que le tomaban el pelo. Había vuelto un día a casa, se había sentado a la mesa y sin apenas mirarle a la cara había ido desgranando el plan paso por paso. Delvan pensó que se estaba burlando de él, pero su gesto serio le convenció de lo contrario. Además, por lo que le había contado su madre, aquel noble elfo era poco dado a las bromas. Aceptó sin pestañear. Era de domino público que la primogénita del rey había sido una niña, que por norma tenía prohibido heredar, y las malas lenguas decían que había pocas posibilidades de que el rey pudiese concebir un niño. Por eso le necesitaban a él, hijo de un noble, alguien en quien el rey Sontar confiaba plenamente que, además, por no ser elfo de pura sangre no viviría tanto como su esposa; así, cuando él ya no estuviese, ella podría reinar aunque no fuese por derecho propio. Ese era el plan. El joven era consciente, y no le importaba, aprovecharía su tiempo entre los vivos lo mejor que pudiese. Delvan Magnorim se mudaría a vivir al castillo violeta, en el bosque Taur Miraren, y cuando la princesa estuviese lista se convertiría en su esposo. Un matrimonio concertado con una niña repudiada hasta por su madre no le parecía lo más ético, pero tampoco haría ascos a la posibilidad de ser rey de los elfos algún día.

Al partir rumbo a su nuevo hogar decidió llevarse con él a Godal Sameron. Era un huérfano de la ciudad con el que había trabado amistad desde que eran dos mocosos. Godal era a todas luces muy longevo y tenía los rasgos típicos de un medio elfo. Él también estuvo encantado de mudarse al castillo; por norma era del todo imposible que un huérfano se convirtiese en caballero, pero si un bastardo iba a ser rey significaba que la suerte de los parias estaba cambiando. Los dos llegaron una tarde de otoño, sucios por el polvo del

camino, mirando los altos muros de la ciudad real y sintiéndose pequeños por dentro y por fuera.

La ciudad violeta era una maravilla para la vista, un lugar de ensueño habitado por elfos. Formada por casas y mansiones de blancas paredes con sus tejados violetas, sus cientos de puentes y sus canales, aquello les parecía mágico e irreal; ellos dos eran como las notas discordantes de una melodía. Después de caminar un poco por la avenida principal una escolta real les alcanzó, y sin mucha distracción les condujo hasta el palacio en lo alto de la ciudad. Las puertas de la entrada principal se abrieron para ellos, su escolta se quedó en la puerta mientras un joven elfo de cabello claro les indicaba que le siguiesen. Pasaron por un gran salón de columnas blancas como la luna, atravesaron un arco y acabaron en una pequeña terraza adornada con una balaustrada de piedra tallada. Ninguno de los dos había visto jamás tanto lujo.

La reina Eloen, sentada en un banco junto a su hija y algunas altas elfas, los vio salir y suspiró. No podía creer que Sontar fuese a cumplir su plan. Para una dama como ella ensuciar la sangre real mezclándola con la de un bastardo era un sacrilegio, pero no pensaba opinar al respecto. Su esposo sí tenía razón en una cosa: sería la única forma de quitarse a la niña de encima. Levantó la labor que estaba bordando de su regazo y la dejó sobre el banco. Echando la cabeza hacia atrás tomó aire, cerró los ojos, y con ambas manos se frotó el abultado vientre. Estaba de nuevo embarazada. Y esta vez sería un niño, lo sabía. Podía sentirlo.

La pequeña Tzar, que había cumplido los seis años hacía un par de lunas, no entendía muy bien el significado de ser mujer u hombre, pero era ya consciente de que para su madre era algo importante. Alargó la mano intentado tocar su vientre. Eloen, al sentir el contacto, le dio un manotazo haciendo que la retirase rápidamente. Las demás damas que las acompañaban miraron de reojo, pero no dijeron nada; estaban acostumbradas a esa clase de gestos por parte de su señora.

Por alguna extraña razón, Eloen pensaba que si Tzar la tocaba la contagiaría. Si quería tener un niño debía mantener alejada a su primogénita. La llegada de su futuro marido podría ser entonces un buen presagio.

—Mira, Tzar, ese es Delvan —dijo la reina a su hija intentado dulcificar el tono, a la vez que señalaba al joven alto y moreno que acababa de salir al patio—. Ha venido a ayudarte. Algún día, espero que pronto, se convertirá en tu esposo.

La niña no entendía lo que aquello significaba, pero si había venido a ayudarla tenía que ser bueno a la fuerza. Las demás damas comenzaron a cuchichear divertidas entre ellas. Tzar se levantó y se acercó hasta el hombre. Era más alto que su amigo, de cabello largo hasta el hombro, aunque lo llevaba sucio por el viaje, podía ver que era de color castaño igual que el suyo. Había un fuerte contraste con su amigo, pelirrojo como una calabaza y de ojos claros. Y aunque lo ojos de Tzar eran de color verde, los de su futuro marido eran de color negro oscuro.

—Veo que ya os conocéis. —La voz del rey Sontar sonó desde el arco de piedra blanca. La niña se quedó quieta, esperando la reacción de su padre ante el recién llegado.

Dando dos enormes zancadas, Sontar llegó hasta él. Delvan hizo ademán de iniciar una reverencia, pero el rey le puso la mano en el hombro indicándole que se detuviese. Se miraron un instante, entonces Sontar le abrazó con fuerza, transfiriéndole el gran alivio que significaba para él tenerlo en casa. El joven tardó un poco en responder al abrazo, pero tras unos segundos de incertidumbre cedió: para él también era un alivio estar allí.

4

—Te daré también tres esclavas. Las tres elfas, además del pago en oro.

Lyre Kelsalor se removió inquieta en su diván. Frente a ella estaba sentada una madre menor, de una de las pequeñas familias de la isla; no recordaba ni su nombre. No era importante para ella. Pero la oferta que acababa de hacer a cambio de pasar la noche con su hijo menor, el pequeño Veros, eso sí era algo a lo que podía prestarle atención. Desde luego, una oferta así debía considerarse. No era la primera que recibía, pero sí la más cuantiosa. Sopesó durante un instante los esfuerzos que la madre que tenía delante tendría que hacer para poder pagarle. En el salón estaban las dos cabezas de familia, además de Viessa y Veren. El Primer Anar de la ciudad apenas pudo contenerse cuando escuchó de boca de la madre invitada el pago que pretendía entregar. Apretó los dientes con fuerza, reprimiendo cada fibra de su cuerpo para no saltar sobre aquella mujer y hacerla pedazos con sus propias manos. Su hermana, de pie a su lado, sonrió divertida al notar su reacción, y con ambas manos se alisó la sensual y fresca túnica dorada que llevaba. Durante estos años tanto sus hermanas como su madre pensaban que él había desarrollado celos por su hermano, cuando en realidad intentaba protegerlo. Lyre, pensativa, volvió la mirada hacia sus dos hijos: era el momento de deliberar.

Viessa y Veren se acercaron hasta ella, que seguía recostada en su diván de terciopelo rojo y patas doradas. Ambos se inclinaron sobre su madre.

—¡Es una gran oferta! —dijo Viessa emocionada—. Si empezamos así el precio estará bien alto, y no puede más que mejorar.

Lyre asintió sopesando aquella afirmación. Veren se horrorizó, sabía que su madre estaba a punto de aceptar la oferta. No podía consentirlo. Desde que Veros nació había cuidado de su hermano pequeño o, al menos, lo había intentado a su manera. Si ahora dejaba que su madre vendiese su compañía el esfuerzo encubierto de estos años no habría servido de nada. Por otro lado, era aún un niño; debía ahorrarle aquel horror, aquella vergüenza con la que había crecido él.

—No puedes —dijo con su habitual tono tajante. Lyre le miró fijamente, entornando con exasperación los ojos, esperando a que le diese una buena

respuesta o estuviese dispuesto a aceptar el castigo por cuestionarla. Veren se lo jugaba todo a una carta y lo sabía—. Tiene solo siete años.

—Tú empezaste incluso antes —respondió Lyre con tranquilidad. Ella y Viessa se miraron y sonrieron maliciosamente; estaban convencidas de que Veren tenía de nuevo un ataque de celos. Les resultaba muy divertido pensar que pudiera estar padeciendo de aquella manera, a su parecer los celos eran buenos, incrementaban y hacían interesante la competencia entre los dos hermanos y aquello era beneficioso para la casa, ya que cuanto más compitiesen, más entrenarían y más se esforzarían por complacer a su madre.

—Sí, pero no con nadie de fuera de la casa —respondió él masticando cada palabra—. Además, ni siquiera está iniciado. ¿Qué pensaría al respecto nuestro dios, Arien'Glor? ¿Y si se enteran sus sacerdotisas?

Viessa pareció caer de repente en la cuenta y, preocupada, miró a su madre. Avariciosas, habían estado a un paso de cometer herejía. Lyre, por su parte, miraba fijamente a su hijo, escrutando en sus ojos cualquier atisbo de rebeldía. Veren siguió impassible, había aprendido a jugar a ese juego hacía mucho. Lyre se echó hacia atrás, sus dos hijos, con sus puntos de vista tan diferentes, tenían razón. La mención a su dios hacía que se inclinase a favor de Veren, pero el oro y tres nuevas sirvientas... eran algo muy difícil de rechazar.

—Retenlo. Deja que suba el precio —sentenció Veren. Conocía demasiado bien la avaricia de su madre y, aunque era un giro inesperado, tenía que impedir que Lyre llevara a cabo el trato. La elfa de sol asintió con lentitud: Veren la había convencido. Aun así, volvió a acercarse a él, le puso una mano sobre el rostro y le susurró:

—No me quedaré con las manos vacías a causa de tus celos. Tendrás que arreglarlo.

Veren entendió a la perfección lo que su madre había querido decir. Tras un gesto de Lyre, ambos, él y Viessa, se levantaron y se situaron a su lado. Veren se irguió, llevando las manos a la espalda. La larga melena tan rubia que casi era blanca, tan característica de los elfos de sol, le cayó por los hombros como una cascada de rayos dorados. Tenía el pelo tan largo que le llegaba por debajo de los omoplatos. Miró al infinito, con sus ojos azul claro, y un rayo de sol le lamió la piel. El contacto cálido hizo refulgir los brillantes tatuajes que solo se podían apreciar bajo el brillo del astro rey: doradas líneas que adornaban su torso musculado, sus brazos y su hermoso rostro. La madre invitada le miró extasiada y la suya lo hizo de reojo. Era consciente de que su

hijo mayor, Primer Anar de la ciudad, era todo un espectáculo en sí mismo. El pago que la invitada le ofrecía por el tiempo del pequeño de la familia era una miseria comparado con lo que solían ofrecer las matronas de las grandes casas por Veren. Y viéndole allí mismo, tan cerca, tan hermoso como una escultura de oro, ninguna de las tres mujeres se sorprendía de que pagasen tanto.

—Mi Veros no está todavía al servicio de nuestro dios —dijo Lyre tranquilamente, divirtiéndose con la mirada extasiada y lujuriosa que la invitada dirigía a su hijo mayor—, pero, aun así, yo no sería una buena anfitriona si dejase que te marchases de mi casa con las manos vacías.

La invitada la miró sin comprender, entonces Viessa se acercó a su hermano y puso las manos sobre el hombro de él, recostó la cabeza sobre este y sonrió juguetona mientras clavaba los ojos con fijeza en la madre invitada.

—¡Pero yo no puedo pagarlo! —Se ruborizó la invitada—. ¡Esto es un engaño! ¡Un sacrilegio!

Lyre se levantó de su diván sin ninguna prisa, se puso detrás de la madre invitada y la tomó por los hombros. Se inclinó y le susurró al oído.

—Te haré un regalo —dijo en su habitual tono sibilino—. Solo tendrás que pagar un poco más; no todo el precio completo, pero sí algo más de lo que ofreces.

La madre invitada se revolvió inquieta, no estaba segura de si podía pagar más, pero viendo la belleza arrebatadora de Veren, lo deseaba tanto...

—Piénsalo bien, querida amiga. Piensa qué dirán las demás madres de tu rango cuando sepan que has estado con el Primer Anar. Ninguna tiene por qué saber cuánto costó —continuó hurgando Lyre con su voz en el cerebro y el ego de la invitada—. Además, ten en cuenta que incluso podría darte un hijo. El auténtico hijo del Anar más hermoso de la ciudad en tu poder, ¿no sería maravilloso?

Las dos mujeres se miraron, una tranquila, la otra emocionada.

No hacía falta decir más: el trato estaba sellado.

Horas después de la reunión, en su dormitorio, Veren casi había terminado de acicalarse. Sentado frente al tocador se miraba en el reflejo que la gran plancha de oro bruñida le devolvía. Las madres de la ciudad y las elfas de sol en general ansiaban poseer, aunque solo fuese un rato, lo que él veía en ese momento en la superficie dorada. Desde que tenía memoria había sido así. A su juicio, era la desgracia de un elfo de sol en la isla de Arëmen: haber nacido con la belleza y la destreza suficientes para convertirse en Anar. Aunque a los ojos de los demás era un privilegiado, él no lo sentía así. No todas las familias tenían la suerte de tener un Anar, solo las más poderosas y, desde luego, no había dos Anar vivos al mismo tiempo en una sola familia. Por eso su madre estaba tan emocionada con Veros, el crío pequeño que daba vueltas ahora por la habitación, tocando todas sus cosas y oliendo el contenido de todos sus ungüentos y frascos. Le fascinaba la despreocupación de aquel niño. No sabía si todos los niños eran así o este era especialmente vivaracho, ya que no había conocido otro en su vida. Como ya había demostrado esa tarde, desde que el chico nació se tomó la tarea de velar por él como algo personal. Además, como Veros había sido designado como futuro Anar, Lyre había asignado a Veren la tarea de educarlo en armas, algo que había incluso disfrutado, y cultivarlo en el rito a su dios, trabajo que no había cumplido. Se podría decir que Veren era un portento en la lucha con espadas, no tenía rival y, además, le gustaba enseñar, pero apenas le había hablado al pequeño de Arien'Glor. A sus ojos, la pèrfida deidad que le obligaba a vivir de aquella forma: siempre de cama en cama, de dama en dama. De cualquier manera, aunque de cara a sus hermanas y a su madre se mostrase como un devoto, en el fondo sospechaba que no había ningún dios, que tan solo era una excusa para que las mujeres de su sociedad saciasen sus más bajos deseos. En lo que a él concernía, las obligaciones no iban más allá de pasar algunas noches o tardes fuera de la casa y atender los requerimientos de sus hermanas cuando estas lo necesitasen. Las mujeres de las otras familias le reclamaban, daban a su casa un pago como ofrenda al dios, y él cumplía con sus obligaciones. Era ya una rutina. Aunque también estaba el torneo de los Anar. No podía negar que este rito sí le agradaba. Mientras que atender a las elfas de sol era una obligación en ocasiones repugnante, competir en armas con otros elfos aspirantes,

aplastarlos en la lucha y prevalecer como vencedor sí le reportaba satisfacción. A decir verdad, era un bálsamo para su frágil ego, menguado y ajado a causa de haber sido tan manoseado.

—No toques eso —le dijo en tono paternal a su hermano pequeño. Veron dejó el tarro de cristal sobre la mesa con sumo cuidado mientras le miraba con sus enormes ojos azules.

Acababa de cumplir siete años y el pelo ya le había crecido hasta los hombros. A pesar de ser un niño, su madre tenía razón, ya apuntaba maneras de Anar. Veron volvió a mirarse en el espejo. A menudo le hubiese gustado mostrar más cariño a su hermano, pero no podía. Su máscara de frialdad era una defensa sin la cual ya se habría abandonado. Sintió una tenue punzada de dolor al pensar que algún día su hermano se sentiría tan desgraciado como él. O quizás no, no estaba seguro, porque podía apostar a que los demás Anar de la ciudad no se sentían así. Los demás Anar estaban orgullosos de aquello en lo que se habían convertido, estaban orgullosos de poder servir a su dios con su cuerpo.

Veron había pensado alguna vez en escapar de la isla con el niño, pero siempre acababa abandonando la idea. No conocía a nadie que lo hubiese conseguido, y es que salir de Arëmen no era tarea sencilla. Aunque en la isla gozaban de un clima cálido, que les obligaba a vestir túnicas y faldas de tejidos ligeros, el mar era harina de otro costal. Tan sencillo como que era imposible cruzar el Abismo Calnora, el estrecho que separaba la isla de Ocrera, el continente. Había oído historias sobre la gente que vivía allí: elfos, trolls, hombres, orcos..., pero jamás de un elfo de sol que hubiese puesto sus pies sobre esa tierra. Y eso que, hasta donde él sabía, había una forma de pasar. Cada seis o siete años, obedeciendo a las señales del tiempo que los marinos sabían leer, las tormentas feroces que azotaban con saña el estrecho se calmaban durante un par de días, tres o cuatro a lo sumo; era en esa época en la que los mercaderes del continente acudían a la isla a hacer negocios, no solían llegar más de cinco o seis barcos cargados con telas, especias, esclavos o exóticos manjares. Era una locura pasar, siempre había riesgo, pero los mercaderes conocían las bondades de Arëmen; el riesgo valía la pena para ellos, pero el billete de ida en uno de aquellos barcos para salir de la isla valía casi tanto como siete años de ofrendas por un Anar, y para un niño sería al menos tres veces más caro. Eso si no acababan vendidos como esclavos en el continente. Así que, al contrario que para los mercaderes, para un elfo de

sol el riesgo no merecía la pena.

Sacudiendo la cabeza para colocarse el pelo detrás de la nuca, liso como la hoja de una espada, espantó estos pensamientos de desazón. Para él era ya normal sentirse melancólico antes de una de sus salidas. Abrió una de las cajas de concha nacarada sobre el tocador y cogió un pendiente dorado, largo, con un rubí en forma de lágrima en el extremo, y se lo prendió del lóbulo de la oreja. Antes de que pudiese alejar las manos, Veros, con sus manitas, le acercó otro aro dorado que colocarse. Veren contuvo una sonrisa. Cuando hubo acabado de adornarse con sus collares, pendientes y pulseras doradas, se levantó para vestirse. Por obligación, los Anar llevaban el torso desnudo. Antes del rito de la iniciación eran sometidos a sesiones de tatuaje, con los que con una tinta reactiva al calor del sol les adornaban el cuerpo con intrincados dibujos geométricos. Si bien Veren había recibido sus primeras marcas a los cinco años, había estado poniendo excusas a fin de poder retrasar el mal trago para su hermano. Sobraba decir que perforar la piel con una cánula untosa no era una sensación exenta de dolor, además había algo de antinatural en aquel proceso. Se colocó su falda carmesí, anudándosela sobre la cintura con fuerza y cogió su capa de Anar. Una capa especial con la que era obligatorio salir a la calle, para protegerlos de miradas lascivas que no hubiesen pagado el tributo. Todas las capas de todos los Anar eran rojas también. Descalzo, pues los Anar siempre iban descalzos en señal de humildad, salió de la habitación camino al salón donde su madre esperaba junto a sus hermanas. Veros salió corriendo detrás de él, dando brincos como un cabritillo por los pasillos hasta llegar junto al resto de la familia.

Estaba ya atardeciendo cuando Veren entró en el salón; el mismo en el que horas antes se había cerrado el trato. Con la cabeza bien erguida y su habitual mirada de indiferencia saludó a su madre con un leve gesto. Lyre seguía recostada en su diván. Al verlo entrar, peinado, adornado con numerosas alhajas doradas, con su capa roja bordada con piedras preciosas brillantes sobre el brazo, se sintió orgullosa. Una vez más, para todos los que le habían visto, no cabía duda de que no había un Anar más grande que aquel elfo de sol: alto, musculado, bien proporcionado, ojos azul cielo rasgados y rasgos faciales delicados y angulosos. Rápidamente, sus dos hermanas mayores, Venali y Viessa, se acercaron a él iniciando un pequeño ritual. Mientras una le bendecía con un puñado de barras de incienso prendidas, la otra le pasaba las manos por el cuerpo mientras entonaba una salmodia. Era otra más de sus rutinas. Él se quedó quieto y en silencio, mirando a ningún punto fijo, mientras

sus hermanas la completaban.

—Si hubiese estado yo aquí esta mañana —Venali se había acercado al oído de Veren mientras ejecutaba el ritual y, muy bajito, le susurraba entre dientes, siseando como una serpiente— no te habrías salido con la tuya, tesoro.

Veros había intentado acercarse a los tres hermanos, pero Vashti lo interceptó antes de que les alcanzase y con abrazo férreo lo retuvo mientras el niño se revolvía intentando escapar. Cuando hubieron terminado todos caminaron hasta la entrada del faro a través del patio delantero. En la verja de salida había cuatro guardias de la casa esperando a la comitiva. La familia se detuvo de nuevo frente a las puertas. Lyre se acercó a su hijo mayor, tomó del brazo de este su capa de Anar, y con cuidado se la colocó sobre los hombros. Después, poniéndose casi de puntillas para llegar hasta la capucha, se la puso con cuidado sobre la cabeza, cubriéndole por completo.

Lyre miró a Veren a los ojos, y este, aún consciente de que ella le observaba, no le devolvió la mirada. Su faz era una máscara de soberbia. Lyre le cogió el rostro y le obligó a mirarla, él no bajó la cabeza, en pugna con su madre, pero sí le dedicó una mirada fría como el hielo que había en sus ojos. Lyre se le acercó un poco más y le dio un suave beso en los labios. Después se separaron y Veren salió a la calle acompañado por su séquito de cuatro soldados de la casa Kelsalor.

—¡Adiós, hermano! —Veros se había liberado del abrazo disuasorio de Vashti, corría junto a la verja al paso de su hermano, que estaba en la calle, y con ambas manos hacía aspavientos de despedida mientras gritaba—. ¡Adiós, Veren! ¡Vuelve pronto!

Veren sintió una punzada de ternura al oír la despedida de su hermano, pero no aminoró el paso ni hizo muestra alguna de haberle oído. Ahora debía mantenerse firme. Sí estuvo a punto de detenerse cuando oyó que una de sus hermanas, quizás la cruel Venali, llegaba hasta el niño y lo obligaba a separarse de la verja, llevándolo a rastras hasta su madre. Para Veren empezaba a ser una tortura más dura que el pasar una noche como tributo el pensar qué podía pasarle a su hermano pequeño cuando estaba solo con sus hermanas.

No se equivocó al pensar que era Venali quien había amarrado al niño, obligándolo a volver con el resto de la familia e instándolo a guardar silencio.

—Pero, ¿a dónde va ahora? —preguntó con inocencia Veros.

—A cumplir su deber con Arien'Glor —respondió su madre henchida de orgullo.

Pero no contento con la respuesta, volvió a preguntar:

—Pero Airen'Glor, ¿es un elfo o una elfa?

¡Plas!

La bofetada de la matrona resonó en el patio del faro. El niño, mirándola disgustado, se frotó la cara con los ojos llenos de lágrimas: acababa de comprender sin saberlo lo valioso que era el silencio cuando su madre estaba presente.

—No toleraré un hereje en esta casa —le dijo Lyre mirándole desde arriba. Acto seguido dio media vuelta y desapareció camino al salón del gran faro en el centro de la isla.

6

La comitiva de los Kelsalor avanzaba a paso sereno. Iban a una zona de la ciudad a la que Veren no había ido desde que era un adolescente, cuando empezaba a despuntar como Anar y tenía que venderse a las bajas aspiraciones de las familias menores. La ciudad de Arëmen dividía sus barrios por clases sociales. En el centro estaba situado el Gran Faro, en la actualidad residencia de la familia Kelsalor, ya que esta estructura estaba reservada para la Primera Familia de la isla; la que tuviera en su poder al Primer Anar, que en este caso era Veren. Era una alta torre dorada, coronada por un tejado carmesí de tejas vidriadas. En las plantas inferiores estaban los dormitorios de la guardia y los sirvientes esclavos, las mazmorras y la despensa, en las plantas inmediatamente superiores a estas estaban las cocinas y lavanderías, y en la parte más alta de la torre estaban las habitaciones de la familia, ya que en la última planta se encontraba el salón balaustrado que servía de sala de reuniones, bien para eventos familiares, fiestas o cualquier otro tipo de celebración. Lyre Kelsalor, desde su diván de terciopelo rojo, hacía y deshacía a su antojo en aquel salón desde el que se podía ver toda la isla, e incluso el mar. Alrededor del Gran Faro, inmediatamente después del patio que lo rodeaba, las demás casas de las familias pudientes se iban asentando, arrojando a la familia gobernante, permaneciendo cerca por si se daba cualquier eventualidad, ya fuese una fiesta o la oportunidad de tomar el mando algún día. No había lealtad entre los elfos de sol, habían basado su cultura en el hedonismo y la riqueza, y aquello les había llevado a intentar tener más sin importar lo que hubiese que hacer a cambio y sin tener nunca suficiente. Veren había tenido la gran fortuna —aunque él no viera así— de ser hermoso y diestro, pero para los jóvenes que no nacían con esas cualidades la vida podía ser un verdadero tormento de dolor físico, ya que una madre era capaz de someter a cuantas operaciones y remodelaciones fuesen necesarias a sus hijos con tal de tener en casa a un Anar. Si bien eran trabajos costosos, se permitían si se hacían con disimulo. Era por esto que no era común ver un Anar o un aspirante paseando por la calle al descubierto; si uno de niño tenía una nariz horrenda, pero podía ser corregida mediante cirugías, no era bueno para la familia que le viesan con ella hasta que luciese algo mejor. Así pues, los arreglos no se hacían en el barrio pudiente de la ciudad, sino en el barrio

de artesanos, que circundaba a este mismo. Allí vivían familias que no habían tenido la fortuna de ser bendecidas con un hijo hermoso, así que para ganarse la vida, además de trabajar, vendían a sus mediocres hijas e hijos como esclavos para las casas pudientes, o se dedicaban a la artesanía y la construcción. Los varones normalmente se destinaban a la guardia que cada casa que aspirase a ser algo en la isla debía formar, y las mujeres podían ser vendidas para atender las casas, o bien podían ir a parar al templo de Arien 'glor y servir como sacerdotisas. En el barrio de los artesanos se podía encontrar desde la más fina seda brocada, los ungüentos y pociones reparadoras más eficaces, a los arreglos estéticos más truculentos. Incluso se decía que un par de semanas antes de la competición de los Anar los canalones del barrio de los artesanos bajaban teñidos de sangre. Veren había estado allí unas pocas veces en su vida, solamente para tatuarse sus marcas de sol, ya que los numerosos agujeros para pendientes que llevaba en las orejas, y también en los pezones, se los habían hecho sus hermanas en casa. Veren había sido el juguete preferido de las elfas de sol de la familia Kelsalor. El barrio de los artesanos tenía un gran mercado que, además, desembocaba en el puerto. Más allá estaban los barrios pobres, donde vivían los parias y los desahuciados.

Tras un buen rato caminando, llegaron a su destino. Veren pensó que nunca había salido tan lejos de su casa, ya que las familias de menos reputación y fortuna vivían más alejadas del Gran Faro, e incluso las había que se encontraban ya en el barrio de los artesanos. Para él era evidente la diferencia entre las dos casas. Mientras que la suya y las de alrededor se alzaban majestuosas, con las fachadas bruñidas en oro, estas eran de ladrillo rojo, con algunos remates dorados, pero nada que mereciera la pena ser admirado. El oro era otra buena vara de medir para los estamentos de la isla. Arëmen era rica en ese metal, había vetas incluso en las rocas a plena vista y de allí lo solían sacar y trabajar los artesanos; era la moneda principal y, por razones obvias, cuanto más arriba estaba la familia más oro poseía, tanto en las arcas como alrededor. Bien por tierra o por mar, Arëmen proveía de todo lo necesario a sus habitantes.

Veren entró en la casa y los guardias esperaron en la puerta. La vivienda, de una sola planta baja, empezaba con un patio interior que hacía las veces de salón; allí era donde la madre de aquella familia esperaba al Anar. Mucho más pobre que la suya, la casa carecía casi en su totalidad de decoración, tenía algunos muebles aquí y allá, pero poco más. La madre aguardaba sentada en un

pequeño diván; quería disimular sus nervios, pero apenas lo conseguía, a Veren le pareció patética. Ella le hizo un gesto para que se quitase la capa. Había anochecido ya y la brisa marina no entraba en el patio, la noche era cálida y estrellada. Veren, sin mostrar ningún sentimiento, obedeció, dejó caer su capa roja sobre el suelo y dio un paso al frente, clavando su mirada en la anfitriona. Esta se irguió, pero no dijo nada más, Veren comprendió entonces que la mujer no sabía qué hacer. En sus visitas a otras madres más experimentadas normalmente le pedían que desfilase, que hiciese un par de posturas con las que deleitarse con su musculatura en tensión, pero esta matrona no hacía nada más que mirarlo extasiada. Aquello delataba que, para aquella elfa de sol, esa era la primera vez con un Anar de su categoría. Suspiró y pensó que iba a ser una noche muy larga. Preparándose, se puso las manos sobre los hombros para hacer crujir la espalda y, cuando apenas había levantado los brazos, un gemido que venía desde uno de los laterales le advirtió de que tenían público. Volvió a suspirar fastidiado; la situación iba a peor por momentos. Por fin, la madre tomó las riendas y le hizo un gesto con la mano para que se acercase a ella. Mientras caminaba, Veren miró al lado y tal y como había adivinado, detrás de las cortinas y los pilares, algunas elfas de sol espiaban la escena sin perder detalle.

Llegó hasta la madre y se situó de pie frente a ella. Esta, con manos temblorosas, desanudó su falda de seda dejándola caer sobre el suelo, quedando así Veren completamente desnudo, tan solo ataviado con sus numerosos pendientes, pulseras y collares de oro. Pensó que solo una de sus joyas valía más que aquella casa y todo lo que contenía. Hubo un suspiro general proveniente del público. El Anar levantó la mirada al cielo, deseando estar en otro lugar que no fuese aquella casa pobre, con su madre pobre, y sus hijas pobres espiando cada uno de sus movimientos. La elfa le acarició las caderas, como quien palmea las corvas a un caballo para saber si está bien proporcionado. Después le hizo un gesto para que se sentase junto a ella y acto seguido se recostó en el diván.

—¿Aquí? —preguntó Veren, que tenía la esperanza de que lo llevase a una habitación más privada, menos sórdida, donde al menos los espectadores no fuesen tan evidentes.

—Sí, aquí —respondió la madre consciente de lo que le preocupaba a su invitado—. Quiero que ellas lo vean.

—Si participan tendrás que pagar más —respondió él, esperando que

aquella treta surgiese efecto, ya había estado en situaciones similares y no habían acabado bien para él.

—¿Es que tú nunca sonríes? —preguntó ella a bocajarro, divertida con su incomodidad.

—¿Eso te gustaría? —concedió Veren como única respuesta.

La madre se limitó a mostrar sus dientes; una mueca que podría haber sido una sonrisa si no hubiera estado tan excitada. Entonces, se abalanzó sobre él y, mordiéndole los labios, lo obligó a recostarse en el diván.

De nuevo todo el servicio, cortesanos y amigos de los reyes Miraren esperaban apiñados en el largo pasillo que daba al dormitorio real. Delvan y Tzar estaban esta vez en primera línea. También los acompañaban Godal, que tras los casi dos años que había vivido en el castillo se había forjado una buena posición como caballero, y Alan Glorindel, elfo de ojos color miel y cabellos rubios, además de arquero era caballero en las patrullas de la ciudad. Delvan, Godal y Alan habían trabado una buena amistad. Comenzaron sirviendo a su rey y a día de hoy dependían los unos de los otros cuando salían a patrullar o participaban en alguna refriega contra los enemigos del bosque de Miraren. A su vez, Delvan, en su intento por acostumbrarse a la niña que un día sería su esposa pasaba tanto tiempo con ella como sus obligaciones le permitiesen. Poco a poco descubrió en ella un carácter bondadoso, aventurero y lleno de curiosidad. El medio elfo no había tenido nunca que lidiar con niñas, pero le extrañó que esta expresase tan abiertamente su interés por las armas, por los caballos y por todo lo que se suponía que debía preocupar a un niño y no a una niña. Un día, mientras estaban en los jardines, Tzar tomó un palo y, fantaseando, fingió retarle a duelo. Él, de forma instintiva, corrigió su postura y la niña lo asimiló sin más, pero Delvan pensó que podría ser una forma tan válida como otra de crear un vínculo con aquella damita. Tras pedir permiso a su madre, que al contrario que hija no mostró el más mínimo interés por esos asuntos, Delvan empezó a enseñar a aquella niña de ahora ocho años a jugar a ser un excelente caballero y, para su sorpresa, lo hacía mejor que algunos adultos que conocía. Al principio, Godal y Alan se habían reído al imaginar a una princesa guerrera, pero poco a poco se habían ido sumando a las clases como espectadores habituales o como ayudantes del maestro. Era por aquello que Tzar les tenía tanto aprecio también; la niña no tenía amigos de su edad, pero les tenía a ellos. Eran, en la mayoría de días, la única compañía que tenía y, aunque a menudo acababa derrotada y cubierta de barro, pasar las horas con ellos la fascinaba. La niña soñaba en secreto que de mayor sería como ellos, pero en elfa, claro estaba. Tzar había llegado a comprender la desidia de su madre, sabía que para ella era tan importante el hecho de ser varón o mujer como el color de sus ojos y su pelo. Si bien la familia Miraren era de ojos verdes y cabello castaño, la niña había aprendido que un

primogénito de la realeza siempre debía ser niño, y ella había roto esa regla.

Delvan, impaciente, miró hacia atrás. Entre la multitud vio a su padre, que le saludó con un leve movimiento de cabeza. No se dijeron nada más. Si bien siempre había sabido cuál era su lugar en este mundo, cuando se mudó al castillo se sintió privilegiado, pero quiso mantener los pies en la tierra, sabía lo frágil que resultaba su nueva posición.

Puso las manos sobre los hombros de la pequeña y la agarró con fuerza. Ella respondió a su gesto poniendo las manitas sobre las de él. El contacto cálido y suave lo tranquilizó. Delvan no sabía qué pasaría con él si Eloen Miraren daba a luz a un niño. Quizás el consejo de sabios concedería que ese segundo hijo heredase y el trato con el rey se vendría abajo. Miró a Tzar, ella levantó la cabeza y lo miró sonriendo; también estaba emocionada, pero por motivos diferentes a los de él. Una oleada de cariño fraternal lo invadió. Para sumar algo más de tensión a la situación Delvan había empezado a pensar que quizás el día que tuviese que casarse con la niña se sentiría como si lo hiciera con su propia hermana. Era solo una idea absurda, o quizás el germen de un sentimiento que estaba por venir. De todas formas, él pensaba cumplir con su parte del trato. No le había hablado a nadie acerca de sus nacientes dudas, pero sus dos amigos no eran estúpidos. Ambos sabían que tanto para su amigo medio elfo como para la princesita los planes de boda, en el futuro, serían días tanto de desdicha como de alegría.

Los gritos de la parturienta en la habitación se intensificaron. Alan los tranquilizó, sobre todo a Tzar, diciéndoles que era normal, que cuando ella nació su madre también gritó así. Todos supieron que el momento estaba por llegar. Tras la algarabía hubo unos largos segundos de silencio y, después, de forma súbita, un único grito rasgó el ambiente. Este último era muy diferente a los otros. Dentro de la habitación se oyeron los llantos desesperados de Eloen Miraren. Delvan pensó que quizás el bebé había nacido muerto, que había habido alguna complicación, pero al mirar a sus dos amigos lo vio claro. Tzar le cogió con ambas manos la suya y tironeó de ella asustada, buscándole con mirada de terror. La niña no entendía. Delvan no lo pensó dos veces y la cogió en brazos, arrojándola con fuerza. Al fin y al cabo no era más que una niña pequeña, y él era incapaz de no compadecerse ante su situación. El rey, con paso taciturno, caminó sin mirar a nadie por el largo pasillo de columnas blancas hasta la puerta del dormitorio donde le esperaban ya las comadronas con aire vencido. Cuando estuvo a la altura del grupo estuvo a punto de

detenerse, pero tan solo bajó la cabeza intentando no mirarles y entró en la habitación. Pasaron los minutos y los llantos no cesaron. Después de un largo momento, que mantuvo en vilo a todos los que esperaban en el pasillo, una de las hojas de la enorme puerta se abrió, y el rey salió al pasillo cargando a su segunda hija en brazos.

—Os presento a mi segunda hija: Meriel de Miraren —dijo el rey en voz alta, la expresión de su rostro era jubilosa, aunque era inevitable no atisbar un brillo de tristeza en los ojos.

Delvan, con Tzar en brazos, Alan y Godal, fueron los primeros en acercarse. Era obvio que gozaban de algunos privilegios no oficiales. Delvan puso la mano en el hombro de su rey y le dirigió una mirada aprobadora. Durante esos dos años los dos hombres se habían reunido a menudo. Delvan había descubierto en Sontar a un rey justo y magnánimo, además de a un padre cariñoso y bueno. El medio elfo sentía por él una admiración y cariño sinceros, cosa que no podía decir de la reina Eloen, que siempre le había tratado como un plebeyo. Tzar miró a su hermana con timidez y después se abrazó al cuello de su futuro marido. El rey les disculpó sin ninguna queja y los tres hombres se marcharon hacia los jardines de palacio. Tzar los escuchó hablar entre ellos; todos convenían en que estaba feliz por el nacimiento de su hija, pero que ahora le sería aún más duro soportar los desaires de su altiva esposa. La niña no entendía muy bien aquellas palabras.

No le gustaba imaginar que su madre hubiese gritado de esa forma el día de su nacimiento. Aquel último alarido le había causado una herida en el alma, aunque ella fuera demasiado pequeña cuando ocurrió como para recordar la razón.

El sol de mediodía refulgía con fuerza en lo alto del cielo, pero los dos hermanos ya llevaban tiempo entrenando. Mientras que sus hermanas debían estar levantándose en ese momento de la cama, ellos habían madrugado y llevaban horas concentrados en el combate. Veros había cumplido no hacía mucho los quince y a aquellas alturas era difícil para Veren ganarle en una pelea justa. No lo reconocería jamás en público, pero se sentía muy orgulloso de su hermano. Al final resultaría que su madre había tenido razón todos esos años y Veros se convertiría en un gran Anar, de seguro más grande de lo que Veren lo había sido, y eso ya era decir mucho. No podía negar que sentía cierta satisfacción, pero también le entristecía. En el patio trasero los dos se batían ahora en combate con sus kopesh de madera, ideales para la instrucción. Estaban ocultos a miradas ajenas a la casa, pero se había formado un corrillo de soldados de la familia que disfrutaba del espectáculo. El kopesh era el arma típica de los Anar; se trataba de una espada corta con la hoja serpentenante de mango largo para facilitar el uso de uno en cada mano. Así pues, para los hermanos Kelsalor, sus kopesh se habían convertido en extensiones de sus brazos. Veros con su cuerpo esbelto y espigado, menos musculoso que el de su hermano y limpio de tatuajes de sol, ejecutó una finta baja, dirigiendo las dos hojas de sus espadas de madera a las costillas de Veren, quien esquivó el rápido movimiento virando a un lado. Había faltado poco. No solían hacerse daño durante los entrenamientos, pero hoy ambos se lo estaban tomando muy en serio. Durante la tarde anterior, Lyre los había reunido en la terraza, y desde su diván les había informado de que había rumores de que pronto recibirían un desafío, ya que era posible que alguien exigiese una competición para designar algunos nuevos Anar, y entonces Veros tendría la oportunidad de demostrar lo que valía. A Veren aquello también le causaba sentimientos encontrados; por un lado significaba descanso, ya que durante el par de lunas anteriores al torneo no podía salir de casa, lo que significaba que habría un receso en su tarea de complacer a su dios como ofrenda, pero por el otro lado, temía por su hermano pequeño. Después de tantos años había conseguido convencer a sus hermanas de que no le molestasen, de que sería más puro y mejor si le dejaban en paz. Sin que Veros lo supiese, le había ahorrado la agonía de sus abusos. Tanto era así que ni

siquiera le habían practicado al joven sus tatuajes de sol y apenas llevaba dos o tres pendientes en cada oreja. En ocasiones Veren pensaba que estaba equivocado, que quizás hubiese sido mejor para Veros que hubiese sido introducido en su cultura de forma natural, que quizás no la rechazase como él, pero después su hermano le regalaba una de sus enormes sonrisas, irradiando felicidad, una que Veren apenas había conocido, y aquellas ideas le desaparecían de la mente. Veros, por suerte, al vivir en aquella burbuja que Veren había creado y celado para él, había desarrollado un carácter muy opuesto al de su hermano. Mientras el mayor, taciturno y callado, apenas hablaba o mostraba cualquier sentimiento, el pequeño era un joven alegre y bromista, sonriendo casi siempre de forma natural, seguro de sí mismo y feliz. Y aunque por dentro fueran tan distintos, por fuera se parecían mucho. La belleza de ambos era abrumadora, de ojos azul claro rasgados, gestos firmes y angulosos, cabello dorado claro también, y cuerpo bien proporcionado. Veros todavía era algo más bajo que Veren, que era alto incluso para ser un elfo de sol, pero todos ya comentaban que llegaría a superarle en estatura.

De improviso, desde atrás, Veros volvió a ejecutar el movimiento, pero esta vez dirigiéndolo un poco más arriba; de nuevo Veren lo esquivó, en esta ocasión haciendo una rápida parada con sus dos Kopesh descendiendo en un amplio movimiento en arco.

—Vamos, hermano —dijo sonriente Veros, era obvio que se tomaba aquello como una diversión—, no puedes esquivarme siempre.

Entonces Veren pensó que aquel era el momento. Toda la noche había estado urdiendo un plan para evitar que su hermano se presentase a la competición: debía convencer a su madre de que aún no estaba listo. Siempre jugaba con la carta de la inocencia de Veros, y por el momento le había salido bien, así que había pensado explotarla un poco más. Aquello le causaba punzadas de ansiedad, sabía que a ojos de su hermano iba a convertirse en un monstruo, pero si ayudaba a tener a Veros resguardado durante un poco más de tiempo, valdría la pena el sufrimiento que eso le causaría. Con ambos Kopesh en las manos, abrió los brazos en cruz, el sol hacía refulgir sus marcas. Veren, erguido y con una media sonrisa en la cara, retaba a su hermano. Veros tomó la invitación y de nuevo emprendió la carrera, al llegar a su altura planeaba tirarle al suelo asestando un golpe con el kopesh de la derecha en el muslo de su hermano, para que cuando este bajase pudiese situar el izquierdo a la altura de su cuello. En un combate real con kopesh dorado, y no de madera, le

cortaría el cuello y se daría el combate por finalizado. Veren fingió no haber sospechado nada y dirigió una de sus armas hacia abajo simulando proteger sus costillas; pero dejó su otra mano levantada. Cuando Veros se acercó a él empezó a ejecutar sus movimientos, pero Veren de improvisto le lanzó una patada que le dio de lleno en el pecho. Le dio con tal fuerza que lo lanzó hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás con una pierna doblada. Le costaba respirar y el pecho le ardía y le dolía. Sin comprender por qué su hermano había hecho algo tan agresivo, y llevándose ambas manos al pecho, levantó la vista para enfrentarlo, pero no tuvo tiempo. Veren estaba plantado frente a él, se había movido rápido desde su posición, y con un movimiento presto descargó la empuñadura de uno de sus kopesh en la cara de su hermano. Veros escuchó la nariz romperse desde dentro de su cabeza.

Crac.

—Te juro por lo más sagrado —amenazaba Lyre a Veren horas después en la terraza del último piso—, que si le queda alguna marca, si le queda la nariz deforme, si apenas alguien es capaz de adivinar lo que has hecho hoy, te arrancaré la piel a tiras y la pondré a secar al sol.

La madre de la familia estaba en su diván, visiblemente molesta por lo que había pasado, con los kopesh de madera en el suelo, frente a ella. Las hermanas de los muchachos los habían dejado allí tirados antes de llevarse a Veros para intentar arreglar aquello que el hermano mayor había hecho en su rostro. Todas le habían mirado con odio, rezando para que todo acabase bien. Veren no dudaba de que aquello era cierto. Aun así, haciendo acopio de todas sus fuerzas, contestó con voz serena:

—No está listo.

—¿Listo para qué? —reprochó Lyre intrigada. Tenía la cara roja por el enfado.

—Para el torneo. —Sabía lo que su madre pensaría, abrió un poco las piernas afianzando su postura, preparándose para su reacción. En parte la temía, pero también él pensaba que merecía una reprimenda por lo que le había hecho a su hermano, aunque fuese por su bien.

—¡Estoy harta de tus celos! —gritó Lyre con el rostro desencajado por la ira—. ¡Tu estupidez nos traerá la ruina!

Se levantó con presteza, agarró uno de los falsos kopesh del suelo, y se

dirigió a Veren con el arma de madera en alto. El primer golpe le dio en el rostro y le dejó en la mejilla derecha una marca roja con forma de rayo. Instintivamente, levantó los brazos para protegerse la cara con los antebrazos, pero su madre le golpeó en el vientre un par de veces, lo que le obligó ir encorvándose hasta ponerse de rodillas. Después, Lyre, furiosa, siguió descargando golpes sobre su hijo mayor a la vez que profería insultos y maldiciones a voz en grito. Poco a poco, Veren acabó hecho un ovillo en el suelo, intentado protegerse de la furiosa paliza de su madre, intentado, también, convencerse de que todo aquello merecería la pena.

Mientras tanto, Venali, con la ayuda de Vanya y bajo la atenta mirada de sus otras dos hermanas, había conseguido con éxito arreglar aquel estropicio que Veros tenía en la cara. Sí, la nariz estaba hinchada y enrojecida, pero con los días y los ungüentos apropiados se curaría sin problemas. Todas suspiraron aliviadas cuando el joven se levantó de la cama. Estaba mareado y dolorido, notaba su nariz palpitando, y un calambre con cada palpitación, pero necesitaba salir en busca de su hermano. Venali adivinó sus pensamientos y, con suavidad, lo tomó por el brazo antes de que pudiese salir del cuarto.

—Déjale, no merece la pena —dijo Venali con calma a Veros. Este la miró extrañado—. Además, es posible que volviese a golpearte. Así es Veren.

Por un momento, Veros comprendió que su hermana sabía que se disponía a pedir explicaciones a Veren, pero sospechaba que por las razones equivocadas. Venali pensó que Veros quería venganza, ya que según su criterio, Veren había roto la nariz a su hermano en un ataque de celos. Pero Veros ardía en deseos de preguntar a su hermano por qué le había hecho aquello. Era cierto que siempre había sido algo distante con él, pero no pensaba que lo odiase en modo alguno; jamás le había maltratado o humillado, cosa que no podía decirse del resto de sus hermanas, con las que por suerte apenas había tenido trato. Necesitaba saber qué había pasado. Veros bajó la mirada, se llevó las manos a la cara; el dolor era insoportable. Dos lágrimas cayeron sobre el suelo de su dormitorio. No hubiese podido decir si lloraba de ira o de dolor. Venali se regocijó ante su pena, pero pensó que podría aprovecharlo en su favor. Hizo un rápido movimiento de cabeza a sus hermanas para que saliesen de la habitación. Ellas obedecieron fastidiadas, imaginando sus intenciones.

—¿Sabes?, Veren está celoso de ti —dijo en voz baja, intentado simular un tono dulzón poco natural en ella. A su vez, guiaba a su hermano hasta la cama

—. Es consciente de que algún día serás grande, muy grande, y que reclamarás su puesto, tal y como debe ser.

Con lentitud ambos se sentaron en el lecho, él derrotado y ella intentando no asustar a su presa. Veros asimilaba las palabras de Venali, incrédulo, no podía pensar de verdad que Veren estuviese celoso de él, ella tenía que estar mintiendo. En cambio, Venali siguió vertiendo ponzoñas en el oído de su hermano, poco a poco, sin dejar de acariciarle el brazo, se puso de rodillas sobre la cama detrás de él y, con fuerza, empezó a masajearle los hombros. Veros lo aceptó, se sentía desamparado y el contacto lo reconfortaba, aun así, no podía dar crédito a las palabras de su hermana, que retumbaban en su cabeza dolorida, aunque empezaba a dudar después de lo que había pasado en el patio... La elfa de sol siguió envenenando la mente de su hermano pequeño, cesó la presión en los hombros y le acarició la espalda. Seguía hablando, a Veros le llegaban sus razonamientos como una letanía lejana, le dolía ya la cabeza detrás de los ojos y empezaba a sentir malestar en el cuello también, y seguía mareado. Venali, viendo la pasividad del chico, decidió pasar a la acción; era entonces o nunca volvería a tener una oportunidad como aquella. Le abrazó por detrás y dirigió las manos a la entrepierna de su hermano. En cuanto este notó el contacto de las manos de su hermana en aquel lugar dio un respingo, y acostumbrado a pelear como estaba, como si hubiesen hecho saltar un resorte, le propinó al unísono codazos con sendos brazos. El impulso lanzó a su hermana por encima de la cama, Venali perdió el equilibrio y trastabilló hasta acabar en el suelo.

—¿Pero qué haces? —preguntó perplejo y enojado Veros—. Sal de aquí.

Venali se incorporó, se acercó a él, y reprimió las ganas de propinarle una bofetada pensando en las represalias de su madre. Asintió despacio y salió de la habitación mientras miraba fijamente a su hermano pequeño, por encima del hombro. Aquella mirada llevaba consigo promesas de odio y venganza.

Cuando la elfa de sol hubo salido, Veros se relajó. Aún incrédulo y dando tumbos se tiró de espaldas sobre su mullida cama. Las finas cortinas prendidas del dosel ondeaban al ritmo de la brisa marina; ya había oscurecido. Dolorido, se llevó las manos a la nariz, apenas la había tocado, aun así, se provocó un pinchazo de dolor. Retiró las manos rápidamente. Pensó en su hermano, estaba tan dolido con él, ¿cómo podía haberle hecho algo así? ¿Sería cierto que en realidad tenía celos? Después pensó en su hermana, no entendía qué pretendía con aquello, en fiestas y en otros momentos había visto la actitud que sus

hermanas tenían con Veren, siempre encima de él, siempre acosándolo, besándolo, manoseándolo, aun así, dudaba de que compartiesen aquel tipo de intimidad. Veren nunca le había hablado de ello, pero a decir verdad, Veren le había contado tan pocas cosas del mundo en el que vivían que ahora empezaba a dudar. Quizás era algo que su hermano mayor quisiera guardarse para sí mismo. Mirando al techo de su habitación, debatiéndose entre el dolor y el enfado, resolvió que todos sus hermanos debían haberse vuelto locos aquel día, aquello era mejor que las otras opciones que le habían sido dadas.

9

La dama Eloen estaba en una de las terrazas altas del castillo. Ya llegaba la estación del frío, y quería aprovechar los últimos días de sol antes de que llegasen la lluvia y la nieve. Desde donde se encontraba podía ver muchas de las terrazas de aquella ala y también buena parte del jardín y el camino que llevaba a las puertas de entrada al palacio. La acompañaban sus damas, siempre fieles. Su segunda hija, Meriel, bordaba siguiendo con atención las instrucciones de una de ellas. Para su sorpresa, Meriel había resultado más dócil y una compañía más tranquila que Tzar, que siempre andaba curioseando y dando saltos. Esta tenía más de dama, según su criterio. Del interior del castillo, a través del arco ojival de piedra blanca que daba acceso a la gran terraza, se oyó un fuerte llanto. La reina Eloen se apoyó en la barandilla abalconada, cerró los ojos agobiada y exhaló un fuerte suspiro. Desde luego, nadie la había preparado para la crianza. Hacía apenas unas semanas que había dado a luz a su tercera hija, que había sido presentada como Lunariel; otra niña. Eloen estaba hastiada. No había sido capaz de concebir un niño, y dudaba de que ya lo fuese alguna vez. El rey Sontar estaba contento con sus hijas, ahora tres, no la había forzado a quedarse embarazada ni después del parto de Tzar, ni de el de Meriel, pero ella creía que era su deber. Se había sentido obligada: su reino necesitaba un varón. Tzar tenía ya quince años, y Meriel casi siete. El embarazo había llegado en el momento perfecto, pero una vez más, al dar a luz, su alegría se había transformado en desdicha. Sabía lo que murmuraban de ella a sus espaldas. Sabía qué decían los elfos plebeyos y nobles, la creían maldita, incapaz de engendrar un varón, un digno sucesor del rey Sontar, con su sangre y los característicos rasgos de la familia Miraren: ojos color hierba y cabello castaño como corteza de árbol. Ni qué decir había que todas aquellas habladurías y maldiciones estaban solo en su cabeza. Sontar, que la había amado como nadie, no era capaz de creer en qué se había convertido la mujer con la que hacía tiempo había contraído matrimonio. Quizás aquella malicia y desprecio estuviesen ya germinando en su corazón cuando se casaron, quizás él no supo verlo; había intentado tratarla con naturalidad, con amor, había intentado obviar los desprecios hacia sus hijas, aun así, para la reina no había sido suficiente. Ya apenas tenían trato más allá de las recepciones y fiestas en las que ambos tenían la obligación de

participar. Cuando Eloen no era requerida, se recluía en su habitación o en una de las terrazas y allí pasaba las horas. Otro cantar era cuando ella empezaba a sentir la necesidad de engendrar un hijo varón, entonces el rey podía ver un atisbo de lo que lo enamoró antaño, aunque fuese un espejismo, así que además de compartir los escasos momentos de protocolo, en aquellos días señalados, compartían las noches.

El bebé lloró más fuerte. Eloen pensó que era evidente que algo le pasaba, pero no entendía por qué no había una ama de cría para ocuparse de la niña. Fastidiada, pensó que aquello era injusto; ella había venido a este mundo para ser reina, para brillar, no para andar pariendo y criando bebés. Airada se volvió para mirar a su corte. Una de las damas, asustada, se levantó y fue a ver lo que le pasaba al bebe. La elfa cogió a la pequeña Lunariel en brazos, y esta pareció tranquilizarse un poco. Un grito de júbilo llegó desde los jardines. «¿Ahora qué?», pensó la reina. Se encaramó a la balaustrada de la terraza y con la mirada buscó en la zona baja, intentando adivinar lo que estaba pasando.

«Ah, ella...».

En raras ocasiones la reina Eloen nombraba directamente a Tzar por su nombre, y la chica nunca la llamaba madre ni nada parecido. Era un acuerdo tácito entre las dos.

En la zona baja del castillo, en los jardines, Tzar entrenaba en un duelo con Alan, el elfo de ojos color miel. Delvan y Godal los observaban divertidos, sentados en el suelo, con las espaldas apoyadas en un enorme sauce. Tzar, por fin, después de varios días entrenando con Alan, había conseguido ejecutar con acierto una de las paradas que este le había estado enseñando. Se había llevado algunos golpes, nada serio, pero por fin lo había conseguido. Sujetando con ambas manos su florete, largo y fino, había interceptado la espada corta de Alan en un giro descendente y, dándole un codazo en el costado, había conseguido desequilibrarle. Después ejecutó una finta que de haber estado en combate real habría hecho que su espada entrase por debajo de las costillas del elfo y saliese destrozando uno de sus omoplatos.

—Ya pelea mejor que tú, Alan —sentenció divertido Godal. Alan le devolvió una sonrisa burlona mientras se frotaba la zona donde había recibido el golpe.

—También mejor que tú —bromeó él.

«Y no es mentira», pensó Delvan orgulloso. Sentado en el suelo, veía a Tzar, su pequeña niña, danzar de alegría celebrando el haber ganado el duelo, burlándose de Alan, y no podía dejar de notar que ya no era una chiquilla. Sin que él se diese cuenta habían pasado los años y ya se había convertido en una mujercita. Una bastante bonita, de ojos profundos y cabello ondulado. Si bien era cierto que Tzar ya no era una niña, también lo era que no había crecido mucho; apenas levantaba un metro sesenta de estatura y pesaba cincuenta kilos. Las curvas de una mujer en su cuerpo ya se hacían notar, aun así, para cualquiera que la viese desde lejos seguiría pareciendo una chiquilla. Así al menos lo sentía Delvan. Había visto crecer y madurar a Tzar, se sentía orgulloso de ella, se había convertido en una adversaria digna de cualquier hombre recio, pero no podía evitar seguir viéndola como a su chiquilla. Su hermanita pequeña. Tzar se sentó en el suelo con ellos. Últimamente intentaba esquivar las miradas de Delvan; lo quería como a un hermano, pero desde hacía algunas lunas, la hacía sentir incomoda, no sabía explicar por qué. Él lo había notado, y lejos de preocuparse, decidió no preguntar ni decir nada, así agradeció poder seguir comportándose como un hermano durante algún tiempo más.

Ella seguía con su baile de la victoria cuando llegó un paje con un requerimiento: su madre quería verla. Tzar bufó resignada, y con una gran sonrisa se despidió de los hombres, dejándoles solos a la sombra del sauce. Delvan evitó mirarla marchar. La situación empezaba a ser ya evidente hasta para Alan y Godal.

—Veo que has vuelto a estar en el jardín comportándote como una cabra — dijo su madre sin mirarla. Con un gesto, la invitó a entrar en la habitación. Afuera estaba su hermana mediana acompañada por las damas, y en un rincón la cuna en la que se encontraba su hermana pequeña, revolviéndose. Tzar se acercó a saludarla.

—No la toques —la interceptó su madre—. Has estado sudando, y eso no es bueno para el bebé. No la toques.

Tzar no dijo nada. Volvió a situarse en el centro de la habitación, apretando las mandíbulas con angustia. Su madre habló de nuevo.

—Ya no eres una niña, eres una mujer. No deberías andar exhibiéndote de esa forma, sudando y jadeando delante de tu futuro marido. No es digno de una dama, y mucho menos de una futura reina.

El gesto de Tzar se ensombreció. Sabía a donde quería llegar su madre, pero no pensaba darle el gusto de discutir de nuevo con ella. Apretó también con fuerza los puños y se dispuso a oír la reprimenda.

—¿Sabes? He hecho... —La dama Eloen se corrigió divertida, con aquel gesto que a Tzar le parecía tan malicioso—. Tu padre y yo hemos hecho lo posible para que puedas tener la vida que te corresponde. Deberías ser más agradecida. Es una desgracia que nacieses elfa, pero no por ello debes andar por ahí comportándote como uno de los soldados de tu padre. Es ridículo.

—Lo será para ti. —No pudo reprimir su lengua y le dio a su madre la carnaza que andaba buscando.

—Para mí y para todos. —Eloen seguía hablando tranquila, con aquel tono autoritario enmascarado de dulzura—. ¿Qué crees que murmuran todos a tus espaldas? ¿Qué crees que piensan de que una princesa caiga tan bajo? Serás reina algún día...

—¡Es que yo quizás no quiera serlo! —Tzar explotó. Lo había dicho a voz en grito y todas las damas miraban ahora curiosas a través del arco. Su madre la miró airada, se acercó con rapidez hasta ella y la tomó por los antebrazos. Apretando con fuerza, la atrajo hacia ella.

—No vuelvas a decir eso —le dijo Eloen, clavando la mirada en sus ojos.

—Es lo que siento, no puedo ocultarlo más. No quiero una vida como dama, quiero algo más. —Mientras hablaba, dos lagrimones cayeron rodando por las mejillas de Tzar, que poco a poco fue bajando el tono hasta quedarse callada. Su madre la soltó, le dio la espalda y, alisándose el vestido con ambas manos, intentó recuperar un poco de su acostumbrada compostura.

—Todos hemos hecho esfuerzos. —Eloen le habló de espaldas, sin mirarla a la cara—. Te casarás con Delvan este invierno, para finales de verano o mediados de otoño ya le habrás dado un hijo, y si todo va como debe, será un niño.

—Es que no creo que pueda... —Tzar dudó si seguir hablando o no, aun así, sintió que era hora de desvelar su secreto—. Yo no amo a Delvan. Quiero decir, le quiero, pero no de esa forma, y dudo que él me quiera a mí así también, no creo que pueda casarme con él, y menos darle un hijo. La idea de tener intimidad con él me aterra.

La reacción de Eloen no se hizo esperar, volvió a llegar hasta su hija, y descargando su brazo con todas sus fuerzas le propinó una bofetada. Tzar se

quedó congelada, no había esperado esa reacción de su madre. Lentamente, subió la mano para frotarse la mejilla dolorida. Eloen lloraba con la cara desencajada por la rabia, y ella también lo hacía. Tzar intentó decir algo, pero su madre empezó a gritar:

—¿Crees que yo quiero esta vida?! ¿Crees que quiero dedicarme exclusivamente a parir hijas y soportarlas?! ¡Eso no importa, importa el deber! El deber para con tu pueblo. Eres una vergüenza, para mí y para esta familia. No puedo soportar más tus estupideces, ya no eres una niña. ¡Harás lo que se te diga! Y no hay más que hablar. ¡Sal de mi vista antes de que me ponga más enferma! ¡Lo que tú quieras no importa!

Tzar no se hizo de rogar, dejando a su madre con la palabra en la boca salió corriendo de la habitación, llorando como cuando era una niña. Eloen intentó serenarse, pero no podía; su cabeza era un hervidero. Después de todo lo que había tenido que soportar por culpa de aquella mocosa, ahora pensaba desafiarla. Aquello ya era el colmo. Se llevó las manos a la cabeza, intentando pensar, pero no podía, las palabras de la desagradecida Tzar seguían resonando en su mente. «Debí mandar a la comadrona que la ahogase nada más nacer». Sí, aquello debió haber hecho, y no habría tenido que aguantar una vida de vergüenza, una vida de plebeya, de parto en parto. Ella sí, Eloen Miraren era una reina, que no merecía esa vida. Ella era la desdichada, la ajada, la oprimida.

Poco a poco recuperó la calma, pudo ordenar sus pensamientos, pero no podía reprimir el grito de su alma, que la exhortaba a salir de aquella vida de vergüenza. Si Tzar comenzaba a decir que no quería casarse, que quería vivir una vida de soldado, siempre sucia como un perro callejero, montando a horcajadas en cualquier caballo lleno de pulgas, blandiendo su espada en la batalla... Si su hija se empeñaba en que no quería ser la reina que debía ser, ella no podría soportarlo. No aguantaría nunca más ningún desprecio venido de esa maldición que decían que era su hija.

La reina Eloen estaba resuelta a poner coto a aquella situación, no era propio de ella lamentarse. Haría algo. Haría algo que remediaría de un plumazo quince años de desdicha.

Tal y como le habían asegurado los espías de fuera de la casa, el desafío no tardó en llegar. Una tarde en la que el viento de poniente soplaba con fuerza, la hija mayor de la familia Darieth llegó como emisaria al faro, trayendo consigo el desafío que decidiría si Veren continuaba siendo digno de seguir siendo Primer Anar. El desafiante principal era Levos Darieth, hijo de la casa Darieth, del que todos los que no habían tenido todavía el placer de ver a Veros, decían que era el segundo Anar más hermoso de la isla. Como todos los habitantes de Arëmen, tenía su característico pelo rubio y los ojos azules, claros como el agua, y si bien era cierto que tenía poco que envidiar a los muchachos Kelsalor, también lo era que era algo más bajo que Veren y con los hombros más anchos, lo que desequilibraba un poco su figura. Además, ahora tenía una nariz alargada y de punta redondeada, pero según se rumoreaba, no siempre el rostro de Levos había sido así de agraciado. Era guapo, sí, pero no poseía el carisma de los dos hermanos Kelsalor. Cuando Lyre comunicó a sus dos hijos varones que Darieth los había desafiado, Veren soltó un bufido a modo de burla. Veros lo miró desconcertado, y su hermano mayor le dedicó media sonrisa mientras se encogía de hombros.

—Darieth no es una amenaza —dijo Veren, seguro de sí mismo, mirando a Veros. Tan solo lo había dicho para tranquilizar a su hermano, que se sintió aliviado, pero Lyre le tomó la palabra y se mostró divertida por su bravata.

Sus hermanas, allí presentes, también suspiraron aliviadas.

—No espero menos de ti —respondió Lyre. Lentamente se levantó del diván de terciopelo rojo y se dirigió hacia sus hijos, de pie frente a ella unos pasos más allá—. Es cierto que Levos no es una amenaza. Creedme, lo conozco bien. —Hizo una pausa, las hermanas rieron divertidas. Veros no sabía de lo que hablaba su madre, pero Veren miró hacia el suelo logrando así esconder una mueca de asco. Lyre se situó frente a los dos varones y apoyó una mano en el hombro de Veros, poco a poco la fue deslizando, acariciándole el pecho y después pasando al hombro de Veren, que estaba a su lado, y acariciándole también, mientras seguía hablando—. Ahora sí, debéis esmeraros en vuestros entrenamientos, no quiero más tonterías ni chiquilladas. Veros, tienes que esforzarte; si voy a presentarte a la competición espero poder sentirme orgullosa. Veren, desde hoy estarás en descanso. No saldrás de

la casa, no atenderás a nadie y, por tu parte, espero que no hagas más estupideces.

La madre habló en tono severo. Si toda la familia no hubiese estado delante, Veren se habría puesto a dar saltos de alegría. Día arriba, día abajo, tenía casi una luna de tranquilidad por delante. Sin otras madres, ni hermanas, ni nadie más, tan solo soledad. Veros, siempre pendiente de los gestos de su hermano mayor, pudo intuir los leves indicios de júbilo en Veren. El mayor era parco en expresiones, pero Veros había aprendido a leerlo y a apreciar aquellas pequeñas señales, pues hasta la fecha, el de su hermano, aunque fuese escaso, había sido el único cariño que había recibido. Así que, dejándose contagiar por la tibia alegría de su hermano, pensó que aquel nuevo cambio sería bueno, aunque más adelante descubriría que no podía estar más equivocado.

Un par de semanas antes, cuando Veren le rompió la nariz, el chico estuvo ausente unos días. No salió de su habitación hasta que se hubo recuperado del todo y Veren se descubrió echándole de menos. Cuando al fin lo hizo, Veros pasó al lado de su hermano sin siquiera dirigirle una mirada, era obvio que estaba enfadado con él; aquel desprecio, el primero que le dedicaba Veros, le partió el corazón. Durante días estuvo enfadado con él, no se hablaban ni se miraban, y el hermano mayor estuvo dudando de si sería capaz de llevar a cabo su plan para desacreditarle. Pensó que si ganarse el odio del único ser al que había amado era el precio a pagar, quizás era muy alto. Dentro de Veren, siempre impasible a ojos del resto del mundo, se desarrollaba una tormenta que nadie habría podido adivinar.

Tras un par de semanas, ya desesperado, Veren fue a buscar a Veros. No pensaba hablarle, no pensaba siquiera tocarlo; solo quería verlo, comprobar que se encontraba bien y saciar su anhelo por volver a compartir tiempo con él. Era ya tarde, estaba anocheciendo, Veros estaba en su habitación sentado en el balcón de rejas doradas, mirando como el sol era lentamente engullido por el mar Carley. De forma automática, Veren llegó hasta él, no pensaba hacer algo así, pero necesitaba la compañía reconfortante de su hermano, y sin decir palabra se sentó en el suelo junto al chico. Estuvo a punto de hablar, de decirle que había muchas cosas que no le había contado, cosas horribles de su mundo que no tardaría en descubrir, cosas que había querido ahorrarle, pero cuando fue a abrir la boca, Veros habló con calma.

—Te he echado de menos, hermano —dijo sonriente, mirándole directamente. Sabía que Veren jamás le pediría perdón, que aquel gesto, sentarse junto a él, era lo máximo que iba a recibir de su hermano mayor, así que había decidido tomarse la libertad de perdonarlo por su cuenta. Mientras Veren intentaba aguantar la compostura, Veros, quien en realidad mejor le conocía en aquella isla, había adivinado el remolino de emociones que tenía dentro de su pecho. Así era Veros: noble y bondadoso, tan diferente de todos los que habían conocido hasta la fecha y tan poco merecedor de la vida que le esperaba—. Quizás mañana podríamos volver a entrenar.

Veren, sin mirarle, dirigiendo la vista al horizonte, asintió lentamente mientras se mordía los labios con fuerza, conteniendo lágrimas de rabia. De nuevo quedaba claro cuál era el camino que debía seguir. La senda que no deseaba tomar, pero la única posible.

Durante las semanas siguientes, y con gran pesar en su corazón, Veren estuvo apalizando sin piedad a Veros. Demostrar a Lyre que era débil, que aún no estaba preparado; esa era la única forma de dejarlo fuera de la competición. Si su madre temía que Veros pudiese estropearse antes de haberle sacado provecho no lo presentaría a la competición, y el chico estaría fuera de peligro. Tan solo tenía que aguantar un poco más. Prácticamente cada día después de los entrenamientos, Lyre hacía llamar a Veren, y le amenazaba con arrancarle alguno de sus órganos internos o externos si volvía a maltratar a su hermano pequeño, pero con el torneo tan cerca, apenas se atrevía a tocarlo más allá de darle algún bofetón. Ya era bastante malo que sus dos hijos peleasen como perros, y ella no se podía permitir el lujo de dejar a su hijo trofeo marcado o herido tan cerca del torneo. Veros, por su parte, seguía sin entender el cambio de actitud de su hermano durante la instrucción. Las palabras de Venali retumbaban en su cabeza, aun así, se resistía a aceptar que Veren pudiese tenerle celos. Sin más, aceptaba con estoicismo cada golpe, intentando mejorar, e incluso en alguna ocasión había querido adivinar una expresión de culpa en el rostro de su hermano. Este, muy lejos del disfrute que sus hermanas creían que obtenía con aquella barbarie, se sentía miserable. Según recordaba, se había sentido de forma similar la primera vez que había competido, obligado a pelear con los suyos, a prevalecer fuesen cuales fuesen las circunstancias. Aun así, había hecho de tripas corazón, y estaba resuelto a acabar lo que había empezado.

Tan solo faltaban dos días para el torneo. Lyre empezaba a dudar si debía

presentar a su segundo hijo, pero seguía obedeciendo a la presión de sus hijas que, sedientas de fama y poder, le decían que debían convertirse en la familia más grande que jamás hubo en la isla, que los Kelsalor estaban predestinados a ser agraciados con dos Anar y que no podían dejar pasar esa oportunidad. Veros, hastiado y de pie en el patio bajo el sol de mediodía, esperaba a que su hermano comenzara el combate. Sabía lo que le esperaba, y no tenía ningún deseo de recibir más golpes. En su fuero interno anhelaba que las aguas volviesen a su cauce cuando toda aquella locura del torneo hubiese pasado. Veren, con gestos pesados, empezó la pelea. A su alrededor los soldados de la casa esperaban ansiosos. En secreto, habían estado apostando dónde recibiría hoy Veros el peor golpe. Vanya era hoy la encargada de vigilarlos, desde que las cosas se habían puesto tensas entre los dos hermanos, Lyre había resuelto que siempre una de sus hijas estuviese presente en los entrenamientos por si a alguno se le escapaba la situación. Veren adelantó una pierna, se impulsó hacia delante y movió ambos Kopesh con fuerza para golpear a su hermano en un movimiento de tijera. Veros, mucho más ágil, se escurrió hacia abajo y a su vez lanzó una patada a la pierna que Veren había mantenido atrás; el golpe hizo que el hermano mayor perdiese el equilibrio y cayese de costado sobre la tierra del patio. Sin dejarle un momento de respiro, Veros se puso de rodillas sobre él, y con ambos Kopesh descargó un golpe que dio de lleno en el hombro de Veren. Este no lo vio venir, era un movimiento sencillo que podría haber esquivado con facilidad, pero en la posición en la que estaba, no pudo ver las dos hojas de madera caer sobre él hasta que fue muy tarde: el golpe le hizo mella en la carne, y sintió una punzada de dolor insoportable sobre la clavícula. Empujando a Veros, que trastabilló por el empujón hasta caer sentado sobre sus talones, se lo quitó de encima y se incorporó, se llevó una mano sobre el hombro herido. Había sangre, y era posible que el hueso estuviese roto. El brazo le colgaba inerte al lado del cuerpo. Miró a Veros, sorprendido. El hermano pequeño dejó caer sus Kopesh al suelo.

—Espera, no quería... —comenzó a balbucir Veros.

Veren le miraba con ojos vacíos mientras intentaba cubrir la herida en el hombro con la otra mano. La sangre comenzó a salir aborbotones entre los dedos. El hermano mayor volvió a mirarse la herida al notar el líquido caliente resbalar hasta su muñeca. Apretando la mandíbula y entrecerrando los ojos en un gesto casi de locura, comenzó a caminar hacia Veros como un autómata.

—Veren, ¿qué vas a...? —Las palabras fueron muriendo poco a poco en su

garganta. La tenía seca por la ansiedad. El hermano mayor no contestó, no daba siquiera señales de haberle entendido.

Veren vio miedo en la cara de su hermano pero no era consciente de la ira que él desprendía en aquel momento. Veros alzó las manos en señal de tranquilidad, seguía intentado apaciguar a su hermano, pero este, fuera de sí, se acercó cerniéndose sobre él como una mole. No sabía muy bien qué iba a hacer, estaba movido por una furia ciega, si su brazo derecho hubiese estado bien quizás lo hubiese levantado en volandas para después lanzarlo bien lejos, pero antes de que llegase siquiera a tocarlo Vanya se interpuso entre ambos, cortándole el paso. No hizo nada más. Veren parpadeó al verla y como despertando de un sueño, fue consciente de que el brazo le ardía y de que un dolor relampagueante le subía por el lado derecho del cuello hasta la cabeza. Miró a Veros por encima del hombro de su hermana, él le observaba sorprendido, casi aterrado. Por un momento había perdido la cabeza, y la mirada que desprendían sus ojos advertía de que podría haber hecho cualquier locura.

—Ya te dije que no estaba listo —decía horas después Veren a su madre. Apretaba los dientes por el dolor mientras hablaba.

Lyre temblaba de rabia. Veren estaba sentado sobre una pila de almohadones en su habitación, a su lado y de rodillas, Venali estaba ya suturando la herida en su hombro. Veros observaba la escena apoyado en el marco de la puerta de entrada al dormitorio; tenía la angustia y la culpabilidad dibujadas en el rostro. Con los cuidados expertos de su hermana mayor, que había reparado los huesos rotos con pociones sanadoras y ungüentos, el dolor había aminorado, aun así, a Veren le costaba mover el brazo. Su madre le clavó una mirada ardiente de enfado. Veren sabía que andaba por terreno pantanoso, aun así, continuó hablando.

—En nombre de Arien'Glor, no está iniciado, no tiene tatuajes, tan solo una cara bonita y algo de técnica. Madre, si lo que quieres es dejarnos a todos en ridículo preséntale al torneo. Si no, déjame hacer lo que debo.

Lyre estaba hastiada, pero sabía que Veren tenía razón. Si quería sacar algo de provecho de su hijo pequeño tendría que esperar, ahora ya era tarde para lanzarlo a la arena sin más. Aun así, estaba furiosa, muy furiosa, no con Veros, si no con Veren. Se había dejado embaucar por sus celos y había relegado al hermano pequeño a un vergonzoso y segundo plano. Si el torneo no fuese a

ejecutarse en dos días habría estrangulado a Veren hasta que su rostro se hubiese puesto morado. Contoneando las caderas, echando hacia atrás su cabello tan rubio que ya era blanco, se acercó hasta Veren. Este se irguió esperando la reprimenda, siempre era así con su madre, pero Lyre no levantó la voz, tampoco le golpeó; se sentó a horcajadas sobre él, mirando fijamente la herida a medio cerrar que tenía en el hombro. Entonces extendió un dedo y, como si fuese una niña que juega con barro, lo metió en la carne abierta y empezó a hurgar. Hablando en voz baja, comenzó con una advertencia para Veren.

—No creas que no sé lo que pretendes. Todo esto es culpa tuya y de tus celos. —Siguió removiendo con el dedo entre la carne y el hueso, mirándole ahora a los ojos. Veren reprimía una mueca de dolor con los párpados cerrados y las cejas enarcadas. Una lágrima cayó rodando por su mejilla derecha, la que quedaba más cerca de su madre. Lyre se acercó aún más a él, casi pegando la boca a la oreja perlada de pendientes dorados, podía escuchar el rechinar de los dientes de su hijo, que aguantaba la tortura de forma estoica, y continuó siseando—. Tú ganas, por ahora, pero no creas que esta pequeña victoria te sabrá dulce algún día. Con este dolor que tú mismo te has provocado vas a tener que esforzarte el doble, ese será tu castigo.

Después se levantó con agilidad, e hizo un gesto a Venali para que siguiese curando al Anar.

—Vashti le ha preparado un baño —dijo Venali con la voz temblorosa a pesar de que intentaba disminuir el miedo y la excitación concentrándose en coser la herida con puntos pequeños y apretados—. Después le ayudaremos a relajarse.

—Dejadle en paz —sentenció Lyre. Les había dado la espalda y se dirigía ahora a Veros, en el otro lado de la estancia—. Puede bañarse solo, y ahora necesita descansar.

De nuevo contoneándose llegó hasta Veros, que atenazado por los remordimientos miraba fijamente a su hermano, esperando el momento en que todas las mujeres Kelsalor se hubiesen marchado de allí para implorarle perdón. Lyre vio aquellos sentimientos en los ojos de su hijo y sintió lástima. Lástima de haber dado a luz a lo que podría ser un gran Anar si prescindiese de aquellos impulsos, tal y como ella creía haber enseñado a Veren hacía ya mucho.

—Sal de aquí.

Esa orden fue lo único que Lyre dijo a su hijo pequeño aquella noche. Veros la miró de reojo, casi desafiante. Ella, aún con la mano empapada en la sangre de su hijo mayor, levantó el brazo y, chasqueando los dedos, salpicó de copiosas gotitas escarlata su cara. Este aspiró con fuerza y, contrariado, obedeció: salió de la habitación despacio, no sin antes dirigir a Veren, aún sentado con Venali trabajando en su hombro, una mirada de disculpa a la que este respondió con un leve gesto de cabeza y los ojos entrecerrados por el dolor.

Lyre salió detrás de él para verlo marchar. Mucho tiempo había dejado pasar para meterlo en vereda. Ahora sería muy difícil, pero lo conseguiría, por algo era la mujer más poderosa de la isla.

Veren permaneció encerrado en su habitación hasta el día del torneo. Para Veros habían sido dos días interminables. Una de sus hermanas se encargó de explicarle que no se presentaría a la competición y se sorprendió de que le importase tan poco. Su hermano no le había hablado apenas de lo que pasaría aquel día, pero sí era consciente de que era la forma en la que se organizaba la sociedad de la isla, y de que eso, y Veren, era lo que les había llevado a vivir en el faro. Llegado el día señalado todos estaban muy nerviosos. Mientras sus hermanas discutían en el salón principal cuál era el orden en el que debían desfilar por las calles de Arëmen, Lyre le ayudaba a vestirse por primera vez como un Anar.

A pesar de que aún no había probado los placeres de servir al dios dorado, Lyre pensó que sería bueno ir introduciéndole en lo que iba a ser su vida en el futuro. El primer paso sería anunciar a todos que su hijo menor pronto estaría disponible. Con visible emoción, le anudó la falda de seda a la cintura, y después le puso sobre los hombros la capa de seda roja que había hecho tejer especialmente para él en el barrio de los artesanos. Estaba cubriéndole bien para que nadie pudiese notar que aún no tenía sus tatuajes cuando entró Veren en el salón abalconado. Todos lo miraron en silencio.

Inmediatamente, Veren buscó a su hermano con la mirada; sabía que su madre no esperaría mucho más, pero le sorprendió ver tan pronto a Veros ataviado con la capa carmesí de Anar. A simple vista, no había ni rastro de la herida en la clavícula que lo había tenido en reposo, Venali había hecho un excelente trabajo en pocos días. Veren avanzó un poco hacia sus hermanas, con calma, los rayos de sol le acariciaron la piel clara haciendo relucir sus intrincados tatuajes con destellos dorados y cobrizos. Aquel día Veren no llevaba su habitual atuendo de Anar. Iba vestido con unos pantalones de cuero marrón con grebas en las pantorrillas y los muslos fileteadas en oro. A la cintura, de un cinto del mismo color y ornamento, colgaban sus dos kopesh, pero no los de madera que usaban para entrenar, sino dos kopesh auténticos bañados en oro; dos obras de artesanía con grabados de su dios, Arien'Glor, y sus sacerdotisas en comunión. Llevaba también unas muñequeras que le llegaban hasta el codo, y en lugar de ir cubierto con su capa roja, tenía el torso amarrado por un arnés que circundaba la parte superior del pecho, hasta su

hombro derecho, y se anudaba debajo de una hombrera también de cuero marrón cubriendo la clavícula herida. Todas aprobaron el atuendo, en especial porque la hombrera protegería el hombro ante cualquier golpe que pudiese reabrir el desgarro. Hoy era un día emocionante, y todas sabían lo que estaba en juego. A Veros le sorprendió especialmente ver a su hermano ataviado con las botas, pues era la primera vez que lo veía con los pies cubiertos.

La comitiva de la familia Kelsalor avanzaba orgullosa por las calles de Arëmen con Veren tomando del brazo a su madre en cabeza. Inmediatamente detrás de ellos iba Veros, vestido de Anar, arropado por sus cuatro hermanas ataviadas con ligeros vestidos de seda carmesí que ondeaban al viento dejando al descubierto sus esbeltas piernas. Venali le llevaba del brazo, y tras ellos una ristra de soldados y sirvientas que les escoltarían hasta el templo de Arien'Glor. Era allí donde se celebraría el torneo. No era necesario participar en la competición para convertirse en Anar, una madre podía designar a su hijo Anar en el momento que creyese oportuno, y siempre que hubiese pasado el rito de iniciación, pero sí era cierto que los Anar más reputados eran los que se batían en duelo aquel día. Normalmente, todas las casas que poseían uno lo empujaban a competir en el torneo. No eran duelos a muerte, pero sí podían acabar mal. El mismo Veren había matado a algunos de sus adversarios durante otras pugnas. Si durante el combate una madre percibía que su hijo podía estar en peligro de muerte, o lo que era peor, podía quedar desfigurado o herido, tenía el derecho de detener el duelo a fin de que no estropeasen a su Anar.

Tras un buen rato caminando, dejándose ver por todos entre vítores y alabanzas, la familia Kelsalor llegó al coliseo que era el templo de Arien'Glor. El resto de familias ya estaba esperando allí, en el gran arco de piedra roja que daba paso al interior. Todos los Anar que iban a tomar parte en el ritual llevaban atuendos similares al de Veren. El templo era una construcción circular y alta, de al menos unos diez pisos, en el centro se encontraba la arena, donde se celebraban los ritos importantes, como el torneo de hoy, y las iniciaciones de los nuevos Anar. Alrededor de la arena se habían dispuesto gradas en los estratos superiores y, más abajo, cerca de esta, estaban los palcos de las casas más poderosas de la isla. En el interior del templo vivían las sacerdotisas y se acogía ahora a los Anar que iban a batirse en duelo para que estuviesen tranquilos y preparados. Una elfa de sol vieja y arrugada, menuda pero digna, se acercó con paso seguro hasta Veren y Lyre, que se habían detenido a escasos metros de la puerta de entrada y del resto de

familias.

—Esa es la gran sacerdotisa de Arien'Glor —susurró Venali en el oído de Veros—. Lo ha sido durante más de un milenio. Se dice que es la elfa de Sol más longeva de...

Pero Veros no prestaba atención a nadie. Escrutó las caras de los elfos que había allí: algunos chicos de quince o dieciséis años como él, otros más mayores, quizás más que Veren, y también algunos niños. En concreto le llamó la atención un pequeño Anar, no tendría más de diez años.

—Ese es Loden Meldor. —La voz en susurros de Venali le sacó de su ensimismamiento. No había pasado por alto la curiosidad que todo aquello despertaba en su hermano.

—Es un niño pequeño —respondió Veros contrariado, mirándola a los ojos de forma inquisitiva.

—No —replicó Venali segura de sí misma—. Es un Anar.

Veros nunca había estado seguro de lo que significaba ser un Anar, pero empezaba a dudar de que fuese algo bueno. Todos los Anar allí presentes tendrían que batirse en duelo, era la tradición. Alguna familia que se creía con posibilidades desafiaba a la del Primer Anar, en este caso los Darieth a los Kelsalor; la familia que recibía el desafío no podía negarse, entonces, el resto de familias se sumaban al reto, y de ahí nacía la competición. En el día señalado se reunían todos en el templo, y los Anar se enfrentaban en duelos de a dos, hasta que solo quedase uno en pie. Según le había contado su hermana, Veren había sido el último hombre en pie en todos los torneos en los que había participado. La leyenda de su hermano mayor era lo que más admiraba Veros de él. Veren lo sabía. Sabía que desde niño su hermano había idealizado el combate, y ahora, además de los nervios y el nímio dolor que aún sentía en el hombro, le angustiaba que Veros le descubriese como una bestia sin corazón y dejase de amarle.

La suma sacerdotisa se situó frente a Veren, que la miró con su habitual falta de emociones. Recitó una breve salmodia y, después, separándolo del brazo de Lyre, lo tomó para que la acompañase al interior del templo. Una vez hubieron entrado, las demás sacerdotisas tomaron al resto de los Anar, al menos una treintena, y los llevaron al interior tras ellos. Los demás se apresuraron a entrar cuando la comitiva de Anar y sacerdotisas hubo desaparecido. Nadie quería perder detalle. Lyre, paciente, esperó a que todos

estuvieran dentro y después envió a Venali con un par de sirvientas a merodear por el edificio, para que pudiese estar pendiente de Veren por si necesitaba algo entre combate y combate. Tranquila, tomó a Veros del brazo y junto al resto de sus hijas se dirigió a buscar su palco.

Hacía un par de horas que habían comenzado los combates y todavía no le había tocado el turno a Veren. Veros esperaba ansioso que su hermano saliese a la arena. Algunas casas menores se habían enfrentado entre ellas; a un chico le habían roto la mano, pero no se produjo ningún incidente más grave. El público aullaba y animaba con entusiasmo a sus respectivos campeones. Lyre y el resto de sus hijas e hijos estaban sentados en su palco, disfrutando con cada encuentro y apostando para ver quién sería el vencedor. A mitad de la tarde ya quedarían pocos combatientes y la cosa se pondría más interesante. Se abrieron las puertas de la arena para dar salida a un nuevo par de Anar, y el estadio enmudeció. Con el corazón en un puño, Veros esperó ver salir a su hermano, se levantó de su asiento y se asomó para tener mejor vista del patio al que salían los dos elfos de sol. Pero no vio a Veren, sino a uno de los chicos de su edad, que salía a la arena carcomido por el temor, y en el otro lado, a Levos Darieth. Decepcionado, Veros volvió a su asiento.

—Es de Adamar —oyó que decía su madre maliciosa—. Creo que su casa apenas tiene tres habitaciones. Pobre Levos, no va a tener ocasión de lucirse.

Y sus hermanas respondieron con una risotada que recorrió todo el estadio.

Unos palcos más allá, Nueleth Darieth, la matriarca de la familia Darieth, las acribilló con una mirada ofendida. El combate comenzó, y efectivamente Levos no tendría ocasión de lucirse. El de Adamar lanzó una estocada directa con sus dos kopesh, Levos la esquivó con un golpe bajo, y cuando el chico pasó por su lado le propinó una patada en las pantorrillas que lo tiró al suelo. Todos rieron. Veros entendió que el Anar de Adamar estaba nervioso, desconcentrado, pero que, aun así, Levos era mucho más rápido y el joven tenía las de perder. Tras un par de desastrosos movimientos más, el chico volvió a quedar en ridículo. Lyre pensó en lo avergonzada que estaría la madre de la familia Adamar. Aburrido, Levos hizo un gesto cómico poniendo los brazos en cruz que enfervoreció aún más a los espectadores —toda la ciudad estaba allí presente—, después ejecutó un quiebro sencillo pero rápido y acabó con ambos kopesh alrededor del cuello de su contrincante. Muchas madres habían detenido combates aquel día, una de ellas, al ver que su hijo podía perder un brazo, se levantó y gritó «basta», pero en esta ocasión no hubo

grito. Levos tampoco lo esperó, si él hiciese un ridículo tan espantoso como había hecho aquel chico, su madre querría verlo muerto, así que apoyando una hoja sobre otra, las deslizó sobre el cuello de su oponente, que cayó al suelo sin vida, con un gran tajo carmesí en la base de la garganta. Acto seguido, Levos se dirigió a su madre, sentada en uno de los palcos bajos, y la saludó lanzándole un beso. Esta se levantó de su asiento y se dirigió a la barandilla, las gradas aplaudieron con fuerza. Desde allí, Nueleth lanzó a Lyre una mirada desafiante. Ahora las Kelsalor sabían hasta dónde estaba dispuesta a llegar su rival.

Veros no vio nada de aquello, se había quedado mirando la arena y cómo la sangre escarlata del chico se iba extendiendo formando un amplio charco. No sabía que algo así podía pasar durante el torneo. Estaba convencido de que tan solo sería una demostración de fuerza, pero ahora veía aquel cuerpo sin vida y sentía náuseas. «¿Y Veren?». Se preguntaba qué haría su hermano. Recordó por un instante la mirada enloquecida que había visto en su cara el día que le golpeó en el hombro, el miedo que le dio aquella sensación de que Veren podría hacer cualquier cosa, y volvió a sentir aquella desazón. Temía por Veren, sí, pero temía más por quien tuviera que enfrentarse a él.

Unos cuatro combates después le tocó el turno a Veren. Salió a la arena, con su pelo al viento, el rostro bien alto y aquellas líneas doradas perfilando su torso, brazos y pómulos. El clamor de la gente fue unánime. No se habían quedado callados como con el Darieth, los elfos de la isla admiraban a Veren porque sabían que siempre daba un buen espectáculo. Por el otro lado salió un Anar también bien formado con sus kopesh en las manos. Era mucho más bajo, pero muy robusto, llevaba la melena a un lado, y sus tatuajes eran menos brillantes que los de Veren.

—Kodan —dijo Viessa emocionada.

—¿Lo conocéis? —preguntó Veros a su hermana, estaba ansioso.

Viessa asintió mirándole, Veros esperaba alguna otra respuesta, pero el combate dio comienzo, y no pudo más que prestar atención al patio. El Anar de Kodan resultó ser un digno adversario. Veren tardó en descubrir sus puntos débiles, y cada vez que levantaba el kopesh en su mano derecha, por encima del hombro, sentía una punzada de dolor. No podía prolongar mucho la lucha o se resentiría. Aprovechó un fallo en la defensa de su rival para lanzarse al suelo y de una estocada tocar la pierna del Kodan. Se dio bastante impulso, así que cuando la hoja llegó hasta el cuero del pantalón de su rival, no se detuvo

ahí, cortó el cuero, y además el filo dorado del kopesh segó también la piel y la carne de la pierna, y se detuvo impactando en el hueso. Veren se puso de rodillas con rapidez, quedando frente a su enemigo preparado para dar un segundo golpe, pero el otro Anar aulló de dolor; tirado en el suelo, se cubrió la herida con las manos intentando detener la sangre que salía a borbotones por el corte. La hermana mayor de los Kodan gritó para detener el combate, y Veren, que no había hecho ademán de atacar de nuevo, suspiró aliviado por no tener que acabar el trabajo. Se levantó y miró al palco de su familia. Veros le saludó con timidez alzando la mano, él se permitió el lujo de dedicarle una media sonrisa.

Cuando el sol empezó a descender apenas quedaban combates pendientes. Veren, con gran destreza, había dado buena cuenta de todos y cada uno de sus contrincantes. Estaba claro que los últimos en enfrentarse serían él y Levos, y eso preocupaba a Veros. Quizás los otros no lo hubiesen notado, pero para él, que tan bien lo conocía, era evidente que su hermano mayor tenía problemas con el brazo derecho. El asco y la culpabilidad lo carcomían; si algo le pasaba por causa de aquello, Veros simplemente enloquecería, bajaría a la arena y acabaría con quien hubiese hecho daño a su hermano.

De nuevo se abrieron las puertas, y un Veren menos altivo apareció por ellas. En efecto, le dolía el hombro, había tenido que esforzarse más de lo habitual y a causa de eso se encontraba cansado. Con un gesto que intentó que fuese cordial, saludó a su hermano. Veros pensó que iba a vomitar por los nervios, aunque Veren había querido disimular le encontraba cansado y decaído. Volvieron a abrirse las puertas dando entrada a Loden Meldor, el niño pequeño en el que Veros se había fijado a su llegada. A pesar de ser un niño y, además, algo menudo, se había descubierto como un gran contrincante. Si estaba allí era porque había ganado todos los combates, y ahora salía desafiante a pelear contra Veren, que medía el doble que él. Veren le miró directamente, sopesando las posibilidades que tenía por delante. No quería hacer daño a un niño, recordaba el miedo y los nervios que le habían atenazado cuando participó por primera vez en el torneo, no mucho más mayor que el crío que tenía enfrente. Intentaría que el combate fuese rápido y lo más suave posible.

Entonces, todo comenzó. El pequeño Loden aprovechó la ventaja de su tamaño frente a la mole que tenía delante y, rodeando sus piernas, dio un par de estocadas bien dirigidas. Veren tuvo problemas para esquivarlo. Poco a

poco fueron tomando un ritmo rápido, poco cómodo para Veren, que tenía serias dificultades para mantener a su adversario al frente. Intentó un par de veces golpearle desde arriba, pero el renacuajo se escurría como un pez. Veren se retenía pues no quería darle ningún golpe demasiado brusco y hacerle daño de verdad. Loden Meldor lanzó entonces un golpe ascendente que obligó a Veren a echarse hacia atrás y protegerse la cara con el brazo derecho. Un terrible pinchazo de dolor en la clavícula le provocó una mueca. Loden adivinó que, de alguna manera, Veren tenía problemas con aquel brazo y decidió aprovecharlo. El combate no estaba claro; el pequeño había conseguido desestabilizarle y el primer Anar comenzaba a pelear retenido. Entonces Loden vio su oportunidad; valiéndose de su tamaño, se coló por debajo de las piernas abiertas de Veren y le propinó codazo en la entepierna. Veren, cuan alto era, cayó de rodillas sobre la arena soltando sus kopesh, y el niño, sin pensarlo dos veces, se incorporó y descargó un golpe con ambas hojas en el hombro que sospechaba herido. Veren vio venir sus intenciones y se movió a la izquierda, lo que le permitió esquivar parte del impacto, aun así, notó cómo el hueso volvía a resquebrajarse a pesar de que la hombrera solo mostraba un par de hendiduras. El dolor fue insoportable y le entumeció un lado de la cara. Un velo de roja ira cayó sobre él. Y dejó de pensar. Tan solo movido por la furia, se abalanzó sobre el niño Meldor, que al verle venir sobre él como un animal salvaje gritó de terror. Veren, poseído, lo agarró por el cuello. El niño asustado soltó sus kopesh y, con ambas manos, intentó liberarse de aquellas garras de acero. La madre Meldor en su tribuna se levantó para detener el combate, pero llegó demasiado tarde. Con un rápido movimiento de muñecas, Veren movió adelante y atrás el cuello del niño Meldor, que se rompió como una ramita. La madre, al ver a su hijo colgando inerte como un muñeco de trapo de las manos de aquella mole sañosa, gritó desesperada. Entonces, Veren salió de su trance, dándose cuenta de que había perdido la cabeza y había actuado como un demente.

Poco a poco, dejó el cuerpo del pequeño sobre la arena, y salió de allí con la cabeza baja, haciendo esfuerzos para no echarse a llorar mientras todos le vitoreaban. Lyre observó satisfecha cómo las hijas de la Meldor ayudaban a su madre, rota por el dolor, a salir del palco, arropándola e intentado calmarla.

Veros no podía creer lo que acababa de pasar. Ese no era su hermano, el que él había amado e idolatrado desde niño. Sintió cómo se formaba una bola amarga en su estómago y tuvo que hacerse a un lado para no vomitar en los pies de sus hermanas.

Ya casi era de noche cuando llegó la hora del último combate. Venali subió a sentarse junto a su familia en el palco, ya no necesitaba vigilar más; dentro de unos minutos todo habría acabado. Las sacerdotisas del templo encendieron antorchas para dar algo más de claridad a la arena. Tal y como todos habían imaginado, Levos y Veren serían los últimos en enfrentarse. Levos salió a la arena y parecía tan fresco como si fuese aún por la mañana. En cambio, Veren presentaba unas enormes ojeras y su pecho subía y bajaba despacio, intentando acompañar la respiración. Estaba cansado, pero lo peor era el dolor que sentía en el hombro: lo tenía atenazado como una mordedura. Notaba el brazo entumecido, y dudaba de que pudiese hacer mucho con él. Miró al palco, su madre le devolvió una mirada nerviosa, pero cuando posó su vista en Veros, este le esquivó. Aquel gesto le dolió más que el hombro.

Veren sabía que la cara del niño Meldor, muerto entre sus manos, le acosaría durante meses en sus sueños a partir de ese día, pero no sabía cómo afectaría a la relación con su hermano y eso era lo que realmente le aterrorizaba. Por un segundo pensó en dejarse ganar. En rendirse y olvidar todo aquello, que Levos le matase si era lo que quería. Pero, entonces, volvió a mirar a Veros, sentado con la mirada fija en el suelo, con su nueva capa de Anar sobre la cabeza. ¿Qué vida le quedaría a él si Veren desaparecía? No podía dejarse vencer, pero el combate tendría que ser rápido. Dudaba de que pudiese mantenerse en pie mucho más tiempo. La gran sacerdotisa anunció que de allí saldría como vencedor el nuevo Primer Anar de la isla, y poco después se hizo un silencio sepulcral en el coliseo. El verdadero combate daba comienzo.

Levos, con movimientos rápidos y bien medidos acosaba sin descanso a Veren, que se defendía a duras penas con gestos pesados y lentos. Tras desviar una finta de Levos que a punto estuvo de darle en las costillas, consiguió quitárselo de encima lanzándole una patada a la rodilla izquierda. Aquello le dio un respiro. Necesitaba pensar una estrategia y salir rápido de allí. Intentó levantar los hombros para hacer crujir su espalda, quería disipar el dolor, pero fue peor todavía. Un relámpago le recorrió el brazo derecho, así que, hastiado, decidió dejar caer su kopesh derecho al suelo. Apenas podía mantenerlo en alto, así que decidió deshacerse del peso del arma. Al liberar su brazo herido notó un mínimo alivio. Levos rió, creyéndole derrotado, y se lanzó de nuevo hacia él. Balanceándose con el brazo libre, Veren puso una rodilla en tierra, lo que le permitió asestar un golpe desde abajo, así que, mientras Levos tenía los brazos en alto para descargar sus kopesh sobre Veren,

este le rajó desde la axila derecha hasta la izquierda. No era un tajo profundo, pero sí obligó a Levos a detener el ataque y retroceder ante la quemazón. Rápidamente, Veren se puso de pie detrás de él, y lanzando de nuevo un puntapié hizo que cayese de bruces al suelo; aprovechando su indefensión, agarró el kopesh con ambas manos, lo levantó con esfuerzo sobre su cabeza y se lanzó hacia la espalda de Levos. Este oyó la estampida e intentó rodar para esquivar el golpe, consiguió ponerse panza arriba, aun así, Veren cayó sobre él, clavando con fuerza el kopesh en el suelo de tierra. Ambos elfos se miraron con odio. Estaban muy cerca el uno del otro; Levos en el suelo y Veren sobre él. Levos, desesperado, lamentándose por haber infravalorado a su adversario, le propinó dos golpes en las costillas con los mangos de sus kopesh, que aún tenía cogidos con fuerza. Veren gruñó de dolor, pero no se retiró. Con su único kopesh golpeó a Levos en la sien con el pomo, dejándole aturdido, y sin quitarse de encima volvió a levantar los brazos sobre su cabeza, esta vez sí, para asestar el último golpe.

—¡Suficiente!

El grito se oyó en todo el estadio. Veren se detuvo en seco al oír la orden, y Levos se le quedó mirando fijamente con los ojos muy abiertos. La punta del kopesh de Veren estaba suspendida sobre su entrecejo, apenas a unos centímetros de distancia. Había sido la madre Darieth quien había gritado. La casa Darieth se rendía. Toda la confluencia se levantó vitoreando al vencedor. Veren, con dificultad, se quitó de encima de su adversario y se sentó en el suelo, cogiendo con su brazo bueno el del hombro herido, intentado mitigar el dolor. Con los ojos cerrados, dirigió su rostro al cielo, dando las gracias porque aquello hubiese terminado.

Entre aclamaciones y loas, la gran sacerdotisa anunció que la casa Kelsalor volvía a ser la que poseía al Primer Anar de la ciudad: Veren Kelsalor. Este, al oír su nombre, se levantó de forma mecánica y cuando estuvo en pie advirtió que Levos seguía en el suelo. Sin pensar extendió su mano izquierda, prestándole ayuda para levantarse, pero airado, Levos la apartó de un manotazo. Alguien desde las gradas comenzó a lanzar monedas doradas a la arena, como ofrenda para el Primer Anar. Poco a poco todos los que estaban en los palcos bajos se sumaron al acto. Con pasos lentos, arrastrando los pies y bajo una lluvia de monedas de oro, Veren se dirigió al palco de su familia. Saludó a su madre levantado el brazo sano, esta le devolvió el saludo, ufana, de nuevo no podía estar más orgullosa de su hijo.

Los soldados de la casa Kelsalor salieron para escoltar a Veren hasta dentro.

Apenas hubo cruzado las puertas sintió cómo su cuerpo desfallecía. Una vez estuvo en el interior del templo, a salvo de la vista de los curiosos, se permitió desmayarse por fin mientras los soldados de su casa lo llevaban en volandas.

12

Tzar se despertó a la salida del alba y, tras arreglarse, salió a ensillar su caballo. Pensaba pasar todo el día fuera del castillo. Lo necesitaba. La discusión con su madre había hecho mella en su ánimo, y no tenía ganas de ver a nadie en lo que restaba de día. Llegó al establo cubriéndose con una pesada capa de lana, comenzaba a hacer frío a aquellas horas. Se dirigía al cubil de su montura, un semental de color negro carbón, cuando pasó por delante de la caballeriza de los caballos reales. Faltaba el de la reina Eloen. No se preocupó y siguió delante sin darle más vueltas, debían estar herrándolo o preparándolo para algo. Ensilló y salió cabalgando cubierta con su capa al frío de la mañana.

No regresó a la ciudad hasta que empezó a oscurecer. Había pasado el día investigando por aquí y por allá, vagando por el bosque de Miraren, y no había pensado más en el caballo desaparecido de la reina. Entró en la ciudad todavía montada por uno de los puentes laterales, y tras avanzar unos minutos comenzó a sentir que algo no iba bien. Patrullas de soldados iban de aquí para allá, mirando en todos los rincones, buscando algo o a alguien. Apenas había llegado a la plaza del mercado cuando un soldado de palacio salió en su encuentro.

—Princesa —dijo el elfo de porte militar cuadrándose ante Tzar—, algo ha ocurrido, debéis voler a casa, os esperan.

—¿Cómo que se ha marchado?

Tzar estaba perpleja. No podía creer lo que acababan de decirle. Sontar, Delvan y algunos consejeros reunidos en el salón principal la miraban con la esperanza de que ella supiese algo más. Tras su reacción, entendieron que ella también estaba tan desorientada como ellos.

—La reina Eloen debió marcharse anoche —dijo la dama de compañía de la reina. La pequeña Meriel la tomaba de la mano, y miraba a todos en silencio—. Fui a atender al bebé y ya no estaba en la habitación. Esta mañana tampoco la pude encontrar.

—En cuanto se nos informó nos pusimos a buscarla, pero ya era tarde. —Delvan se acercó a Tzar unos pasos, con gesto preocupado—. Hemos estado

tras su pista todo el día, parece que se fue sola, y a estas horas ya debe estar muy lejos.

—Ha sido culpa mía —dijo Tzar llevándose las manos a la cabeza—. Esta mañana en el establo, vi que su caballo no estaba, debí...

—Hija, no ha sido culpa de nadie. —La cortó Sontar, que hablaba por primera vez—. Tu madre llevaba alterada algún tiempo, nadie podría haber predicho lo que iba a pasar.

Pero Tzar ya no escuchaba, estaba sopesando las posibilidades. Dando la espalda a todos, se puso a pensar. «No debí contrariarla. Debí callar y obedecer, que es lo que se supone que hace una buena hija».

Una buena hija.

Todo lo contrario de lo que ella había sido. Todos los sabían. En breve todos la culparían, todos conocerían que su actitud y sus malas formas habían hecho huir a Eloen. ¿Qué clase de reina se podía esperar que fuera si no era capaz ni de contentar a su madre?

Todavía con su mente divagando, Tzar habló sin mirar a nadie.

—Debo ir a buscarla.

—No —sentenció Sontar.

—¿Pero no lo entiendes?! —gritó Tzar con los ojos anegados por las lágrimas—. ¡Se ha marchado por mi culpa! Nosotras discutimos, y yo le dije cosas horribles.

Miró a Delvan, pero la vergüenza la obligó a desviar la mirada. Él también se sintió incómodo.

—No sabes dónde está —insistió el rey—. Nadie lo sabe. Que tú vayas a buscarla sería una locura.

—Pero yo... —balbuceó Tzar, buscando excusas con las que convencerle.

—No irás. Es mi última palabra —la cortó su padre.

Tzar se echó a llorar. Delvan, como había hecho con ella cuando era una niña, se acercó a la elfa y la abrazó intentado consolarla. Al principio ella respondió al contacto, pero de forma repentina, aunque con suavidad, se lo quitó de encima escurriéndose a un lado. Delvan esbozó un gesto triste. Esta era una más de las cosas que le demostraban Tzar ya no era una niña; su niña. Para el rey Sontar tampoco pasó inadvertida esta situación.

Horas después, ya bien entrada la noche, Delvan estaba solo en una de las almenas del palacio. La majestuosidad y la hermosura de la ciudad violeta jamás dejarían de fascinarle, daba igual si llevaba viviendo allí quince años o toda una vida. Desde allí podía ver los tenues fanales que alumbraban las calles, con enrevesados detalles florales, impregnando las paredes de piedra blanca con su cálida luz. Era una noche tranquila, y el río que atravesaba la ciudad y la plagaba de puentes y canales discurría por su cauce con paso sereno. El medio elfo estaba tan sumido en sus pensamientos, tan absorto por la belleza que lo rodeaba, que no advirtió que alguien se acercaba por su espalda. No fue hasta que se acomodó a su lado en la almena, cuando se dio cuenta de que el propio rey Sontar había acudido a acompañarle. Delvan se irguió y le saludó con una pequeña reverencia. El rey alzó la mano conminándole a la calma, y le invitó a que volviese a apoyar los codos sobre la piedra, uniéndose a él.

—Es la edad —dijo el rey, mirando también embelesado su ciudad. Delvan sabía bien a qué se refería—. Es un momento difícil, pero se le pasará.

Aquello no tranquilizaba al medio elfo, que se limitó a asentir lentamente mientras asimilaba las palabras de su rey.

—¿Sabéis? Esa chiquilla pelea como una loba —respondió Delvan—. Sabe montar, sabe rastrear, y puede desenvolverse en el mundo mejor que muchos hombres que conozco. Además, es testaruda como una mula, si dice que sería capaz de encontrar a la dama Eloen, yo no lo dudaría ni por un segundo.

Sontar soltó una suave risa sin separar los labios. Sabía a dónde Delvan quería llegar. Entendía que la situación era difícil para ambos.

—Aunque le concedas todos los caprichos que se le antojen no la harás cambiar —apostilló el rey, muy consciente de lo que estaba diciendo.

—No quiero darle caprichos. —Delvan se separó del muro y miró con firmeza a su futuro suegro—. Quiero que sea feliz.

El rey asintió complacido. No solo porque la respuesta del medio elfo fuese la adecuada, sino porque, bajo su criterio, acababa de comprobar que había elegido bien para el futuro de hija.

En Arëmen, las fiestas de los Kelsalor eran ya conocidas por su opulencia y despilfarro, y esta vez, sabiendo que celebraban que Veren volvía a ser Primer Anar, era un acontecimiento que nadie quería perderse. Veren tardó un par de días en parecer recuperado de nuevo, y durante aquel tiempo, las hermanas Kelsalor estuvieron preparando la celebración. Todo aquel que era alguien en la isla había sido invitado, incluyendo los Darieth. Las cocinas trabajaban a destajo preparando manjares y viandas, y las sirvientas limpiaban sobre limpio para que nadie pudiese encontrar una pega a la casa. Todos daban lo mejor de sí, pues aquella noche todo tenía que salir perfecto.

Veren, en la soledad de su dormitorio, se revisaba el hombro frente a la plancha de oro bruñido que usaba como espejo, apenas le dolía ya. Al volver a casa del torneo, Venali tuvo que volver a abrirle la herida y hurgar en los huesos de su clavícula de nuevo. Recordaba poco de aquello, ya que había tenido fiebre, y al llegar al faro había salido de su desmayo encontrándose mareado. Tenía algunas imágenes vagas del hermoso rostro de su hermana y sus dedos como patas de araña trabajando sobre el hombro herido; el cabello rubio le caía en cascada y olía a sangre y sudor. Al día siguiente se despertó en su cama con el cálido y desnudo cuerpo de Venali pegado al suyo, y no se sorprendió, pues su hermana era despótica, tomaba lo que deseaba cuando quería, y no era la primera vez que se aprovechaba de él estando enfermo y con la guardia baja. Además, era normal que sus hermanas quisieran celebrar la victoria, así que una vez más se cubriría con aquella máscara de soberbia y se dejaría hacer. No había otra alternativa. A quien no había podido ver todavía era a Veros. No se había atrevido a ir en su búsqueda todavía, recordaba su semblante dolido durante el torneo y temía que pudiese recriminarle cualquiera de las muchas cosas horribles que había hecho aquel día.

El corte, limpio esta vez, estaba prácticamente curado. Venali le desagradaba, pero tenía que reconocer que como curandera era admirable. Estaba absorto en estos pensamientos, cuando su hermano entró en la habitación con decisión y sin su acostumbrada alegría. Veren tuvo la amarga certeza de que sus sospechas iban a confirmarse en breve. El chico se sentó en una pila de almohadones situada a cierta distancia del tocador. Veren,

nervioso, le miró intentado sonreír de forma amigable a través del espejo. La expresión de Veros no cambió.

—Madre dice que debo darte la enhorabuena —dijo con sequedad. Veren notó cómo un nudo empezaba a formarse en su estómago. No dijo nada, tan solo siguió examinándose el hombro—. ¿No vas a decir nada? —le reprochó Veros. Sentado en los almohadones adelantó el cuerpo, esperando una respuesta de su hermano. Estaba enfadado y no podía ocultarlo—. No sé. Entiendo que no me explicases nada del torneo si no ibas a dejar que yo participara, y casi te lo agradezco. Me pareció repugnante.

Veren suspiró con profundidad. Sabía que Veros tenía razón, debió haberle explicado más acerca del torneo y de su sociedad en general. Se dio la vuelta para mirarle y se encogió de hombros, quería hablar con él, pero era incapaz de encontrar las palabras adecuadas; había estado tanto tiempo recluido en sí mismo, protegiéndose, que había olvidado cómo se hacía aquello de crear lazos. Dio unos pasos y estuvo a punto de sentarse junto a Veros en los almohadones, pero este, al verlo llegar, se levantó de sopetón.

—No vengas ahora con ese aire de «aquí no pasa nada» —le espetó Veros. Apretaba los puños con fuerza, temblaba por la rabia—. ¿Cómo pudiste hacer algo así? No era más que un niño.

Veren volvió a suspirar. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y los antebrazos sobre las rodillas. Durante unos segundos estuvo pensando qué decir, pero las palabras formaban un nudo en su garganta.

Veros seguía mirándole, esperando una respuesta.

—Es lo que hay —dijo sin más. Lo dijo sin pensar, queriendo sacudirse aquella situación de encima, pero cuando lo hubo dicho esperó que a Veros no le hubiese sonado tan horrible como había sonado para él.

Veros con los brazos en jarras, asintió con vehemencia.

Es lo que hay.

No había querido creer lo que sus hermanas contaban de Veren, pero ahora veía que era cierto. Que era lo que había.

—Venali me advirtió sobre ti. —El enfado no había pasado, pero ahora hablaba en voz baja. Lloraba sin ocultar sus lágrimas—. No había querido creerla, pero ahora entiendo qué es lo que hay.

Veren presenció con los músculos agarrotados cómo su mundo se venía abajo. Lo que más había temido, perder el cariño de su hermano, por fin había

sucedido. Mirándole fijamente apretó los dientes. Quería saltar sobre él, abrazarle y confesarle toda la verdad, que se sentía despreciable, que su presencia era como un bálsamo, que él no era como todos habían sentenciado, y que los remordimientos por haber asesinado a Loden Meldor le perseguirían durante el resto de su vida. Pero aún con aquella necesidad oprimiéndole el corazón, no hizo nada.

Se quedó sentado en los almohadones, masticando su odio, mientras Veros salía a toda prisa de la habitación. Cuando estuvo solo, agarró uno de los almohadones de seda y mientras lo presionaba con fuerza contra su rostro, gritó hasta rasgarse las entrañas intentando expulsar algo de la tristeza y la frustración que lo anegaban.

Aquella noche se celebró la fiesta. Comitivas de todas las casas invitadas habían estado llegando durante toda la tarde y ahora se encontraban todos en la gran terraza del faro, festejando las glorias de la casa Kelsalor. Sirvientas de la familia, elfas de sol y de otras razas más exóticas, iban deambulando por aquí y por allá repartiendo comida y bebida sin miramientos. Además de Veren y Veros, había Anar de otras casas presentes, aunque ellos dos eran los únicos que iban con la cabeza descubierta, ya que estaban en su propia casa. Ambos se habían peinado, perfumando y acicalado con numerosas joyas. Sus hermanas, por su parte, también vestían sus mejores galas; sus escasos vestidos de seda brillaban por encima de cualquier luz en la sala.

Veren y Veros, después de la discusión mantenida aquella mañana no habían vuelto a hablar. Veros andaba taciturno del brazo de su madre, que lo exhibía como a una pieza de competición, las madres y elfas de sol invitadas que tenían ocasión lo tocaban, explorando sus bíceps, su torso desnudo e incluso sus piernas por debajo de su falda de Anar. Veros aceptaba el contacto sin rechistar, pero de vez en cuando buscaba con la mirada desesperada a Veren, quien iba de mano en mano por la sala, recibiendo felicitaciones y parabienes por parte de los invitados. Era el centro de atención, todos querían acercarse a él.

En un momento en el que Lyre se alejó un poco, Veren se deshizo de los invitados engorrosos y se acercó hasta él. Era evidente que Veros seguía enfadado, pero agradeció el gesto de su hermano.

—En cuanto estén un poco más ebrios —dijo Veren sin mirarle a la cara, disimulando ante todos los invitados—, sal de aquí y vete a tu cuarto.

—Madre también dice que me tienes celos —contestó Veros airado, con cada nuevo gesto de su hermano mayor se confirmaba alguna de las advertencias que había recibido sobre él—. ¿Es por eso por lo que quieres que me vaya?

—En cuanto puedas. —Ahora sí le miraba a la cara, le tomó con fuerza por el brazo y le obligó a mirarle también. La expresión suplicante en su cara asustó a Veros—. Lárgate.

Y, sin más, se separó de su hermano.

Al fondo, una mujer horonda con el pelo recogido en una coleta alta hacía aspavientos para que se le acercase. Veros vio a su hermano alejarse. Jamás hubiese pensado que su actitud con él durante todos estos años estuviese motivada por los celos, pero, desde luego, ahora estaba claro. Veros llegó a la conclusión de que Veren quería todo aquel lujo y atenciones solo para sí mismo.

La fiesta continuó de la misma forma; la gente fue bebiendo y comiendo sin medida mientras se iban desinhibiendo. En un momento dado, Lyre dejó solo a Veros para ir a parlamentar con la madre Darieth, tenían mucho de lo que hablar, y este pensó que era el momento de marcharse con discreción.

Aquí y allá la gente reía estrepitosamente, gritaba y hablaba en voz alta. Los cuerpos comenzaban a enredarse unos con otros confundándose en un frenesí alcohólico. Veros se dispuso a salir por el pasillo, pero al hacerlo se encontró de bruces con Viessa y Vashti en un recodo del amplio pasillo. Estaban con uno de los Anar venido de otra casa, de la familia Dorn, creía recordar que había dicho su madre. Vashti estaba a su lado, frotándose lascivamente contra el cuerpo musculado del elfo, que estaba recostado sobre un aparador situado contra la pared, mientras Viessa le remangaba la falda para subirse a horcajadas encima de él. Los tres reían y parecían disfrutar.

Veros, azorado, dio media vuelta y volvió a entrar en el salón. Con ojos de niño perdido buscó a Veren entre aquella marabunta orgiástica. A pesar de todo, no había perdido la esperanza de que lo sacase de allí y tenía que reconocer que empezaba a arrepentirse de no haber tomado en consideración su advertencia de huir al dormitorio. La madre rechoncha que antes había interrumpido la conversación con su hermano saltó sobre él desde atrás, colgándose de su espalda y lamiéndole la oreja. Todo el vello de su cuerpo se puso de punta. Con asco se revolvió y se la sacudió de encima.

—Eh..., ¿qué es lo que pasa? —preguntó la madre, ebria de vino, entre balbuceos alcohólicos.

Entonces Venali acudió en su rescate.

—Ven hermano —dijo tomándole de la mano y alejándole un poco del tumulto—. Vanya y yo vamos a hacerte un regalo.

Venali parecía tranquila, caminaba contoneando las caderas, y aunque Veros agradecía su intervención, seguía buscando con ojos frenéticos a Veren. Este no aparecía por ningún lado.

Momentos antes, la negociación entre Lyre y Nueleth Darieth había terminado. Lyre pidió a su hijo mayor que enseñase a Nueleth su dormitorio, ronroneando, le dijo que fuese amable con ella y la atendiese en todo lo que la matrona necesitase. Según había dicho la propia Lyre, regalar a Nueleth un tiempo ameno con Veren sería una muestra de buena fe de los Kelsalor hacia los Darieth, para dejar claro que no había rencor. Veren no dijo nada, sabía que no podía negarse. La matrona, por su parte, había estado con él antes y ni siquiera dudó en aceptar. Abandonaron el gran salón, ella ufana y excitada, y él pidiendo al cielo que no le ocurriese nada a su hermano, a quien había perdido de vista.

Venali hizo que Veros se sentase en un taburete bajo. Le ordenó que se quedase muy quieto. Vanya trajo una vela encendida, y de un estuche sacó unas agujas largas y finas. Tomó una y le dio otra a su hermana.

—Podríamos empezar por los pezones —dijo Venali fingiendo dudas, en realidad la expresión asustada que compuso su hermano al oír aquello la divertía sobremanera.

—¡No! —contestó Vanya riendo—. Si Veren ve que le has hecho pendientes en las tetillas como los que le hicimos a él se va a volver loco de celos. Vamos a concederle eso al menos.

Ambas rieron divertidas. Veros empezó a sospechar qué era lo que iba a pasar, y, ahora sí, lamentó profundamente no haber hecho caso a su hermano mayor.

—Bien, entonces empezaremos por las orejas —resolvió Venali, acercando la aguja a la llama de la vela. La calentó al rojo vivo y después, con cuidado, tomó la oreja puntiaguda de su hermano y muy despacio comenzó a introducir el metal candente en el cartílago. Veros notó la quemazón, e instintivamente apartó la cabeza con un gesto brusco. Venali se quedó

mirándole con una sonrisa sorprendida en el rostro, y Vanya le soltó un manotazo en la nuca.

—¡Quédate quieto! —exclamó Vanya. Veros la miró dolido. Aun así, obedeció. Sabía que no se debía oponer a las mujeres de la casa.

Divertida, Venali comenzó a horadar de nuevo la oreja de su hermano con la aguja al rojo vivo. Este sería el primero de los muchos agujeros que pensaban regalarle esa noche.

Lyre, desde su diván de terciopelo rojo y patas doradas, presenció toda la escena. Ella no participaba activamente en la bacanal, todavía. Pensativa, se lamentó para sus adentros, segura de que Veren jamás se habría apartado de aquella forma. Desde luego, su hijo pequeño era mucho más impulsivo e independiente que Veren, medido y obediente. Aunque recordaba que no siempre había sido así. De nuevo volvió a sentirse furiosa con él por haberla engañado con respecto a la crianza de Veros. Si se le hubiese introducido desde pequeño en su religión y su cultura, tal y como hizo con su hijo mayor, ahora no tendría ese problema. Porque, desde luego, Veros empezaba a ser un problema. Tan inocente y tan puro, le sería difícil adaptarse a la vida que le tocaba llevar. Al menos Lyre no era estúpida y sabía que tenía que maniobrar con cuidado. Debía encontrar la forma de doblegar a Veros para que se plegase a los deseos y necesidades de la casa. «Si pude con Veren, sin duda alguna podré con Veros», se dijo una vez más.

Ella encontraría la forma.

Habían pasado ya casi tres semanas de la desaparición de la reina Eloen cuando llegaron a Carith. Tzar, junto a cuatro de los mejores guardias reales y Godal, habían salido al día siguiente en su búsqueda. Nadie parecía saber dónde estaba, pero tras anunciar que le permitiría ir en pos de su madre, el rey Sontar había abrazado a su hija, susurrándole al oído una palabra: Unarith.

Tzar había oído hablar de aquel lugar; era una ciudad élfica, y se encontraba mucho más lejos de lo que la chica podía imaginar. Entendió que su padre le estaba dando una pista, facilitándole así la tarea. Antes de su salida, y con el nombre de Unarith en mente, Tzar investigó en mapas antiguos y nuevos cual sería la mejor ruta para llegar a aquel lugar tan remoto. No sabía si aquella pista era una certeza o una intuición de su padre, pero pensaba aferrarse a ella. Tras horas estudiando mapas junto a Delvan y Alan, los tres convinieron que la ruta más rápida sería por mar. Si la reina se dirigía allí, Tzar podría tomarle ventaja surcando los mares y esperarla en la ciudad para después escoltarla de vuelta a casa. Era un plan sencillo. Pasaría por Bergia, lugar donde vivía el rey hombre de la saga de los Claridge, después por Nosian, ciudad minera enana, y por último llegaría a Carith, ciudad de pescadores y mercaderes de todas las razas, donde tomaría un barco que la llevaría cerca de Unarith. Delvan transmitió los planes a su futuro suegro, y este se encargó de enviar misivas advirtiendo del inminente paso de su primogénita por estas ciudades, el viaje le llevaría más de dos lunas.

Cuando Delvan vio partir a los emisarios respiró tranquilo, consciente de que ya poco más podía hacer para ayudar a Tzar en esa aventura. Era la primera empresa de Tzar, y Delvan hubiese querido acompañarla, pero pensó que quizás estando un tiempo separado de ella podría considerar mejor su situación, echarla de menos y así aprender a apreciarla como mujer y no como niña. Además, sus tareas en la guardia habían ido tomando cada vez más relevancia, y un hombre con su rango, que además sería Rey algún día, ya no podía permitirse el lujo de desaparecer durante tanto tiempo. Aun así, pidió a su mejor amigo que la acompañase, que la guardase, la vigilase, y la devolviese a casa sana y salva. El pelirrojo había aceptado sin pensarlo dos veces, a su manera, también se sentía responsable de la pequeña elfa.

Tras cuatro días a caballo llegaron a su primer destino. No pudieron ver

mucho de Bergia, una patrulla les estaba esperando en el camino de acceso, y los escoltó directamente al castillo. Aun así, al pasar por sus calles estrechas y empedradas, Tzar pudo observar lo diferente que era esa ciudad de la suya. Mientras Miraren era tranquila, de anchas avenidas y formas armoniosas, siempre en comunión con la naturaleza, Bergia se alzaba apiñada, de piedra gris y metal oxidado; sus calles en continua ebullición estaban plagadas de animales, cestos y cajas amontonados, y parecía que la limpieza no era una de las prioridades de sus ciudadanos. Godal bromeó con que cada ciudad mostraba el espíritu de sus habitantes, y a Tzar no le pareció descabellado. El joven rey Erwin les atendió lo mejor posible, incluso dio una cena en su honor. Disfrutaron de una buena compañía y excelente trato, pero partieron al día siguiente, pues Tzar no quería demorarse en su tarea. A la princesa elfa los hombres le parecieron seres curiosos; siempre afanados, siempre empeñados en vivir su vida de forma clamorosa. Podría haberlo entendido mejor si hubiese sido consciente de lo cortas que eran las vidas de los hombres comparadas con las de los elfos.

Lo mismo les ocurrió en Nosian. Después de haber estado cabalgando durante más de una semana, durmiendo a la intemperie, cazando para alimentarse, y disfrutando de la libertad que les daba la aventura, al llegar a la ciudad enana fueron conducidos de inmediato al interior de la fortaleza bajo tierra. Este lugar, de nuevo tan diferente a los que había conocido, a pesar de estar construido con grandes estructuras megalíticas y dura piedra de granito, no consiguió cautivar a Tzar, que pasó la noche pensando que había que estar loco para dormir escondido bajo tierra, tan lejos de la luz de las estrellas. Al día siguiente, cuando salieron de los túneles y el viento de la mañana les golpeó con fuerza en el rostro, se sintieron agradecidos por estar de nuevo bajo el amparo del cielo protector y no de una bóveda de piedra. No tenían nada que reprochar a la hospitalidad de los enanos, quienes les atendieron y les aprovisionaron para el resto del camino hasta Carith, pero los seis se sintieron reconfortados de estar de nuevo en vereda.

Tras más de ocho días a caballo llegaron por fin a la ciudad portuaria. Habían ido paulatinamente desplazándose al sur, con lo que el tiempo había mejorado en gran medida. Tzar llevaba su capa de lana arremangada a la espalda, con la capucha completamente echada hacia atrás. Se había desabrochado el jubón verde hoja, y por la abertura se podía entrever el coselete de cuero negro a juego con sus pantalones, ambos adornados con intrincados gravados e inscripciones élficas. Godal esbozó una sonrisa,

pensando para sus adentros que quizás Delvan debería haberlos acompañado, nada tenía que ver la niña que ambos habían conocido con la mujer que se sentaba ahora orgullosa sobre su caballo, tan regia que ni el polvo del camino había conseguido deslucir el brillo de sus cabellos castaños.

La ciudad de Carith se les antojaba laberíntica, con sus barrios poco definidos, parecía que las casas se amontonaban unas sobre otras, unidas por puentes volanderos que cruzaban las calles desde lo alto, sin estructura alguna aparente. Cerca del puerto las casas comenzaron a ser más bajas, de una o dos plantas, apuntaladas con firmes columnas de madera. Empezaba a anochecer, buscarían una posada allí y mañana irían a buscar el barco que les llevaría hasta el otro lado de la gran Ocrera. Godal encontró un sitio al que llamó *decente* —Tzar no sabía qué quería decir eso exactamente—, y alquiló habitaciones para los seis. Una para él y los guardias, y otra solo para ella.

Una vez sola en su habitación intentó arreglarse un poco, no había llevado consigo más que un par de mudas, siempre ropa cómoda para el camino, y estando en aquel pequeño cuartucho de paredes de madera echó de menos los baños de palacio, en los que una princesa podía bañarse en perfumes y flores. Arreglándose el pelo con los dedos se miró en el pequeño espejo que había colgado de la pared. «Tampoco está tan mal». Sí era cierto que las comodidades de palacio se extrañaban cuando no estaban al alcance, pero esas semanas vagando por los caminos se había sentido viva. Quizás, y solo por algún tiempo, podría prescindir de los lujos de palacio a cambio de unos días de aventura.

Vestida con sus ropas de cuero, prescindiendo del jubón de lana, bajó a la planta baja, donde se encontraba la taberna. El resto de sus compañeros la esperaban para cenar. Godal, cerveza en mano, advirtió cómo Tzar bajaba por las estrechas escaleras que daban paso a la taberna. Nada más aparecer varios de los rufianes que se encontraban en el local advirtieron su presencia también. Una elfa, aunque fuese una menuda como ella, siempre llamaba la atención en un lugar como aquel. Godal pensó que debería habérselo advertido, pero estaba acostumbrado a tratarla como una niña y no como una mujer, y ni siquiera se le pasó por la mente que aquello podría pasar. Tzar, con sus pantalones de cuero negro ceñidos y el coselete, también de piel, que no solo dejaba al descubierto sus brazos, sino que marcaba cada una de las curvas de su cuerpo, entró en el local buscando a Godal y los suyos con la mirada. El pelirrojo, azorado, se levantó con rapidez y apartando a un par de

gañanes en su camino llegó hasta Tzar, la tomó por el brazo y la llevó hasta su mesa.

El local estaba repleto de gente, aquí y allá había timbas de cartas; hombres riendo y bramando, derramando cerveza sin miramientos. Las camareras, además de servir las mesas, tenían que pelear contra los borrachos que deseaban investigar bajo sus enaguas, y en uno de los rincones tres hombrecitos muy pequeños tocaban una melodía animada con unos instrumentos que la chica no había visto nunca. Cenaron entre risas y anécdotas; los seis se hallaban contagiados por el buen ambiente del lugar. Por primera vez Tzar probó la cerveza y después de la segunda jarra le pareció que podría beber aquel líquido por el resto de su vida. Hacia el final de la velada, Godal, quien ya tenía el rostro casi igual de colorado que su pelo por efecto de la cerveza, se encariñó con una de aquellas camareras y esta pareció corresponderle. Así que uno de los guardias acompañó a la princesa a su habitación. Un poco turbado se ofreció para hacer una guardia junto a ella, pero ella declinó la oferta entre risas sin saber muy bien a qué se refería.

Al día siguiente a todos les dolía la cabeza. Uno de los guardias lo achacó a la *maldita* cerveza de los hombres, según dijo, un brebaje que solo los seres de más bajos instintos debían beber. En cuanto aquellas palabras salieron por su boca, todos se echaron a reír divertidos con su fastidio. Godal, con cara de haber librado mil batallas, pero semblante feliz, explicó a Tzar que aquello se llamaba resaca, y la advirtió de que era lo que tendría a menudo si seguía bebiendo cerveza. Poco después de media mañana llegaron al puerto. Allí se separaron en grupos de a dos, creyendo que al buscar por separado les sería más fácil encontrar un barco a buen precio.

—¿Estáis locos? —les espetó el tercer capitán al que Tzar y Godal consultaron—. Nadie os llevará navegando en esa dirección. No al menos en estos días.

—¡Venga, amigo! —replicó Godal hastiado—. ¿Qué os pasa a todos? ¿No hay un solo marinero de verdad en estos puertos?

El capitán le devolvió una mirada furibunda, dejó lo que estaba haciendo y bajó a la plataforma de madera donde se encontraban los dos compañeros. Tzar, al verle venir, pensó que el hombre se había ofendido y buscaba pelea, e instintivamente llevó ambas manos a la empuñadura de su florete, que colgaba del cinturón de cuero. Godal, consciente de que había tensado demasiado el hilo de la conversación, levantó ambas manos y le dedicó una sonrisa

bobalicona al capitán.

—Mira, imbécil —comenzó a decir cuando ya estaba a la altura de ellos dos—. Para ir en esa dirección la única ruta posible es a través del mar Carley y, además, pasando muy cerca del abismo de Calnora. Ningún hombre en su sano juicio quiere dejarse caer por aquel hervidero de rayos, truenos y olas de treinta metros. ¿Lo entiendes?

Godal asintió sin cambiar el semblante, empezaba a entender por qué todos se habían negado a llevarles.

—Habéis dicho: «No, al menos en estos días» —interrumpió Tzar a los dos hombres—. ¿A qué os réferis?

—A que hay un par de días cada cierto tiempo en los que sí se puede pasar —contestó el hombre de mala gana. No dirigió a la elfa ni un pestaño.

—¿Cuándo son esos días? —preguntó Tzar ansiosa, aquel hombre y su actitud odiosa comenzaban a fastidiarla.

—Quizás dentro de un año y medio, puede que de dos —respondió el capitán encogiéndose de hombros.

—No podemos esperar tanto —sentenció Tzar—. Necesitamos ir ahora. Pagaremos el doble, si no el triple. Poned vuestro precio.

En el rostro del marinero se dibujó una sonrisa desdeñosa. Según él, aquella chiquilla elfa no tenía autoridad para decir aquellas estupideces. Miró a Godal, que esta vez sí había cambiado el gesto y le miró asintiendo con aire serio.

—Estáis locos, ¡fuera de aquí!

El capitán les dio la espalda y volvió a sus quehaceres, Godal y Tzar se alejaron en silencio.

No había ido mejor para los otros. Ninguno había sido capaz de encontrar un barco que les llevase en aquella dirección. Habían pasado todo el día preguntando aquí y allá, y en todos lados o bien les echaron a patadas o les hicieron burla. Derrotados convinieron volver a la taberna y pensar un plan alternativo.

El ambiente en aquel lugar era el mismo de la noche anterior, pero ellos ya no se dejaron contagiar. El no haber encontrado un barco hundió todos sus ánimos. Ronroneante, la camarera que había estado tonteando la otra noche con Godal, se acercó a él con rostro pícaro. Se inclinó sobre el pelirrojo y le

dio un intenso beso en los labios, este la apartó con suavidad y la mandó a por más cerveza dándole una sonora palmada en el trasero. Tzar le miró ruborizada, nunca lo había visto actuar de aquella manera. Godal se encogió de hombros, divertido.

Tzar y Godal discutieron durante la cena. Ella pensaba que debían seguir buscando y él se inclinaba más por volver por donde habían venido. Aun así, pudieron llegar a un acuerdo, y ambos decidieron que lo mejor sería enviar a uno de los soldados de vuelta para informar del contratiempo mientras el resto seguía la línea de costa buscando en cada puerto un barco que accediese a llevarles. Era la opción más rápida. Se disponían ya a retirarse cuando un enano robusto los detuvo.

—Dicen que ofrecéis mucho dinero por cruzar el Carley —dijo mientras se sentaba a la mesa con los seis compañeros. El aspecto del enano era extraño, llevaba el pelo y la barba muy cortos, tenía la piel morena por el sol y apergaminada por el salitre. Era, sin duda, un lobo de mar. Habló y se quedó esperando una respuesta del grupo de elfos.

Tzar y Godal se miraron, ella con recobradas esperanzas, y él dubitativo. Después de todo, parecía que sí tendrían quien les llevase. Intentando contener el entusiasmo, Tzar habló:

—Poned vuestro precio.

Los primeros días de travesía fueron tranquilos. Una vez estuvieron en el puerto, Tzar pidió a Godal que fuese él quien fuese a informar al bosque de Miraren. La princesa había interpretado su preocupación como el ansia de volver al hogar, y había decidido concederle aquel deseo a su amigo. Tras prometerle que se las apañarían bien, Godal habló con el capitán enano, quien le juró sobre la tumba de su barbuda madre que pasaba por aquella ruta al menos una vez cada luna, y que tenía la situación bajo control. Con una sensación agridulce, Godal se despidió del resto de la compañía desde el puerto, viéndolos zarpar en el Adrall, un navío con no muchos metros de eslora, pero robusto. Estar en medio de la inmensidad del mar, con el agua oscura rodeándolos por los cuatro costados, no era muy del agrado de la guardia de Tzar, pero ella pronto se descubrió disfrutando de la brisa marina, aprendiendo de los marinos el funcionamiento de esto o de aquello. Sentir el viento en su cara mientras surcaban a toda vela las aguas del Carley le parecía lo más próximo a estar volando por los cielos a lomos de un caballo de

madera. Según dijo el capitán enano, en cinco días habrían pasado bordeando el abismo Calnora, allí el viaje sería algo más movido y, entonces, ya solo les quedarían tres o cuatro jornadas de apacible navegación.

Tzar pronto descubrió que aquella expresión que su capitán había usado para describir el viaje por aquel paso del demonio se trataba del eufemismo más grande jamás utilizado. Una vez hubieron llegado al linde con el abismo, el cielo se tiñó de un gris plomizo, de vez en cuando iluminado por las ráfagas de los rayos que caían sin descanso sobre las aguas. El mar, embravecido, azotaba airoso el Adrall, haciéndolo oscilar como si se tratase de una hoja a merced del viento. Estaban todos en cubierta cuando comenzó a llover. Al principio era solo una fina llovizna, pero paulatinamente se fue convirtiendo en un espeso manto de agua que apenas les permitía tener los ojos abiertos. Las olas ya eran tan altas como el propio barco, y se descargaban pesadas sobre la cubierta, arrasando con todo lo que no hubiese sido amarrado a los mástiles. El barco comenzó a ladearse, y Tzar sintió verdadero terror al ver que su cuerpo cedía al poder de la gravedad y era arrastrado hacia el mar oscuro. El soldado que la había acompañado noches antes a su habitación en la posada la agarró con fuerza por la cintura con una mano, mientras que con la otra se aferraba a la barandilla del barco. Ella agradeció la ayuda, y volvió a sentirse una niña asustada. Todo aquel poder con el que se había ido envistiendo a lo largo del viaje había desaparecido de un plumazo. El capitán enano andaba eufórico por la cubierta, exhortando a sus hombres a seguir firmes, a no desfallecer ante los elementos.

—¡Eh, tu! Maldita sea, ¡Coge un cabo y comienza a asegurar la carga, esto parece una olla hiviendo! —el capitán enano hablaba a voz en grito dando tumbos por cubierta. Una enorme ola se estrelló desde las alturas contra las tablas del suelo una vez más. El enano se movió un poco para esquivarla y se encontró de pleno con la princesa elfa y sus soldados, arrinconados contra unas cajas amarradas por una enorme red. Tenía un brillo maniaco en la mirada cuando vio a Tzar, de nuevo tan pequeña, abrazada con fuerza a su guardián, estaba completamente empapada y tiritaba al ritmo que marcaban los truenos.

—Chiquilla, será mejor que bajéis a la bodega y os atéis fuerte a algo, —Recomendó al grupo de elfos de Miraren.

—¡Pensaba que lo tenías todo bajo control! —Espetó Tzar apretando la mandíbula, estaba calada hasta los huesos. En aquel momento nada parecía

funcionar como debía sobre el Adrall.

—Bueno... Sí... O no... —Comenzó a balbucir el capitán enano. Soltó una risotada nerviosa. —Con las prisas, pues verás... Esta parte del viaje va a ser más movida de lo que pensaba. ¡Obedeced e id abajo! Es posible que este viejo cascarón vaya a mecerse más de lo esperado.

Mientras bajaban los escalones de madera, Tzar tuvo la certeza de que había sido una necia por haber confiado en un loco.

El guardia no la soltó en ningún momento, estuvo sentado a su lado, apretándola contra él en cada nueva embestida de las olas. El horizonte dentro del barco iba virando enloquecido, y todos sentían náuseas. Había goteras, algunas bastante copiosas, y entonces el barco acusó un gran golpe. Todos cayeron rodando contra una de las paredes laterales.

Tzar se golpeó en la cabeza. Su vista se nubló y perdió el sentido de la realidad, justo a tiempo para no ser testigo de cómo el barco crujía, moribundo, para después partirse en dos, poco a poco, como si estuviese hecho de papel.

Tenía el pelo húmedo y sucio como una cortina frente a los ojos. Una intensa luminaria la deslumbró. «¿Qué es esa luz?» Sin cambiar de posición, parpadeó intentado adaptar sus pupilas a la nueva claridad. El horizonte estaba mal, había cambiado de dirección y ahora era vertical. Intentó recordar dónde estaba, pero no lograba acordarse. Hizo amago de mover la cabeza y una punzada de dolor le recorrió el cuello y la espalda. Estaba de bruces sobre el suelo con el rostro ladeado.

«¿Cuánto tiempo llevo aquí?», se preguntó. A juzgar por los pinchazos que recibía ahora por todo el cuerpo, debía de haber sido bastante.

Cuando consiguió mover la cabeza se encontró frente a frente con el suelo. Tosió. Notaba los pulmones anegados y tras un fuerte estertor pensó que iba a vomitar. Intentó mover las manos, impulsarse para separarse un poco del suelo que le oprimía la nariz contra la cara, pero sus brazos no respondieron. «No voy a poder moverme nunca más», se lamentó asustada. Entre toses, por su boca salió toda el agua salada que podía contener un océano. Poco a poco, sus extremidades fueron respondiendo, y con mucho esfuerzo consiguió darse la vuelta hasta quedar de cara al cielo.

«Mucho mejor».

Notaba el cuerpo pegajoso, y tenía la boca llena de una tierra fina que crujía como si fuese migas de cristal. Cerró los ojos de nuevo, pues la luz era intensa e insoportable. Extendiendo las manos palpó alrededor, intentado ubicarse. El tacto de la tierra de aquel lugar era suave y cálido, era como estar durmiendo en una cama con sábanas de seda. Nunca había conocido una tierra con aquella textura. «¿Dónde demonios estoy?». Tragó saliva, tenía la boca seca y al hacerlo oyó un sonoro plop, sus oídos se destaponaron, y pudo notar el líquido caliente goteando desde su oreja y por sus lóbulos hasta el suelo. El graznido espasmódico de algún pájaro le llegó desde la lejanía, junto a él, también llegó el sonido arrullador del mar.

Entonces todos los recuerdos de su travesía en el mar aparecieron en su mente de sopetón. El olor a salitre, las olas golpeando con fuerza el barco, y el capitán enano agarrándose con fuerza a un madero a la deriva. ¿Lo había soñado? Por un momento creyó que sí, que seguía en casa; no había habido

barco, ni tormenta, ni excursión a caballo. Aún desorientada, abrió los ojos e intentó incorporarse. Tenía todo el cuerpo entumecido, pero la cabeza era lo que más le dolía.

Sí, ahora estaba segura: habían naufragado. Se llevó las manos a la sien derecha, que era donde notaba las palpitaciones de dolor, y con gestos pesados logró sentarse en el suelo. Parecía que tenía una brecha en aquel lugar, algunos rasguños aquí y allá, pero nada más serio. De todas formas, no era aquello lo que más le preocupaba. Según entendía, y por los libros que había leído en la biblioteca de casa, se encontraba en una playa. Su capa, su florete, una bota y su mochila de viaje habían desaparecido. Tzar se daba cuenta, por fin, de que estaba sola en medio de aquel lugar desconocido, sin rastro de sus cosas o de los cuatro guardias que la acompañaban en el viaje.

Los dos mariscadores habían estado en la playa, hurgando en la arena, desde antes de que saliese el sol. La cosecha había sido buena, ambos iban cargados con sendos grandes sacos de red repletos de almejas. Eran padre e hijo, y aunque el elfo más mayor podría haber seguido trabajando mucho más, a media tarde el joven estaba harto ya de andar con el lomo agachado removiendo la fina arena de la playa. El océano, de un color turquesa brillante, les bañaba los pies descalzos y, aunque había pasado el calor más intenso del medio día, ambos sudaban con el torso descubierto y el saco a hombros. El chico consiguió convencer a su padre de que con lo que llevaban a costas podrían ganar un buen dinero, y según arguyó, las almejas seguirían esperando bajo la arena hasta el día siguiente. Así que ambos caminaban por la línea de la playa, hundiendo sus pies a cada paso en la fina y blanca arena, divagando sobre la cantidad de oro que iban a recibir por la pesca de aquel día.

—Mira, ¿qué es eso? —dijo el hijo señalando hacia la lejanía—. ¿Es una especie de animal?

Frente a ellos, varios metros más adelante, un bulto de pelo oscuro y menudo estaba muy quieto sobre la arena. Si no fuera porque no podía ser, ambos habrían dicho que se trataba de un elfo, o una elfa, pero no había nadie con aquel color de pelo tan oscuro en toda la isla; aquel ser era algo extraño. Cautelosos, se acercaron hasta aquello y, para su sorpresa, sí resultó ser una elfa: una chica.

Tzar dio gracias al cielo cuando vio a los dos hombres acercarse. No sabía

si eran hombres o elfos, pero le daba igual, solo quería saber a dónde había ido a parar, y dónde podrían estar sus acompañantes si es que habían llegado allí como ella. Estaba medio cegada por el sol, así que no pudo ver las miradas perplejas que aquellos dos elfos extraños se dirigían. A Tzar le costaba enfocar la vista, para ella todo en aquella playa refulgía: la blanca arena, el mar y su espuma, el astro rey ya bajo en el cielo, y aquellos dos elfos cuyo color de pelo era de un rubio tan claro que casi era blanco. Aturdida, sin apreciar esos detalles, con los ojos entrecerrados intentó acercarse a ellos gateando. Con voz ronca habló dando las gracias, pero aquellos dos, al oírlo, se quedaron aún más perplejos de lo que estaban: nadie en Arëmen hablaba en aquella lengua incomprensible.

—*Rehta* —volvió a balbucir la elfa en su idioma.

Padre e hijo se miraron incrédulos. No era solo que no la entendían, es que jamás habían visto una elfa como aquella: menuda, con el pelo oscuro y los ojos de color verde intenso.

—¿Qué es? —preguntó de nuevo el hijo a su padre, este estudiaba a la joven con determinación.

—Creo que es una elfa de Ocrera —dijo el padre dubitativo. No estaba seguro, pero en los días en los que se podía negociar con extranjeros en el puerto había visto más seres con aquellos colores en el pelo. Aquella le parecía la explicación más plausible.

—¿Una elfa de Ocrera? —inquirió el joven estupefacto. Había oído hablar de aquellos seres, pero no creía que fuesen reales—. ¿Y cómo ha llegado hasta aquí? ¿Estás seguro? ¿Qué vamos a hacer con ella?

El padre alzó la mano para que el joven elfo guardase silencio. Necesitaba analizar la situación.

—¿*Tu'ux ximbal*? —El elfo que parecía más joven habló directamente mirando a Tzar. Lo hizo muy despacio, intentando vocalizar cada letra, pero la chica no pudo entender nada. La cabeza empezaba a darle vueltas, y el pánico poco a poco la iba atenazando, pues era posible que estuviese mucho más lejos de lo que había pensado en un principio.

—¿*Tu'ux ximbal*?! —volvió a preguntar aquel extraño elfo de cabellos claros. Esta vez se acercó un poco más a ella, levantando la voz.

Cuando lo tuvo cerca Tzar se fijó en sus ojos, de un azul tan claro que era casi blanco también. Tuvo miedo y se apartó de él, encogiéndose un poco.

—No te entiende —sentenció el padre—. Tenemos que avisar a alguien.

—No —respondió el hijo, decidido, mientras se erguía de nuevo—. La llevaremos al faro. He oído que los Kelsalor tienen esclavos de muchas razas. Seguro que nos darán algo por ella.

Al caminar por las calles de aquel lugar, Tzar se dio cuenta de que realmente no estaba en ningún sitio del que hubiese oído hablar antes. Todo aquello le parecía un sueño, y, de hecho, aún no estaba segura de si estaba delirando o no. Había sido imposible entenderse con los dos extraños elfos que fueron a socorrerla. Intentó hablarles, pero en algún momento estos se cansaron de escucharla y la levantaron de la tierra. Mientras el joven cargaba aquellos extraños sacos llenos de lo que a Tzar le parecían piedras, el mayor la tomó por la cintura y la llevó prácticamente a rastras, ayudándola a caminar a pesar de su pésimo estado. Tzar estaba mareada, y aunque no entendía una palabra de lo que decían, quería pensar que iban a ayudarla.

Las calles de la ciudad por la que caminaban le parecían fantásticas. Jamás había visto edificaciones como aquellas: casas de paredes inclinadas, más anchas en la base, que se estrechaban en la parte alta, lo que las hacía parecer altas torres; tejados de color rojo sangre, brillantes y limpios, con dos, cuatro, y a veces incluso seis inclinaciones; casas de planta redonda, triangular, hexagonal, todas ellas preñadas de balcones y terrazas. No había un patrón definido, pero todas tenían algo en común: la opulencia. No había casa que no estuviese adornada por ricas verjas doradas con motivos marinos o florares, esculturas en las fachadas recamadas en oro, y bajorrelieves de dioses y ceremonias extrañas. Caminaron durante lo que a Tzar le pareció una eternidad, despertando la curiosidad de todos los habitantes de la isla que, temerosos, se asomaban a las ventanas y a las puertas, mirando a los dos mariscadores del barrio de los pescadores avanzar por las calles con la cabeza bien alta y con aquella extraña joven bajo el brazo. La elfa pensó que debía estar soñando, pues todos cuantos veía tenían el pelo de aquel color que nunca antes había visto.

En cuanto aquel curioso trío llegó a la puerta del faro, solicitaron hablar con la madre de la casa. Eran conscientes de que sería difícil en principio, pero sabían que en cuanto viesen lo que traían les dejarían entrar sin problemas. Tras explicar a los guardias sus intenciones, uno de ellos fue a buscar a alguna de las mujeres de la casa, y poco después apareció acompañando a Vanya. Esta miró en silencio a la elfa de cabellos castaños y, después, con un gesto ordenó a los guardias que dejaran entrar a los

mariscadores con su captura. Las doradas verjas del patio delantero se abrieron como dos enormes fauces. Cautelosos, los dos elfos y la joven entraron tras Vanya.

Tzar, definitivamente, pensó que aquello no podía ser real. La torre que se alzaba majestuosa frente a ella, completamente bañada en oro, no podía estar construida por la mano de ningún elfo, hombre o enano. El patio que la rodeaba se disponía en bancales, delimitados por grandes hileras de piedra blanca y lisa. A la entrada del faro, a cada lado de la puerta de entrada, se encontraban dos esculturas en oro macizo de dos elfas mirando al cielo que medían más de tres metros. Entraron por el enorme portón, y los recibió una gran escalinata, que parecía ascender en espiral hasta la parte más alta de la torre. La balaustrada era una fina talla que imitaba las olas del mar. Tzar estuvo a punto de desfallecer dos veces. Una sirvienta se acercó corriendo respondiendo a una orden de la elfa que les había recibido y, con esfuerzo, se llevó los sacos que el elfo joven llevaba consigo. Este pudo tomarla también por la cintura, desde el otro lado, y la ayudó a subir. La anfitriona de aquella casa también tenía el cabello y los ojos del mismo color que el resto de habitantes de la isla, pero a diferencia de estos, aquella elfa iba peinada con multitud de adornos en el pelo. Además, su ropa, una fina túnica de color ocre, era de una seda tan fina que se acoplaba a su cuerpo como una segunda piel. La túnica tenía aberturas en la falda que dejaban entrever sus piernas torneadas y la parte delantera del vestido se anudaba al cuello, dejando al descubierto toda la espalda. Tzar la miró caminar con la cabeza bien alta por delante de ellos. «¿Qué demonios lleva puesto? Anda demasiado altiva para ir vestida de esa forma». Ninguna elfa digna llevaría una ropa tan provocativa en Miraren. Cuando ya pensaba que no podría subir más escaleras, llegaron hasta la parte alta del faro.

Vanya estaba emocionada, aquella elfa era algo único, y estaba segura de que su madre celebraría su buen juicio al haberla llevado frente a ella. Si la tomaban como esclava, de nuevo la familia Kelsalor tendría algo que nadie más tenía en la isla, y aquello siempre ponía de buen humor a Lyre. Avanzaron unos metros por un pasillo ancho, y tras atravesar un gran portón de dos hojas, aparecieron en una terraza grande y despejada. El suelo estaba cubierto por alfombras. El tejado estaba suspendido sobre sus cabezas, apuntalado por enormes columnas ofídicas entrelazadas con la balaustrada de la terraza, como si enormes zarcillos dorados les intentasen envolver en un abrazo. En cada abertura dejada por las columnas había cortinas brocadas en tonos rojizos. La

mayoría estaban descorridas dejando entrar la mortecina luz del sol de la tarde. Tzar no había visto jamás tal despliegue de opulencia. En cuanto entraron en la terraza, el elfo más mayor la soltó y se adelantó. Había más de aquellos elfos extraños allí fuera. En el centro de la sala, había un diván de patas doradas y forrado en terciopelo rojo sangre, y sobre él, estaba recostada una elfa que parecía más mayor que el resto. A pesar de eso, era hermosa y llevaba un vestido rojo que hacía que sus rasgos brillasen incluso más que su pelo. Alrededor de la mujer se encontraban otras tres elfas y, a un lado, algo más apartados, pudo ver a dos elfos. Tzar los miró y se le encogió el corazón, si no acabase de sobrevivir a un naufragio, hasta se habría ruborizado. Uno de ellos era más alto y corpulento, y el otro algo más bajo, pero sus rostros se parecían mucho. Tzar pensó que jamás había visto elfos más hermosos que aquellos. Desde luego, debía estar soñando. Vestían una falda ligera hasta los pies, y nada más. Ambos estaban allí de pie, con el torso desnudo, de entre los cabellos largos y finos sobresalían los picos de sus orejas, perlados de pendientes dorados. De hecho, Tzar habría podido jurar que el más alto de los dos llevaba pendientes largos de rubíes, como los de una mujer. Para Tzar aquel día estaba siendo un día de descubrimientos, pues era la primera vez que estaba en la playa, y también la primera vez que veía a un elfo con el torso desnudo, aunque dudaba que todos los elfos luciesen de aquella forma su desnudez. La elfa en el diván comenzó a hablar con un tono desdeñoso. Tzar, sin dejar de mirar a los dos extraordinarios elfos enojados, intentó entender un poco de aquel galimatías, pero su cerebro embotado no la dejaba comprender.

—La hemos encontrado en la playa —decía el mariscador. Estaba nervioso, no todos los días podía uno hacer tratos con Lyre Kelsalor. Se retorció las manos, inquieto.

—¿Y la traéis aquí sin más? —respondió Lyre intentado no destapar su curiosidad

—Bueno, pensamos que tal vez interesaría a la casa Kelsalor —arguyó el elfo. Ahora dudaba de si traer aquella cosa allí había sido una buena idea—. No sabemos qué hacer con ella.

Lyre sabía que era mentira. De seguro aquellos dos habían pensado sacar algún beneficio de la chica. Pero ella no estaba segura de que tuviera algún valor. Sí, era exótica, de eso no cabía duda, pero si era una elfa de Ocrera, también sería incapaz de hablar una palabra de su idioma, por no mencionar su

religión o sus costumbres, tan diferentes a las suyas que podría resultar problemática. No obstante, había en el Gran Faro muchos usos que podía darle a una muchacha como aquella: en las cocinas, en el servicio de limpieza, o incluso como desahogo para los soldados, pero Lyre también sabía que aquellos dos mariscadores no se conformarían con un precio bajo, y le parecía una barbaridad pagar mucho por aquella muchacha cuando podía comprar a la hija de cualquier mercader o artesano por apenas un par de monedas de oro y dedicarla a aquellos quehaceres. Se revolvió en su diván y observó a sus hijas. Todas miraban curiosas a la elfa morena.

Viessa, al darse cuenta de que su madre buscaba sus reacciones la miró y asintió emocionada. Lyre soltó una risa. Quizás sería bueno comprar un juguete nuevo a sus hijas, siempre tan fieles y obedientes. Desvió la mirada hacia Veren y Veros, algo más apartados de sus hermanas. Veren, como siempre, miraba a la chica con su acostumbrada soberbia, Lyre sabía que había poco que rascar en él, pero en cambio Veros tenía un semblante muy diferente. En su cara se había dibujado una extraña expresión entre la curiosidad y la emoción. Para Lyre era evidente que su hijo pequeño se sentía atraído por aquella extranjera. Quizás ni él mismo lo supiese, pero Lyre sabía notar aquellas cosas. Entonces miró a la elfa, y no se sorprendió al comprobar que ella tampoco quitaba los ojos de encima de sus dos varones. En aquel momento tuvo una idea. Una brillante, a su juicio. Compraría aquella esclava para Veros. Entregaría aquel ser para el deleite de su hijo menor y, así, a través de aquella esclava y poco a poco, iría introduciéndole en su cultura sin quejas y sin que el independiente Veros se diese cuenta.

Lyre se levantó de su diván y se acercó hasta la recién llegada. Estaba sucia de arena, con la ropa rasgada y el pelo enmarañado. A pesar de ser menuda, debajo de aquella mugre se dibujaba un rostro hermoso. Sí, pensó, aquella sería la trampa perfecta. Sin mudar el rostro, digna y altiva, pidió a Vanya que acompañase a los dos mariscadores a la salida y les pagase lo que demandasen.

Tzar no comprendía lo que estaba pasando. La sien le palpitaba por el dolor, y entender aquella lengua desconocida se le antojaba imposible. Allí plantada presenció toda la escena. Vio salir a la hermosa elfa que les había acompañado hasta allí con los dos elfos que la habían rescatado en la playa. Se marcharon sin dedicarle siquiera una mirada. La elfa del diván estaba ahora frente a ella. Con una mano le apartaba el cabello de la cara. Aquella

mujer de vestido rojo se dio la vuelta y miró a otra de las elfas que había en el salón.

—*Venali. Láak'in, metik chuúl* —dijo, y al momento una de ellas acudió, la tomó por el brazo y la ayudó a salir de la terraza.

Para Tzar, y aunque ella no lo sabía, acababa de dar comienzo su nueva vida.

Tzar estaba completamente desnuda dentro de una tina de metal. Tres de aquellas elfas rubias frotaban su cuerpo limpiándolo a fondo. Había intentado resistirse, pero apenas le quedaban fuerzas, y sus endebles manotazos no habían conseguido detener los frotos de aquellas doncellas. Todas vestían un atuendo similar, una sencilla túnica blanca que dejaba muy poco a la imaginación, por lo que Tzar había deducido que eran sirvientas. Se encontraba en una habitación menos lujosa que las que había visto hasta ahora en el faro, con algunos montones de ropa por aquí y otros fardos por allá. La lavandería, supuso la princesa. Al fondo, la elfa que la había acompañado hasta allí trajinaba unos botes sobre una mesa de madera. Entró entonces en la habitación una troll de piel azulada. Tzar, con renovadas esperanzas, reconoció su raza, había trolls en los bosques de donde ella venía, y a pesar de que no solían estar en comunión, pensó que aquella criatura podría entenderla. La troll, de más de dos metros de altura, iba vestida igual que el resto de las doncellas que la rodeaban, tenía una cabellera larga y espesa de color negro azulado, y llevaba anillos dorados en los colmillos que le sobresalían de la boca.

—*¡Alassenyan!* —dijo la joven mirando directamente a la sirvienta troll.

Las esclavas que estaban limpiando la nueva adquisición de la casa miraron curiosas a Jetta, esta se encogió de hombros y siguió arreglando la ropa que la joven debía ponerse a continuación. Tzar, comprendió que tampoco la entendía. Ella no lo sabía, pero Jetta había sido traída a la isla hacía ya muchos años, cuando era casi una niña troll. La habían vendido como esclava a los Kelsalor, y no había conocido a sus padres ni la tierra de la que procedía. Era imposible que la troll entendiese una palabra de las que pronunciaba Tzar. Desesperada, Tzar empezó a sollozar. Estaba en un buen lío, y no sabía cómo iba a salir de él.

La elfa noble se acercó hasta ella y le tomó el rostro, escrutándolo con curiosidad. Masculló un par de palabras incomprensibles y después le acercó uno de aquellos frascos a la boca. Tzar, por instinto, rechazó beber el contenido de la botella. La elfa, bufando irritada, aumentó la presión de su mano sobre su rostro, apretó hasta abrirle la mandíbula y vertió el contenido del frasco en la boca de la chica. El sabor era amargo, en cuanto el líquido

comenzó a bajar por su garganta notó el calor que iba dejando por su cuerpo. Cayó dentro de su estómago, pesado. Tzar comenzó a sudar. Se notaba extraña, como flotando sobre la tina y el agua. Las sirvientas se retiraron, y entonces comenzó a notar los verdaderos efectos del brebaje. Las heridas y rasguños que tenía en el cuerpo empezaron a escocerle, como si alguien le hubiese espolvoreado sal. La de la cabeza era la que más dolía. Aturdida, se llevó las manos a la brecha y al hacerlo sintió que el dolor se iba mitigando. Sin comprender, se miró los brazos y las piernas para comprobar que los arañazos y las contusiones estaban desapareciendo. En cuestión de minutos no había ni rastro de las marcas del naufragio sobre su piel, que volvía a ser sedosa y fina como antes de salir de casa. Volvió a tocarse la sien para descubrir que ya no le dolía, ni siquiera se notaba ya cansada o mareada. Agradecida miró a la elfa, pero esta no le devolvió la mirada, estaba atareada buscando un atuendo adecuado para ella y su nueva función. Con ayuda de una de las sirvientas salió de su improvisada bañera y, de nuevo, entre las tres elfas rubias que habían estado bañándola, la secaron a conciencia.

Venali eligió para la muchacha un vestido mínimo, si es que podía llamarse así. Era tan solo dos tiras de fino velo de color blanco que colgaban de sus hombros y pasaban por encima de sus pechos. Tzar se encargaba ahora de que quedasen al menos cubiertos por completo, estirando la tela de un lado y de otro. Las dos tiras caían hasta debajo de sus rodillas y se fijaban a sus caderas con un ancho cinturón dorado, ocultando así aquella mínima porción de su cuerpo que nadie antes había visto jamás. Las doncellas le habían arreglado el pelo en una coleta alta, con la cara completamente despejada.

Venali había dado su aprobación. Si había entendido correctamente las intenciones de su madre, aquella chica no necesitaría mucho más. Ahora Tzar, cansada pero recuperada por completo, seguía a aquella mujer de nuevo por los pasillos de la casa, intentado colocarse el vestido de forma que cubriese sus vergüenzas al máximo, cosa que se le antojaba imposible sin ropa interior y con el vestido metiéndosele en la entrepierna a cada paso. Descalza, se detuvo detrás de la otra elfa frente a una de las numerosas puertas que había en el pasillo. Venali abrió la habitación de Veros con cuidado, mirando en el interior para saber si el chico había llegado ya después de la charla con Lyre. No había nadie en el dormitorio. Sin muchos miramientos agarró al regalo de su hermano por el brazo y la empujó. Una vez que la elfa morena estuvo dentro cerró la puerta y se marchó.

Tzar se quedó sola en aquel extraño cuarto. Era una habitación amplia, en uno de los lados había una cama enorme, del dosel colgaban cortinas igual de hermosas que las que había visto en la terraza, y estaba repleta de almohadones mullidos. Tras otros visillos, que dividían la habitación en dos, pudo ver un baño, con una bañera redonda y bellamente decorada excavada en el suelo. El exceso era seña de identidad de aquella casa, a su juicio. A su alrededor había multitud de frascos de cristal y botes llenos de extraños líquidos e ungüentos. Caminó un poco por la habitación. En el centro había una mesa baja, y alrededor otros cojines redondos que hacían las veces de taburetes. Asustada, se dio la vuelta, pensaba que había obviado la presencia de alguien más allí, pero se encontró mirándose frente a frente consigo misma; una enorme plancha de oro bruñido le devolvía su reflejo. Se acercó para examinarse. A un lado de la plancha había un tocador con su silla, y encima de la tabla, de nuevo multitud de frascos, cepillos y algunas joyas desparramadas. Aquella habitación parecía la de una mujer, quizás era la habitación que iban a prestarle mientras estuviese allí. Se miró con detenimiento en el espejo. El mínimo vestido había dejado al descubierto un cuerpo de mujer que ni ella misma sabía que tenía. Parecía una de aquellas bailarinas exóticas de las que Godal le habló alguna vez, una de aquellas que vivía de su cuerpo al sur de Ocrera. Tzar no había querido creer aquellas historias, pero ahora le parecían bien posibles. Se llevó las manos a la cabeza, intentado no pensar en qué diría su madre si la viese vestida de aquella forma. Seguro que la abofetearía hasta que le saltasen los dientes. Apartando su mirada del reflejo intentó deshacerse de aquella imagen. Al darse la vuelta, vio que había un arco en la pared que daba salida a un balcón. No era muy grande, tan solo medio círculo de pavimento que salía de la planta de aquella casa circular. Buscando algo de aire, salió al exterior. Se aferró a la barandilla; estaba muy alto y sintió vértigo, pero la brisa de la tarde la arrullaba, y eso la consoló un poco. La visión de la ciudad desde aquel balcón era impresionante. Estaba anocheciendo, y se encendían los fanales de las calles, arrancando brillos dorados y rojizos de las fachadas de aquellas casas de ensueño. Tzar pudo comprobar que la ciudad de la isla era enorme, y que más allá no había más que el mar y la noche.

Veros estaba de pie frente a las puertas de su habitación. Llevaba allí un par de minutos. Si Lyre no le había mentado, la recién llegada le esperaba dentro. Su madre le había dicho que era un regalo, que últimamente había estado bajo mucha tensión, y que aquello le ayudaría a relajarse. Veros no dijo

nada, estaba familiarizado con la esclavitud, pero pensó que quizás no se podía regalar una elfa así como así, que quizás ella tendría algo que decir. No lo dijo en voz alta, no quería encolerizar a su madre, pero con aquella idea dándole vueltas en la cabeza permanecía plantado frente a la puerta de su habitación, pensando cuál sería la mejor manera de afrontar aquella situación. No sabía qué iba a pasar. Aun así, se armó de valor y girando el pomo de la puerta, abrió y entró. La habitación estaba ya en penumbra, y no había rastro de la esclava por ningún lado. Ansioso, pensó que quizás su madre le había mentido buscando divertirse con su inexperiencia. Cerró la puerta con cuidado, y adelantando la cabeza curioso, empezó a caminar por la estancia. Todo estaba como él lo había dejado. La teoría de la broma de su madre cobraba fuerza en su cabeza.

Ya empezaba a sentirse ridículo cuando fue hacia la mesilla del centro y al pasar por delante de la salida al balcón, la vio. La elfa estaba de espaldas a él, fuera, y se agarraba a la barandilla del balcón mirando a la lejanía. Veros se quedó petrificado, hipnotizado por las curvas del cuerpo de la chica, que se dibujaban a contraluz en contraste con el sol que moría en el horizonte. La habían lavado y vestido con uno de los uniformes de las doncellas que nunca salían de casa. Veros estaba acostumbrado a ver a aquellas elfas de sol deambulando de aquí para allá, pero nunca las había mirado del mismo modo que miraba ahora a la nueva esclava. Esta era bien diferente de todas las que había visto antes. Era muy baja, él le sacaba al menos una cabeza o cabeza y media, pero eso no era lo más llamativo, para Veros lo más especial de aquella extraña era el color de su cabello, de un color marrón oscuro que jamás había imaginado que pudiese existir. Lo tenía amarrado en una coleta alta en el cogote, y la melena larga y espesa le caía sobre la espalda en bucles bien definidos y brillantes. Presa de un hechizo, Veros se acercó lentamente hacia la chica. No sabía qué haría cuando estuviese junto a ella, quizás saludarla y esperar a ver su reacción. No quería asustarla, quería simplemente ponerse a su lado. Conforme fue poniéndose a su altura, pudo notar su olor, tan diferente también y entornando los ojos aspiró lentamente, llenándose las fosas nasales con aquel aroma. Las piernas le temblaban. Parecía que el corazón iba a salirse del pecho, palpitando azorado, tan ensimismado como estaba con la elfa morena, no notó que poco a poco se estaba ruborizando. Sintió el calor en sus mejillas, pero no le hizo caso. El ardor que comenzaba a correr por sus venas le exhortaba a seguir acercándose a aquella desconocida.

Tzar, embelesada con la imagen que le devolvía la ciudad, no se percató

de que alguien había entrado en la habitación, pero cuando sintió una presencia a sus espaldas entró en pánico. El vello de la nuca se le erizó advirtiéndola de que no estaba sola y, como activada por un resorte, se dio la vuelta rápidamente. Uno de los elfos que había visto en la terraza antes estaba de pie frente a ella. Se había acercado tanto por detrás que podría tocarla sin apenas estirar el brazo. La miraba con una expresión extraña, y seguía con el torso descubierto.

—¿Quién eres? ¿Qué...? —La expresión embelesada del elfo la inquietaba. Este ni siquiera pareció entenderla, y en lugar de responder a su pregunta levantó una mano y rozó su pelo con el dorso de los dedos.

Se sintió expuesta bajo aquella mirada, cubierta por aquellos velos escuetos, el mero roce de aquellos dedos la hizo sentir amenaza. Aterrorizada, actuó sin pensar. Con un movimiento repentino levantó las manos hasta los hombros e impulsándose con sus caderas lanzó un golpe rápido que hizo que la palma de su mano izquierda impactase de lleno en la mandíbula del elfo. Fue un golpe muy fuerte, ella se hizo daño en la palma y la muñeca e hizo retroceder al joven unos pasos llevándose ambas manos a la zona del impacto.

Veros, dolorido, retrocedió hasta entrar de nuevo en su habitación. La excitación que había despertado en él fue sustituida por una repentina rabia. Se sentía ridículo. ¿Qué había esperado? ¿Que ella le recibiese con los brazos abiertos y los labios húmedos?

«Estúpido».

La elfa morena entró tras de él, pero se quedó a cierta distancia, apoyada en el muro junto a la puerta del balcón, mirándole con temor mientras se frotaba la muñeca. Su pecho bajaba y subía rápidamente, Veros entendió que debía estar asustada. Por un momento entendió cómo debía sentirse aquella pequeña elfa.

—No pasa nada, no voy a ...—A pesar del dolor, intentó poner mejor cara, y volvió a acercarse a ella hablándole en tono calmado y en actitud tranquilizadora.

No funcionó. En cuanto estuvo de nuevo cerca de la chica, esta le lanzó una patada que le alcanzó en el muslo izquierdo. Iba dirigida a su entrepierna, y aunque le había dolido, pensar en el daño que podría haberle causado de acertar lo enfureció. Veros dejó de pensar, en rápida respuesta le soltó un

bofetón descargando contra la cara de la elfa toda la fuerza de su brazo. No debió calcular bien la energía, ya que la chica cayó al suelo, rebotando por el golpe. Veros sintió una punzada de culpabilidad. Después, llevándose una mano a la mandíbula y otra al muslo, intentó obviar este sentimiento estúpido.

«Ella se lo ha buscado», pensó enfadado, y murmurando maldiciones se metió en la cama. Había tenido suficiente descubrimiento por un día.

Tzar tardó unos segundos en recobrar la percepción. Aquel elfo la había golpeado tan fuerte que su mente estuvo por un momento en blanco. Poco a poco, sin dejar de frotarse la mejilla, se sentó en el suelo. Con los ojos anegados en lágrimas vio como él le daba la espalda y se alejaba, para después desnudarse y meterse en la cama farfullando, ignorádola como si no fuera más que un despojo. Al apagarse las pocas luces que había en la habitación, en medio de aquella oscuridad en la que se oía el sonido del mar a lo lejos, Tzar se dio cuenta de que estaba en un embrollo mucho mayor de lo que había imaginado: no solo no sabía dónde estaba o cómo iba a librarse de aquello, sino que parecía que no había nadie allí dispuesto a ayudarla. Intentando guardar silencio, Tzar empezó a llorar acurrucada en el suelo, y de nuevo pensó en qué diría su madre si la viese en aquella situación. Deseo que Delvan estuviera allí. Le necesitaba y ahora se arrepentía de haber sido tan caprichosa y haber desobedecido a su madre. Obviar su deber la había llevado a donde estaba ahora.

Allí, encogida y llorando a mares, en el frío suelo del Gran Faro, Tzar se dispuso a pasar la primera noche consciente en Arëmen.

Aún no había amanecido, y Veros ya llevaba rato dando vueltas en la cama. Había dormido muy poco, y el sueño había sido entrecortado. Se fue a dormir furioso, pero poco a poco esa sensación había ido sustituyéndose por culpabilidad. La elfa morena no se había movido de su sitio en toda la noche. Veros estuvo desvelado, oyendo cómo intentaba llorar en silencio durante horas. Estuvo tentado de levantarse del lecho en varias ocasiones y acercarse a ella, quizás intentar consolarla de algún modo, pero los golpes que había recibido lo disuadieron.

«Yo habría hecho lo mismo en su situación».

Veros era consciente de que para la chica, nada había sido fácil aquel día. Se culpaba de haberse dejado llevar por sus instintos y no por su cabeza, y sabía que debió haberse acercado a ella de otra forma. En aquella situación se sentía torpe, además de un bruto.

Por fin los rayos de sol comenzaron a despuntar en el horizonte. Amanecía en Arëmen. Se incorporó, sentándose con las piernas flexionadas sobre la cama, aún cubierto con la sábana. La elfa morena seguía allí, junto a la puerta de salida al balcón. Parecía que dormía, se había hecho un ovillo y respiraba de forma acompasada. Veros suspiró agobiado, no sabía qué hacer. Por un momento pensó en ir a preguntar a Veren, según creía él tenía más experiencia en mujeres. Aquella idea le hizo soltar una amarga risa en voz baja. Veren tenía más experiencia que él en todo en esta vida. Pero no podía preguntarle. Desde el torneo y la fiesta posterior, apenas se habían visto. Veros había empezado a temerle, no a él, sino a sus intenciones. Aunque pensaba que con los años había logrado comprender su actitud, ahora ya no estaba seguro de nada. Con gran pesar, había descubierto que ya no podía confiar en su hermano mayor, al que había idolatrado, y mucho menos en sus aspiraciones. Veros se sentía solo por primera vez en su vida a pesar de todo.

El sol ya había salido por completo, no sabía cuánto tiempo había estado mirando a la chica desde su lecho. De pronto, pensó en qué pasaría si ella despertaba y le veía allí, mirándola fijamente. Una sensación acuciante le obligó a levantarse; tenía que salir de la habitación. Ya no entrenaba con Veren, aun así, se decidió a bajar al patio y practicar por su cuenta, eso al menos le daría a la chica unas horas para adaptarse y a él un tiempo para

pensar en qué hacer con aquellos dos frentes abiertos. Ya se había vestido y se disponía a salir de allí cuando dirigió de nuevo una mirada a la elfa. No podía desterrar de su interior aquel sentimiento de culpabilidad. Al verla allí tan pequeña, tirada en el suelo, una cálida oleada de ternura lo invadió. Tomó un almohadón y una de las sábanas de la cama, intentado no despertarla, le colocó la cabeza sobre el cojín, y la cubrió con la tela. Al hacerlo, uno de sus nudillos rozó la espalda de la muchacha. A Veros se le erizó el vello al sentir aquel contacto suave y candente. Sin pensar en lo que hacía, volvió a acariciar la espalda de la elfa con el dorso de la mano. Apenas sí la rozó, pero sensación cálida se extendió por todo su cuerpo, confortándolo como un abrazo. Con semblante ensimismado, Veros pensó que jamás había tocado nada que tuviese aquel tacto tan dulce. Entre sueños, la elfa se revolvió. Veros apartó la mano presto, temiendo haberla despertado. La chica, masticó dormida y se arrebujó contra el almohadón. Bajando la cabeza y exhalando aliviado, Veros se recriminó el haberse dejado llevar de nuevo por sus impulsos. Con aquella tormenta de sentimientos enfrentados, se levantó y sin hacer ruido salió de la habitación.

Estaba bajando las escaleras, sin poder dejar de pensar en la suave piel de la esclava, cuando se encontró de bruces con Vashti y Viessa. Sus dos hermanas lo sorprendieron con aquella cara bobalicona y se echaron a reír maliciosas. Tenía ojeras, y ellas sacaron sus propias conclusiones. Una vez más, Veros se sintió ridículo. Rápidamente intentó esquivar sus miradas burlonas, y siguió bajando.

—¿Has dormido bien, hermano? —gritó una de las dos encaramada a la barandilla. Ambas rieron ahora más fuerte. Veros, de un plumazo, entendió de lo que estaban hablando. Sin poder evitarlo se ruborizó y, enfadado, siguió bajando escalones con las risas de sus hermanas a sus espaldas.

Tzar despertó ya pasado el mediodía. Sin abrir los ojos, se acomodó sobre la almohada, tan suave y caliente, y se cubrió con la sábana hasta la nariz. Estaba molida. No recordaba lo que había hecho el día anterior, pero no había estado tan cansada desde hacía mucho. Intentó recordar. A su cabeza vinieron extrañas imágenes de lo que ella juzgó un sueño. Imágenes de lugares remotos, de lenguas incomprensibles y hermosos elfos rubios desnudos. Sí, toda aquella sucesión de insólitas ensoñaciones no podía ser más que parte de alguna pesadilla. Pensó que no iba a levantarse de su cama, no aquel día. En el exterior, una gaviota pasó volando cerca del faro y graznó con toda la potencia

que le dieron sus pulmones. El sonido de aquel extraño pájaro, el mismo que había oído el día anterior en la playa, la devolvió a la realidad de un solo golpe. Temerosa, abrió poco a poco los párpados y, para su desgracia, se encontró de nuevo sobre el suelo de aquella habitación en el faro. Tzar se incorporó y, llevándose las manos al rostro, lloró con desesperación: no había sido un sueño, seguía atrapada en aquella pesadilla.

La puerta se abrió y entró la troll de piel azul que había visto el día anterior, cargando una bandeja. Se acercó hasta la chica, temerosa.

—No entiendes nada de lo que digo, ¿verdad? —preguntó Tzar entre sollozos a aquella criatura. La troll la miró con expresión compasiva y se encogió de hombros. Tzar apoyó la cabeza contra la pared; estaba desconsolada.

Jetta la miró y sintió lástima. Prefería servir durante toda la eternidad en la cocina a estar al servicio personal de un elfo de sol tan solo un año. Era cierto que entre el servicio había rumores de que Veros era diferente al resto de la familia Kelsalor, pero a Jetta le daba escalofríos tan solo pensar en comprobarlo. No era solo por los Kelsalor, la crueldad de los amos elfos de sol era reconocida entre los sirvientes de cualquier casa. Se compadecía, y mucho, de aquella pequeña elfa extraña, pero poco podía hacer por ella. Dejó el cuenco repleto de gachas y la botella de agua y, sin más, salió de la habitación.

Tzar pasó todo el día sola en aquel cuarto. No había comido nada, tenía el estómago cerrado. A media tarde se cansó de estar sentada llorando, y decidió hacer algo por sí misma. En su cabeza solo estaba la idea de encontrar una salida de aquel lugar. Buscó por todos lados una forma de escapar, pero aquella habitación se le antojaba una trampa. El balcón quedó descartado por su altura; ni siquiera era posible saltar a otros pisos desde él, y para fabricarse una cuerda y bajar tendría que usar como poco todas las sábanas y cortinas de la casa. Las ventanas estaban clavadas; eran ventanales circulares con hermosos cristales pintados, pero no había forma posible de abrirlas. Por último, estaba la puerta de salida, la más obvia. Forcejeó con el pomo intentado abrirlo, pero estaba cerrado por fuera. No había cerradura ni pestillo, y a su juicio era imposible cerrarla desde dentro. Quien viviese allí estaría tan atrapado como ella.

Pronto iba a anochecer y Veros seguía en el patio trasero. Estaba sudado y cansado, pero se resistía a subir a su habitación. Había estado solo todo el

día. En cuanto el sol comenzó a descender, pensó que era absurdo seguir eludiendo aquella situación, y resignado subió a su habitación. Cuando entró la elfa seguía sentada en el suelo, justo en el mismo sitio que la noche anterior, parecía que no se había movido de allí en todo el día. Veros se quedó mirándola desde la puerta, la cerró tras de sí y se apoyó sobre la madera, mirándola con las cejas muy levantadas y la expresión confusa. Tzar no bajó la guardia. Sentada en el suelo, pegada a la pared y abrazándose las rodillas con fuerza, lo miraba como un animalillo asustado. El elfo, tras casi un minuto de tenso silencio, comenzó a sentirse ansioso. Sin hacer grandes aspavientos, aún apoyado en la puerta, levantó la mano para saludarla. Esta, al verle moverse, escondió el rostro tras las rodillas. Veros bajó la mano y suspiró derrotado. Nadie le había preparado para algo como aquello.

«No quiero hacerle ningún daño, pero no sé cómo decírselo». Miró alrededor buscando algo que pudiera ayudarle.

A poca distancia de ella vio el cuenco todavía lleno de gachas frías. Dedujo que la elfa no había comido nada en todo el día. Sobre la mesita baja alguna otra sirvienta había dejado preparada la cena para él. «Lo tengo», pensó. Con paso sereno, se acercó hasta la mesilla baja y cogió su comida. La muchacha le miraba mientras se acercaba a ella con el plato en las manos, intentando no mirarla. Se sentó a un par de pasos de ella y, sin más, comenzó a comer. La miraba de reojo, penitente de ella, y cuando relajó un poco la tensión de su cuerpo, Veros se dio cuenta del cambio de actitud. «Quizás he encontrado la forma de ganármela». Alargó la mano hasta el cuenco de ella y se lo puso justo delante.

Tzar adivinó sus intenciones, y no iba a dejarse ganar. Aquel elfo rubio y casi desnudo, con sus ojos azules de embrujo, no iba a seducirla con comida, no claudicaría. Una bola de ira creció rápidamente en su interior; estaba cansada de llorar, de sentirse desprotegida. «Yo no soy así», pensó con rabia. «No quiero convertirme en eso». Presa de un repentino enfado, se desenrolló y dio una fuerte patada al cuenco, que salió volando y le dio al elfo en la cabeza. Veros entró en cólera.

—*¡P'eeek! ¡Chek'a'an peel p'eeek!* —Como un estertor, comenzó a chillar enfadado—. *¡Kaákbak!*

Gritando maldiciones incomprensibles para Tzar, se levantó del suelo y en un arrebató tiró su plato por el balcón. Tzar pudo oír el débil crujido de la loza al romperse en la lejanía. Aquel grandullón de casi dos metros estaba

delante de ella, de pie cuan alto era, gritando improperios como un energúmeno. La princesa tuvo miedo de nuevo. Volvió a encogerse hasta quedar hecha una bola, y comenzó a llorar, pero esta vez no se preocupó en disimular sus sollozos.

Veros, sofocado por el berrinche, no prestó atención a la chica. Tan solo se alejó de ella, en dirección al baño, sintiéndose torpe y furioso a la vez.

Pasaron de aquella forma muchos días; Tzar no se movía de su rincón cuando Veros estaba en la habitación mientras él la ignoraba por completo.

Definitivamente, Veros no sabía cómo afrontar aquello y aunque los remordimientos empezaban a no dejarle vivir, prefería no tratar con la esclava. Como cuando era un niño, pensó que quizás con el tiempo el problema se arreglaría solo.

Tzar empezó a caer en una profunda depresión. Echaba de menos su hogar, a su gente. Pensaba que ya no le resultaría una idea tan extraña casarse con Delvan, y nada más evocar su recuerdo rompía a llorar. A Veros le partía el corazón verla sollozar, pero estaba seguro de que todo aquello era por su causa y el sentimiento de culpa no le dejaba pensar con claridad, así que seguía haciendo su vida como si la elfa no estuviese allí mientras ella lo miraba desde su sitio como si viese deambular un fantasma.

La chica tan solo se animaba un poco a mediodía, cuando la sirvienta troll entraba en la habitación para llevarle la comida. Siempre gachas. Al principio la troll la miraba con aquellos ojos pequeños y negros, le servía la comida y se marchaba, pero últimamente, al ver que la elfa apenas comía ya, se sentaba a su lado y con gestos torpes la animaba a que probase las gachas. Sin darse apenas cuenta, Tzar pasaba el día añorando aquel breve contacto, por fugaz que fuese.

Uno de aquellos días la chica estaba más desanimada que de costumbre. Cuando Jetta entró en la habitación la encontró languideciendo con el rostro apoyado en la pared, mirando por la puerta del balcón hacia el infinito. Jetta sabía que no duraría mucho allí, ya lo había visto antes, sobre todo con las chicas que destinaban a las dependencias de los soldados. Una oleada de impotencia la invadió. Aquella muchacha no tenía nada que ver con la isla, y era injusto lo que le estaba pasando. Ese día no se paró a esperar a que comiera. Dejó la escudilla sobre la mesa del centro y después se dirigió a la puerta de salida. Con manos temblorosas agarró el pomo, y después hizo un par de gestos para atraer su atención. La esclava tan solo volvió los ojos hacia ella, con la cabeza todavía apoyada en la pared. Jetta se asomó al pasillo para comprobar si había alguien por allí, después volvió a mirar a la pobre desdichada y con gesto decidido asintió. Tzar la miró curiosa, no entendía qué

quería hacer. Jetta se dio la vuelta y salió de la habitación, pero en lugar de cerrar la puerta por fuera como hacía todos los días, la entornó con cuidado, dejándola así abierta.

Tardó un momento en comprender lo que había hecho la sirvienta troll. Trastabillando, se levantó del suelo y se dirigió a la puerta. «¡Está abierta!», se sorprendió. Por fin tenía un poco de la suerte que tanto necesitaba. Apresurada, engulló el plato de gachas; no se podía ir con el estómago vacío, y decidida fue en dirección a la salida. Se detuvo a unos pasos. «No puedo salir vestida así a la calle». No sabía si todas las elfas de la isla llevaban aquel tipo de ropa, pero estaba segura de que por su atuendo la reconocerían como algo diferente. Miró en derredor buscando algo con lo que cubrirse. «¡Las cortinas del dosel!». Se acercó corriendo hasta la cama y con un tirón arrancó una de las telas brocadas. Mirándose en la gran plancha dorada se ajustó la cortina de modo que le quedase como una capa con capucha. Cubriéndose todo lo que pudo salió decidida al pasillo. Su plan principal era encontrar la gran escalera de caracol, recordaba haber subido hasta la terraza por ella. Tzar estaba segura de que una vez allí podría salir al exterior sin problemas. No le costó encontrarla, ya que parecía que de una forma u otra todos los pasillos curvados de la casa desembocaban allí. Asegurándose de que no había nadie a la vista bajó la escalera a la carrera, saltando algunos escalones de dos en dos. Pronto se encontró frente al portón de salida. Empujándolo con cuidado, salió al exterior. El sol del mediodía la golpeó de lleno, brillaba con fuerza en aquel lugar. Se situó detrás de una de las enormes esculturas doradas de la entrada, escrutando el jardín en busca de una salida. Tardó más de media hora en descubrir las rotaciones de la guardia. Debía ser rápida. Había una porción de verja que quedaba oculta tras un enorme árbol de ramas peladas, si conseguía llegar hasta allí antes de que los guardias completasen su ruta, se encaramaría a los dorados adornos de la verja y treparía por ella. Había más de dos metros y medio de altura, pero se sentía capaz. En cuanto la segunda pareja de soldados pasó, supo que era el momento. Agazapada, emprendió la carrera hacia la valla. Ágil como un gamo, no le tomó ni dos minutos subirse a la verja y saltar al otro lado. Se había destrozado las plantas de los pies y tenía los empeines llenos de rasguños y cortes, pero obviando el dolor comenzó a caminar avenida abajo al amparo de los portales.

Estuvo deambulando por la ciudad durante horas, buscando un escondrijo o cualquier vestigio que le diese una pista de por dónde escapar. Por el

momento no había sido difícil salir del faro, así que se sentía capaz de hacer cualquier cosa. Caminó siempre cuesta abajo, y sin haber podido ubicarse todavía llegó a un barrio de casitas de madera que acababa en un puerto de pescadores. Había bastante gente allí, todos elfos rubios con los ojos azules como los que había visto hasta el momento, parecía que aquellos eran los rasgos generales de los habitantes de la isla, así como los de la familia Miraren eran el cabello castaño y los ojos verdes. Tzar comenzó a sentirse incomoda. A pesar de que llevaba una cortina por capa, iba vestida con mucho más lujo que la gente que vivía en aquel barrio y comenzaba a llamar la atención. Buscó con la mirada algún barco al que pudiese subir para quizás desembarcar en otro lado de la isla, o con suerte en el continente. Un trueno le llegó desde la lejanía. Levantó la vista y, al fondo, sobre la línea del horizonte vio una enorme tormenta cerniéndose sobre el mar.

«El abismo Calnora».

Estaba segura de que aquel infierno era la causa por la que habían naufragado. Airada, apretó los dientes con fuerza. «Jamás debí haber confiado en aquel enano loco, quien sabe siquiera si dijo la verdad cuando aseguró que conocía la ruta». Sin que se diera cuenta las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas. La tormenta en la lejanía la tenía atrapada. Recordó el naufragio, las olas tempestuosas azotando el Adrall, la cara de terror de sus soldados y aquel elfo abrazándola con fuerza pese al vaivén. Pensó también en Godal, su amigo, y un sonoro sollozo salió de forma involuntaria de su garganta. «Debí haberle escuchado», se sentía tan miserable por no haberlo hecho. Godal solo había intentado protegerla, y ella lo había desdeñado como una niña caprichosa. Bajo la capa de cortina de tonos cobrizos, se abrazó temblorosa.

Una elfa rubia, pasó muy cerca de ella, allí de pie al borde de los muelles. Llevaba una túnica andrajosa, la miró curiosa y Tzar, al sentirse observada, intentó recomponerse se entremetió el pelo bajo la capucha con disimulo, calándosela encima de los ojos. Estaba llamando demasiado la atención. Desanduvo el camino, intentado retomar sus pasos, pero fue imposible: se había perdido y aquellas calles, ya mientras oscurecía, se le antojaban laberínticas. Los pies le empezaban a doler horrores. Localizó un callejón estrecho lleno de basura y entró en él renqueando. Con pesadez se dejó caer detrás de un montón de cajas de madera apiladas. Aquel lugar apestaba a pescado podrido y parecía que ni la luz de la luna entraba allí, pero Tzar no se sentía con fuerzas para seguir caminando. Lentamente, comenzando a llorar de

nuevo, se hizo un ovillo e intentó conciliar el sueño desterrando de su mente las imágenes de su hogar y sus amigos.

Godal tardó algo menos de tres semanas en regresar a Miraren. Estaba cansado hasta la extenuación, pero según había acordado con Tzar, esta les escribiría nada más llegar a tierra, y el pelirrojo necesitaba saber si todo había ido bien y esperaba a leer su misiva antes de descansar. En cuanto llegó al castillo violeta fue recibido por Delvan y Alan, que dejaron sus quehaceres para ir a verle, y al poco tiempo se les unió el mismo rey Sontar.

—Pero eso no puede ser —negaba Godal incrédulo al saber que la misiva no había llegado—. Ya debería haber escrito. Aquel maldito enano dijo que no tardarían más de siete jornadas en llegar.

Todos le miraban con el gesto grave. Un peso frío empezó a tirar de Godal hacia abajo, hundiéndolo en la miseria. La única explicación plausible para que Tzar aún no hubiese dado señales de vida era demasiado horrible. Cansado se dejó caer sobre el alfeizar de piedra de una de las muchas ventanas de la sala del trono. Ahora, además, tenía que enfrentarse a las preguntas de sus compañeros y su rey. Todos empezaban a temerse lo peor. Godal les contó una vez más su versión, cómo Tzar le había pedido que regresara, la confianza que les había transmitido el capitán enano, y cómo había confiado en que todo iba a salir bien. Delvan miró angustiado al rey. Este tenía una expresión indescriptible en la mirada. Podía ser pánico, pero un rey no podía dejarse llevar por un sentimiento tan mundano como aquel.

—Seguro que está bien —intentó tranquilizar a los tres hombres. Pero ellos, al oír aquellas palabras, supieron al instante que no era lo que realmente pensaba el monarca—. Haré que los escribas empiecen a mandar misivas... —Se quedó callado unos segundos—. No, yo mismo enviaré cartas a todos los lugares a los que pudiese haber llegado el barco. Ha de estar en algún lado.

—Alan y yo iremos a consultar los mapas —dijo Delvan con un atisbo de esperanza.

Godal se levantó e hizo ademán de ir con sus amigos, pero Alan le detuvo poniéndole la mano en el hombro.

—Tú deberías descansar —dijo forzando una sonrisa—, querido amigo.

Godal sabía que no había malicia en sus palabras, aun así, una creciente ansiedad le hacía sentir que descansar no era lo que él debía hacer en ese

momento. Le decía que, quizás, debería retomar el camino a Carith e investigar sobre lo ocurrido.

Delvan y Alan se miraron preocupados por el tenue brillo de locura que despuntaba en la mirada de su amigo.

—Estás cansado —le tranquilizó Delvan—. Ve a descansar. Verás que cuando te hayas repuesto todo esto se habrá solucionado.

Godal asintió lentamente. Tomó sus fardos polvorientos y se dirigió a su habitación con pasos pesados. Sus amigos le vieron caminar, hastiado, y tras dirigirse una mirada preocupada resolvieron que era más urgente ir a revisar los mapas.

Amaneció en aquel sucio callejón. Le dolía la espalda, había dormido en una posición extraña, y los cortes en los pies empezaban a infectarse. Al erguirse notó mil cuchillos en las plantas, pero, aun así, no podía detenerse. El plan seguía firme en su cabeza. Con la improvisada capa mugrienta por haber dormido en el suelo, ya no destacaba tanto entre los lugareños. Deambuló por el puerto, escondiéndose detrás de los postes y los cestos de pescado apilados, seguía buscando el barco que la llevaría lejos. Intentar comunicarse con alguien estaba descartado por completo, ya que pensó que los elfos de por allí reaccionarían como los que la habían encontrado en la playa y la acabarían llevando de vuelta al faro. Volver allí no era una opción. Era cierto que su anfitrión no la había maltratado apenas, de hecho, no la había tratado de ninguna forma, pero no estaba dispuesta a tolerar el estar encerrada como un pájaro en aquella jaula dorada. Necesitaba volver a casa.

Todos los barcos del puerto parecían de pescadores: pequeños botes a remo con apenas un par o tres metros de eslora. Estaba claro que aquellas embarcaciones no estaban hechas para alejarse mucho, así que se concentraba en encontrar una algo más grande. Unas niñas se le acercaron, estaban jugando a algo, y cuando las oyó hablar cerca de ella la inundó el pánico. A pesar de que ya no llamaba tanto la atención como el día anterior se sentía expuesta. Necesitaba moverse rápido. Tras largo rato dando vueltas por allí, al fondo vio un barco algo mayor. Se acercó intentado parecer tan natural como podía, y examinó su nueva vía de escape. Sí, ese no era como los barcos de pescadores, parecía más bien de transporte, uno capaz de hacer una ruta más larga. Por una rampa de madera subió a cubierta, estaba despejado. Frenética, con el corazón desbocado, buscó un lugar en el que ocultarse. Se encontraba mirando detrás de unos fardos cuando oyó las voces de los hombres. Eran al menos tres. Torpe, se escondió detrás de los bultos, rezando para que aquellos tipos pasaran de largo. Escuchó cómo crujían las tablas bajo el peso de los elfos subiendo al barco. Reían y bromeaban entre ellos en aquella lengua indescifrable para Tzar. Cerró los ojos con fuerza, rogando con vehemencia que no la descubriesen.

—¡Pero qué...! —gritó asustado uno de los porteadores. Los demás fueron hasta donde él estaba.

Los tres se quedaron helados al ver aquella figura que se había descubierto detrás de la montaña de balas repletas de telas. Aquella persona menuda iba ataviada con una extraña capa hecha girones y la capucha tan calada que no se le veía el rostro. La intrusa se quedó inmóvil. Los hombres, temerosos, se miraron entre ellos. No era extraño encontrar polizones en su barco, pero alguien con aquel atuendo era algo nuevo. Uno de ellos se armó de valor, y flexionándose estiró el brazo hasta llegar a la figura y echarle la capucha hacia atrás. La imagen que se descubrió los dejó helados.

—Por la gloria de Arien'Glor —dijo en voz baja uno de ellos—. ¿Qué demonios es eso?

—Creo que la encontraron en la playa hace muchos días —respondió otro sin dejar de mirar a la elfa morena de ojos verdes como la hierba que tenían enfrente. Ella les miraba asustada y parecía no comprender lo que decían—. Pensaba que la habían vendido al Gran Faro.

Todos se miraron indecisos. Tzar prestó toda su atención a aquellos hombres. Algunas palabras de las que habían dicho le sonaban familiares, aun así, era incapaz de descifrar aquel galimatías.

—Si es cierto que pagaron la cantidad que dicen que pagaron por ella —hablaba ahora el elfo que la había descubierto— las Kelsalor querrán recuperarla. Deberíamos pedir un rescate.

—¿Es que estás loco? —lo reprendió otro—. Intenta extorsionar a Lyre Kelsalor y acabarás viendo latir tu corazón en su puño cerrado.

Todos asintieron taciturnos. No, desatar la cólera de ninguna Kelsalor no era bajo ninguna circunstancia una buena idea. ¿Entonces, qué? ¿Qué podían hacer con aquella elfa pequeña y tan exótica?

Eran cuatro, más grandes que ella, tan rubios como todos en aquella isla. Uno de ellos se acercó hasta Tzar, y pegó sus narices al cuello de la chica aspirando con fuerza. Tzar ladeó la cabeza asqueada. Estaba demasiado aterrorizada para reaccionar. El elfo de sol se dio la vuelta hacia sus compañeros, su gran sonrisa cargada de malicia les anunció que tenía una ligera idea de lo que podían hacer con el inesperado polizón.

La llevaron prácticamente a rastras por las calles del puerto. Entre los cuatro, mientras dos de ellos iban vigilando el paso, otros dos la cogían por los brazos y la mantenían oculta debajo de su cortina-capa. Uno de ellos le cubría la boca con la mano evitando así que pudiese alertar a alguien.

Tzar mordió la palma de aquel hombre apretada contra su rostro intentando que la apartara, y a pesar de que notó el sabor salado de la sangre en la boca, aquel elfo no dejó de presionar. Intentó luchar, pero fue imposible liberarse. Caminando furtivamente la condujeron hasta una de aquellas casas bajas del puerto en una callejuela estrecha. Los dos que iban de escolta abrieron la puerta, debía ser la casa de uno de ellos. Era una vivienda pobre, con un catre al fondo y pocos muebles más. En el centro de la estancia había una robusta columna de madera. Los hombres reían y hablaban nerviosos. Tzar lloraba acorralada. Entre los cuatro, le ataron las manos con fuerza y después la amarraron a la columna del centro. También le pusieron un trapo mugriento de sabor acre como mordaza, evitando así que pudiese gritar. Con una soga gruesa y varios nudos marineros se aseguraron de que su presa no pudiese escapar. La idea era sencilla, pero buena: dejarían a la chica allí, acabarían la jornada de trabajo para no levantar sospechas, y volverían a casa para disfrutar de su captura. Si era peligroso extorsionar a una Kelsalor, no lo era menos robar algo a la familia más poderosa de la isla, pero disfrutar de algo solo reservado a los poderosos era una tentación difícil de resistir, así que el ansia y la lujuria vencieron al juicio. Tzar tenía una ligera idea de lo que iba a pasarle. Ufanos, los elfos se dispusieron a salir, dejándola sentada en el suelo con las muñecas amarradas al madero. Estaban ya casi todos en la puerta cuando uno de ellos dio media vuelta y con dos zancadas llegó hasta Tzar. Sin miramientos le arrancó la capa, descubriendo el atuendo que le había preparado Venali, ese que dejaba la mayor parte de su cuerpo al descubierto. Los hombres enmudecieron y la miraron con lascivia. El que estaba cerca de ella se puso de cuclillas a su lado. No iba tan descubierto como los elfos del faro, llevaba unos pantalones anchos de lino y una ajada camisa sin magas, aun así, teniéndole Tzar tan cerca, podía ser consciente de su excitación. El hombre la devoraba con los ojos, tenía los labios entreabiertos. Sin miramientos, alargó la mano y la metió por debajo del vestido blanco de la elfa, tomando uno de sus pechos y estrujándolo con fuerza. Tzar gimió por el dolor cerrando los ojos, y eso pareció envalentonar al elfo. En la calle se oyó una voz de mujer, estaba preguntado algo a sus captores. Con rapidez, el que se había agachado a su lado se levantó, y los demás con sus cuerpos robustos parapetaron la puerta. La elfa de la calle siguió hablando desde fuera con voz inquisitiva, ahora se había acercado a la puerta. Con gestos tranquilizadores los cuatro elfos lograron que se marchara. Rieron nerviosos, y después salieron de la casa dejando a Tzar en su interior.

No sabía cuánto rato llevaba en aquella casa mugrienta, pero tampoco se había parado a pensar en el tiempo. En su cabeza, solo estaba la idea de escapar. Había intentado mantenerse centrada en ese pensamiento, ya que imaginar lo que podría pasarle cuando volviesen los elfos la aterrizzaba. Había estado todo el día forcejeando con las ataduras de las muñecas, ahora las tenía en carne viva y el escozor era casi insoportable. Se miró las manos, las tenía moradas. Empezó a llorar, aunque no estaba segura de si había dejado de hacerlo en algún momento desde que llegase a aquel lugar. Sus captores se habían asegurado de que nadie la viese allí dentro, habían cerrado puertas y ventanas, y aunque le había parecido ver una silueta merodeando por una de las rendijas de los postigos, ya no estaba segura de nada. Ahora estar tirada en la habitación del faro no le parecía tan mala idea. Ansiosa, una vez más, se recriminó el haber sido tan inconsciente, primero por haber salido del calor de su hogar pensando que podría con todo, y después por haber escapado del faro sin saber exactamente dónde podía ir. No era más que una niña caprichosa, y ahora le tocaría pagar por su estupidez.

Estaba atardeciendo y los elfos de sol, ebrios de excitación, se dirigían decididos hacia la casa. Apenas habían hablado entre ellos durante el resto del día, pero todos estaban ávidos por hincar el diente a lo que les esperaba. Abriendo la puerta con cuidado para no volver a llamar la atención de la vecina que antes les había importunado, entraron empujándose a la vivienda. La elfa seguía allí. Al verlos rompió a llorar desesperada e intentó gritar a pesar de la mordaza, revolviéndose y tironeando de la cuerda que la mantenía presa. En Arëmen, las hembras estaban al cargo de todo, eso era inamovible. Ninguna elfa de sol se habría comportado de aquella manera, aterrizzata, sin plantar batalla, los varones, siempre ninguneados, eran los que acababan suplicantes a los pies de ellas. Pero aquella chica era diferente, se mostraba sumisa y débil, algo que aquellos rufianes jamás imaginaron posible en sus congéneres del otro sexo. Sí, les excitaba la idea de ensuciar a la chica, pero sobre todo, les llevaba al borde de la locura ser, por una vez, quienes pusieran las reglas, doblegar a aquella elfa a su merced y estar en el escalón superior, a pesar de ser varones sin valor alguno.

Sin cruzar palabra se acercaron a Tzar, iban directos a por su captura, ni

siquiera se molestaron en encender alguna luz a pesar de que fuera ya oscurecía. Uno de ellos la tomó por debajo de los brazos, y otro por las piernas. Un tercero liberaba la cuerda atada a la robusta columna de madera. El cuarto, despejaba sin miramientos una mesa de madera que había en un rincón. Mientras ella se revolvía, intentando pedir auxilio con la boca taponada, los hombres la levantaron por completo del suelo, sosteniéndola de las extremidades. El que la había desatado se acercó a ella, pegando su cuerpo cálido al de la chica, y Tzar pudo notar la presión del sexo inhiesto del elfo presionando con fuerza contra su muslo. Sintió ganas de vomitar. Los hombres comenzaron a reír ansiosos y a cruzar algunas palabras roncadas entre ellos. Con un fuerte golpe la dejaron tumbada sobre la mesa. Uno de ellos se situó en la cabeza de ella y le levantó los brazos por encima de los hombros, presionando con fuerza para mantenerla quieta. Aquella posición hacía que rayos de dolor bajasen por su espalda. Miraba a los elfos aterrorizada; estos parecían divertidos, si hubiese estado libre de la mordaza les habría suplicado clemencia. De poco le habría servido. El que la sostenía por los brazos bajó su rostro y comenzó a lamerle la cara, mientras dos de ellos la manoseaban, apretando sus senos y metiendo las manos en su entrepierna, otro le abrió los muslos y se situó en medio de ellos. Bajando la cabeza aspiró con fuerza cerca de su vientre, el resto comenzó a animarle. Tzar levantó la mirada hacia el hombre para observar cómo empezaba a desabrocharse el nudo que mantenía sujetos sus pantalones de lino. Ni siquiera habían necesitado rasgarle el vestido, ya que este estaba pensado para lo que se proponían hacerle. Tzar sintió como una oleada de terror y repulsión crecía en su interior. No podía dejar que le hiciesen aquello. Consiguió flexionar una de sus piernas, y armándose de valor encajó una patada en la entrepierna del hombre que estaba entre sus muslos.

Tuvo la suerte y el tino de acertar de pleno. El elfo se encogió con un grito gutural, y el resto rió divertido. Parecía que después de todo aquella chiquilla de cabellos oscuros iba a presentar batalla. Mientras su amigo se recuperaba, el resto intercambiaba chanzas, pero a la vez aprisionaron aún más a Tzar. El que la tomaba por los brazos ya no era el único que la sujetaba, ahora los que estaban a los lados le cogían con fuerza las piernas impidiendo que volviese a defenderse. Estaba desnuda e indefensa. El pateado consiguió reponerse, y en cuanto se irguió, con semblante serio, atizó a Tzar un fuerte puñetazo en la cara. Los demás volvieron a soltar una sonora carcajada. Tzar estaba mareada por el golpe, pero pudo notar de nuevo al elfo colocarse entre sus piernas.

Volvió a lamentarse de su suerte, deseó ahora estar muerta. Sí, eso habría sido lo mejor, mejor que lo que le esperaba.

Y entonces, se hizo la luz.

Con un fuerte impacto la puerta de entrada a la pequeña casa se abrió de golpe, dejando entrar la luz cálida de los fanales que empezaban a encenderse en la calle, disipando estrepitosamente la penumbra que había allí dentro. Dos enormes figuras se recortaron a contraluz. Veren y Veros, en perfecta sincronización, se movieron con rapidez por la estancia, cada uno por un flanco. Iban desarmados, pero no importaba, sus manos y su destreza eran suficientes. Veren corrió hasta el lado derecho de la mesa, tomó a dos de los hombres por las orejas e hizo que sus cabezas chocaran con fuerza; se produjo un sonido hueco y los dos cayeron al suelo, uno se quedó inmóvil, pero el otro aún se movía, así que Veren tomó una silla cercana y golpeó sin piedad al elfo de sol con ella, repetidas veces, hasta que quedó inerte. Veros, por el otro lado, llegó hasta otro de los captosres que estaba aún sujetando una de las pantorrillas de Tzar con expresión de sorpresa, lo agarró por la nuca y a la vez levantó la rodilla y tiró del elfo hacia atrás, haciendo que se doblase de forma extraña; la parte baja de la espalda, apoyada contra la rodilla de Veros se quedó erguida, pero Veros tiró tanto de él que se dobló en el ángulo contrario al natural, y el hombre acabó en el suelo con la espalda rota. El cuarto hombre, el que sujetaba a la elfa por los brazos, aterrorizado ahora, soltó a la chica y reculó hasta la pared. Al chocar contra esta se hizo un ovillo y comenzó a sollozar.

Veren seguía dando vueltas por la habitación, bufando como un toro, esperando que saliese alguien más de entre las sombras, preparado para cualquier ataque. Veros se inclinó sobre la esclava. Estaba aturdida, un enorme moretón comenzaba a formarse en su ojo izquierdo y tenía algunas magulladuras, las muñecas y los pies eran lo que tenía peor pinta. Intentó sentarla en la mesa con delicadeza. La chica, aún aturdida, intentó zafarse de las suaves manos de Veros, él no sabía si lo había reconocido, estaba preocupado por las heridas que presentaba, chistando y hablando en voz baja y tono dulce, intentó tranquilizar a la elfa. Ella pareció reconocerle entonces, se quedó mirándole muy quieta, y él, bajo la presión de aquellos ojos verdes, se sintió de nuevo indefenso y torpe. Carraspeó y decidió concentrarse en las heridas que tenía en las muñecas. Intentando evitar la mirada fija de la elfa comenzó a desatar las cuerdas que aún la aprisionaban. A Tzar le había

costado reconocer al elfo que tenía delante. En cuanto sus ojos se acostumbraron de nuevo a la luz, distinguió sus hermosos rasgos en la penumbra. A pesar de que todos los elfos que había visto en aquel lugar le habían parecido tan iguales, con su cabello casi blanco y sus ojos azul claro, su anfitrión, el chico que tenía enfrente, le parecía muy diferente ahora. Comprendió por fin que no iba a hacerle daño. El elfo intentaba esquivar su mirada. ¿Qué era aquello que había visto en sus ojos del color del hielo? ¿Timidez? No lo sabía. No podía pensar con claridad en aquel momento. El elfo comenzó a desatarle las manos con dedos temblorosos. Tzar estuvo segura entonces de que había venido a ayudarla. Se sintió desbordada por la gratitud y la emoción. Dio un fuerte tirón separando sus manos ligadas de las del elfo, este la miró sorprendido, pero ella no se detuvo a devolverle la mirada, rápidamente levantó los brazos y se los pasó a su libertador por encima de la cabeza, aprisionándolo y atrayéndolo hacia ella en un fuerte abrazo. Veros se quedó petrificado cuando la elfa se le echó encima. Cuando notó la presión del cuerpo de ella sobre el suyo. No sabía qué se proponía la chica. Con los brazos abiertos, sin apenas tocarla con las manos, esperó su reacción. En cuanto ella le abrazó los hombros empezaron a temblarle y la elfa comenzó a sollozar. Veros entendió su intención, y cerrando los brazos con suavidad le devolvió el abrazo. Deslizó una de las manos por su espalda y le situó la otra en la parte trasera del cuello. Ella, al notar el contacto, se ciñó a él con más fuerza, pero no dejó de llorar.

—No te haré daño. —Veros, de forma instintiva, comenzó a susurrarle palabras tranquilizadoras al oído, sabía que no le entendía, pero en aquel momento necesitaba consolarla de la forma que fuese—. Vamos, tranquila, voy a llevarte a casa y todo estará bien.

Veren fue testigo de toda la escena desde el otro lado de la habitación. Tras la excitación de la pelea había intentado calmarse, pero ver a aquellos dos abrazados de esa forma tuvo el efecto contrario. No sabía por qué, la emoción por la lucha había sido sustituida por una intensa rabia. Apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Debería alegrarse por ver a su hermano feliz, era lo que siempre había deseado y por lo que había luchado tanto consigo mismo y con el resto de mujeres de la casa, pero muy al contrario, presenciar aquel abrazo lo llenaba de ira. Apretando los dientes, se dio la vuelta, era consciente de que necesitaba calmarse.

Hacia varios días que Veros no le dirigía apenas la palabra, ese día acudió

a pedirle ayuda, rompiendo aquella barrera invisible entre los dos y había aceptado sin pensarlo dos veces. A pesar de que se había hecho el difícil, no había dejado de albergar esperanzas de recuperar la relación con su hermano menor. Al darse la vuelta vio a uno de aquellos truhanes agazapado en el suelo. Era el que estaba sobre la cabeza de la elfa, no había recibido ningún golpe. Miraba a Veren con el pavor marcado a fuego en sus ojos. Entonces las emociones del Primer Anar se desbordaron, la furia le sabía amarga como la bilis en la boca, y una vez más perdió la noción de sí mismo, tal y como le había ocurrido en el torneo cuando lo hirió el pequeño Loden Meldor. El elfo agazapado, aterrorizado por la mirada que Veren le dedicaba, solo pensó en huir de allí. Sin ponderarlo dos veces, con todos los músculos de su cuerpo en tensión, Veren agarró un pequeño jarrón de piedra que los violadores habían tirado al suelo en medio de su frenesí. Incompasivo, moviéndose ágil a pesar de su tamaño, interceptó al hombre que le rogaba clemencia. Agarrándolo por la pechera lo lanzó de nuevo al suelo, y con el jarrón en ristre comenzó a golpearle en el rostro con fuerza. Cuando terminó, con la mano y el brazo salpicados de sangre, no habría podido decir qué se rompió antes, si el jarrón o el cráneo del elfo de sol, pero ahora ambos yacían destrozados y desparramados por los suelos de aquella mugrienta casa.

El día anterior, antes de que todo aquello comenzase, Veros había estado de nuevo en el patio trasero de la casa evitando volver pronto a su dormitorio. Estar en compañía de la esclava lo estaba desgastando por dentro. Llevaban así ya muchos días, y había empezado a pensar que si aquel tormento iba a durar mucho más, hablaría con Lyre para que se llevase a la chica de su cuarto. Su madre se enfadaría, pero no tendría que soportar más la pena que le causaba la elfa siempre sentada en su rincón. Con aquellas cosas dándole vueltas dentro de la cabeza, regresó a la habitación. «No hay más remedio por el momento», pensó con resignación.

En cuanto entró miró instintivamente hacia el lugar que solía ocupar la chica. Le extrañó que no estuviese allí. «Quizás está en el balcón», pensó y la buscó primero afuera, y después por toda la estancia. Preocupado, se dio cuenta de que no estaba en ningún lugar entre aquellas cuatro paredes. «Se la habrá llevado una de mis hermanas», pensó. «Es posible que se hayan dado cuenta de lo malo de esta convivencia, y por su cuenta hayan decidido encomendarle cualquier otro servicio». Pasó la noche inquieto, la falta de la chica se hacía notar a pesar de su nulo contacto, y además notaba algo raro en la habitación, como si alguna cosa se hubiese movido de sitio.

Se despertó al día siguiente y seguía solo, pero una incómoda sensación empezaba a fraguarse en su interior. Sin comprender muy bien el hilo de deducciones que le había llevado a la extraña idea de que la chica podía estar en peligro, esperó que sus hermanas no la hubiesen maltratado y que estuviese bien. «No son más que imaginaciones», se dijo intentando reprimir la ansiedad, pero aquella sensación acuciante no desaparecía. A media mañana comenzó a buscarla por todo el faro. No fue incapaz de encontrar ni un rastro. Con los nervios a flor de piel, fue a buscar a la encargada de llevar la comida a sus aposentos. La troll de piel azul que los otros criados llamaban Jetta le dijo temerosa que no había sabido nada de la chica desde el mediodía anterior. Veros estuvo seguro entonces de que algo pasaba. Desesperado, fue a buscar a Veren. Se habían rehuido mutuamente en los últimos días, pero su hermano mayor era el único en quien había confiado en aquella casa.

—Pregúntale a Lyre —dijo Veren con sequedad. Estaba sentado en su habitación sobre una pila de cojines, mirando la nada con las manos detrás de

la cabeza. Veros acababa de contarle su dilema.

—Veren, por favor —rogó Veros. Le miró con aquellos ojos de cachorro que no sabía que ponía cuando quería algo de su hermano mayor.

Veren bufó fastidiado, intentando ignorarlo.

—No puedo preguntarle, se enfadará. —respondió, mientras Veren seguía poniendo todo su empeño en no mirarlo.

«Tantos días sin saber nada de él... Seguramente ha estado ocupado jugando con su esclava nueva, ¿y ahora venía a pedirme un favor?», pensó Veren. No le disgustaba que le necesitase, pero le costaba dar su brazo a torcer con tanta facilidad.

—Por favor —dijo de nuevo Veros en tono grave. Veren, aún apoyado sobre los almohadones de seda, le miró de reojo. Veros sabía lo que significaba esa mirada—. Ayúdame, por favor.

Por mucho que pasase entre ellos, Veros tenía ganado el corazón a Veren. Él jamás se negaría a nada de lo que le pidiese, ambos sabían que tarde o temprano cedería.

Suspirando, se puso en pie y Veros le siguió con paso alegre. Se sentía aliviado ya que Veren siempre sabía qué era lo que debía hacerse. Entre los dos, de nuevo registraron la casa. Les llevó un par de horas, pero no dieron con la elfa ni con nada que les pudiese llevar hasta ella. Veren pensó que quizás estaba en las dependencias de los soldados. Ambos, con paso decidido y semblante sombrío, fueron hacia allí. Llegados a aquel punto de incertidumbre, en la cabeza de Veros había una continua sucesión de horripilantes imágenes en las que la elfa morena era vejada de todas las formas posibles. «Si le han hecho algún daño no responderé de mí mismo», se dijo, pero tampoco encontraron nada que les hiciera pensar que había estado allí.

Pensativo después de la búsqueda infructuosa, Veren caminaba en círculos por el jardín delantero, sus tatuajes brillaban tenues ya que el sol de la tarde se iba muriendo, llevaba los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada baja. Necesitaba pensar. Si no había rastro de la elfa, era posible que hubiese escapado, pero era imposible que se hubiese marchado sola o sin ayuda de nadie, y eso significaba que tenían un problema, ya que en ese caso había alguien en la casa que no era del todo leal a los Kelsalor. Una pieza débil podía hacer que se desestabilizase toda la estructura. Veren sabía que aquello

era mucho más grave que la desaparición del juguete de su hermano. Veros caminaba detrás de él, vigilando sus movimientos, intentando averiguar qué se le pasaba por la cabeza. Aunque podía sospechar que no era nada bueno, no alcanzaba a adivinar la magnitud de sus pensamientos.

Veren, convencido de que tenían un grave problema entre manos, se detuvo y le miró:

—Tenemos que hablar con Lyre.

Al oír aquellas palabras de boca de su hermano, Veros no pudo más que negar con la cabeza, agitándola de izquierda a derecha con vehemencia. Veren tuvo que esforzarse por contener una carcajada al ver aquella mueca de niño enfurruñado que se había dibujado en el rostro de su hermano, y le respondió asintiendo con expresividad él también. Ambos hermanos se miraron fijamente, reflejándose cada uno en la mirada del otro, y los dos empezaron a reír. Veros con una sonora carcajada y Veren agachando la cabeza tratando de ocultar su sonrisa; ahí estaba de nuevo la tibia complicidad de los dos varones Kelsalor.

Uno de los guardias del patio los abordó rompiendo ese breve momento de hermandad. Al parecer había una mujer en la verja de entrada, necesitaba hablar con alguien de la casa, según había dicho, «sobre algo que la familia había perdido». A ambos les dio un vuelco el corazón, sabían perfectamente de qué hablaba aquella plebeya.

La elfa de sol, por supuesto, quería algo a cambio de la información. Veren se sorprendió al oír hablar a su hermano.

—Confórmate de momento con que no te arranque la lengua —amenazó en tono cortante. Aquel no era el niño que Veren conocía. Atónito, descubrió a un Veros que se parecía más a él mismo de lo que nunca había imaginado.

La mujer tragó saliva, consciente de su error, y les explicó sin rodeos a los dos hermanos qué era lo que había creído ver intentando reparar la falta. A aquellas alturas era ya sabido por todo Arëmen que se había encontrado una extraña elfa de cabellos oscuros en la playa, y que los dos afortunados de encontrarla habían recibido un buen pago por parte de Lyre a cambio de su captura. A partir de ese momento Veros y Veren empezaron a moverse rápidamente. Veren no solo era bueno en la lucha, su mente era un prodigio para la estrategia. Volvieron a las dependencias de los soldados y se vistieron con sendos uniformes de la casa. Al fin y al cabo eran dos Anar, uno de ellos

muy conocido, y no podían ir por ahí llamando la atención. Después instaron a la mujer a que los guiase lo más rápido posible. Estaba ya atardeciendo y no sabían si llegarían a tiempo.

Después de encontrar a la esclava y solucionar aquel embrollo, los tres estaban dispuestos a volver al faro. Mientras Veros seguía abrazando a la chica e intentando resguardarla bajo su capa, la elfa de sol que les había guiado, pasmada, miraba a Veren aferrada al quicio de la puerta de aquella casucha. Había sido testigo de toda la escena desde allí. Este se acercó a ella y de uno de los pliegues del ancho pantalón del uniforme sacó un pequeño saco de cuero y se lo tendió sin dejar de mirarla fijamente en ningún momento. En cuanto esta lo tomó, el tintineo de las monedas de oro delató su contenido. La mujer parecía satisfecha, aun así, Veren se llevó el dedo índice a los labios indicándole que guardara silencio. Ella asintió asustada mirando la mano de Veren, todavía bañada en la sangre del que había sido su vecino.

Los dos hermanos llevaban la capucha de la capa granate de la guardia de su casa bien calada, evitando así llamar la atención más de lo normal. Veros, además, bajo la capa llevaba a su esclava. Tzar seguía impresionada por lo que acababa de vivir y, además, apenas podía soportar el dolor de las heridas de los pies. Cada paso era como caminar sobre vidrios rotos. Veros avisó a su hermano mayor de que debían tomar la ruta más corta, consciente del sufrimiento de la elfa, pero Veren tenía otra cosa en mente. Los guió por la plataforma del puerto de los pescadores, y acabaron en una zona ajardinada sobre el rompeolas. Anocheceía y el viento hacía bailar los faldones de sus capas. El hermano mayor se acercó al borde del jardín que lindaba con el mar y miró unos segundos al horizonte. Veros se detuvo detrás de él, prácticamente cargando a la chica con su brazo derecho, preguntándose cuales serían sus intenciones. De pronto Veren se dio la vuelta y dando grandes zancadas se acercó a ellos. Mirando con fijeza a Veros, le abrió la capa y comenzó a forcejear con él para intentar arrebatarse a la elfa.

—Espera, ¡espera! —casi rogó Veros nervioso, no entendía las intenciones de su hermano. —¿No vas a hacerle daño, no?

—¿Aun con esas? —espetó el primer Anar. Después de aquella pequeña incursión Veros aun no volvía a confiar del todo en él. Sin darle tregua, consiguió que soltase a la esclava, y poco a poco la alejó de él.

Ella no entendía, pero se dejó hacer. Veros esperó a ver qué era lo que Veren se proponía. Ella estaba completamente derrotada, tanto por dentro

como por fuera. Veren, más grande que su hermano pequeño, la llevó al borde del jardín donde había estado observando el oscuro horizonte con la facilidad con la que un niño carga una muñeca de trapo. Ella era tan pequeña que él conseguía envolverla con todo su cuerpo. Pasó un brazo por delante de ella, atrapándola en un abrazo atenazador, obligándola a mirar al frente, y con el otro brazo señaló la lejanía. Sobre el mar oscuro, al fondo del paisaje, se desataba la eterna tormenta que azotaba el abismo de Calnora. El tenue bramido de los truenos llegaba hasta ellos, camuflado entre las olas del mar. En la distancia, incesantes ráfagas de rayos caían sobre el agua, iluminando una porción de cielo preñado de nubes, al ritmo de una terrible sinfonía. Veren habló muy despacio al oído de Tzar, desgranando con cuidado cada palabra en voz baja:

—¿Lo ves? —dijo él. Ella no entendía sus palabras, y tampoco hubiese sabido decir si el tono que usaba aquel grandullón era de enfado o melancolía —. Aquella es la puerta cerrada de esta celda que llaman Arëmen. No hay salida, a un lado Calnora y al otro la nada. Todos somos prisioneros aquí. Moriremos en este tormento, y con suerte será más pronto que tarde.

Después la soltó, y ella cayó de rodillas al suelo mirando fijamente la tormenta sin fin.

Allí tirada, con su mínimo vestido sucio y hecho girones, ofrecía una imagen trágica. No había entendido una palabra, pero estaba segura de haber comprendido el mensaje en el fondo de su corazón. Volvió a llorar. En cuanto Veren se alejó unos pasos, Veros fue hasta ella y la levantó, con delicadeza la ayudó a meterse de nuevo bajo la capa color sangre. Ella le abrazó con fuerza, y él le devolvió el abrazo intentado confortarla mientras miraba extrañado a su hermano caminar delante de ellos. No había podido oír lo que decía, pero estaba convencido de que Veren no había dicho tantas palabras seguidas jamás en su vida.

Por su parte, Veren intentó mantener la compostura, pero tuvo que adelantarse para que los dos chicos que guiaba a casa no le viesan con los ojos vidriosos. Recriminándose su debilidad, intentó tragarse la pena y seguir guardando la compostura: no podía permitirse derramar ni una lágrima.

Al llegar a casa Veren también tuvo que sobornar al guardia que había sido testigo de la llegada de la mujer. Según dijo no se podía dejar ningún cabo suelto. Si Lyre o alguna de sus hermanas se enteraban de su pequeña aventura sí que tendrían problemas de verdad. Ambos hermanos acordaron que aquel sería su secreto. Ya vestidos con su ropa habitual, sigilosos, subieron hasta el pasillo de los dormitorios. Parecía que todas las elfas del faro estaban en la terraza, y los dos hermanos suspiraron aliviados por haberse librado aquella vez.

Veros abrió la puerta de su estancia y la chica entró tambaleándose, buscando puntos de apoyo. Él iba a entrar detrás de ella, pero la mano de Veren en su hombro lo detuvo, le obligó a darse la vuelta y ambos quedaron frente a frente. La mirada que su hermano mayor tenía pintada en el rostro lo desconcertó; no era como aquella chispa de demencia que había descubierto antes del torneo, era otra cosa mucho más profunda, algo muy poco habitual, como si un velo se hubiera retirado de su faz. Estuvo a punto de decir algo, pero Veren, sin darle oportunidad de actuar, le abrazó. Veros reaccionó al segundo, devolviéndole el abrazo, apretándole con fuerza, y sin pensarlo se puso a besar compulsivamente la mejilla de su hermano mayor.

—Gracias, gracias, gracias... —le susurraba entre beso y beso.

A salvo de miradas indiscretas, consciente de que en aquel pasillo y posición nadie podía verlo, Veren sonrió ampliamente con la barbilla posada sobre el hombro de su hermano pequeño, cerrando los ojos, atesorando cada muestra de cariño. Era todo el pago que necesitaba. No entendía bien qué era lo que le había pasado en aquella casa de pescadores cuando vio a su hermano abrazado a la elfa, pero ahora respiraba sereno, la tormenta en su interior se había disipado.

Reconfortado, Veros entró en la habitación. La elfa morena se había arrastrado hasta su rincón y estaba allí desparramada, con los pies y los antebrazos ensangrentados. Con el corazón desbocado, corrió hacia ella. De un plumazo la cálida sensación de afecto que Veren había dejado en él, se esfumó. La chica tenía las muñecas en carne viva, y los cortes en sus pies estaban infectados. Con cuidado intentó moverla, quería dejarla en otro sitio más cómodo que el suelo de su habitación, pero aún inconsciente, ella se

revolvió y le lanzó un par de manotazos. Veros suspiró exasperado. Tomó algunos almohadones más de su cama y como pudo la acomodó allí donde estaba. Abriéndole un poco la boca, vertió el líquido de un pequeño frasco de cristal en la garganta de la elfa. Era una de las pociones de Venali que tenía como reserva en su habitación, de aquellos días en los que a Veren se le iba la mano con él, y sabía que la curarían bien. Le tocó la frente, y la notó ardiendo. Tenía fiebre. Consideró ir a dormir a su cama, pero al final se quedó toda la noche sentado junto a la esclava, vigilándola en su vigilia, pendiente de cada respiración de la chica.

Pasó la noche a ratos intranquila, a ratos quieta, pero por fin había amanecido. Veren estaba de pie frente a Veros, que aún no se había vestido. Tenía la secreta esperanza de que su hermano aceptase la propuesta que iba a hacerle, pero al tenerle delante se había desinflado un poco.

—Deberías seguir entrenando —dijo sin más en voz baja.

Veros le miró primero a él, y después a la pequeña elfa que seguía dormida en el suelo, envuelta en sábanas y almohadones. Cuando el Anar pensó que perdería aquella apuesta, Veros habló.

—Sí, creo que será lo mejor. —Asintió ausente mientras echaba la mirada atrás, a la esclava inmóvil—. Creo que estará bien, no pasará nada porque me marche un par de horas.

Tzar despertó cuando la puerta de la habitación se abrió desde fuera. Todavía un poco aturdida comprobó que estaba de nuevo en su rincón, y a pesar de sentirse prisionera, eso la tranquilizó un poco. Jetta entró en el dormitorio con el corazón en un puño. Al ver cómo la chica se incorporaba, dejó la escudilla de gachas a un lado y fue hasta ella. Temía su reacción. Tzar comprendió que la troll azul estaba azorada, y haciendo un gran esfuerzo le sonrió. La troll se puso las manos sobre el pecho y se sentó junto a ella. Tzar no dejó de sonreír sobre aquella máscara de melancolía.

—*Kuch si'ipil* —dijo la troll compungida.

Tzar estiró su brazo, y con cuidado la tomó por la mano, dándole un fuerte apretón. Jetta se emocionó. La troll le miró entonces la mano, y se horrorizó al ver las marcas de la soga en sus muñecas. Estaba bastante recuperada gracias a la cura de Venali, pero aún eran evidentes algunas cicatrices. Tzar intentó

tranquilizarla encogiéndose de hombros. La troll negó con la cabeza, había tristeza en sus ojos. Lejos de soltarse de las manos, las dos se quedaron allí sentadas sin hablar durante un buen rato, reconfortándose la una a la otra.

Pasaron dos noches y estaba apunto de pasar la tercera desde que la había traído de vuelta, y Veros había observado que la esclava no había comido nada todavía. Durante aquellos días, Jetta se había llevado el cuenco de gachas tan lleno como lo había traído. Veros estaba sentado en la mesita baja, con una copiosa cena servida frente a él. Aparte de la noche en que la había acompañado, no habían vuelto a tener otro contacto; también esa rutina desdeñosa había regresado. Veros temía cargarla con más angustia y Tzar, por su parte, se marchitaba como una planta sin agua mientras miraba por la abertura del balcón. Veros sabía que si la elfa seguía así se dejaría morir de tristeza.

Miró los platos de fina loza en los que estaba servida su cena. Estaban repletos, de seguro había comida de sobra para dos. Inhaló aire armándose de valor, y con gestos resueltos los fue llevando hasta donde estaba la chica, situándolos con cuidado cerca de ella, pero no tan próximos como para que pudiese mandarlos al otro lado de la habitación de una patada. Ella seguía sin prestarle atención. No importaba, Veros había tenido una idea. Intentando ignorarla, se sentó frente a los platos con las piernas cruzadas y con gesto cómico se frotó las manos fingiendo que no sabía por cuál de aquellas delicias empezar a cenar. Tzar lo miró de reojo. Curiosa, se preguntó qué sería lo que se proponía aquel elfo. Entonces Veros comenzó a comer. Como si se tratase de la comida más deliciosa que había saboreado en su vida, comenzó a hacer aspavientos entre masticaciones, exhortando un «hum» de satisfacción cada vez que se metía algo en la boca. Tzar le miraba comer, los gestos cómicos del elfo le habían dibujado una sonrisa involuntaria en la boca. Veros siguió interpretando su plan a la perfección. El olor de la comida, exótico, había llegado hasta ella, despertándole el gusanillo del hambre en el estómago. Curiosa, se volvió por completo para mirarle, cambiando así de posición. Veros, consciente de que su treta había funcionado, la miraba de reojo mientras asentía con picardía. Intentando que sus gestos fuesen lo más naturales posible, tomó una porción del humeante pescado en su plato; la carne blanca y melosa se le escurría entre los dedos, y extendió el brazo hacia la esclava. Ella dudó aceptar aquella ofrenda de paz. Temerosa, alargó también

la mano e intentó coger la comida, pero al hacerlo esta estuvo a punto de caer al suelo. Veros, rápido, se inclinó y llevó la otra mano al pescado, evitando así que cayese al piso. Tzar lanzó un pequeño gritito, divertida, aquella carne clara tenía una textura extraña y se le resbalaba entre los dedos. Riendo, Veros la ayudó a tomar la comida con firmeza. Ella, mirándolo fijamente se metió aquello en la boca. Estaba caliente y delicioso, era un sabor que no sabía que podía existir. Asintiendo, y todavía mirando a Veros, rió mientras masticaba el pescado. Él, con su sonrisa sincera y grande, levantó los brazos en señal de victoria, sintiéndose triunfal por haber derribado la primera barrera de la elfa morena, y Tzar no pudo reprimir una carcajada frente aquella payasada a pesar de que tenía la boca todavía llena. Ambos siguieron comiendo, Veros, siempre sonriendo, no dejaba de alargarle comida, y ella iba probando plato tras plato sin dejar de mirarle.

Todos los elfos que había visto hasta ahora en la isla le habían parecido iguales, pero para su sorpresa, Tzar estaba descubriendo en esos momentos cuán diferente era el que tenía sentado delante de todos los demás.

Aquella nueva costumbre de compartir la cena fue sustituyendo poco a poco a la rutina de ignorarse mutuamente. Al día siguiente de aquel primer contacto, el elfo de sol había empezado a enseñar algunas palabras a la esclava. Unas semanas después, Veros había averiguado que la elfa se llama Tzar, y Tzar ya sabía que a su anfitrión se le había dado el nombre de Veros. A él le parecía que ella era bastante avispada, que captaba las cosas con facilidad, y a aquellas alturas ya podía responder sí o no a preguntas sencillas, o formular frases cortas, como decir cómo se llamaba. Poco a poco, Tzar fue desinhibiéndose y tomando confianza con él.

Veros había vuelto paulatinamente a la rutina con Veren; por la mañana desayunaban, ya en la arena del patio, para después practicar, unas veces con las espadas de madera, otras la lucha cuerpo a cuerpo. Veros aprovechó para hacerle algunas preguntas a su hermano, preguntas sobre el torneo, o sobre qué pasaría con él ahora que su madre estaba decidida a hacerlo Anar, y Veren, sin saber muy bien cómo tranquilizarlo o intentando no descubrirse como un monstruo que formaba parte de aquel circo macabro y pernicioso, eludía su acuciante sentido de la responsabilidad como mentor con respuestas escuetas. Veros estaba acostumbrado a eso, así que lo interpretaba como algo normal.

Pasado algún tiempo tanto ella como él se descubrían, no sin cierto desconcierto, echándose de menos durante el día. A veces, durante el entrenamiento, Veren observaba cómo a media tarde Veros comenzaba a buscar con la mirada el balcón de su habitación, desconcentrándose y comenzando a cometer errores estúpidos en la ejecución de sus movimientos. Al final, siempre acababa dándole permiso para que se marchara antes, y a menudo su hermano salía corriendo hacia su dormitorio mientras, contrariado, él lo veía alejarse. El lugar de Tzar, por otro lado, no había cambiado nada en aquella habitación. Cenaban allí, en su rincón, porque ella se resistía a abrir todas sus barreras y acercarse a él, y allí también interactuaban la mayor parte del tiempo. El elfo de sol no la había forzado a nada en absoluto, ella era consciente de eso y estaba agradecida. Él pensaba que lo mejor era dejarla a su aire para que se adaptara, pero la realidad era que tampoco sabía muy bien qué hacer con ella. Normalmente, cuando la tenía delante, el corazón le latía rápido, le sudaban las manos y se preguntaba todo el tiempo si ella se daría

cuenta de que era tan torpe como se sentía, así que ni siquiera se había atrevido a pensar en tener algo más de cercanía; de hecho, casi lo agradecía. Tzar seguía pensando en su familia y su hogar, para ella era inevitable. Ahora, tomando cierta distancia y después de lo que había pasado durante su huida, sabía que jamás se habría podido casar con Delvan. Lo amaba, eso era cierto, lo quería muchísimo, pero no de una forma diferente a la que hubiese amado a un hermano o a un amigo. La princesa echaba de menos su casa, durante el día soñaba que volvía allí, a su antigua vida, y a menudo aquellos recuerdos la hacían llorar amargamente. Pero cuando Veros entraba en la habitación, iluminando todo con su perenne sonrisa y su pelo claro, se sentía reconfortada.

Aquel día, Veros tardó más de lo habitual en regresar. Tzar comenzaba a ponerse nerviosa. «Algo le ha pasado. Quizá ese elfo grandullón le ha hecho algo», pensó. Sin poder controlarse, comenzó a imaginar mil y una muertes posibles para Veros.

Ya hacía largo rato que les habían traído la cena, y él seguía sin aparecer. Nerviosa, comenzó a deambular por la habitación. Bien entrada la noche la puerta se abrió y Veros entró en el cuarto. Antes de que cerrase tras de él Tzar oyó un tumulto: gente riendo y festejando. Al verle llegar, caminó hasta el elfo.

En otra ocasión a Veros se le habría salido el corazón por la boca, pero aquella noche estaba cansado y hastiado. Ella se quedó a unos pasos de él, mirándolo preocupada. Sonrió, no por tranquilizarla, sino porque se alegraba sinceramente de verla.

—Lyre tiene *máank'inl* —dijo él por fin. Ella negó con la cabeza para hacerle saber que no lo había entendido, pero él bajó la mirada y pasando por delante de la chica, se dirigió al baño.

A Tzar le recordó al otro elfo, el que le había hablado al oído mirando el horizonte el día del puerto. No solo vio aquella similitud en el tono de su voz o en su actitud; tanto sus físicos como sus rostros se parecían mucho ahora.

A pesar de que Veros se había esforzado en mantener la sonrisa, se sentía derrotado. Desde la fiesta de celebración en la que sus hermanas se divirtieron torturándole había desarrollado un creciente sentimiento de repulsa hacia ellas, Lyre o sus fiestas. Mientras ella le miraba de pie desde el otro lado de la habitación, él empezó a llenar la bañera redonda. Solo quería tomar un baño caliente, intentar despejar su mente y meterse en la cama. Tzar, sin extrañarse ya, vio cómo se desnudaba, dejando la poca ropa que llevaba tirada en el suelo, y se metía en el agua. «Lo he visto desnudarse cada día», se dijo con

calma. Al principio le había causado una vergüenza terrible, de donde ella venía la desnudez era un tabú, pero para Veros era algo natural, y con sus gestos despreocupados así se lo había transmitido. «En realidad tengo más familiaridad con él que con cualquier chico que haya conocido antes... Y eso que apenas podemos intercambiar frases de más de cuatro palabras».

Veros, con movimientos pesados, se metió en el agua, se sentó con los brazos extendidos apoyados en el borde labrado de la bañera y echó la cabeza hacia atrás intentado dejar la mente en blanco. Entonces la escuchó acercarse por detrás, con el suave deslizar de sus pies descalzos sobre el suelo de piedra y el crujir del vestido enredándose en sus piernas. Cuando abrió los ojos, Tzar se había sentado a su lado en el suelo. Serena, con una mano en las pantorrillas y la otra en el trasero, intentaba ponerse escasa ropa de forma que no se le viese la entrepierna. Todo un detalle teniendo en cuenta que al estar la bañera excavada en el suelo, el bajo vientre de ella quedaba casi a la altura de los ojos de Veros. Él no la había tenido nunca tan cerca, pero una vez más notó el aroma dulce que la chica desprendía. Ella, sin mirarle, tomó una de las toallas pequeñas junto a la bañera y la sumergió en el agua que estaba turbia por las sales, después, estrujándola con ambas manos, la escurrió. Veros miró embelesado cómo gotas de agua formaban surcos sobre los brazos de Tzar, llegando al codo y goteando hasta el suelo. La veía concentrada en su tarea, con su mínimo vestido dejando al descubierto la curva lateral de sus pechos, su cintura y sus caderas, envuelta por las brumas que despedía el agua caliente, y aquel calor incontrolable volvió a su cuerpo.

Pasmado miraba ahora a la pared, intentando concentrarse en un punto fijo, mientras ella empezaba a frotarle con la toalla húmeda los brazos y la espalda. Con cada movimiento se acercaba más a él. Sin que se precataste uno de sus senos casi a rozó a Veros en el hombro, pero eso bastó para que se le erizara la piel con el leve contacto.

«Por la gloria de Arien'Glor, intenta actuar normal», se repetía una y otra vez Veros.

Cuando le hubo limpiado bien, Tzar ahuecó las manos y comenzó a recoger y dejar caer un poco de aquella agua perfumada sobre él. Veros sentía que aquello era una recompensa divina, no podía haber nada ni ningún lugar mejor que allí en aquel momento. Cerró los ojos y se dejó hacer. Respiraba de forma pesada; fuego le recorría las venas, los brazos, las piernas. Tzar lo notaba tenso, más quieroy callado de lo normal, y tuvo la estúpida idea de que quizás

lo estaba incomodando.

—¿Bien? —La voz de ella lo sacó del ensueño y abrió los ojos con expresión sorprendida. Tzar no entendía qué le pasaba.

Ella había pronunciado aquella palabra, que con su acento natural era más un *vieen*, con un deje que provocó que se le pusiera de punta el vello de la nuca. Mientras Tzar le miraba directamente, con la boca entreabierta, esperando una respuesta, clavándole aquellos ojos color hierba, Veros lo notó: toda aquella sangre cálida que corría por su interior como un caballo desbocado se fue de golpe a su entrepierna, y sintió cómo la presión aumentaba allí. Era el peor momento y el peor lugar para aquella reacción involuntaria de su cuerpo.

«Por favor, ahora no».

Fue la salmodia que sustituyó a la anterior en su mente. Azorado, sintiendo cómo sus mejillas se volvían del color de su capa de Anar, metió las manos en el agua intentando controlar su cuerpo, pero Tzar, con una sonrisa divertida al ver su reacción, siguió mirándole sin entender qué pasaba, esperando que él le respondiera. Por suerte, a través del agua lechosa por las sales de baño y el jabón no se podía ver nada.

—Bien —dijo intentando no parecer un idiota, sonriendo nervioso, asintiendo rápidamente con la cabeza—. Suficiente por hoy.

La elfa, torciendo la boca, pareció comprenderlo; se levantó y se dirigió a su rincón. Veros tardó un poco más en salir del baño, se quedó dentro del agua, encogido, cerrando los ojos con fuerza, intentando rebajar la excitación de su cuerpo repasando mentalmente movimientos de esgrima.

Cenaron en silencio. Él intentaba esquivar su mirada, pero ella no pareció darle importancia. Ya en la cama, Veros pudo permitirse volver a mirarla: Tzar estaba tendida en el suelo, con la cabeza apoyada en uno de los almohadones. «Es preciosa», dijo aquella voz en su interior. Por mucho que hiciese, ella seguiría interponiendo muros entre ellos, y tras volver a experimentar aquellas sensaciones que provocaba en su cuerpo y en su interior, aquella certeza comenzaba a carcomerlo por dentro, había sentido en tirón en la entrepierna, pero había algo más, no era tan solo aquella hambre, era algo mucho más profundo. «Tendré que ser valiente y arriesgar un poco más, aunque ella se niege», resolvió decidido. Intentó calcular cuánto tiempo llevaba la chica durmiendo allí. Concluyó que demasiado. No era justo, ni

para él ni para ella. La elfa era su esclava, su responsabilidad, y haría con ella lo que le pareciese mejor. No había dudas respecto a aquello.

Finalmente, se levantó del lecho enrollándose a la cintura una de las sábanas.

Al verlo acercarse a ella con expresión decidida la princesa se incorporó, algo inquieta. Él se inclinó y la cogió por el brazo.

«¿Qué es lo que se propone?», pensó, levantándose sin oponer resistencia. Veros la situó delante de él, cogiéndola con las dos manos por los brazos y obligándola a caminar hasta la cama.

«Esto va a ser complicado», supo él cuando ella comenzó a resistirse al dirigirla a su lecho. Él no aflojó la presión de los dedos sobre sus brazos.

Tzar empezó a asustarse. «¿Qué es lo que quiere?», se preguntó. Quizás se había excedido al ayudar a Veros a bañarse, aunque jamás hubiese imaginado que él lo fuera a interpretar de aquella forma. «No... No puede ser que él me esté arrastrando contra mi voluntad hasta su cama».

Veros notó que la resistencia se incrementaba, aun así, no cedió, estaba decidido a llevarla a la cama. No era uno de aquellos portadores del puerto, si se lo proponía, sabía cómo reducir a cualquier persona, y Tzar, ya aterrorizada, lo comprobó pronto. Cuando ya estaban junto al colchón, ella consiguió darse la vuelta quedando con los brazos cruzados y de cara al elfo, cuyas manos eran como dos tenazas.

—¡No! —pronunció ella rotundamente en la lengua de los elfos de sol, pero Veros se limitó a asentir con una expresión extraña en el rostro.

«Esto le divierte», descubrió Tzar. Horrorizada, intentó de nuevo zafarse, pero no consiguió que el elfo cediese un milímetro.

Tenían los cuerpos pegados el uno al del otro. Tzar bajó la cabeza con desesperación y pudo notar el aliento de Veros en la nuca. Quizas él se había cansado de esperar y había decidido cobrar el pago por su mano.

«Lo mejor será que me quede quieta y me deje hacer», pensó desesperada. «Al fin y al cabo él casi siempre se ha portado bien conmigo. Si no me resisto es posible que no sea muy brusco».

Veros notó como el cuerpo de la elfa cedía, dejándose caer poco a poco, y pensó que quizás iba a meterse por sí misma en la cama, así que aflojó un poco la presión de sus manos. En cuanto Tzar fue consciente de que la estaba soltando volvió a sacudir los hombros para liberarse de él. Veros gruñó

fastidiado, dándose cuenta de que ella no dejaría de resistirse, y en un movimiento rápido desenrolló los brazos de ella, volviéndola a poner de espaldas a él, después, con la rodilla presionó detrás de la de la elfa, que perdió la estabilidad cayendo de bruces sobre la cama.

Ahora sí, Tzar se quedó muy quieta. Era inútil luchar contra aquel elfo enorme. Que hiciese con ella lo que sus más bajos instintos le dictasen, ella no se resistiría más. Con las manos bajo el pecho, se aferró a las sábanas, esperando que Veros comenzase la tortura. Notó cómo él se subía a la cama por encima de ella, sin tocarla, hundiendo un poco el colchón con su peso. Después lo oyó revolver las sábanas y los almohadones, refunfuñando con hastío.

De repente, el colchón recuperó su forma cuando Veros se bajó de la cama.

Estuvo desconcertada por unos segundos. Sin saber qué esperar, levantó la cabeza esperando encontrarle frente a ella, pero no estaba por ningún lado.

«¿Dónde se ha metido?», se preguntó. ¿Había salido de la habitación y ella no se había dado ni cuenta? No era posible.

Aún de bruces, deslizándose por el enorme lecho, se asomó por uno de los laterales del colchón. Veros se había improvisado un lugar para dormir con algunas mantas y un par de almohadas en el suelo junto a la cama. Estaba tirado boca arriba, con los brazos levantados y las manos detrás de la cabeza. Intentaba hacerse el dormido, aunque se delataba con aquella expresión burlesca en la cara. Tzar se sintió ridícula, pero siguió mirándolo. Él sabía que ella le observaba, así que abrió los ojos, que parecían refulgir en la oscuridad de tan claros que eran. Mirándola con aquella expresión pícaro tan suya, se llevó el dedo índice al pecho y se dio unos golpecitos.

—Veros aquí. —Después, sin dejar de mirarla fijamente, la señaló a ella —. Tzar ahí.

Desde luego había juzgado pero que muy mal a Veros.

Tzar quería pedirle perdón, lanzarse de la cama al suelo y abrazarlo, pero, mordiéndose los labios, se contuvo y solo pudo asentir con una mueca de gratitud en el rostro. Él, aún bromeando, la miró entornando los ojos, fingiendo estar enfadado con ella, después cerró los párpados y volvió a acomodarse para dormir.

Ahora era ella quien le miraba embelesada.

«No conozco a nadie como él..., tan hermoso, y tan noble. Ojalá no sea

solo una apariencia», pensó, y al instante se sintió ridícula, mirando como una chiquilla a aquel elfo de sol que dormía ya.

Satisfecha, y por fin calmada, se tapó con las sábanas y se arrebujó contra los cojines. Aquella cama era un paraíso, tan mullida y tan suave. Definitivamente, lo había juzgado mal y no, no había conocido jamás a nadie como aquel elfo de ojos azules como el cielo claro y el pelo tan rubio que se tornaba blanco en las puntas.

En el castillo de Miraren las respuestas de los emisarios de medio continente se habían hecho esperar, pero poco a poco iban llegando. Una vez más, ninguno de ellos traía noticias de Tzar. Al principio todos interpretaron aquella ausencia de información sobre el paradero de la princesa como algo bueno; no se sabía nada positivo, pero tampoco nada negativo, aún había posibilidades de que se encontrase bien. Todos albergaban esperanzas de que apareciese por fin en cualquier punto de la geografía del sur de Ocrera. Durante los primeros días tras la vuelta de Godal tanto Delvan como el rey Sontar estaban convencidos de que en cualquier momento llegaría una carta lacrada en la que se les informaría de que Tzar había aparecido en esta o en aquella ciudad. Pero los ánimos se iban enfriando paulatinamente, y era difícil mantenerse esperanzado. Delvan, aguantando el tipo, iba a hablar cada día con su futuro suegro y este, cada día, le respondía negando con la cabeza, taciturno. No sabía qué pasaría con él y su futuro en la ciudad violeta si la chica no aparecía. Sontar le había asegurado que jamás perdería su puesto en la guardia; ahora ya era de la familia y no lo dejaría en la calle. Delvan estaba seguro de que Sontar cumpliría su palabra, pero no estaba seguro de que pasado un tiempo pudiese seguir conservando sus privilegios. Aquello le atormentaba, por supuesto, pero lo que realmente le tenía en vilo era la integridad de su prometida. La echaba de menos, pensaba en ella cada día, y lamentaba no haber partido con ella hacia aquella aventura, su cobardía respecto a lo que se esperaba de él y haber cargado sus propias responsabilidades sobre las espaldas de su amigo más querido.

Por su parte, Godal no estaba pasando por su mejor momento. No podía creer que hubiese tomado todas aquellas decisiones tan estúpidas. El pelirrojo se sentía responsable por lo que le hubiese podido suceder a Tzar. Tanto Alan como Delvan habían intentado convencerle de que aquello no era culpa suya, pero él, cada vez más, prefería alejarse de sus amigos, ya que le recordaban sus errores, y pasaba más y más horas en una de las tabernas cercanas al mercado. Todos echaban de menos a Tzar, cada uno a su modo. Su risa y su carácter afable faltaban en los pasillos del castillo y eso hacía mella en todos los habitantes del palacio violeta.

El rey Sontar había intentado pasar el mayor tiempo posible con sus otras

dos hijas. Con las dos que le quedaban. De la dama Eloen poco sabía, y él también se culpaba por haber contado a Tzar dónde podría encontrarla. Si no hubiese querido consentir a su hija no estaría ahora en aquella situación: un padre abandonado que tenía que velar por dos niñas pequeñas, además de por el destino de un reino. Aunque de cara a los demás intentaba mostrarse optimista, algo en el fondo de su corazón le decía que no volvería a ver a su princesa. Era un peso frío en el alma que le iba hundiendo más y más en la charca de la miseria. Por primera vez en mucho tiempo se sintió furioso con su esposa. Había machacado tanto a su primogénita con aquellas monsergas del deber y la importancia de la sangre para después huir ella de sus responsabilidades y desaparecer como un fantasma entre la bruma. No, aquello no estaba bien. No se había sorprendido el día en que Eloen desapareció, poco a poco aquella mujer a la que había amado se había ido desvaneciendo y apenas quedaba ya un pálido recuerdo de lo que había sido. Sontar sabía en el fondo de su ser que los emisarios que había mandado volverían, y lo harían con las manos vacías. A Eloen no le había importado nunca el bienestar de Tzar, por todos era sabido que la despreciaba, pero ahora él se sentía obligado a descargar su frustración contra alguien que no fuesen Meriel o Lunariel, sus dos pobres hijas sin madre ni guía.

Decidido, tomó papel y pluma y comenzó a escribir una larga carta repleta de trazos furiosos. Y, por los dioses lo juraba, aquella carta sí que llegaría a Unarith.

Amanecieron como de costumbre: Tzar en la mullida cama, y Veros en su improvisado lecho sobre el suelo. Llevaban ya muchos días durmiendo así. Él se puso en pie, desperezándose y estirándose, intentando desentumecer los músculos. No se quejaba del intercambio, pero dormir en el suelo no era lo más cómodo que había conocido. El cielo afuera aún tenía un color plomizo, el sol todavía no había salido por completo. Como ya llevaba haciendo algunas mañanas, se sentó al borde de la cama. Tzar dormía profundamente. Su pelo se desparramaba por las almohadas, oscuro y ondulado. Con cuidado de no despertarla Veros le acarició algunos bucles. No sabía qué pensaría ella de su rutina matutina; verla dormir y acariciarle el cabello, pero deseaba que si algún día lo descubría no le disgustase. La pequeña elfa de Ocrera le había atrapado bajo el embrujo de sus ojos esmeralda, Veros era consciente y no hacía ningún esfuerzo por resistirse. No creía que esa fuese la intención inicial de su madre, pero no le importaba. Se sentía capaz de enfrentarse incluso a Lyre si alguna vez se atrevía a separar a aquella chica de su lado.

Ya vestido y preparado para afrontar el día, salió al pasillo. Como era algo temprano pensó en pasar por el dormitorio de Veren y avisarle de que ya estaba listo. Dobló la curva del corredor y frente a la puerta del dormitorio lo encontró junto a sus hermanas. Hablaban en voz baja, pero en cuanto Veros apareció, todos callaron mirándole con nerviosismo.

—¿Qué pasa? —preguntó el más joven de los Kelsalor.

—Vamos a ir de excursión —respondió Venali decidida.

—No —la corrigió Veren. Las cuatro hermanas se volvieron para fulminarlo con la mirada. Veren, a su vez, levantó la barbilla desafiante. Veros empezó a preocuparse, su hermano estaba visiblemente molesto por algo, y aquello lo instaba a ponerse alerta. En un gesto inconsciente se llevó la mano al lóbulo derecho de la oreja y se frotó distraído el cartílago lleno de pendientes dorados. Había aprendido amargamente a creer en las advertencias de Veren.

—Tesoro, basta ya. —Venali habló de nuevo, esta vez intentando dulcificar el tono, dirigiéndose melosa a Veren—. Te estás poniendo en ridículo.

Veren no cedió, arrugando la boca volvió a negar con la cabeza. Veros se

puso también en guardia por completo. Las hermanas comenzaron a tomar consciencia de la tensión que se estaba formando en el pasillo. Sabían que sus hermanos tenían una extraña pero estrecha relación, y dudaban de que si las cosas se ponían feas pudiesen reducirlos a pesar de ser cuatro contra dos.

—Si no dejas de entrometerte tendrás que responder ante madre. —Esta vez habló Vanya, su tono era frío como el hielo—. Controla tus celos, hermano.

Veren pareció desinflarse al oír mencionar a la matrona de la casa. Las hermanas se sonrieron las unas a las otras, satisfechas: una vez más habían ganado. Palmeándole la espalda y el trasero, y dándole algunos besos, las cuatro elfas se separaron de Veren para dirigirse a Veros. Venali lo tomó por el brazo, dirigiéndole en dirección a las escaleras que eran la columna vertebral de la casa, las demás susurraban entre ellas complacidas.

Veren vio cómo los cinco se alejaban. Se sabía impotente. Había estado intentado posponer ese momento con todas sus fuerzas, pero Veros ya era demasiado mayor, pronto sería un perfecto Anar, y él debía hacerse a la idea.

«Los dos», se corrigió, «debemos ir acostumbrándonos».

Todos habían pasado por eso, él incluso era niño cuando le ocurrió. Aun así, había algo en su interior que lo instaba a saltar sobre aquellas víboras que eran sus hermanas e impedir que se llevaran al chico con ellas. Intentaba contenerse, hacía esfuerzos sobrehumanos para seguir quieto allí de pie, impávido.

—¡Al menos dale algo para el dolor! —gritó, algo poco habitual en él, a sus hermanas antes de que desapareciesen por la curva del pasillo. Había un tono suplicante en aquella frase.

—¡Claro, tesoro! —respondió Venali dándole la espalda. Veros la miró frunciendo el ceño, ella, con la malicia pintada en la cara, negó con la cabeza. El resto de las hermanas se carcajearon burlonas.

Salieron los cinco de la casa, ellas ataviadas con sus provocativos y lujosos vestidos en tonos cálidos, y Veros cubierto con la capa roja de los Anar. Por una vez habían prescindido de llevar guardias como escolta. Las hermanas estaban muy emocionadas. A Veros aquella excitación le causaba miedo. Caminó con sus hermanas cogidas a sus brazos. Ufanas miraban a los viandantes con los que se cruzaban, recreándose en sus reacciones ante el Anar. Le estaban exhibiendo como un trofeo. Todas querían ir agarradas a él,

por lo que fueron intercambiando posiciones durante todo el camino.

Él no sabía dónde lo llevaban, a sus casi diecisiete años había salido del faro en contadas ocasiones, y apenas conocía la ciudad en la que había vivido toda su vida. Los edificios lujosos fueron desapareciendo para dar paso a otros más modestos según avanzaban. Aunque estaba intrigado porque sus hermanas insistían en que era una sorpresa, disfrutaba con el paseo, escrutando con la mirada esta o aquella casa, e incluso a las personas con las que se cruzaban. Siempre había sido un chiquillo curioso. Pronto, los edificios unifamiliares empezaron a desaparecer y fueron reemplazados por calles en las que las casas eran compartidas por dos o más familias. Sin él saberlo habían entrado en el barrio de los artesanos. Había gente comerciando aquí y allá frente a pequeñas tiendas a pie de calle. El bullicio se intensificó cuando llegaron al mercado. Había mil olores en el ambiente, mezclados con los sonidos de la multitud y de algunos animales que esperaban a ser vendidos entre los puestos de comida, telas, especias u objetos preciosos. Veros quería detenerse, mezclarse con aquella gente, pero sus hermanas lo obligaban a seguir caminando junta a ellas. En una ocasión Vashti incluso le ordenó que dejase de «mirar a los plebeyos». Por supuesto, la alta figura cubierta con aquella fina tela de seda roja llamaba la atención mientras caminaba rodeado de las cuatro hermosas elfas de sol. Mientras los hombres se apresuraban a cederles el paso, algunos haciendo reverencias ante la comitiva, las mujeres más descaradas intentaban mirar a quien había debajo de aquella toca carmesí. Todas las que lo consiguieron coincidieron en que pocas veces se había visto un Anar de facciones tan hermosas en aquellas calles. Complacidas y orgullosas, las hermanas prestaron oídos a las conversaciones que se formaban a su paso, ya que quienes sabían quiénes eran se enzarzaban en argüir cuál de los dos hermanos Kelsalor era más bello. No había una opinión unánime. Doblaron un recodo y la gente no desapareció, pero sí el mercado. Las calles eran ahora angostas, mucho más descuidadas que las anteriores por las que habían transitado, las casas altas y destartadas se cernían sobre la vía, dejando entrar a duras penas la luz del sol. Veros apreció también el cambio en el aspecto de los moradores de aquella nueva zona. Allí también había locales en las zonas bajas de los edificios, pero Veros no sabía qué vendían en ellos. Había muchachos apostados en las puertas, mirando con descaro a los viandantes, brillantes por el sudor y con la mirada algo ida. Veros pensó que algunos pudieron haber sido hermosos antes de que la vida terminase ajándolos. Uno de ellos se acercó hasta Venali; tenía una enorme

cicatriz en la cara, habían intentado curarla pero el resultado había sido desastroso. La rojez le caía en vertical por el rostro sobre su ojo izquierdo, haciendo que este quedase velado. El elfo, al que Veros había juzgado de la edad de su hermano o quizás mayor, se quedó mirando a Venali, descarado, con su ojo sano, después dirigió una mirada llena de odio a Veros, y por último escupió en el suelo antes de marcharse maldiciendo a los Kelsalor. Veros no entendía aquello, pero había visto auténtico rencor en la mirada de aquel elfo, algo ardiente y peligroso. Aquel desdichado había conseguido asustarle. Vashti, que estaba a su lado, le apretó el brazo tratando de tranquilizarle.

—¿Quién es ese elfo? —preguntó Veros. El tono pavoroso que utilizó divirtió a sus hermanas.

—Quizás fue un Anar, como tú y Veren —dijo Vashti mirándole fijamente. Veros se sorprendió—. Es posible que acabase desterrado aquí, tras algún desafortunado accidente.

—Pero... —Veros no podía creer las palabras de su hermana—. ¿Y su familia? ¿No tenía a nadie que lo curase?

Todas se miraron pícaras, no eran estúpidas, y debían aprovechar cualquier ocasión como aquella para llevar a su hermano pequeño a su terreno.

—No todos tienen la suerte de tener a alguien como Venali por hermana —le respondió Viessa hablando casi en su oído—. No todas las curanderas pueden hacer su trabajo tan bien como ella.

Ralentizando el paso, Veros escrutó las caras de los elfos y elfas que había en aquellas calles. Todos tenían alguna cicatriz, los más afortunados algunas como aquel elfo que les había salido al paso, los menos, habían perdido un brazo o una pierna. Veros sintió horror al pensar que las familias eran capaces de desterrar a alguno de sus miembros por algo como aquello. Fue Vanya quien habló ahora, midiendo bien las palabras y el tono:

—Pobrecillos —comenzó fingiendo lástima—. Viven aquí solos, tratando de no ofender a Arien'Glor con su fealdad, malvendiendo sus cuerpos, pidiendo limosna. No quiero pensar lo que puede ser llegar a caer en esta desgracia.

Veros tampoco quería pensarlo. Decidido marcó un paso más rápido para el grupo, ansioso por salir de allí. Se sentía asqueado, no por los que allí

vivían, sino por la forma en que los había tratado su sociedad. Sus hermanas hablaban de ellos como si no mereciesen consideración alguna.

—¿Sabes? —Venali se encaramó a su brazo, agarrándolo con fuerza para asegurarse de que Veros le prestaba atención—. A muchos de estos los mandaron aquí Veren y sus kopesh.

Veros la miró asqueado. Ella le miraba esperando su reacción, que no tardó en llegar. Los ojos del hermano menor se humedecieron por las lágrimas. Haciendo un esfuerzo titánico por no ponerse a llorar frente a sus hermanas, intentó pensar en otra cosa, pero la imagen de Veren matando a aquel niño Meldor durante el torneo ocupaba ahora su mente. Era posible que su hermana le estuviese mintiendo, pero lo cierto era que las acciones irracionales que había visto en Veren aquellos días eran una pobre defensa para él. Venali sabía que había encontrado el punto, y aún no satisfecha del todo siguió hablando sibilina:

—Ese es Veren —dijo arrastrando las palabras—. Y como no tengas cuidado con él y sus celos acabarás viviendo aquí tú también.

Estaba demasiado impresionado para seguir curioseando el paisaje y, como arrollado por la marea, se dejó llevar por sus hermanas el resto del camino. Pronto, sin salir de aquel barrio sórdido, se quedaron plantadas frente a una casa que iluminaba su fachada con faroles rojos de papel. Tenía los cristales de las ventanas velados con manteca y no se podía ver nada de lo que había adentro. Venali se adelantó y llamó a la puerta con los nudillos, después de tocar la madera, sacó un pañuelo de entre los pliegues de su vestido y se limpió la mano para acabar tirando la tela al suelo. La hermana mayor esperó al frente del grupo a que se abriese la puerta. Un elfo de sol pequeño y esmirriado la abrió. Veros dedujo que no tendría más de trece o catorce años. A pesar de que por su cuerpo poco cuidado no podía ser un Anar, vió en su piel las marcas de tatuajes dorados recientes y algunas de otros más antiguos. No quedaba un centímetro de piel libre en aquel muchacho. Vestía unos pantalones de tela muy cortos y llevaba el pelo totalmente recogido en una coleta alta. Estuvo entonces seguro de que no era un Anar, ya que según le había explicado Lyre, ellos tenían prohibido arreglarse el pelo de aquella forma. Podían adornarlo con trenzas o abalorios, pero jamás amarrárselo por completo. Entonces, si no era un Anar, ¿qué era? El chico, con mirada ausente, hizo un gesto con la mano indicándoles que podían entrar.

Entre las cuatro lo acompañaron adentro. El ambiente en aquel lugar era asfixiante. Todas las paredes estaban adornadas con pesados tapices dedicados al dios Arien'Glor. En algunos se le veía cruzando el mar a lomos de caballos dorados, en otros estaba sobrevolando la ciudad de Arëmen sobre una aureola de oro, y en otros aparecía entremezclado con muchos elfos de sol en posiciones extrañas. Veros no se paró a ver aquellos tapices. La sala donde estaban se encontraba abarrotada. Había gente por todos lados. Los menos eran elfos de sol, postrados la mayoría; todos le parecieron enfermos. Algunos simplemente tenían aspecto de haber atravesado el Calnora a nado, pero otros lucían sucios vendajes ensangrentados o se cubrían mientras intentaban mitigar el dolor en alguna zona de su cuerpo. La mayoría estaban acompañados por algunas elfas de sol. Veros comenzaba a ver la similitud entre aquellos chicos y él, y esperaba estar equivocándose.

Siguiendo al extraño muchacho llegaron hasta el fondo del local; había una

puerta tapada por unos roñosos cortinajes rojos. Era un rojo deslucido, como todo lo que había en aquel lugar. El muchacho se coló por un lateral de las cortinas y dejó a los cinco hermanos allí esperando. Mientras aguardaban, Veros intentó no fijarse en nada. No quería tener nada que ver con nadie de los que allí había, pero sus hermanas, en cambio, comenzaron a hacer observaciones sobre los elfos que había en la sala, Vanya habló sin pudor:

—A ese no le van a arreglar la cara, por mucho que insistan . —Todas las hermanas Kelsalor rieron la gracia con crueldad.

—Por todos los caballos de Arien'Glor, si ese hubiese sido hermano nuestro lo habría arrojado por los acantilados nada más nacer. —De nuevo hubo más risas.

Veros apretó los dientes frente aquellas observaciones. La ira y el asco desbancaban al temor y lo estaban desbordando. Vashti, de nuevo a su lado, notó cómo el hermano menor se tensaba. Dedujo que estaba asustado, todas creían conocer su carácter, y decidió tranquilizarlo.

—No te apures —le dijo—, nosotras estamos aquí para cuidar de ti, no dejaremos que te hagan nada malo.

No supo por qué, pero aquello le puso más en guardia. Desde atrás le llegaban quejidos, arcadas y gritos ahogados de dolor, y no confiaba en que sus hermanas no acabasen disfrutando con aquello en lugar de protegerle tal y como había dicho Vashti.

Unos momentos después las cortinas se descorrieron de par en par, y ante ellos apareció una elfa de sol que parecía una anciana. La vejez no era algo usual en Arëmen, si Veros no hubiese estado tan en guardia incluso se habría sorprendido. No era tan vieja como la suma sacerdotisa que había visto en la arena, pero era mucho más mayor que todas las mujeres que había conocido. La elfa anciana, con los brazos extendidos, les daba la bienvenida mientras escrutaba a Veros con la mirada. Él se sintió desnudo bajo aquellos ojos. Venali intercambió unas palabras de cortesía con la vieja, esta se hizo a un lado, y los cinco Kelsalor entraron en la habitación privada dejando detrás de las ajadas cortinas rojas el horror de la otra sala.

Las paredes de esta nueva estancia, mucho más pequeña que la anterior, estaban ocupadas hasta los topes de estanterías rebosantes de frascos y botellas. En el centro de la habitación había una especie de potro de metal, donde quien se sentase quedaría erguido, amarrado por la cintura y los pies,

pero con los brazos bien extendidos sobre dos apoyaderos que también tenían ataduras para las muñecas y los codos, en un arco que salía de la parte delantera había un apoyo en el que se suponía que se debía poner la frente, quedando así también la cabeza inmóvil. La anciana se dirigió a una de las estanterías y comenzó a rebuscar entre los frascos.

—Solo lo mejor —dijo Viessa. La anciana, aún de espaldas a ellos, asintió—. Ya sabes que el pago no es un problema para nosotras.

El elfo niño que les había abierto la puerta apareció por un rincón tras una orden silenciosa de la vieja. Esta le miró y el chico supo qué hacer de inmediato. Se colocó frente a Veros, y con su mano tiró de la capa roja del Anar.

Veros le miró extrañado.

—Quiere que te desnudes —dijo Venali en tono exasperado. A veces la inocencia de Veros la sacaba de quicio.

Carraspeando incómodo, Veros obedeció. El chico fue recogiendo la ropa y doblándola con mucho cuidado para dejarla después a buen recaudo en una de las estanterías. Sus hermanas fueron acomodándose por la sala, apoyadas en las estanterías o sentándose sobre alguna caja. Vashti, antes de sentarse, se acercó a Veros por detrás y le dio un fuerte cachete en la nalga desnuda. Él la miró sorprendido. Ella se alejó arropada por las risas cómplices de sus hermanas. El niño tatuado volvió y lo cogió de la mano, mientras le hacía señas para que se sentase en el potro. Dudó, pero al mirar a sus hermanas no vio ningún rastro de incertidumbre en ellas, así que obedeció. Se sentó en aquella postura extraña, sintiéndose ridículo y asustado, y el niño fue ciñéndole las ataduras hasta que estuvo inmovilizado por completo. Mientras el crío se subía a un taburete y empezaba a recoger el fino cabello de Veros en una especie de moño enrollado, la anciana, ahora revolviendo una pasta brillante en un cuenco de piedra, se volvió hacia las hermanas y preguntó:

—¿Por dónde vamos a empezar?

—Nuestro hermano ha de salir de aquí arreglado por completo.

Fue Venali la que habló. Veros no tenía la menor idea de a qué se refería. La anciana ríó sarcástica.

—¿Estás segura de eso? Por muy Kelsalor que sea es posible que no lo aguante. Sería una lástima estropear algo tan bonito.

Venali se limitó a asentir. Las demás la miraban ansiosas. La vieja continuó

hablando:

—¿Y qué habíais pensado?

Ninguna dijo nada, así que la elfa, sin dejar de remover el mejunje, hizo un gesto con la cabeza al niño que se había quedado de pie junto a Veros, que obedeció sereno. Con tranquilidad puso el taburete frente al potro y se subió encima, extendiendo los brazos en cruz para que todas le vieses bien, y comenzó a dar vueltas sobre sí mismo, parsimonioso. A la vez, la mujer dio unos pasos hacia atrás y dio una patada a una lámpara de pie apoyada en la pared, el artilugio se iluminó desprendiendo una fuerte luz. En cuanto la luminaria cayó sobre el chico, toda su piel comenzó a refulgir con la fuerza de las estrellas, mostrando sobre su pequeño y esmirriado cuerpo multitud de intrincados tatuajes dorados, todos ellos muy hermosos, que normalmente estaban reservados para los Anar. En cada nueva vuelta, cuando los ojos del muchacho se topaban con los de Veros, esquivaba la mirada. El joven Kelsalor sintió pena por él.

Las hermanas estuvieron deliberando largo rato, apiñadas sobre el chico que no dejaba de dar vueltas con los bracitos escuálidos en cruz. Veros descubrió que el potro era extrañamente cómodo, pero además fue consciente de lo que iba a pasar, y estaba nervioso. ¿Le dolería? La gente que había visto afuera le hacía sospechar que sí. Se dijo a sí mismo que aguantaría, poco consciente de la situación.

Las hermanas por fin se decidieron, y comenzó el juego. La vieja tomó de un estuche una cánula de oro finamente tallada y unida a un depósito en forma de pez que ella iba rellenando con el mejunje que había preparado. Con un carboncillo, fue marcando sobre la piel de veros los intrincados dibujos que iba a realizarle a continuación. El procedimiento era sencillo: la vieja colocaba la punta de la aguja sobre la piel y con una pequeña porra daba golpes sobre el pez, de forma que cada vez que el extremo de la cánula se clavaba en la piel dejaba una pequeña cantidad de tinta dentro. Al primer pinchazo Veros se tensó. La mujer suspiró fastidiada.

—No hagas eso —le dijo mientras tiraba fuerte del pelo recogido de veros para asegurarse de que la oía—. Estropearás el trabajo.

Veros, nervioso, se lamió los labios.

«Puedo aguantarlo», se dijo tranquilo, simplemente no esperaba la aguja y se había asustado. La anciana comenzó a martillear otra vez. La aguja fue

clavándose en su piel, dibujando surcos. La vieja entonaba una extraña salmodia, y el elfo delgado comenzó a prender pequeños cuencos con incienso en la habitación. Después, con una bandeja cargada de bebidas, se dirigió hacia las hermanas que miraban silenciosas cómo la vieja elfa trabajaba.

Durante los primeros minutos el dolor fue tolerable, pero conforme iba pasando el tiempo la sensación se intensificaba. Daba igual la zona en la que estuviese trabajando la mujer, el dolor cada vez iba a más. Llegado el punto en que cada nuevo pinchazo era una descarga, Veros cerró los ojos y apretó los dientes con fuerza. No sabía si el dolor era real o había sido sugestionado de alguna forma. La conversación que mantenían sus hermanas fue desvaneciéndose y en su mente tan solo podía oír la monótona entonación de la vieja. Pronto no fue capaz de discernir entre sus pensamientos y aquel rezo. Apretaba tanto las mandíbulas que en un momento de lucidez tuvo miedo de astillarse los dientes por la presión. Intentaba tomar aire, pero no había más que dolor. Al final no sabía si era un daño real, o estaba solo en su mente, tan solo sabía que si aquello continuaba mucho más prefería morir. No quería dejarse llevar, quería aguantar, pero sabía que sus músculos temblaban y la voz de su mente comenzó a hablar con el tono de aquella vieja sádica, diciéndole una y otra vez: «No hagas eso, estropearas el trabajo». A punto de perder la cabeza, olvidó dónde estaba, y al ritmo que marcaba la cánula comenzó a tener extrañas visiones; de su hermano, de Tzar, del niño Meldor, todos entrelazados en una orgía de sangre y suplicio.

Sentadas en los improvisados taburetes, las cuatro hermanas Kelsalor miraban a la vieja trabajar. Al principio no prestaban mucha atención a su hermano atrapado en el potro, pero pronto se hizo evidente que no estaba bien, y al menos algunas de ellas, inquietas, empezaron a preocuparse por él. Veros había comenzado a sudar, sufría pequeños espasmos y permanecía con los ojos cerrados, la sangre que manaba de lo que había ido dibujando la anciana empezaba a formar un amplio charco en el suelo.

—Quizás ella tuviese razón y esto sea demasiado. —Vanya habló en voz baja, haciendo materiales los miedos de sus hermanas, que ahora esperaban tensas a que la vieja terminase.

—Aguantaré —sentenció Venali para sorpresa de todas, con una extraña expresión de satisfacción en el rostro.

Tras una leve sacudida, el cuerpo de Veros sufrió un fuerte espasmo, este abrió la boca y vomitó. El chico tatuado se apresuró a acercarse al potro con

un paño húmedo, y con cuidado le limpió la cara. La vieja preguntó a las cuatro hermanas si querían dejarlo por el momento, Vanya y Vashti asintieron asustadas, pero Venali dio orden a la elfa de seguir. Ninguna se atrevía a cuestionar a la hermana mayor. La mujer volvió al trabajo.

—Esto es una locura —murmuró la anciana, pero Veros, fuera de sí por completo a causa del dolor, no fue consciente de ello.

Veren se preparaba en su habitación para una nueva salida. Había estado todo el día nervioso, calculó que sus hermanos regresarían a medio día, como muy tarde, pero no fue así. Ahora en un estado de nervios que amenazaba con quebrar su acostumbrado temple, se enjoyaba con manos temblorosas. A media mañana Lyre le había comunicado que tenía que salir por la tarde, había recibido la noticia de mala gana, pero poco podía hacer al respecto. En cuanto entró la tarde y comprobó que no habían regresado, fue a hablar con su madre y le pidió quedarse en casa. No dio motivos, simplemente dijo que no quería salir. Lyre le dio una bofetada que hizo castañear sus dientes.

—No hay opción —le dijo—. En cuanto comience a caer el sol saldrás acompañado por los soldados de la casa.

Sabía cuánto duraban las sesiones de tatuaje, él mismo se había sometido a varias a lo largo de los años. Lyre se empeñó en marcarlo cuando aún era un crío, y conforme su cuerpo se fue desarrollando hubo que hacer bastantes arreglos y ampliaciones. Sabía también que había algo de antinatural en aquel rito, y que el cuerpo era incapaz de aguantar una sesión tan larga como la que sospechaba que le estaban imponiendo a Veros. Confiaba en que por una vez en la vida sus hermanas hubieran tenido buen juicio y no se hubiesen propasado. En el fondo de su ser sabía que aquello era demasiado confiar, pero intentaba no dejarse llevar por la negra espiral de sus miedos.

Aún no había terminado de vestirse cuando los gritos lo alertaron. Veren, siempre en tensión, salió corriendo de la habitación ajustándose la falda de Anar a su paso. Los chillidos provenían de la escalera, y era Lyre quien berreaba.

—¡Inconscientes! —Tenía un deje frenético en la voz que puso a Veren el vello de punta—. ¡Juro por lo doce caballos dorados de Arien'Glor que os mataré a latigazos a todas!

El tintineo de las muchas joyas que llevaba el Primer Anar delató su llegada. Aun así, Lyre, fuera de sí, no dejaba de gritar maldiciones. Venali intentaba calmarla, pero con cada gesto o palabra tan solo conseguía avivar más la hoguera de la ira de su madre. Veren lo vio y se quedó petrificado. El pobre Veros, estaba tirado, inconsciente, de lado en las escaleras. Tenía todo

el torso amoratado y donde debían estar los tatuajes de sol, tan solo se veían brillantes líneas de sangre. Obviando por una vez todo su autocontrol bajó corriendo hasta situarse a su altura y se arrodilló junto a su hermano pequeño. Con las manos levantadas intentaba ponerlo bocarriba, pero le daba miedo tocarlo; parecía tener el cuerpo en carne viva. Cada vez que con suavidad posaba las manos sobre el cuerpo ardiendo de su hermano, este le devolvía un gruñido de dolor. Poco a poco, y armándose de valor, lo colocó de forma que estuviese sentado, apoyando su cabeza sobre la pared de modo que las zonas heridas tuvieran el mínimo contacto con nada. Veros seguía inconsciente y su cabeza cayó lánguida hacia la derecha.

—Esto es una salvajada —dijo Veren sin levantar la voz. Miraba a su hermano, sabía que estaba padeciendo y se sentía impotente. Todas se callaron en el pasillo, ninguna había esperado aquella afirmación por parte del comedido Anar.

—¡Esto es culpa tuya! —gritó de repente Venali, intentado desviar la responsabilidad de aquel desastre hacia Veren; se sabía el blanco de la ira de su madre, y pensaba que con aquella treta se salvaría—. ¡Si le ocurre algo pesará sobre tus espaldas!

El resto de las hermanas asintieron calladas, uniéndose al complot, pero Veren tuvo suficiente. Irguió sus casi dos metros de cuerpo, con el odio pintado en la cara se dio la vuelta hacia Venali y sin siquiera pensar en lo que estaba haciendo le dio una fuerte bofetada con el dorso de la mano. Ella gritó por el dolor mientras caía rebotando sobre las escaleras. Se hizo un silencio sepulcral, pero no se detuvo, de nuevo volvió a levantar la mano con intención de volver a golpearla mientras estaba tirada en el suelo con visibles dificultades para erguir la cabeza. Antes de que bajase la mano de nuevo, Vashti y Vanya lo detuvieron agarrándole el brazo, tuvieron que emplear todas sus fuerzas para que su hermano no acabase tirándose por las escaleras abajo.

Lyre miró a su hijo mayor, perpleja. Aunque hubiese vivido cien mil años, jamás habría esperado una reacción así de él. Se quitó una de las cadenas que llevaba por cinturón y la asió con fuerza, no dejó de mirar a Veren a los ojos en ningún momento. Él, lejos de amilanarse, se sacudió de encima a las hermanas y levantó la barbilla desafiando a su madre. Por primera vez en su vida Lyre tuvo miedo de un varón. Venali, todavía en el suelo, comenzó a reaccionar; el golpe la había aturdido un poco, y sentía un dolor muy intenso en el pómulo. Con gestos lentos se llevó la mano a la cara para comprobar un

segundo después que tenía allí una herida ensangrentada: una de las muchas sortijas de Veren le había rasgado la piel de la cara. Se incorporó un poco, e insatisfecha comenzó a gritar de nuevo a Veren:

—¡Maldito desagradecido! ¿Quién crees que...?

No terminó la frase. Lyre decidió acabar la batalla de miradas con Veren, y centrar toda su ira en Venali, ya que, a pesar de todo, estaba segura de que había sido la artífice de aquel estropicio en el cuerpo de Veros. Sin ninguna ceremonia o aviso comenzó a azotarla con la fina cadena de oro que había improvisado como látigo.

Veren, sabiéndose a salvo, volvió a centrarse en su hermano. Con todo el cuidado que pudo lo tomó en brazos. Veros cayó con peso muerto sobre él, y con paso lento comenzó a subir las escaleras en dirección a la habitación del chico. Lyre no le prestó atención, siguió azotando y maldiciendo a Venali mientras esta aullaba de dolor y le suplicaba que se detuviese.

Tzar estaba esperando junto a la puerta. A través de la madera se oía el barullo y estaba asustada de verdad. No había comprendido mucho de la conversación a gritos que tenía lugar en las escaleras, pero estaba segura de haber oído el nombre de Veros. En silencio, frotándose las manos ansiosa, comenzó a pedir al cielo protector que no le hubiese ocurrido nada. La puerta se abrió, y ella se echó atrás. Lo que vio la dejó helada. El elfo más grande entraba cargando a Veros, que estaba inconsciente. Tras ellos dejaban un reguero de gotitas de sangre. Reprimió un grito llevándose las manos a la boca. Veren la miró y, chistándole, le hizo un gesto para que se quitara de en medio. Ella creyó ver verdadera preocupación en los ojos de él. Corriendo, se dispuso a ayudarlos. Despejó la cama de sabanas, y con cuidado guió al hermano mayor, quien subió una rodilla al colchón para depositar al herido con la mayor suavidad posible.

—*Taasik tsáak, séeba'an* —habló el elfo con rapidez. Ella no lo entendió y, además, como estaba pendiente de Veros, no supo que le hablaba a ella. Veren, exasperado, la agarró por el pescuezo con fuerza, poniendo la cara de ella muy cerca de la de él—. *Taasik* medicina, *séeba'an* —repitió mirándola fijamente.

Ella se asustó. Él la apretaba con fuerza, pero creyendo haber entendido algo asintió y él la soltó. Corriendo, fue hasta el tocador y comenzó a rebuscar tratando de dar con uno de aquellos frasquitos que contenían el líquido que curaba. Mientras, Veren comenzó a desvestir a Veros, que inconsciente se

quejaba cada vez que lo movía o lo tocaba. Furioso, pudo comprobar que sus hermanas habían cometido la increíble estupidez de dejar que fuera tatuado por completo. Habían hecho en un día lo que normalmente tardaba semanas en completarse. Veros tenía el juego completo: pómulos, cuello, brazos, torso y espalda. Intentando controlarse para no salir de la habitación en busca de sus hermanas, colocó los almohadones bajo la cabeza de su hermano para que estuviese lo más cómodo posible. La elfa llegó hasta la cama cargando varios frascos. Sin dejar de mirar a Veros, los dejó todos sobre el colchón.

—Agua y gasas. —Veren volvió a hablar, pero la chica no se movió de su sitio. Aquella esclava comenzaba a exasperarle con su estupidez.

La miró dispuesto a volver a repetirle la orden, pero al verla se detuvo. La chica estaba muy quieta, con las manos sobre el pecho, intentando controlar sollozos ahogados mientras lloraba en silencio. Veren se sintió miserable. Preocupado como estaba no había pensado que quizás no era el único en estarlo. Ella estaba aterrorizada y miraba fijamente a su hermano. Veren la llamó chasqueando la lengua. Ella le miró con el terror pintado en los ojos verdes. Por un momento la mente de Veren se quedó en blanco.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó intentando rebajar la excitación en el tono.

—Tzar. —Ella tardó unos segundos en responder, no dejaba de llorar, le miraba aún fijamente.

—Bien, Tzar —dijo intentando no asustar a la chica—. *Taasik* agua y *xet* —lo dijo mientras hacía sobre el cuerpo de su hermano, sin tocarlo, el gesto de frotar, asegurándose de que ella le entendía.

La elfa asintió con vehemencia, y corriendo a saltitos fue a por lo que le había pedido. Veren la vio alejarse por el rabillo del ojo, por un momento sintió una irrefrenable ternura. Consciente de que no era el mejor momento para aquello sacudió la cabeza, intentando desterrar aquellos pensamientos inoportunos. Ella llegó presta con un cuenco lleno de agua y algunas toallas de la bañera. No era exactamente lo que había pedido, pero se conformó. Con ayuda de la elfa comenzó a lavar sus heridas.

—*Alassenyan, alassenyan...* —repetía una y otra vez la chica mientras ayudaba a Veren a curar al herido. Él, concentrado en ayudar a su hermano, la miraba intermitentemente, escrutando su faz y atento a aquellas palabras.

Aún no habían terminado cuando entró en la habitación Vashti, seguida de

Vanya y Viessa. Todas se quedaron a unos pies del lecho.

—Tienes que salir ya —dijo Vashti cuidadosa. Parecía que las tres hermanas miraban ahora a Veren con cierto temor.

Él miró a su hermano, y después a la elfa. Esta le devolvió una mirada suplicante. Veren no hizo ademán de moverse.

—Madre dice que tienes que marcharte ya —volvió a hablar Vashti—. Te esperan en la casa Karosh.

Veren le dirigió una mirada airada. Por primera vez en mucho tiempo no se estaba reprimiendo en absoluto y aquello desconcertaba a sus hermanas.

—Nosotras seguiremos —intentó convencerlo Vanya. Apartándose un poco de su hermano, Veren asintió. Deseaba más que nada quedarse allí, pero sabía que era imposible. Miro a Tzar, y esta le devolvió una mirada de terror.

—No —susurró ella. Aquello no ayudaba, pero debía marcharse.

Ya en el patio de la casa, preparado para salir, su madre se despidió de él. Estaba visiblemente alterada y, por un momento, Veren sintió una punzada de satisfacción. Junto a su guardia, salió a la calle. Aquella iba a ser una noche dura, intentaría zanjarse el asunto rápido y volver a casa cuanto antes, aunque con la matrona Karosh nunca se sabía.

Ya de madrugada, Veren volvía a al gran faro acompañado por su guardia. Por primera vez en muchísimo tiempo se había esforzado en que todo acabase rápido, y Karosh había aprovechado su repentina disponibilidad para hacer con él algunas cosas a las que siempre se había resistido. Veren pensó que plegándose a sus deseos acabaría lo antes posible, y así fue. Así que, seguido por los soldados, caminaba rápido para llegar a casa cuanto antes. Tenía todavía el sabor de la matrona Karosh en la boca y le provocaba nauseas, pero le daba igual, ya vomitaría cuando se hubiese asegurado de que su hermano pequeño se encontraba mejor. Ahora necesitaba ver a Veros y asegurarse de que estaba bien, tenía la esperanza de que si algo grave hubiese pasado habrían ido a buscarle. Aunque con sus hermanas todo era siempre tan difícil que no se podía confiar en nada.

La casa estaba en penumbra. Subió los escalones de dos en dos y rápidamente estuvo frente a la puerta del dormitorio de su hermano. Respirando profundamente un par de veces para serenarse, giró el pomo y entró. En una mesilla baja junto a la cama había un par de velas encendidas. En cuanto se acercó al lecho vio a su hermano acostado en la misma posición en la que él le había dejado. Estaba boca arriba, inmóvil, con los brazos a los lados. Por un momento le abordó el pánico; creyó verlo amortajado, pero pasó cuando se dio cuenta de que eran las cortinas del dosel que se habían movido sobre el chico, mecidas por el viento de la noche. La pequeña esclava morena apareció para apartarlas con cuidado. Veren se sorprendió de verla, con toda la tensión que le azotaba había olvidado la existencia de la elfa. Ella, al verle, se sobresaltó, dando un pequeño alarido. Él de inmediato levantó los brazos en señal de paz. La esclava, murmurando, se sentó de nuevo en el suelo junto a Veros agarrándole la mano con fuerza. Veren se acercó a la cama y se sentó a los pies del herido. Desde allí los veía a los dos: Veros acostado y ella sentada en el suelo con las piernas de lado, con los brazos encima de la cama y el torso recostado sobre el colchón. Apretaba con fuerza la mano de su hermano.

Al ver que el grandullón se sentaba, Tzar se acomodó apoyando la mejilla sobre el dorso de la mano del elfo inconsciente. Veren, sin entender por qué, sintió paz por primera vez en aquel día. Él y la elfa se miraban ahora

fijamente.

«¿Qué es lo que mira con tanta fijeza?», se preguntó Veren con incipiente incomodidad. Intentado quitarse aquellos ojos verdes de encima, hizo un gesto con la barbilla señalando hacia su hermano. Ella lo captó al momento

—Duerme todo el tiempo —dijo ella sin despegar la mejilla de la mano de Veros. Veren asintió con lentitud. Ella no dejó de mirarle.

—Estará bien —dijo para tranquilizarla, pero también para serenarse él mismo.

Fue Tzar quien asintió ahora. La elfa siguió mirándole en silencio. Veren comenzó a sentirse desnudo bajo aquellos ojos profundos. No le miraba del mismo modo en que le miraban el resto de elfas de sol, que solo veían su apariencia y no se interesaban por nada más. Comenzó a sentir que aquella elfa y sus ojos grandes y redondos podían verle por dentro. Nervioso de nuevo, carraspeó y se echó el cabello hacia atrás, intentando eludir a la esclava y a su mirada.

—¿*Tú bien?* —Veren se sorprendió. ¿Ella le estaba preguntando si se encontraba bien?

«Debo haber entendido mal», pensó, sintiéndose diminuto, pues nadie le había preguntado jamás nada parecido. Veros se había preocupado por él, sí, había visto aquello en los ojos de su hermano muchas veces, pero nunca le había preguntado. Mucho menos sus hermanas o su madre. Miró a la elfa para asegurarse de que había dicho aquello. Ella seguía mirándole directamente, esperando una respuesta.

Él encogió los hombros. Tzar se irguió un poco, separando la cara de Veros, sin soltarle la mano. Le tenía bien aferrado con la derecha. Lentamente, y sin dejar de mirar al Primer Anar, comenzó a señalarse el cuello y los hombros con la mano izquierda, después le señaló a él. Veren se dio cuenta de por qué le había preguntado aquello. Intentado no parecer azorado, se examinó el cuerpo: por doquier tenía profundos arañazos y marcas de mordiscos, algunas de ellas estaban comenzado a amoratarse. Se puso una mano en el cuello y notó el dolor. No era un dolor fuerte, pero delataba más señales en aquella zona. Poco a poco fue subiendo del cuello hacia las orejas, y la cosa no mejoró. Consciente de que ella podía ver aquellas señales, se sonrojó por la vergüenza. Ahora entendía por qué ella le miraba tan fijamente, y quiso desaparecer de la faz de la tierra, borrar su imagen y su ridículo.

Tzar entendió a la perfección lo que aquel elfo de casi dos metros estaba pensando.

—¿Bien? —volvió a preguntar con su acento, arrastrando las vocales.

Veren la miró con la tristeza pintada en la cara. Lentamente, asintió curvando la boca intentando esbozar una sonrisa que no traslucía más que tristeza.

—Mañana estaré mejor —respondió él intentando ser fuerte. Tzar supo al instante que mentía, había escuchado la inflexión lastimosa en su voz.

Él no dejó de mirarla, con el peso de una pena infinita en los ojos, y ella, sin soltar la mano de Veros, se puso de rodillas, tomando una nueva posición para estar más cerca de él. Entonces alargó el brazo libre hasta tomar de la mano a Veren. Por un momento pensó que él se la retiraría de un manotazo, pero no fue así, al contrario; la asió con la fuerza de quien se aferra a un madero que lo mantiene a flote en el agua tras un naufragio. Ella le devolvió el apretón.

Veren, visiblemente emocionado, bajó el rostro, intentado ocultarlo, pero al hacerlo Tzar pudo ver cómo sus hombros temblaban a causa del llanto.

Pasaron el resto de la noche los tres juntos en el dormitorio: Veros inconsciente, y ellos dos en sus respectivas posiciones. Tzar estuvo un buen rato en aquella postura extraña, de rodillas con los brazos en cruz mientras tomaba una mano de cada hermano. Veren se resistía a soltarla, pero cuando ella comenzó a dar muestras de cansancio, cambiando el peso del cuerpo de una pierna a otra, dejó ir su mano, no sin ciertas reticencias. El contacto era cálido y reconfortante, parecido a los abrazos que le daba su hermano, y en aquel momento no sabía si volvería a sentir algo como aquello jamás. Tzar, lentamente, fue acomodándose de nuevo en su posición anterior, de nuevo recostada sobre el colchón con la mejilla pegada al dorso de la mano de Veros.

Antes de que amaneciese, Veren pensó que su madre se enfadaría si descubría que había vuelto tan pronto a casa y decidió ir a su habitación para que nadie lo viese pulular tan temprano por los pasillos.

«¿Qué es lo que esconde tras su enorme fachada», se preguntó Tzar al verlo salir. «Debe haberse peleado con alguien, con sus hermanas, tal vez», pensó inocente, achacando su estado al jaleo que se había oído en el pasillo horas antes, ignorando por completo lo sórdido de su origen. Aún entendía demasiado poco de aquel idioma como para comprender en qué consistía la vida de los Anar, y aunque hubiese sabido hablar a la perfección la lengua de los elfos de sol, el inocente Veros, su único vínculo con ese mundo, tampoco habría podido explicarle mucho. En realidad, ambos eran aún dos chicos de dieciséis años.

Veren, por su parte, no podía leer la mente de la esclava así que no supo que ella no sospechaba nada del origen de sus heridas, pero estuvo seguro que ella sí le había leído por dentro durante su encuentro de unas horas antes, lo que le provocaba una enorme vergüenza. Por la mañana, armándose de valor, regresó a la habitación de Veros y, junto a Tzar, volvió a ungirle y a cambiar las sábanas.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Tzar sin más mientras realizaban la

taera. Habló despacio, arrastrando las vocales. De nuevo fijaba sus ojos en él mientras le hablaba.

—Veren —respondió él escueto. Apenas lo dijo en un susurro y apetró los labios. Le hubiese gustado decir más, pero aspirando aire por la nariz intentó serenarse bajo la atenta mirada de la esclava. Ella había hablado sedosa y amable, pero él no podía dar ni un centímetro más de sí.

—Creo que está mejor —volvió a hablar ella con aquel acento de Ocrera, buscaba a Veren con la mirada queriendo entablar conversación, pero este intentaba esquivarla—. Ha sido una noche tranquila.

Tzar calló y aguardó alguna respuesta por parte de aquel grandullón. No hubo más que silencio.

—¿Crees que puede despertar pronto? —La elfa decidió pasar a una táctica más directa. Se sentía incómoda con aquel silencio. Pero como única respuesta, Veren levantó los hombros en señal de duda, pero no agregó ni una palabra.

—¿Tú hablas? —preguntó Tzar a bocajarro. No quería ser impertinente, pero no entendía la actitud de Veren. Ante la pregunta, él la miró divertido y, conteniéndose, se pasó una mano por la boca para intentar disimular la tímida sonrisa que ella le había provocado.

—No mucho —respondió él por fin en voz queda y negando levemente. De nuevo, volvió a esquivar la mirada de Tzar, y ella entendió que iba a ser difícil entablar conversación con Veren.

Aunque había descansado poco, Veren se había curado las heridas y no tenía un aspecto tan derrotado como unas horas antes. Había conseguido recomponerse por dentro y por fuera, aunque descubrió con fastidio que todavía se sentía desprotegido frente a la mirada de aquella esclava. Durante todo el día recibieron visitas de todas las elfas de la familia Kelsalor, excepto Venali, que pasaba el día recluida en su habitación. No se dejaría ver mientras tuviese aquella herida en la cara, a su juicio la fealdad era la mayor de las herejías. Veren no se extrañó, sabía que ella reaccionaría así, y ahora, ya en frío, estaba seguro también de que su venganza no se haría esperar. Bien, que se volviese contra él si quería, estaría esperándola.

A media tarde, tras compartir toda la jornada con Tzar y el inconsciente Veros, comenzó a sentir aquella quemazón que le había hostigado el día que rescataron a la chica en el puerto. Aquel sentimiento nuevo estaba anidando en

su interior. Cansado, se sentó a los pies de su hermano cruzando las piernas sobre el colchón y apoyando la espalda contra la labrada columna del dosel. Desde allí podía verlos a los dos.

La esclava había estado todo el día pendiente de Veros, bajando su fiebre con compresas húmedas, vertiendo un poco más de la medicina mágica de Venali en su boca, y humedeciendo sus labios con una gasa mojada para que no sufriese sed en sueños. Nadie podría haber pedido más a una sirvienta, pero Veren no veía a una vulgar sirvienta en ella, veía pura devoción. No había hecho aquello por obligación, por el temor a descuidar sus tareas y recibir una reprimenda, lo hacía por la necesidad de ver recuperado a Veros. Veren había visto su mirada de terror cuando lo llevó a la habitación: terror por perderle. Ahora ella estaba sentada de nuevo con las piernas a un lado en el suelo, cogiéndole la mano y apretando otra vez su rostro contra ella, y podía ver verdadero cariño en sus gestos. Una vez más, se sintió miserable frente a aquella actitud extraña por parte de la chica. Ese angustioso sentimiento crecía sin control. Además, estaba convencido de que ella sentía lástima de él y por eso había intentado consolarle y hablarle, y eso le causaba una profunda vergüenza.

Tzar fue consciente de su mirada fija y se sintió incómoda. La expresión de Veren era ahora una máscara de pura soberbia. Si al principio del día se había recriminado temerle y haber pensado que era alguien enfadado y peligroso, ahora ya no estaba tan segura de que aquella idea fuera equivocada. Incómoda, intentaba que sus ojos no coincidiesen con los de él, pero era prácticamente imposible, ya que él no le quitaba la vista de encima. Veren era mucho más grande que Veros, con la espalda más ancha y más alto, pero en las facciones y los gestos se parecían tanto que había cometido el error de juzgarles con el mismo rasero. Deseaba no descubrir que se había equivocado.

Por su parte, Veren entendió por qué Veros estaba tan encaprichado de su nueva esclava. Su fisonomía era muy diferente a la de las elfas que había conocido hasta el momento; era mucho más pequeña, de curvas suaves pero atractivas, por descontado, y los ojos y el pelo eran muy llamativos. Los rasgos de su cara también eran diferentes; mientras que las elfas de sol normalmente poseían gestos angulosos y bien definidos que no les restaban belleza, esta chica mostraba unos ojos grandes y redondeados, los labios carnosos, una nariz pequeña y respingona, todo ello enmarcado por la suave curva de su mandíbula. Sí, aquello podría resultar exótico para cualquier elfo

en Arëmen, pero, a su juicio, lo realmente turbador de aquella chica para Veren era lo que no se podía apreciar a simple vista: ella había conseguido leerle, mostrarle respeto y consuelo, y a su hermano lo estaba cuidando con verdadero interés y afecto. Ninguna elfa de sol haría eso por uno de sus congéneres, siempre inferiores, ni siquiera en los más desdichados de los casos. Sí, aquella chica tenía todo eso, y mientras la miraba y el sol comenzaba a caer, Veren cayó en la cuenta de que ahora Veros sería el depositario de todas aquellas bondades. Angustiado, comenzó a pensar que pronto aquella elfa tan pequeña de pelo castaño iría ganándole terreno en el corazón de su hermano, y que al final él no tendría nada; tan solo soledad, o lo que era peor: afrontar por su cuenta una vida junto a sus hermanas y su madre. Tzar vio cómo poco a poco el rostro de Veren se crispaba mientras roía en silencio sus agobiantes pensamientos.

De un plumazo, por fin Veren entendió cuál era aquel sentimiento tan extraño que le había hecho perder el control en el puerto. Este no era sino uno más que añadir a su larga lista de temores.

Ella comenzó a sentirse incómoda de veras, e intentó cerrar los ojos y hacer como que dormía para no enfrentarse a aquella situación tan extraña e incontrolable. Veren la vio arrellanarse de nuevo sobre la mano de su hermano inconsciente, y no pudo más. Se levantó de la cama de un salto y dando grandes zancadas salió de la habitación dejando tras de sí el resonar de un portazo. Tzar, sin comprender muy bien el porqué de todo lo que había pasado, respiró aliviada tras la estampida.

Le costó despertar. Sentía la cabeza pesada, como si alguien se hubiese sentado sobre él. Parpadeando varias veces logró acostumbrar sus pupilas a la poca luz que había en el dormitorio. Tras unos segundos con los párpados abiertos, comenzó a notar un dolor intenso detrás de los ojos. No recordaba bien lo que había pasado el día anterior, si es que solo había pasado un día de aquello. Tan solo guardaba algunas imágenes sueltas: un niño esmirriado que brillaba sobre un taburete, alguien quejándose de dolor y la mirada extraña de sus hermanas tejida en un tapiz. Ni siquiera estaba seguro de si aquellas cosas habían sucedido de verdad. Comenzó a notarse el cuerpo pesado, sentía un creciente hormigueo en las manos y los pies. Turbado, intentó levantar un brazo, pero eso le provocó una aguda punzada de dolor. Un poco más consciente, comenzó a notar la piel tirante y una generalizada sensación de

dolor palpitante. Intentó humedecerse los labios, pero tenía la boca seca. Quiso levantarse a beber algo, pero su cuerpo apenas respondía.

«Lo mejor será que espere...», se dijo todavía aturdido. Intentó acomodarse en la cama, y al moverse notó un peso inmóvil a su lado. No sin cierto esfuerzo consiguió doblar el cuello para ver qué era aquello. El movimiento le provocó aquella sensación tan molesta de tirantez en el rostro.

Cuando la vio tardó unos segundos en comprender qué era. Tzar, completamente dormida, estaba tumbada de lado junto a él. En aquella postura la tenía de frente, apenas a unos palmos de su cuerpo. Dormía respirando profundamente, no se había dado cuenta de que él había despertado. Él se deleitó viéndola dormir.

«Creo que nunca veré algo más hermoso en mi vida», pensó convencido.

Luchando contra el dolor intentó acercarse un poco a ella: la notaba fría, pero era un frescor que le reconfortaba. Tzar, entre sueños, al notar su cercanía se arrellanó sobre la almohada, casi pegando su cara a la de él. Veros se lamentó de estar tan maltrecho, ya que le hubiese gustado disfrutar de aquel inesperado lujo con plena consciencia. Satisfecho, volvió a alzar el rostro al cielo, y cerrando los ojos se concentró en volver a dormir mientras sentía ya el cuerpo de ella pegado al suyo por completo.

Allí donde ella le rozaba dolía, pero a él, en aquel momento, no le importó.

Habían pasado ya muchos días y lunas y, en el bosque de Miraren, a pesar de que no se sabía nada nuevo sobre el paradero de la princesa, el tiempo no conseguía borrar su recuerdo. La estación cálida llegaba perezosa y por aquel entonces estaba ya a punto de desaparecer la nieve que lo pintaba todo de blanco. A las pocas semanas del regreso de Godal, Sontar había escrito una carta a su esposa, ya que sabía con certeza que ella se encontraba en Unarith. Aquella misiva tampoco obtuvo respuesta, igual que las muchas que había enviado a todos los lugares en los que su hija podría encontrarse. Decepcionado, al principio dedujo que la dama Eloen había eludido su responsabilidad una vez más, pero aquel día estaba a punto de descubrir lo contrario. Aún sin salir de su estupor los guardias de palacio anunciaron al rey la llegada de la reina a la ciudad. Primero pensó que debía tratarse de un error, pero en cuanto la vio entrar en los blancos salones del castillo descubrió, no sin cierta sorpresa, que era cierto.

Eloen corrió hacia su marido haciendo aspavientos y gritando lamentos. Delvan sintió una punzada de ira. Todos los allí presentes estaban seguros de que fingía aquellos sentimientos, había tratado demasiado mal a Tzar como para hacerles creer ahora que estaba tan disgustada por haber perdido a su hija. La reina abrazó a su esposo, que no salía de su estupor. Después miró a Delvan, que se encontraba un poco retirado a la derecha de Sontar, y soltando a su marido se dirigió a él con un gesto de pena pintado en el rostro. El medio elfo aguantó estoico, pues sabía que no había pesar en el corazón de aquella noble dama elfa.

—Es un desastre —le dijo con aquel falso tono que comenzó a exasperar a todos en la sala—. Un verdadero desastre, tus rasgos encajaban tan bien con nuestra sangre. —Todos quedaron en silencio. Ella no les dio la menor importancia y siguió hablando—. De camino hacia aquí hemos parado en todos los lugares en los que podría haber quedado varada esa chiquilla —continuó jugando a la tragedia con aquella inflexión fingida—, pero no hay rastro de ella. Es posible que haya muerto tragada por el mar. Pobre desafortunada.

Aquellas últimas palabras cayeron sobre todos como un peso muerto. La pequeña Meriel se acercó despacio a Delvan y le tomó de la mano. Cuando

este la miró vio que la niña lloraba. Una vez más sintió rabia contra su reina. No solo sabía que no sentía ninguna lástima por su primogénita, sino que estaba seguro de que se alegraba de aquel infortunio. Hasta el momento nadie había querido pensar que la princesa podría haber muerto, pero cuando Eloen lo dijo en voz alta fue una realidad para todos. Había que aceptarlo, Tzar ya no estaba en aquel mundo. Aun así, el rey Sontar, desolado, habló.

—Es algo que aún no sabemos —dijo—. Debemos mantener la esperanza.

—Amor mío, estuve en Carith. —Todos volvieron a mirarla. Era evidente que la reina se había tomado muchas molestias para confirmar la muerte de su hija—. Aquel enano loco con el que partieron... Su barco jamás regresó —dijo calmada, desgranando fríamente las palabras—. No se ha vuelto a saber nada más de él, pero hace no mucho el mar escupió cerca de la ciudad algunos maderos y restos de navío. Los marinos del puerto están seguros de que pertenecen al barco en el que ella zarpó. El Adrall, creo que lo llamaban.

El silencio sepulcral de la sala se podía cortar con espada. La reina cruzó las manos sobre el pecho y, calmada, volvió a hablar.

—Habría que ir pensando en organizar el sepelio. —Sontar, al oír aquello, cerró los ojos intentado retener las lágrimas. No lo consiguió y una cayó rodando por su mejilla. La dama Eloen siguió hablando—. Pero no sufras, mi rey. Yo estoy de vuelta y me encargaré de todo.

—La reina está demasiado satisfecha con esto —murmuraba Alan a sus amigos. No había dejado de repetir cosas como aquella durante la reunión—. El rey debería desterrarla por ser la causante de esta desgracia.

El tiempo había demostrado a ojos de todos que Eloen era la única responsable de aquello. Todos lo pensaban, aunque también se sentían culpables por haberla dejado partir sola. Sin embargo, de entre todos, Godal se sentía el único responsable; no podía superar haberla abandonado en Carith. A causa de ello se había refugiado en la bebida, y ya prácticamente vivía en la posada junto al mercado. Para él era demasiado doloroso estar con Delvan o Alan, sus más queridos amigos, o vivir como había hecho hasta entonces en palacio. Creía que todos le miraban, acusadores, sabiéndole el causante de la desaparición de la princesa.

Delvan y Alan iban en su búsqueda para transmitirle las nuevas noticias. Delvan estaba devastado, la pérdida de su futura esposa había rasgado una parte de su alma y sabía que si dejaba que su amigo de la infancia, aquel

vivaracho medio elfo pelirrojo, se perdiese también, la doble desgracia acabaría por ahogarle.

—Cesarán su búsqueda, —anunció sin muchos preámbulos Delvan. Godal hipó al oír aquello, fijaba la mirada vidriosa en su copa. —La reina Eloen ha regresado, dice haberla buscado y no haber encontrado ni rastro de ella.

Como era de esperar, Godal no tomó bien la noticia, en cuanto Delvan terminó de hablar, borracho como un enano, se echó a llorar dándose golpes en la frente contra la mesa de madera de la posada. Sin saber muy bien cómo reaccionar, sus dos amigos se sentaron junto a él, intentado consolarlo.

—No es tu culpa —decía Delvan mientras Alan asentía lentamente. — Nadie podía saber lo que pasaría, además...

Alan pidió tres vasos más de vino y cuando les sirvieron, con verdadera pena en el rostro, alzó la copa e intentado mantener la voz firme habló:

—Por Tzar, luz eterna de Miraren.

Delvan alzó también su vaso, apretando los labios mientras lloraba en silencio. Godal, intentando recomponerse, se sonó los mocos en la manga de su jubón, con manos torpes y temblorosas levantó su copa y los tres brindaron para después beber. A juicio de todos era un pobre homenaje, poco digno de alguien a quien habían considerado una amiga cercana, pero lo único que les quedaba ya era beber y compartir su recuerdo.

Con gran pesar, los tres supieron que era el momento de superar aquella desgracia y seguir con sus vidas.

—Si lo que quieres es una esclava —Lyre comenzaba a estar exasperada ya—, te compraré una, dos, tres. Te compraré todas las que quieras para ti solo.

Poniendo los ojos en blanco y los brazos en jarra, Veren negó. También estaba empezando a crispase. Lyre le miró sin comprender. Su hijo mayor jamás le había pedido nada, siempre había aceptado todos sus deberes sin esperar nada a cambio, pero desde el día en que castigó a Venali había comenzado a mostrarse menos complaciente; primero no había querido hacer la visita que le correspondía aquel día y, después, no había hecho más que incordiarla con el tema de las esclavas. Había pasado ya más de una semana de aquello, y desde entonces Veren no había dejado de refunfuñar acerca de la elfa que tenía Veros en su habitación. Además, estaba contrariada, ya que jamás había sospechado que su hijo mayor pudiese tener aquella necesidad, siempre había pensado que entre sus ofrendas como Anar y el deber con sus hermanas aquel aspecto de la vida de su hijo estaba más que saciado, pero por la obsesión que mostraba ahora por la elfa de Ocrera se hacía evidente que había estado equivocada. A pesar de todo, para Lyre no era extraño ese comportamiento, ya que encajaba en los cánones de los celos.

—No quiero esclavas —respondió él en tono tajante, aún con los puños apoyados en la cintura.

La matrona Kelsalor creyó entender entonces qué era lo que quería su hijo mayor.

—Si quieres compartirla con Veros —siseó sibilina— tendrás que esperar hasta después de la iniciación.

—No quiero eso tampoco —dijo él algo turbado.

Lyre bufó hastiada.

—¿Entonces qué es lo que quieres?! —gritó. Había aguantado ya suficientes tonterías por el momento—. Por la gloria de Arien'Glor, Veren, ¡aclárate!

¿Qué era lo que quería? Ni él mismo lo sabía. De lo que estaba seguro era de que no quería estar cerca de aquella chica por el momento, pero tampoco quería que anduviese lejos. Lo único que sabía seguro era que no quería que

siguiere hechizando a su hermano con aquellos ojos verdes. Hecho un lío, con la cabeza llena de dudas, Veren cruzó los brazos sobre el pecho y miró al suelo. No podía decirle a su madre lo que estaba pensando si casi ni podía explicárselo a él mismo.

Lyre, al verlo actuar de aquella forma, malinterpretó el gesto.

—Si lo que piensas es que la podrás tener para ti solo, quítatelo de la cabeza —habló con tono firme, dejando claro a su hijo mayor cuál era la norma—. Después de la iniciación, cuando ella haya cumplido su papel, podrás tenerla, no antes. Pero siempre la compartirás con Veros. Es mi última palabra.

—Eso no es justo —dijo él, volviendo a fijar la mirada en su madre con un gesto brusco—. Yo soy el Primer Anar, deberías habérmela entregado a mí primero.

Lyre se quedó petrificada.

Veren no sabía muy bien por qué había dicho aquello, pero las palabras salieron de su boca serenas, y sonaban convincentes. Quizás, después de todo, era posible que sí sintiese algo de celos. Lyre, visiblemente molesta, se levantó del diván y fue hasta él con pasos lentos. Cuando estuvo a su altura comenzó a acariciarle el pelo que le caía en cascada por encima de los hombros y el pecho. A pesar de todo Veren tenía razón, y si empezaba a rebelarse tendría un problema, ya que todo lo que la familia había conreado hasta el momento había sido gracias a él. Lyre rezó en silencio para que él no cayese en la cuenta de aquel pequeño detalle. Segura del poder que tenía sobre los varones de su casa, decidió zanjar aquel asunto por la vía rápida.

—Hijo mío —dijo hablando bajo, en tono meloso. No dejó de deslizar sus dedos entre la clara y larga melena de Veren. Sus cabellos se le antojaban fulgurantes rayos de sol—, la tendrás después de la iniciación, y como ya he dicho, la compartirás con Veros. Y si crees que no vas a poder soportar la idea, a lo mejor lo más indicado para arreglar esta situación es que la sacrifiquemos a nuestro dios. Algo tan bello y tan exótico sería una ofrenda excepcional, ¿no te parece?

Veren sintió que algo dentro de él se desestabilizaba. Como si su ser perdiese todo equilibrio. La idea de sacrificar a la chica no solo le parecía horrible, se le antojaba posible, y eso aquietó de un plumazo todas sus ansias. Lyre había golpeado en el punto exacto. Frunciendo el ceño y mirando al

infinito concedió:

—Después de la iniciación veremos.

Aquella misma tarde, antes de que cayera el sol, toda la familia Kelsalor se reunía en la habitación de Veros. Todas, nerviosas, querían ver cómo habían quedado los tatuajes. Lyre rezaba porque aquella barbarie a la que había sometido a su hijo pequeño hubiese merecido la pena.

Veren llegó a la habitación antes que las elfas de la casa. Los tres, Tzar, Veren y Veros, sabían que era un día importante y que era posible que los nervios estuviesen a flor de piel. Los dos hermanos convinieron que lo mejor era que Tzar se escondiese un poco, sentada en el suelo junto al lado de la cama que no daba a la puerta, y que intentase pasar desapercibida. Durante los días que Veros había estado convaleciente Veren pasó mucho tiempo en la habitación, en compañía de este y la elfa. Era testigo de la buena relación que tenían ambos, y cuando no podía soportar más las risas y la complicidad de ellos se marchaba a su dormitorio a compadecerse de sí mismo. Al final, se mostraba siempre enfadado y taciturno, pero parecía que los dos chicos no se daban cuenta, centrados el uno en el otro conforme estaban. Veren se sentía poco más que un fantasma en compañía de aquellos dos. En secreto, deseaba que todo volviese a la normalidad, así que si ese día su madre daba el visto bueno a los tatuajes de sol de Veros, al menos podrían volver a la rutina y pasar los días entrenando en el patio de atrás. Solos ellos dos, como siempre había sido, y como Veren deseaba que siguiese siendo.

Cuando las elfas de sol de la familia Kelsalor entraron en el cuarto, Veren decidió dejar espacio entre él y el resto. Aquella tarde Veros era el protagonista, así que él se sentó sobre el colchón en el cabezal de la cama, como un mero espectador. Tenía a Tzar muy cerca, sentada en el suelo, podía sentirla, así que haciendo esfuerzos por controlarse la miró de reojo y vio cómo, nerviosa, miraba a Veros. Este, consciente del peligro que representaban su madre y sus hermanas en su habitación, decidió no devolverle la mirada.

Las elfas se dirigieron al pequeño de la familia y comenzaron a inspeccionarle la piel. Venali entró la última. Rápidamente, buscó a Veren con los ojos, sabía que no andaría muy lejos. Le encontró sentado con las piernas cruzadas sobre el lecho. Veren, divertido al ser consciente de que su hermana estaba enfadada todavía con él, la saludó con un movimiento de cabeza y

esgrimiendo una maliciosa sonrisa. Venali entornó los párpados aún mirándole y tomó aire con tanta fuerza que las aletas de su nariz se hincharon.

—Venali —Lyre habló, muy consciente de la tensión entre sus dos hijos mayores. Quería disipar aquella mala energía—, en verdad eres una auténtica artista. Mira qué buen efecto han logrado tus pociones en Veros, ya no se nota ninguna de esas horrendas marcas sobre la piel.

Venali cedió a los halagos, dio la espalda a Veren que, raramente en él, no dejó de sonreír, y fue hacia su hermano pequeño que se encontraba a unos pasos de la salida al balcón. Lyre respiró aliviada por haber ganado aquella pequeña batalla, no sin antes dirigir a Veren una mirada reprobándole. Sabía de sobra que el Anar había intentado provocar a Venali deliberadamente. Entonces la vio. Tan pequeña como era pasaba desapercibida allí sentada. Sin disimulo alguno, la escrutó a fondo; desde luego, era una pieza exótica, podría llegar a entender porqué traía de cabeza a sus dos hijos.

Tzar se sintió indefensa bajo la mirada de aquella elfa. Sabía por Veros que no había que enfadarla, y esperaba no estropear las cosas con su mera presencia, así que se encogió en su sitio, deseando volverse invisible para aquella arpía. Requerida por sus hijas, Lyre dejó de mirar a la esclava y volvió a concentrarse en el magnífico trabajo que habían realizado sobre la piel de Veros. En cuanto le dio la espalda, Tzar respiró aliviada. Veren fue testigo silencioso de la escena, por un momento las palabras de su madre sobre exóticos sacrificios volvieron a su mente. Desde luego, Tzar no podía leer el interior de Veren tal y como él temía, pero vio complicidad en sus ojos cuando, desde la posición más alta en la que se encontraba, bajó el rostro para mirarla. Ella estaba asustada, no podía disimularlo, y a él aquel miedo le provocó una irrefrenable ternura. Los labios de Veren volvieron a curvarse en una sonrisa de la que era inconsciente.

«No le he visto hacer eso en toda la semana», pensó Tzar, «debería sonreír más a menudo». Salvando las distancias, se parecía mucho a Veros en ese momento. Con disimulo, subió el brazo a la cama, y entremetió la mano entre el colchón y la pantorrilla de Veren. Él, sorprendido, ladeó la cabeza al sentir el contacto, pero instintivamente supo lo que la chica buscaba. Solo necesitaba alguien que la reconfortase. También disimulando, Veren volvió la cabeza al frente, mirando de nuevo a las mujeres revolotear alrededor de Veros, pero bajó la mano hasta la de ella y la asió con fuerza. Ella respondió apretándole más.

Tzar se sintió algo más protegida, pero el más reconfortado fue Veren. Las tornas habían cambiado y le tocaba ahora a él consolarla y con aquel apretón de manos descubrió que era algo que le satisfacía.

—Sal al balcón.

La orden de Lyre daba por concluida la exploración de cerca. Era hora de ver si el resultado era tan bueno como parecía hasta el momento. Veros, con el torso desnudo, salió al balcón quedándose en el linde entre la casa y la terraza para que las elfas lo viesan bien. En cuanto el sol le lamió la piel los tatuajes comenzaron a refulgir, dorados. Todas, extasiadas, contuvieron el aliento. Aquel muchacho elfo era una verdadera obra de arte. Las intrincadas líneas solares se enredaban y recorrían el torso de Veros hasta llegar a los hombros y a las extremidades superiores.

—Extiende los brazos —ordenó entonces la matrona.

Veros obedeció. Lyre contenía lágrimas de emoción. En aquel momento sintió que era de verdad incapaz de decidir cuál de sus dos hijos era más hermoso. Veros, bien desarrollado, pronto sería igual de alto que Veren. Su cuerpo comenzaba a abandonar la adolescencia, presentándose ya bien musculado, era cierto que era algo más espigado que Veren, pero ella confiaba en que con los años fuese ganando volumen. Los tatuajes eran perfectos, resaltaban aún más su belleza. Después de examinar a fondo el pecho y los brazos se centró en el rostro. Para aquella zona sus hijas habían elegido unos tatuajes que emulaban la luz del sol. Era una línea curvada que circundaba el parpado inferior, y de ella salían hacia abajo más líneas con forma de rayo que atravesaban los pómulos y las mejillas en diagonal. Satisfecha, pensó que aquellos se parecían a los tatuajes que también Veren tenía en la cara, y le pareció lo más apropiado, ya que aunque ambos hermanos competirían como Anar en el futuro, los dos traerían gran gloria a la casa Kelsalor.

—Da unos giros, deja que te veamos bien.

Una vez más Veros hizo lo que le ordenaban. Entonces, todas las hermanas comenzaron a felicitarse entre ellas y a recibir los halagos de su madre. Los días después de la sesión de tatuaje habían sido tensos, pero habían merecido la pena. Lyre y Venali se fundieron en un abrazo con fingido cariño, haciendo así las paces. Veros, a su vez, no dejaba de girar sobre sí mismo con los brazos en cruz, fuera, en el balcón. Oyendo todos los comentarios de sus familiares, no pudo más que recordar al esmirriado elfo tatuado que estaba al servicio de la vieja en aquel sórdido lugar, el chico que les había abierto la

puerta. Rememoró cómo se había subido al taburete y había dado vueltas hasta que sus hermanas se hubieron decidido, convirtiéndose así en un objeto más del mobiliario de la sala. Sintió una extraña quemazón por dentro cuando en su mente volvió a ver cómo cuando sus ojos se cruzaban con los de aquel chico en cada vuelta le esquivaba la mirada con vergüenza. En aquel momento sintió lástima por él, y aquello comenzó a parecerle demasiado cercano.

Lyre no se lo había anunciado a sus hijos, pero tal y como le había hecho ver a Veren, sabía que una nueva iniciación estaba cerca. Toda la ciudad estaba enloqueciendo con el asunto, así que ya no podía demorarse mucho más. La matrona Kelsalor, por supuesto, también estaba nerviosa. Esta vez no se dejaría embaucar por Veren como las anteriores ocasiones, y presentaría a Veros como nuevo Anar. Y por fin tendría dos Anar en su poder. Sería la mujer más poderosa de la isla durante muchísimo tiempo más. Quizás para siempre.

Este no era un rito tan importante como el torneo, pero era muy necesario. Las familias que tenían la suerte de conseguir un Anar, ya fuese en sustitución de alguno que se había ajado, o porque por primera vez querían acceder a un estamento superior de la sociedad de Arëmen, presentaban a sus hijos en el templo para la adoración a su dios. Todas las veces, familias de artesanos traían algún nuevo candidato, y si el elfo pasaba la prueba —una no muy complicada pero que había que superar— podían dejar de ser meros trabajadores para integrarse en la alta sociedad. Entonces el Anar pasaría al servicio de Arien'Glor, ofreciéndose como ofrenda a cambio del tributo requerido, y la familia tan solo se debía preocupar de mantenerlo como era debido. Era el sueño de todos en aquella isla. Lyre lo sabía, y sabía que sus rivales no se lo pondrían fácil, pero viendo a sus dos hijos, su relación a veces extraña y su belleza, no dudaba ni por un segundo de que conseguiría su propósito. Pronto, antes de que se confirmaran los rumores, tendría que hablar con Veren, no solo necesitaba que no diese problemas, también era necesario que participase en su plan, aunque lo hiciese de forma inconsciente. Veros debía acudir a la iniciación voluntariamente, pensaba utilizar a la esclava de la que tanto se habían encaprichado sus hijos, pero cualquier nuevo eslabón que reforzase la cadena que llevaría a Veros el día indicado al templo de Arien'Glor, sería necesario.

Los días habían ido pasando y Veros estaba ya totalmente recuperado. Desde que estuvo convaleciente, él y Tzar habían compartido la cama. Había un acuerdo tácito entre los dos, y se acostaban cada uno en su lado, evitando todo contacto. Tan solo compartían la habitación, nada más, a pesar del cariño evidente que ya se profesaban. Al llegar la noche se tumbaban cada uno en su lugar, cubiertos con sábanas diferentes, apoyando la cabeza en distintas

almohadas; a Tzar le parecía lo más casto ya que Veros dormía sin ropa y su vestido no dejaba mucho a la imaginación. Pasaban horas hablando y riendo antes de dejarse llevar por el sueño.

—Bueno, —preguntaba Veros curioso aquella noche. —entonces, ¿Ocrera es una isla más grande que esta?

—No, —intentaba explicar Tzar, ambos se miraban de reojo tumbados desde sus respectivos sitios. —No es una isla, es más grande.

—Si no es una isla, ¿Qué es? —Veros seguía sin entender.

—Ya te lo he dicho, —dijo ella riendo, él rio también. — es tierra. Solo mucha tierra junta.

Veros se carcajeó ante aquella idea. No lo entendía, pero daba igual, tan solo quería seguir hablando con Tzar.

—Así que tu familia vive en la tierra. —agregó bromista. Tzar se incorporó un poco apoyándose en un codo, realmente le resultaba difícil hablar de aquello von Veros, no solo por que a pesar de que ya tenía cierto dominio del idioma aún no sabía las palabras adecuadas para explicarlo, además había una cierta tristeza que le impedían expresarse con libertad.

—Mi familia no vive en la tierra, —resopló fingiendo indignación. — Viven en una casa parecida a esta.

—¿También es una torre? —Preguntó Veros asombrado, mirándola directamente.

—No, no es una torre. —ella frunció el ceño intentando encontrar las palabras indicadas. —es como esta casa, pero mucho más grande.

—No hay casas más grandes que esta. —espató Veros con seguridad.

—Aquí no, —argulló ella, intentado defender su postura. —pero en Ocrera sí.

—Sí ya, —Veros adoptó un aire autosuficiente y burlón, volviendo la mirada al techo se arellanó sobre su almohada al tiempo que cerraba los ojos. —grandes casas de tierra.

Tzar le dio una suave palmada sobre el hombro y ambos rieron, Veros, a aquellas alturas, sabía como y donde tenía que golpear para acabar con la paciencia de la elfa, y aunque ella tenía la certeza de que aquellas burlas no era malintencionadas, siempre acababa por no responder a sus preguntas ya que por mucho que intentase transmitirle algo de donde venía, a menudo

callaba apenada: aquellos recuerdos la hacían entristecer. La idea de que jamás abandonaría Arëmen era ya una pesada certeza. En cuanto ella callaba, Veros le hablaba sobre su familia y lo poco que sabía de la isla, consciente de que quizás aquel juego apenaba a Tzar. Ya bien entrada la noche, dormían, y a pesar de todas las precauciones que ella tomaba antes de hacerlo, amanecían con las sábanas revueltas y Veros roncando sobre su oreja, durmiendo plácidamente encima de ella. Los primeros días se había azorado, sobre todo al notar el contacto robusto del cuerpo del elfo contra el suyo, pero pronto había entendido que era algo involuntario, ambos se movían en sueños buscándose en el lecho, así que ahora se permitía disfrutar plenamente del amparo de aquellos abrazos matutinos.

Cuando se quedaba sola, grandes dilemas la acosaban sin descanso. Echaba de menos su vida anterior, por supuesto; aprender cosas nuevas de sus amigos, el amor de su padre, el viento frío de los inviernos en la ciudad violeta. Pero también se había acomodado a aquella vida junto a Veros y el cálido clima de la isla. Ya hacía más de un año que había amanecido en aquella playa de arena fina. Cuando a medio día Jetta venía a traerle la comida, las dos hablaban un poco, el tiempo justo para que a la troll de piel azul no le llamasen la atención, y por sus conversaciones había deducido que Veros la estaba mimando en exceso. La compañía de su nueva amiga era otro de los pequeños placeres que había descubierto en Arëmen y que, al mismo tiempo, la atormentaba. En su tierra los trolls eran una amenaza, despiadados y peligrosos, siempre enredando con su magia negra, pero aquí Jetta se había descubierto como una buena aliada. Era consciente de que no estaba en el mismo rango que el resto de esclavas, de hecho, Veros jamás la había hecho sentirse obligada a nada. Ella le ayudaba a bañarse, a vestirse y arreglarse para las fiestas de Lyre porque de veras disfrutaba con ello. Cuando le veía enojado, peinado y perfumado, tan hermoso, se descubría a ella misma mirándolo embobada. Ahora ya estaba segura de que sentía por Veros lo que se suponía que debió sentir por Delvan. No estaba segura de si él la correspondía, no se atrevía a preguntarlo, pero muy a menudo notaba la mirada serena y penetrante de él sobre ella, aquellos ojos claros y rasgados mirándola fijamente, y dudaba de si lanzarse a sus brazos o no. Contrariada, se imaginaba a sí misma acariciando y besando su firme cuerpo; aquellos pensamientos la turbaban, no le había pasado con nadie más y siempre intentaba desterrarlos de su mente con rapidez. Cuando lo veía arreglado para algún compromiso en la terraza con el resto de la familia, pensaba que era imposible que aquel elfo

podiese sentir algo así por ella: él estaba siempre rodeado de mujeres hermosas, elfas de verdad, altas y sensuales, no de elfas bajitas que parecerían tener doce años eternamente. En aquellas ocasiones se entristecía, pues nunca se había considerado bonita, ni siquiera tenía muy claro cómo debía actuar una mujer, su madre se había encargado de recalcar aquello, así que en el fondo se sentía aliviada de no tener que lidiar con esos sentimientos. Por su parte, estaba dispuesta a seguir haciendo compañía a Veros, casi lo prefería a una vida desdichada en un papel de reina que sentía que no le pertenecía, junto a un medio elfo al que no amaría de la forma en que amaría a otro. A otro de ojos azules y cabello claro como la luz del sol.

—¿No te ha hablado de *Keé'bane*? —Jetta la miraba sorprendida, Tzar negó con la cabeza.

La troll no podía creer que su joven amo no hubiese nombrado siquiera la iniciación. Era un día importante en la vida de un Anar, el segundo más importante, de hecho. El tema había salido de forma natural en la conversación, las dos amigas charlaban sobre naderías cuando Jetta comentó que todos andaban histéricos por el *Keé'bane*.

—¿Tú sabes qué es? —preguntó Tzar.

Jetta dudó entonces de si debía desvelar el misterio o no. Sabía que la elfa de Ocrera era inocentona, una chiquilla todavía en comparación con el resto de los elfos de la casa, y de repente cayó en la cuenta: el joven amo Veros no era mayor que ella. Ambos tenían diecisiete años, así que era posible que si no le había hablado de eso a la esclava, con la consideración que le tenía, era porque no sabía mucho de aquel día. Jetta decidió mantener a su amiga en la ignorancia, a pesar de que según comentaban las otras sirvientas, la elfa morena sería una de las elegidas entre la servidumbre para participar en los actos de la celebración. Mirándola en silencio, con la faz sembrada de dudas, decidió que, si acaso, se lo contaría más adelante.

—Déjalo —dijo la troll mirando a Tzar—, es mejor que no te metas en eso.

Veros, de nuevo, llegaba tarde. Veren ya había desayunado y le esperaba impaciente en la arena del patio trasero. No le molestaba que se retrasase otra vez, le enfadaba el motivo por el cual suponía que le dejaba plantado. Se lo imaginaba retozando con aquella esclava morena, mientras ella, en éxtasis, hundía su mirada verde en los ojos de Veros, que respondía a cada uno de sus movimientos y deseos. Aquellas imágenes le atormentaban. Comenzaba a plantearse hipotéticas situaciones que pudiesen estar pasando en la habitación de su hermano pequeño y sentía unas irrefrenables ganas de golpear cualquier cosa hasta dejarse los nudillos en carne viva. Harto de esperar, con la cabeza llena de fantasías funestas, decidió subir a la habitación de Veros y sacarlo a rastras al pasillo para así arrancarlo de los brazos de aquella bruja.

Subió a la habitación con todos los músculos de su cuerpo en tensión. Enfadado con su hermano, abrió la puerta de sopetón, esperando encontrarlos en fragante frenesí, pero el silencio de la habitación lo dejó clavado al suelo. Veros estaba junto a la cama, ya levantado y listo para salir al patio. Veren abrió la boca dispuesto a lanzar una reprimenda a su hermano, pero este, al adivinar sus intenciones, le hizo gestos azorados para que guardara silencio: Tzar dormía plácidamente envuelta en las sábanas en el lecho, dándole la espalda. Veren miró a la cama y después a su hermano. Este le había pedido que se callase para no despertar a la chica. Airado, bufó con fuerza. Veros fue hacia la puerta, haciendo efusivos gestos para indicarle que estaba listo para marcharse. Él salió primero, y Veren se quedó atrás. El hermano pequeño ya se dirigía a las escaleras por el pasillo, Veren fue a cerrar la puerta no sin echar un último vistazo a la cama y a quien dormía en ella.

Tzar, revolviéndose perezosa, despertaba en ese momento. Se dio la vuelta hasta quedar de cara a la puerta, parpadeó hasta abrir los ojos y vio a Veren en el quicio, mirándola con la hoja de madera a unos palmos, a punto de cerrarse. Ella, instintivamente, se cubrió con las sábanas hasta el cuello, ya que aquellas malditas tiras de tela que llevaba por vestido se movían a su antojo cuando dormía, y a menudo despertaba medio desnuda. Después aún soñolienta, le saludó con la mano, sonriéndole con la cara hinchada por el sueño.

A Veren el enfado se le pasó de un plumazo. Conteniendo una sonrisa, se mordió los labios, y devolvió el saludo a la elfa, levantando las cejas a la vez

que hacía un leve movimiento de cabeza hacia atrás. Después se obligó a cerrar la puerta, aunque sentía un irrefrenable deseo de dejar todo de lado y entrar en la habitación e ir hasta la cama, pero tuvo que contenerse: Veros le llamaba ya en voz alta desde la escalera. Acostumbrado como estaba a ser contenido y no mostrar sus sentimientos, a Veren no le costaba nada guardar la compostura, al contrario. Se obligaba a no dejarse llevar por aquellos impulsos extraños que le abordaban últimamente. Tan pronto estaba enfadado con todo y con todos, como sentía dentro de sí una placidez tiempo atrás desterrada. A él mismo le estaba costando un gran esfuerzo controlar todas esas emociones nuevas, pero al resto de la familia Kelsalor le pasaban desapercibidas. Veren era un maestro de la circunspección.

En cambio, Veros sí lo había visto sonreír más de lo habitual en él, concentrado en sus pensamientos, o haciendo gestos en una conversación interna consigo mismo. No sabía a qué se debía aquel leve cambio en el carácter de su hermano, pero si aquello, fuese lo que fuese, lo hacía un poco más feliz, por él estaba bien.

Llevaban un par de horas practicando en el patio, ambos discutían en tono animoso. Veros había hecho un movimiento extraño que dismanteló por completo una complicada estocada de Veren, y ambos debatían si era un movimiento útil o, por el contrario, peligroso. Uno de los guardias se acercó a interrumpirles.

—Saldremos en cualquier momento —dijo mirando a los dos Anar. Ninguno de los dos sabía a qué se refería.

Veren se encogió de hombros mirándolo, y Veros puso cara de desconcierto. El soldado cambió el peso de pierna, estaba nervioso.

—Se nos ordenó que os acompañásemos hoy —añadió con tono inseguro.

—¿A dónde? —preguntó Veren.

—Al callejón Rufo —dudó de nuevo el guardia que con el rostro sudoroso señaló a Veros—. Se nos dijo que debíamos acompañarle allí.

Veren sopesó aquellas instrucciones. Quizás Veros debía retocarse alguno de sus tatuajes, era posible que Lyre lo hubiese decidido a posteriori, después del examen. Él no lo sabía, no solían hablar con él de ese tipo de cosas, pero le pareció extraño.

—¿Y te dijo Lyre que iría solo? —No tenía sentido. Conociendo a sus

hermanas, estaba seguro de que habían disfrutado presenciando la tortura a la que había sido sometido Veros. No creía que no fuesen a acompañarle esta vez.

—He preparado una escolta de cuatro guardias —arguyó el soldado—, incluyéndome a mí mismo.

Veren le miró fijamente. Aquel hombre sudaba con profusión, estaba nervioso, y parecía a punto de desmoronarse bajo su mirada implacable.

—Puedes preguntar a Lyre si quieres —dijo el soldado en un último intento de convencerle—, pero nosotros tenemos que irnos ya. Nos lo han ordenado.

Veren dudaba. Miró a su hermano, y sopesó cada una de aquellas palabras. Era posible que Lyre no dejase que sus hermanas volvieran a acompañarle, pero dejarlo ir solo no era algo que le pareciese posible. El soldado les miraba ansioso, y Veros esperaba que le dijera qué hacer. Sabía que volvía al lugar donde la vieja lo había torturado y esperaba que por intercesión de Veren el plan se cancelase. Por fin, Veren asintió, no las tenía todas consigo, pero no pensaba enfrentarse a Lyre.

—Ve a prepararte —dijo en voz baja a Veros.

—¿Pero voy a ir yo solo? —se quejó Veros. Veren volvió a asentir, mirándole—. Pues, al menos, podrías venir tú conmigo esta vez.

Los dos hermanos Kelsalor, cubiertos con sus respectivas capas rojas de Anar, salieron a la calle escoltados por los soldados de la casa. La capa de Veren, recamada con gran cantidad de piedras preciosas, lanzaba al cielo brillantes destellos con cada paso que este daba. La capa de Veros, mucho más sencilla, le hizo comprender que él estaba en un escalafón inferior.

En cuanto traspasaron las doradas verjas del gran faro, fueron la comidilla de allá por donde pasaron. Muchos de los habitantes de Arëmen podían comprobar en ese momento que los rumores eran ciertos, que era verdad que las Kelsalor tenían dos Anar, y que era harto complicado dilucidar cuál de los dos había sido bendecido con mayor belleza por Arien'Glor.

El paseo con Veren fue diferente para Veros al que había dado con sus hermanas tiempo antes. Cuando caminaba del brazo de Venali o de Vashti, la gente murmuraba a su alrededor. Curiosos se apiñaban frente a ellos para poder ver un poco de lo que había bajo la capa roja de Veros, pero ahora, con Veren, era bien diferente: nadie se atrevía a importunarles con miradas curiosas. Mientras estuvieron paseando por las calles donde residía la clase alta, elfas de sol se concentraban en las vallas de sus respectivas casas, dedicándoles miradas ardientes, disfrutando del paso de los dos Anar. Veros pudo ver cómo muchas de aquellas mujeres se atrevían a saludar a su hermano, algunas con leves gestos de manos, y otras con reacciones más familiares. Veren, por su parte, seguía mirando al frente con aquel velo de indiferencia con el que siempre se envolvía, y no devolvía el saludo a ninguna a pesar de que muchas parecían conocerle. Veros le miró curioso, y Veren, sonrojándose, le evitó con un gesto azorado.

«Cuando estemos solos le preguntaré de qué conoce a esas elfas... Quizá sea de sus salidas como ofrenda», pensó. No sabía muy bien cuál era la obligación su hermano en esas ocasiones, pero sí que visitaba las casas de algunas familias vecinas. Hasta el momento, pensaba que en realidad era una especie de sacerdote, pero nunca se había parado a plantearse algo más allá de eso, pero la cara que Veren acababa de ponerle le decía que quizás lo había.

A su paso por el barrio de los artesanos la cosa cambió. Allí todos parecían conocer a Veren también, pero de una forma menos cercana. Muchas

de las personas que vivían en aquellas calles lo habían visto solamente en la arena del templo. Era evidente para Veros que aquella gente profesaba verdadera admiración por su hermano. Una elfa de sol, con vestimentas humildes, rompió el cerco de sus cuatro guardias y se acercó hasta ellos, en la mano llevaba un ramillete de flores. Con expresión nerviosa, le alargó el ramillete a Veren sin tocarle las manos. Veren ralentizó el paso, aceptó el humilde regalo e hizo un gesto a la elfa. Esta, emocionada, se retiró del paso para que pudiesen seguir andando. Tras ellos Veros oyó cómo era vitoreada por algunas mujeres más que le aplaudían la hazaña. Veren siguió caminando en silencio con las flores en la mano.

Cuando llegaron al mercado, para sorpresa de Veros, la cosa fue a más. Jamás había sido consciente de que su hermano mayor pudiese desatar tal furor. Él lo había admirado y lo quería, sí, pero era su hermano. En cuanto los comerciantes vieron que el Primer Anar de la ciudad entraba en la zona del zoco, se apresuraron en desenganchar los toldos de sus puestos para ponerlos sobre el suelo, bajo los pies de Veren, para que no se manchase con la mugre del lugar. Algunas elfas comenzaron a lanzarle flores, e incluso monedas doradas. Los dos pisaban aquellas ofrendas a su paso.

Veros estaba perplejo, jamás habría imaginado algo así.

—¿Esto te pasa siempre? —dijo a Veren, curioso, con una media sonrisa. La intriga había ganado la batalla, y no podía resistirse a preguntar.

—Acostúmbrate —respondió Veren sonriendo pícaro.

Casi habían llegado al sórdido callejón que albergaba la casa de tatuajes, al que el guardia había llamado el callejón Rufo, cuando unas risas sonaron a sus espaldas.

—Querido Veren... —una voz femenina habló desde atrás, el tono era sibilino, la elfa arrastraba las palabras. Veren se tensó, pero no hizo ademán de detenerse; no necesitaba mirar atrás para saber quién era.

Veros, en cambio, sí paró y se dio la vuelta para ver quién llamaba a su hermano con aquella familiaridad. Detrás de ellos tres elfas de sol vestidas con ropa lujosa caminaban hasta darles encuentro, contoneando las caderas. A Veros le recordaron a sus hermanas, iban igual de arregladas, y tenían aquella actitud de adineradas que las hacía soberbias y malvadas. Veren, al ver que su hermano se detenía, paró también el paso, bufando exasperado. No tenía ganas de encontrarse con las hermanas Darieth, ni ahora ni nunca. Eran unas

auténticas víboras, no menos peligrosas que las propias hermanas Kelsalor. Compuso un gesto severo a Veros, reprobando que se hubiese detenido.

Las elfas llegaron hasta ellos. Tenían los típicos rasgos de los elfos de sol, pero a diferencia de sus hermanas, eran más anchas de espaldas, aunque perfectamente podían competir con ellas en belleza y atractivo. Veren, estoico, se dispuso a aguantar el chaparrón.

—¡Qué alegría verte aquí! —dijo la que parecía ser la mayor. Su voz parecía un ronroneo—. Y qué placer tan poco usual.

Se acercó hasta Veren y metió la mano con descaro por la abertura del cuello de su capa, rápidamente llegó hasta uno de sus pezones y lo agarró por el anillo que tenía allí prendido para después retorcerlo un poco. Le miraba fijamente, y Veren la miraba a ella. Al sentir cómo ella daba vueltas al aro dorado en sus dedos, se encogió un poco y gruñó por lo bajo. Veros reaccionó al oír quejarse a su hermano y, sin pensar, dio un manotazo al brazo de la Darieth obligándola a retirarse. Su dedo, aún enganchado al anillo en el pezón de Veren, le dio un fuerte tirón, y esta vez le causó un dolor más intenso. Ella se retiró sorprendida, lejos de enfadarla aquel gesto tan inesperado la divirtió y, riendo, buscó con la mirada la complicidad de sus hermanas, que se unieron a su risa, desafiando a los dos Kelsalor.

Veros dio un paso hacia ellas, molesto por aquellas risas, pero Veren le puso la mano en el hombro para detenerlo, mientras con la otra se frotaba el pecho que había sufrido el tirón. Veros le miró contrariado.

—Vaya, vaya. Los Kelsalor siempre una caja de sorpresas —habló de nuevo la Darieth con aquel tono despreciativo—. Quizás la próxima vez que vengas a casa madre decida pagar el precio que dice Lyre que vales, y te traigas contigo a tu hermanito. Podremos jugar todos juntos por una vez.

Veren apretó la mandíbula, masticando despacio las palabras de odio que le habría espetado si él no fuese más que un varón y ellas no fueran las hijas de la segunda casa más poderosa de la isla. Era el Primer Anar, sí, pero eso no le hacía poderoso, solo le otorgaba rango a las elfas de su casa, lo que significaba que aquellas elfas de sol estaban por encima de él.

Veros hizo ademán de decir algo, pero Veren le disuadió mirándolo fijamente y negando con la cabeza. Las hermanas Darieth se alejaron de ellos riendo, cuchicheando y dirigiéndoles miradas burlonas.

Veros estaba enfadado. Veren seguía en tensión. Los cuatro guardias que

llevaban con ellos no habían movido ni un dedo para protegerlos.

—No te entiendo —soltó Veros a su hermano, a quien pilló por sorpresa con la mirada fija aún en aquellas pérfidas elfas—. Primero todo el mundo te trata como si fueras un dios o algo así y, de repente, llegan esas y dejás que te traten de esa forma. ¿Qué es lo que te pasa? Te juro que a veces no sé qué es lo que tienes dentro de la cabeza.

Las palabras de su hermano lo hirieron. Sí, Veros no sabía qué le pasaba, no le entendía porque él se había empeñado en mantenerlo en la oscuridad. Si hubiese dejado que se enfrentase abiertamente a las Darieth ahora estarían en un lío. Les podrían haber acusado de herejía y de a saber cuantas estupideces más. Pero era imposible que Veros supiese eso, porque él no sabía casi nada de la vida fuera del faro, de lo que le esperaba, ni de lo que él hacía cuando se iba servir a su dios.

Veren notó el sabor amargo de la pena en la boca. Pena porque sabía que estaba perdiendo a su pequeño a pasos agigantados, y porque también sabía que era algo que no podría evitar y de lo que se arrepentiría por siempre. Veros estaba allí de pie, con su capa roja sobre la cabeza, mirándole enfadado y esperando una respuesta.

Veren por fin se resolvió a hablar.

—Hay muchas cosas que no sabes —comenzó a decir, dándose cuenta de que una explicación que satisficiese a Veros en ese momento era imposible—, pero ahora no es el momento.

Sin más, Veren retomó el camino y Veros, descontento con la respuesta que había recibido, le siguió mientras se adentraban en el callejón Rufo.

Con Veren era imposible discutir si él no quería, y lo normal era que no quisiese. Veros había comprobado eso desde bien niño. Era en aquellos momentos cuando más odiaba los silencios de su hermano mayor y era evidente que ahora estaba haciendo una de sus acostumbradas oposiciones silenciosas. Veros se había quedado con ganas de decir algo a aquella Darieth impertinente, pero también pensaba decirle un par de cosas a Veren cuando pudiese pillarle con la guardia baja, pero tendría que esperar a llegar a casa. Sabía que expuesto a miradas ajenas, Veren seguiría siendo ese muñeco de cera que conocía tan bien.

Entraron en el callejón y Veros, igual que le había ocurrido durante el resto del camino, notó que algo había cambiado allí.

—Aquí había más gente el otro día —dijo taciturno.

Veren asintió, él también lo recordaba mucho más concurrido, aunque hacía décadas que no pasaba por allí. «Algo no va bien», pensó, siempre alerta. No sabía qué era, pero algunas de las cosas que habían pasado no acababan de encajar en sus esquemas. Temiendo lo peor, comenzó a calibrar las posibles consecuencias de que aquello no fuera del todo lo que el guardia había asegurado que era.

Se detuvo, y se dio la vuelta para poder hablar con aquel soldado.

Estaban solos: la guardia había dejado que él y Veros entrasen por su cuenta en el callejón.

En la analítica mente de Veren algunas piezas hicieron «clic» al encajar.

—Hay que volver a casa —dijo conteniendo el tono para no asustar a Veros. Este, que todavía confiaba plenamente en su hermano mayor, entendió que algo no marchaba como debía y, sin rechistar, se dispuso a obedecer. Ambos giraron sobre sus talones, prestos a emprender el camino de vuelta.

Alguien gritó en el callejón por detrás de ellos. Veros se dio la vuelta asustado, pero no pudo ver a nadie, ya que tuvo apresurarse a coger a Veren, que caía al suelo fulminado cuan largo era.

Le costó cogerlo al vuelo. Lo tomó por los hombros, pero pesaba

demasiado y se le escurría entre las manos. Frenético, comenzó a palmearle la cara y a instarle para que le dijese algo, pero el Primer Anar estaba desmayado por completo. Veros no entendía qué había pasado.

Un destello dorado pasó rozándole la cara. El elfo se movió rápido, cargando a su hermano, que debía pesar unos cien kilos, pero tuvo que soltarlo para poder echarse atrás cuando un segundo destello se dirigió directo a sus costillas.

El cuerpo inconsciente de Veren rebotó contra el suelo, y él quedó de bruces. Si no hubiese estado tan concentrado en esquivar las cuchilladas que lo acosaban en aquel momento habría podido apreciar cómo en la parte posterior de la capa de Veren comenzaba a formarse una mancha de oscuro rojo sangre. Pero Veros tenía en aquel momento sus propios problemas. Frente a él, con los dos pies bien plantados en el suelo, un encapuchado cubierto por una capa gris le lanzaba estocadas sin descanso. Veros, como una máquina que funcionaba a la perfección, esquivaba cada una de ellas a pocos milímetros de que lo hiriesen. El atacante era más bajo que él, pero de complexión fuerte, y era evidente que estaba bien entrenado. Veros se concentró en buscar algún punto débil en aquel agresor, que le asediaba sin descanso con un kopesh dorado en cada mano. El tipo lanzó un espadazo alto directo al rostro del chico, que esquivó sin dificultades moviendo el cuello a la izquierda. A la vez, tuvo que bloquear con el antebrazo izquierdo una estocada que acabó causándole un profundo tajo. Agachándose, retrocedió de un gesto, y quedó en cuclillas sobre el pavimento. Si había acertado, el asesino tenía problemas para manejar su lado derecho.

Rogando por no haberse equivocado, esperó al momento justo. Cuando el encapuchado saltó hacia él se incorporó con rapidez, le dio un fuerte puñetazo en el hombro izquierdo y con la otra mano buscó la barbilla bajo aquella capucha gris. El otro se movió deprisa y frustró su movimiento, a punto estuvo de clavarle el kopesh en el costado, por lo que Veros se vio obligado a rodar sobre sí mismo hasta volver a estar a salvo. Miró hacia su posición anterior y vio a Veren, que seguía tirado en el suelo en la misma postura. Un acceso de ira le invadió: no podía consentir que aquel tipo se saliese con la suya. Aún con una rodilla hincada en el suelo se llevó las manos a la espalda, agarrando por el bajo su capa roja de Anar. Sabía que aquel elfo no se desenvolvía bien por la derecha. En cuanto el agresor se acercó a él, Veros tiró de la tela, moviéndola con gran revuelo, se incorporó de un salto y pasó por el flanco

derecho de su atacante. Tal y como él esperaba, el encapuchado hizo profusos giros intentando colocar a Veros en su reducido campo de visión, pero este no le dio tregua. Decidido, se colocó detrás de él, y enrollando la capa a modo de cuerda, se la pasó por el cuello al agresor. Este, al sentirse ahorcado, soltó los kopesh y llevó las manos a la improvisada soga, pero era demasiado tarde. Desde aquella posición Veros veía oscilar la cabeza cubierta con la capa gris y, al fondo, veía a su hermano yacente sobre el pavimento. Rogaba a su dios que no estuviese muerto. Poco a poco, y entre arcadas y agonías, el agresor dejó de moverse.

Veros ni siquiera se paró a pensar en si vivía o moría, en cuanto se quedó quieto lo soltó y corrió hacia Veren. Haciendo esfuerzos con el brazo sano, logró darle la vuelta para que quedase mirando al cielo. Aún respiraba. Desesperado, se puso a buscar a los soldados con la mirada, pero allí solo estaban ellos dos y quien había intentado asesinarles. No sabía qué hacer. Tras unos segundos de duda, resolvió arrastrar a Veren hasta la salida del callejón, con la esperanza de que los guardias estuviesen allí por cualquier negligente razón.

Al pasar junto al encapuchado que aún seguía con su capa de Anar al cuello, se detuvo un momento para mirarle. Con el forcejeo la capucha se le había echado hacia atrás. Reconoció aquel rostro: era el Anar desgraciado, el de la profunda cicatriz en la cara y el ojo velado. Entendió entonces por qué aquel elfo no manejaba bien la derecha, y las palabras severas de Venali volvieron a resonar en su cabeza.

«A muchos de estos los mandaron aquí Veren y sus kopesh».

Quizás, en un acceso de ira, aquel pobre desdichado había intentado cobrarse venganza. No le parecía nada descabellado dado el odio que había visto en su ojo sano el día en que lo encontraron allí mismo. Veros se aterrorizó al pensar que podría haberlo matado. ¿Era así como pasaba? Uno dejaba de pensar en lo que era correcto y con esa facilidad segaba la vida de otro.

Por el momento se concentró en ocuparse de su hermano, después volvería a por aquel paria.

Arrastrando al enorme Veren inconsciente a lo largo de lo que le parecieron miles de metros, salió a la calle del mercado. En cuanto abandonó el oscuro callejón y el sol lamió su piel Veros comenzó a refulgir. Estaba de rodillas, arrastrando a su hermano por los hombros. Oyó el clamor de la gente

y se detuvo para poder buscar a alguien que les ayudase. Veren, aunque la tenía un poco desarreglada, aún conservaba su capa de Anar en la cabeza, con lo que la injerencia del astro rey sobre él no tenía ningún efecto, pero Veros, que había usado su capa como arma, estaba totalmente desnudo de cintura para arriba. Miró por toda la palza, pero a pesar de que todos le miraban, nadie se acercó a ayudarlo. Al principio no entendía bien qué pasaba, con el tiempo se había acostumbrado a la luminiscencia de sus nuevos tatuajes, así que aunque notaba el brillo, no le había dado más importancia. Ahora lo primordial era que su hermano se recuperase. Pasmados, todos los que se encontraban en el mercado se apiñaban ya alrededor de ellos. Veros, irritado, extendió los brazos señalando a su hermano; no podía creer que nadie lo viese de una forma tan urgente como él lo hacía, pero al mirarse los antebrazos lo entendió: aquella gente nunca había visto un Anar sin capa, al menos no tan de cerca. No era lo mismo tenerle a un par de pasos que verle a muchos metros de distancia sobre la arena del templo.

Desconcertado, pidió auxilio:

—¡Necesitamos ayuda! —Nadie se movió, siguieron mirándole con aquellas expresiones tan extrañas en los rostros.

Veros comenzó a asustarse, era posible que aquella gente, llevada por el furor de su irradiación, tuviese otras intenciones. Después de todo él mismo había comprobado el cariz mágico de aquellos dibujos.

—La casa Kelsalor pagará bien a quienes nos ayuden —dijo intentando imitar el tono altivo que Veren solía utilizar.

Pensó que aquello tampoco tendría efecto y se tensó, otra vez en guardia. No podía luchar contra todos, pero por defender a su hermano lo haría si era necesario. Y moriría en el intento.

Una elfa con un sencillo vestido de lino, el pelo sucio y un pañuelo oscuro atado a la cintura, se les acercó. Veros la miró desafiante. La mujer se rió ante su gesto, pero antes de agacharse junto a él se desabrochó el pañuelo que usaba a modo de mandil.

—Tápate —le susurró mientras le ponía aquel trapo andrajoso sobre la cabeza—. Eres demasiado hermoso para andar descubierto.

Veros no podía creerlo. Su hermano estaba posiblemente a las puertas de la muerte y aquella elfa estaba preocupada por si él llevaba la cabeza descubierta o no. Ella, deleitándose, escrutándolo con mirada lasciva, le

ajustó el pañuelo para que sus tatuajes quedaran totalmente cubiertos. Mientras lo hacía aprovechó para acariciarle los brazos y el pecho. Veros se sintió asqueado y sucio. La mujer no quitaba las manos de encima de él, así que le dio un empujón para alejarla.

Ella le miró sorprendida.

—¿Vas a ayudarnos o no? —le preguntó airado. Había hablado igual que lo habría hecho Veren.

De no estar al borde de un ataque de histeria habría comprendido muchas cosas en aquel momento, pero su hermano mayor seguía inconsciente y nadie movía un dedo por ayudarlos. Por fin, la elfa se levantó del suelo y, alzando la voz, pidió que trajeran a una curandera. Aliviado, Veros suspiró a la vez que se cernía sobre el rostro de su hermano. Temblando, le dio un beso en la frente.

—Tranquilo, hermano, todo va a salir bien. Vamos a volver a casa.

Lyre no podía dar crédito a lo que sus hijos estaban contando. Habían llegado a casa rodeados por soldados de otra casa y acompañados por dos elfas de sol harapientas. Veren estaba malherido, le costaba mantener el equilibrio y apenas podía abrir los ojos, y a Veros le sangraba profusamente una herida abierta en el brazo. Además, la capa roja de Veros había desaparecido y venía envuelto en andrajos. En cuanto cruzaron la verja del patio los soldados Kelsalor dieron la alarma, y tanto Lyre como sus cuatro hijas habían bajado a ver qué ocurría. La imagen, que era del todo impensable, las dejó de piedra. Despacharon a la guardia de Nueleth Darieth, y dieron un buen pago a las dos plebeyas, tal y como les había prometido el pequeño de la familia.

Veros, ya con el brazo curado, había ido relatando a Lyre el ataque que había tenido lugar cerca del mercado. En su voz no había mentira. Veren, aún aturdido, no había dicho ni una palabra, pero había hecho algunos gestos para apoyar la narración de su hermano. Lyre tenía los puños apretados, tanto que se hizo cortes en la palma de la mano con las uñas. Veros decía encontrarse bien, gracias a una de las mágicas pociones la herida era ya una cicatriz y pronto habría desaparecido; la peor parte se la había llevado Veren, estaba sentado en uno de los taburetes bajos de la terraza con la cabeza agachada. Venali, sobre él, se afanaba en cerrarle la profunda herida que tenía en el codo y lo había dejado inconsciente. Con ayuda de la curandera plebeya y la otra elfa de sol que los habían acompañado a casa, Veros había conseguido devolver la consciencia a Veren y, después, ayudados por las dos elfas tomaron el camino de regreso al gran faro. En cuanto llegaron cerca del faro y pasaron por delante de la opulenta casa Darieth, Nueleth envió soldados para que les socorrieran. Según dijo a Veros, se sentiría devastada si alguien hiciese algo así a Levos, su Anar. Al pequeño de los Kelsalor, aliviado por la ayuda, no le pareció extraño que la matrona de aquella casa estuviera en su jardín justo cuando ellos pasaban por allí necesitados.

—Ha sido Darieth.

La voz de Veren sonó amortiguada por su posición. Veros le miró sorprendido. Lyre comenzó a temblar de ira.

—Las hijas de Darieth estaban allí —dijo Veros en voz baja para apoyar la

teoría de su hermano. No entendía dónde quería ir a parar, pero desde luego Veren era más despierto para aquellas cosas. Veros tenía la idea de que su hermano siempre tenía la mente fría y pensaba con más claridad.

—¿Estás seguro de eso? —dijo Lyre en tono sombrío, royendo cada sílaba. Si la teoría de Veren era cierta, el problema era mayor de lo que pensaban. Miró a Veros con ojos penetrantes, muy crispados.

Él se encogió de hombros nervioso, comenzaba a asustarse de nuevo.

—Eran ellas —corroboró Veren. El mayor de los varones Kelsalor las conocía bien, Lyre lo sabía, había perdido ya la cuenta de las veces que habían pagado para poder recibirle en su palacete.

—Tienes que estar seguro también de que ellas son las culpables. —Lyre necesitaba estar segura. Sabía que podía confiar en Veren para asuntos como aquellos, pero no era más que un varón y había recibido un golpe bastante serio en la cabeza. Al fin y al cabo, podía equivocarse. Si una acusación tan grave se tomaba en consideración tendría que remover mucha tierra para arreglar aquel estropicio.

—El soldado nos sacó de la casa con prisas, pero era evidente que ocultaba algo —dijo Veren levantando la cabeza. La sien le martilleaba con un dolor palpitante y la luz le molestaba, también sentía náuseas. Venali se echó un paso atrás para dejar hablar a su hermano—. Ellas nos esperaban en el mercado, los soldados marcaron el camino, nos llevaron hasta ellas. Ya casi en la entrada del callejón montaron jaleo para hacer saber a su mercenario que llegábamos.

—¿Y qué querían? —preguntó Lyre, lívida ya por el enfado—. ¿Asesinaros a los dos?

—No —dijo Veren seguro de sus palabras. Miró a Veros, que se encontraba sentado unos metros más allá—. A mí podría haberme acuchillado por detrás y no me habría enterado, pero no lo hizo. Me quitó de en medio para poder ir a por Veros.

La reacción de Lyre no se hizo de esperar. Rápida y exhortada por la ira, cogió un taburete por las patas y lo golpeó contra una de las columnas doradas de la terraza, una y otra vez, hasta que estuvo destrozado por completo. En cuanto terminó, con el pelo enmarañado y la frente perlada de sudor, comenzó a proferir maldiciones a voz en grito. Necesitaba descargarse de toda la furia que aquel asunto le provocaba si no quería herrar en los pasos siguientes.

Veros se encogió de miedo, al igual que el resto de las hermanas que estaban junto a él. Venali, aún detrás de Veren, se abrazó a él, pasándole un brazo por el cuello. Si los otros cuatro estaban asustados, aquellos dos no lo parecían, aunque tampoco el resto les prestaban atención, estaban concentrados en no hacer o decir nada que pudiese enfadar más a su madre.

Veren hizo gala de toda la serenidad que pudo reunir, se quedó templado mirando a Venali por el rabillo del ojo. Ella apoyó la barbilla sobre la clavícula de su hermano. En aquella situación tan tensa ella parecía divertirse. Al darse cuenta de que su hermano la observaba, pícara, le susurró al oído:

—Tesoro, no estemos enfadados. —Su voz era melaza pegajosa en el oído de Veren—. Hoy hubieseis podido morir.

Ella esperaba amilanarlo con aquella treta, sabiendo que él se sentía incómodo bajo sus flirteos, pero esta vez Veren no se achantó. Rápido, le agarró la cara, obligándola a mirarle mientras volvía el rostro hacia el de ella.

—Hermana —dijo sonriendo con malicia—, hagamos las paces. Voy a obviar todos los pequeños detalles de esta trama que me conducen hacia ti, pero sé más cuidadosa la próxima vez.

Venali le miró sorprendida, con una chispa de miedo en los ojos. Abrió la boca para decir algo, pero Veren se lo impidió. Deslizando su mano férrea hasta la nuca de su hermana, la obligó a seguir con el rostro vuelto hacia él a pesar de que forcejeaba para separarse, y, ávido, se lanzó contra la boca abierta de Venali, mordiéndole los labios. Ella no le devolvió el beso, la violencia que esgrimía el Anar la había pillado por sorpresa, así que se limitó a quedarse allí petrificada, con los ojos muy abiertos, mientras notaba el sabor de su propia sangre en el paladar.

Pasado medio día, Tzar volvió a escuchar gritos en el pasillo. Intentó abrir la puerta, pero como ya sabía, era imposible hacerlo desde dentro cuando había sido cerrada por fuera. Pegó la oreja a la madera e intentó averiguar algo de lo que pasaba allí fuera. Entendió algunas palabras: sangre, caída, rápido. Palabras urgentes y elevadas de tono. Supo que algo había pasado. No se gritaba en la casa Kelsalor si algo grave no estaba ocurriendo. Por norma, hasta en las más animosas conversaciones, Veros hablaba en tono más bajo al de ella, y Veren ni abría la boca.

El tumulto pasó, parecía que se dirigían a la terraza. Ella solo había estado una vez allí, el día que llegó, y aunque no recordaba muy bien la configuración de la casa, Veros se la había explicado con tanto detalle que pensaba que podría recorrer todos los pasillos sin perderse. El corredor quedó de nuevo en silencio, y Tzar comenzó a enervarse. No dejaba de ver en su mente las imágenes del día que Veren entró cargando a su hermano inconsciente.

Un par de horas después se asomó al balcón al oír un traqueteo en el patio delantero. Parecía que estaban preparando algún tipo de ceremonia; colocaban antorchas y unos pocos asientos. Las sirvientas se afanaban en arreglarlo todo. Buscó con la mirada a su amiga troll desde allí arriba, pero no la vio por ningún lado. Tampoco había rastro de Veros.

Poco a poco, la tarde fue pasando. Las sirvientas de la casa, como hormiguitas afanosas, habían terminado todo el trabajo en el jardín, y Tzar, ya carcomida por los nervios, deambulaba por el dormitorio de un lado a otro, rogando en voz baja que no hubiese pasado ninguna desgracia. El pomo de la puerta giró lentamente y la hoja de madera se fue abriendo poco a poco. Con las manos sobre el pecho, esperó que Veros entrase en la estancia, pero no era él. Los enjorados colmillos de Jetta precedieron al resto del cuerpo de la troll que, lanzando miradas furtivas al pasillo, entró de puntillas en la habitación mientras cerraba la puerta tras de sí. Tzar, horrorizada, pensó que su amiga venía a darle las malas noticias.

—Tranquila, está bien —dijo Jetta al ver la expresión de pánico en la elfa. La troll no lo entendía, pero sabía que su amiga profesaba un profundo cariño por su amo, y entendió al instante lo que estaba pensando.

Echando la cabeza hacia delante, Tzar suspiró aliviada.

—¿Pero qué es lo que pasa? —preguntó más calmada.

—Alguien ha atacado a los Anar fuera de la casa —respondió Jetta, Tzar puso de nuevo aquella cara de susto, pero Jetta la tranquilizó—. Están bien. Pero Lyre dice haber encontrado espías en la casa. Van a *na'at kiimil*.

Jetta dijo aquellas palabras mientras se pasaba un dedo por el cuello, indicando que iban a ejecutarlos. Tzar se quedó paralizada. No había entendido del todo aquella palabra, pero imaginaba lo que era. En casa, en el bosque de Miraren, la justicia también era dura, pero jamás tan rápida. Si se atrapaba a los traidores por la mañana, al menos tendrían un juicio, pero no sería en la misma tarde. De todas formas no le sorprendía la reacción de Lyre, pero aquello quizás era demasiado.

—Pensaba que podría verlo desde aquí arriba contigo —dijo Jetta. Tzar asintió, sopesando aún la gravedad de lo que iba a ocurrir.

Lyre había actuado rápido mandando a Viessa y a Vanya a casa de los Darieth. Su intención era mostrar el agradecimiento de la familia por haber socorrido a los dos Anar, y comunicarles que habían encontrado a los culpables de aquella trama. Cuando cayese el sol celebrarían un acto de justicia, e invitaban a Nueleth Darieth. Vashti se quedó a cargo de sus hermanos en la terraza. Su deber era velar por que nadie viniese a rematar la faena. Mientras tanto Venali, visiblemente alterada, y Lyre ordenaron que se arreglase todo en el jardín y comenzaron a interrogar a soldados y criadas.

Nadie sabía nada de ninguna trama, y a media tarde llegaron a la conclusión de que los cuatro guardias huidos eran los responsables de aquello, pero Lyre no se quedaría sin la sangre que reclamaba; estaba decidida a encontrar culpables, falsos o verdaderos.

Cuando anoecía, Nueleth Darieth llegó al faro. Lo hizo escoltada por sus hijas y por los soldados de la casa, pero en cuanto se dispusieron a entrar Vanya les informó de que solo la matrona pisaría la arena del patio, el resto de la comitiva, si quería, tendría que ver todo desde detrás de las rejas, en la calle. Las hijas de Nueleth comenzaron a quejarse, pero esta las hizo callar levantando severa la mano y accedió a las condiciones que Vanya imponía. La Darieth entró con dignidad en los dominios Kelsalor, a pesar de que ahora se movía en tierra pantanosa. El resto del séquito de su casa se apiñó contra la

valla dorada del faro, compartiendo el espacio con muchos curiosos de otras familias que venían a presenciar cómo Lyre zanjaba sus asuntos. El rumor de que los dos Anar habían sido atacados en el callejón Rufo había corrido ya como la pólvora. Nadie quería perderse aquello.

Acomodaron a Nueleth en uno de los bancos que habían dispuesto en el patio, junto a ella Vanya se sentó tranquila. El resto de la familia Kelsalor se unió a ellas pasados unos minutos. Lyre se sentó al otro lado, Vashti y Viessa detrás, Veren y Veros se quedaron de pie junto a su madre, ambos de nuevo cubiertos con capas carmesí. A los pocos minutos, con la matrona Darieth revolviéndose nerviosa a su lado, Lyre hizo un gesto y apareció Venali escoltada por un gran grupo de soldados. Todos los que tenía la casa, casi un centenar, estaban allí. Comenzaron a distribuirse por el patio en dos hileras, guardando en el centro una tercera columna compuesta por quince soldados y nueve doncellas. La columna central se detuvo frente a las matronas, y el resto de soldados se fue colocando estratégicamente por el patio. En cuanto todos estuvieron en sus puestos, la puerta de entrada del faro se abrió, y otra fila de sirvientas salió, todas ataviadas con su uniforme blanco immaculado. Estas últimas se colocaron alrededor de las Kelsalor y su invitada.

Con todo aquel despliegue, Lyre estaba haciendo una pequeña demostración de fuerza.

—¿No deberías estar ahí abajo? —dijo Tzar a Jetta cuando vio salir a las esclavas.

—Solo las más hermosas han recibido la orden —dijo Jetta tranquila, consciente de que para una esclava la fealdad era una aliada—. Además, prefiero estar aquí contigo.

Ambas se habían sentado en el suelo de la terraza de la habitación, intentando pasar inadvertidas. Tzar se mostraba curiosa ante todo aquello, curiosa y asustada, pero Jetta templaba una extraña calma, como si esperase la tormenta. Si lo que la troll había dicho era lo que ella había entendido, a la elfa le habría gustado estar tan tranquila. Pocos momentos antes, cuando había visto a Veros en la lejanía, casi gritó para llamar su atención; se levantó de sopetón, pero Jetta la obligó a sentarse de nuevo cogiéndola de la mano. Cuando fue a recriminar su actitud, vio en Jetta aquella mirada tan extraña y entendió que era mejor no dejarse llevar en aquella situación.

Había sido tan difícil.

Que a Veros le ocurriera algo se había convertido en uno de sus pocos temores allí en la burbuja que él había construido para ella. Si algún día él le faltase, Tzar estaba segura de que enloquecería de dolor.

En la arena del patio, Veren estaba todavía mareado. La cabeza le dolía horrores, pero al menos las pociones de Venali habían conseguido apagar la palpitación de la sien. La despreciaba, pero había que reconocer que si no fuese por ella quizás no habría llegado a ver ese día, cosa que le hacía dudar de si era algo bueno o no. Inconsciente, levantando la mirada, buscó el balcón de la habitación de Veros. No supo que lo estaba haciendo hasta que vio la cabecita de cabello moreno de Tzar asomar por el borde de la balaustrada. Por primera vez en aquel día tan largo, sintió paz. No mudó el gesto, pero por un momento su corazón se detuvo azorado, cuando por error pensó que la esclava lo miraba fijamente a él. Decepcionado y cansado, entendió que no, ya que cuando volvió disimulando el gesto hacia su hermano, comporbó como este devolvía la mirada a Tzar con cara de bobalicón. No le miraba a él, miraba a Veros. «Soy un estúpido», se recriminó dolido. Daba igual, era mejor que esa bruja enana de Ocrera no intentase hechizarle como estaba haciendo con su hermano. Tenía otras cosas de las que preocuparse. A pesar de que intentaba convencerse, no podía dejar de sentir una punzada de rabia y tristeza.

Carraspeó, dando un codazo a su hermano pequeño, quien no tenía ningún reparo en mirar abiertamente a la chica y sonreírle como un idiota. Veros, al notar el leve golpe y ver la cara de enfado de su hermano, se dio cuenta por fin de que de nuevo estaba llamando la atención. Colocándose bien la nueva capa roja que Lyre le había dado, intentó guardar la compostura. Aunque no dejaba de lanzar miradas furtivas al balcón de su cuarto de vez en cuando.

—Estos son los traidores a la casa Kelsalor —comenzó a hablar Venali de pie ante el tumulto, alzando la voz. Su vestido anaranjado se movía a merced de la brisa, pegándosele al cuerpo y marcando su fantástica figura. Tenía los dos brazos extendidos llamando la atención de toda la concurrencia, que llegados a ese momento era mucha—, primera casa de Arëmen, muy pronto reconocida como el hogar de los dos Anar.

Hizo una pausa dramática, a la que el público respondió con una leve ovación, reprobando sus palabras.

—¿Pero qué dice? —Veros preguntó a Veren en voz baja, estaba estupefacto—. Esos no son los soldados que...

Veren ni siquiera lo miró. Veros no sabía nada del teatrillo que iba a interpretarse aquella noche en el patio del faro, pero para él no era nada nuevo. Una vez más, no podía enfrentarse a la inocencia de su hermano, no quería ver su reacción y sentirse cómplice de las pérfidas féminas de su familia, así que siguió mirando al frente sin torcer el gesto.

Venali comenzó a hablar de nuevo con aquel tono trágico.

—¡Redimíos! —gritó a los supuestos traidores. Movi6 los brazos en círculo, y sin saber cómo había aparecido aquello allí Veros vio que en la mano de su hermana había un cuchillo dorado, que despedía destellos provocados por las llamas de las antorchas—. Pedid perd6n y se os dar6.

En la fila de traidores un soldado comenzó a llorar. Estuvo a punto de caer de rodillas, pero otros dos aparecieron detr6s y lo obligaron a permanecer de pie. Veros temió lo peor. Sabía que Venali era peligrosa, casi tanto como su madre, pero eso ya era demasiado. No podía tener intenci6n de hacer lo que él, horrorizado, sospechaba.

Mirando a su madre con ojos sibilinos, la mayor de las hermanas Kelsalor camin6 hasta situarse detr6s del primer condenado. Con fuerza, usando la mano libre, Venali tir6 de los cabellos rubios del elfo oblig6ndole a echar la cabeza atr6s. En ese momento el soldado grit6 con voz quebrada:

—¡Pido perd6n por mis faltas!

Lyre asinti6 con la cabeza a su hija, que la miraba fijamente tras el falso traidor. Con sonrisa despiadada, Venali no a6adi6 ninguna otra palabra. Lentamente, disfrutando con ello, pas6 el cuchillo por la garganta del soldado. Abri6 un tajo en el cuello. El elfo, gorgoteando y escupiendo sangre, se llev6 las manos al cuello, pero cay6 al suelo aquejado de los 6ltimos estertores de la muerte. Veros no podía creerlo. ¿Aquello era el perd6n de su familia? De nuevo lo invadi6 el asco, las ganas de vomitar que lo habían aquejado en el palco durante el torneo. Horrorizado, tenía todo el cuerpo contraído. La ira comenzó a crecer en su interior, y sin saber muy bien qué iba a hacer, hizo ademán de ir hacia su hermana. Veren, raudo, lo detuvo. Lo cogió muy fuerte de la mano y, sin mirarle, le susurr6:

—No seas estúpido. —Veros lo mir6 sorprendido, no podía creer que su hermano se fuese a quedar parado también frente aquella injusticia. Los dos

sabían que esos elfos y elfas no habían tenido nada que ver en el ataque que habían sufrido. Los dos sabían que aquello no estaba bien.

Veren, bajo la mirada espantada de Veros, volvió a sentirse miserable. Pero si hacían algo en contra de la ejecución los dos acabarían pidiendo perdón en la fila de Venali. Por una vez, incluso Veros tendría que reprimirse y aguantar el chaparrón.

—Es lo mejor —dijo Veren. Veros no sabía si había sido porque susurraba o por la emoción, pero notó un leve temblor en la siempre cauta voz de su hermano. Mirando de nuevo a la macabra escena, se mordió las mejillas por dentro, provocándose dolor para concentrarse en él y no ceder a la tentación de saltar sobre la despreciable Venali y su cuchillo.

Uno a uno, los condenados fueron pidiendo perdón, los quince soldados y las nueve esclavas, y uno a uno recibieron la clemencia del cuchillo de Venali. Ella parecía disfrutar, Veros no se volvió para observar al resto de las elfas de su casa, pero sabía que era muy posible que ellas también estuviesen disfrutando. Uno por uno, Veros se apiadó de sus pobres almas, pidiéndoles perdón en secreto por haberles llevado hasta ese destino, apretando la mano de Veren como único consuelo.

—Este es el único camino para los traidores a mi casa. —Lyre lo dijo tranquila, pero con el volumen suficiente para que gran parte de los congregados la oyesen, a pesar de que el mensaje iba dirigido en exclusiva a Nueleth Darieth.

Fuera, las hijas comprendieron por qué no las habían dejado entrar. Nerviosas, caminaron hacia la puerta. Nueleth, por su parte, se mantuvo en su sitio todo el tiempo, mirando con admiración a Lyre por su resolución. La matrona Kelsalor se volvió para mirarla y escrutar sus gestos. Nueleth aguantó la mirada y, cuando no pudo más, hizo una reverencia queda. Lyre asintió satisfecha, acababa de demostrar que sería un duro hueso de roer. No podría ajusticiar a Nueleth hasta que sus esbirros diesen con los cuatro soldados fugados y tuviese pruebas más sólidas que la palabra de dos varones, por muy Anar que fuesen, pero de momento había afianzado la seguridad de sus vástagos.

Al menos por un tiempo.

Tzar jamás había visto morir a nadie. De hecho, los elfos eran increíblemente longevos, tanto que jamás había pensado en la muerte. Mientras Venali rebanaba el cuello a aquellos desgraciados por primera vez tomó consciencia de lo frágil que era su ser. A mitad de la ejecución no pudo seguir mirando y volvió adentro, a la seguridad de la habitación. Al poco la acompañó Jetta, también asqueada.

La princesa lloraba en silencio sentada al borde de la cama. Jetta se sentó a su lado, sabía que no podía consolarla: su amiga acababa de descubrir una de las facetas mas horrendas de la vida de los elfos de sol en Arëmen. La vida de la gente de su clase tenía muy poco valor frente al prevalecer de los nobles. Aun así apoyó su cabeza azul sobre el hombro de la chica, intentando darle algo de respaldo. La troll estaba acostumbrada, había estado en la isla toda su vida y había visto muchas cosas como aquella, así que no quería ni imaginar el trauma que le podría haber causado a la pequeña elfa morena. Cuando los gritos de agonía en el patio cesaron, Jetta supo que todo había terminado y que tenía que dejar sola a Tzar, si la encontraban fuera de su puesto se ganaría un castigo, y no era el mejor momento para eso. Despidiéndose de ella con gran pesar la dejó todavía llorando, sentada en el lecho.

Veren intentó hablar con Veros, pero este estaba demasiado enfadado. Zafándose de él y obviando sus suplicas para que le escuchase, entró en el faro y subió a su habitación presuroso. Dejó a su hermano plantado y solo en el patio de la casa. Simplemente quería alejarse de toda la sangre y los sonidos de dolor. No había podido creer que su hermana fuese capaz de hacer algo así, y ahora ya no dudaba de que todo era posible. Con la ira hecha una bola en el pecho, abrió la puerta de su dormitorio. Con todo aquel trajín, Tzar no había prendido las luces todavía. Hastiado, se acercó a la mesilla cerca de la cama y con el pedernal encendió los dos velones que allí había, dejando la habitación en penumbra. A continuación buscó a Tzar con la mirada.

Ella le había oído entrar, se había levantado de la cama y le miraba apoyada en la columna del dosel. No había dejado de llorar. Al ver lágrimas en sus ojos, Veros se sintió aún más miserable. Bajó la mirada, intentado esquivar aquella pena. No podía explicarle a la chica nada de lo que había pasado. Tampoco podía explicárselo a sí mismo. Ella siguió mirándole, pero

él se alejó unos pasos girando sobre los talones, dándole la espalda; le avergonzaba mostrarle su rostro. Tzar no entendió ese gesto.

—Pensaba que te había pasado algo —dijo ella intentando recomponerse. Veros siguió dándole la espalda—. Veros...

El la oyó pronunciar su nombre. Con su acento era algo así como «Veeroz». Sintió un escalofrío. ¿Cómo iba a justificar lo que había pasado hacía un rato? Ella lo había visto todo, sabría ya lo despreciable que era su gente, e incluso al haberle visto allí parado podría pensar que él estaba de acuerdo con toda aquella barbarie.

Oyó cómo ella daba unos pasos hacia él.

No podía escapar, tenía que dar la cara.

Suspirando se dio la vuelta, dispuesto a afrontar las preguntas, y si algún dios lo permitía, a convencerla de que él no tenía nada que ver con aquello.

Cuando se volvió para mirarla, Tzar vio infinita pena en sus ojos claros, los miedos que Veros tenía estaban solo en la mente de él. Había lagrimas contenidas tras el azul de su mirada. Tzar dejó de pensar. Fue hasta él, y cuando estuvo a su altura le pasó los brazos por encima de la cabeza, enganchándose a su cuello. Siempre había temido que Veros se retirara ante un gesto como aquel, pero no lo hizo.

Él tampoco pensó. La abrazó por la cintura. Ella era tan menuda que sin esfuerzo la levantó hasta que estuvieron frente con frente. Ella le miró con sus ojos verdes esmeralda, refulgiendo en la penumbra, con los labios húmedos y entreabiertos, y él no dudó. Abrazándola con más fuerza, adelantó la cabeza y la besó con pasión.

Tzar respondió al beso aprisionándole con sus brazos alrededor del cuello.

Sus cuerpos habían estado en contacto antes, pero nunca había sido como aquella vez. Veros temblaba un poco por la emoción, y el corazón de Tzar latía tan fuerte que él lo notaba palpitando contra su pecho. No hablaron, parecía que ya estaban de acuerdo en todo. Aflojaron el abrazo y los pies de Tzar volvieron a tocar el suelo. Se quedaron muy juntos, mirándose a los ojos, viendo el alma de cada uno en el interior de sus miradas. Despacio Tzar deslizó la capa roja de Veros hasta el suelo, para después acariciarle el torso musculado con las manos. Veros, con manos torpes y sonriendo nervioso, desabrochó el cinturón dorado de la elfa; las dos tiras que eran su vestido se movieron caprichosas sobre el cuerpo de la esclava, y él no tuvo más que

rozarlas para que cayesen planeando lentamente hasta el suelo. Los dos se miraron nerviosos, pero no había duda en sus miradas, tan solo cariño. Veros tomó a Tzar de nuevo en brazos para, con suavidad, depositarla sobre la cama, mientras ella no dejaba de acariciarlo y besarlo.

Ninguno de los dos sabía qué se hacía en un momento como aquel. Veros se tumbó encima de ella, sintiendo el contacto cálido y suave de su cuerpo, entonces se detuvo y miró fijamente a la pequeña elfa morena.

—Mi corazón te pertenece —dijo con voz ronca y entrecortada. No supo por qué lo hizo, pero sintió la necesidad de que ella lo supiese.

Ella le sonrió ampliamente, y de nuevo, abrazándole, le besó ansiosa. Él, sintiéndose correspondido, se cernió sobre ella.

El frenesí había pasado y las velas sobre la mesilla comenzaban a agotarse. Tzar, tranquila, dormía sobre el brazo de Veros. Él no podía dormir. Embelesado, la miraba mientras acariciaba sus cabellos. Una sonrisa se descubrió en su rostro cuando cayó en la cuenta de que ahora podría acariciarla siempre que lo deseara, ya no tendría que levantarse sin hacer ruido de madrugada para que ella no le descubriese. Para él no había nada mejor. Nadie les había hablado nunca a ninguno de los dos de lo que hacían un hombre y una mujer juntos en la cama, pero desde luego ambos estaban satisfechos con el resultado. Había sido una explosión de placer y amor que les había llenado por completo. Antes de dormirse, Tzar dijo a Veros que harían aquello cada día, y él no pudo más que soltar una carcajada mientras asentía totalmente obediente. Ella no lo sabía, pero él haría todo lo que ella le pidiese con tal de verla sonreír. Y aunque ambos habían sido inseguros en el pasado respecto a los sentimientos del otro, ahora estaban convencidos, ya que no habían dejado de jurarse amor eterno a cada momento. No había una palabra en la lengua de Arëmen para el tipo de amor que ellos se profesaban, pero aquello no fue una barrera.

Veros comenzó a notar una leve molestia en el hombro sobre el que dormía Tzar. El brazo se le había dormido y le corrían hormigas furiosas por los músculos. Intentó que ella cambiase de posición, pero la muchacha le gruñó en sueños dejando claro que no pensaba moverse. Desde luego, incluso entre sueños, aquella chiquilla era de verdad cabeza dura. Poco a poco, Veros fue tirando de su brazo, deslizándolo por debajo de la cabeza de la elfa hasta que se hubo liberado. Ella no se despertó en ningún momento. Él se sentó en la cama con las piernas dobladas y comenzó a mover la extremidad en círculos intentando quitarse de encima aquella sensación desagradable. Se llevó la otra mano al hombro dormido, y en la penumbra vio la cicatriz que el frustrado asesino le había dejado. La marca pronto desaparecería, pero por el momento estaba allí.

Con todo lo que había pasado entre ellos dos, había olvidado los acontecimientos funestos de aquel día tan horrible. Veros comenzó a sentir una gran desazón. Por un lado se sentía feliz, se habían puesto las cartas sobre la mesa con Tzar y se sentía plenamente correspondido y satisfecho, pero por el

otro las imágenes de soldados con las gargantas cortadas, mirándole con los ojos muy abiertos mientras se ahogaban en su propia sangre, comenzaban a hacerle sentir iracundo de nuevo. Intentando desterrar aquellos pensamientos, se llevó las manos a la cabeza. Fue imposible, Venali y su cuchillo dorado se habían instalado en su mente quebrando su descanso. Miró alrededor, esperando encontrar algo que pudiese calmarlo. La luz de la luna entraba por la abertura del balcón, iluminando un largo recuadro sobre el suelo de piedra del dormitorio.

Sin saber por qué, pero se levantó de la cama y fue hacia el balcón. Quizás buscando la brisa fresca de la madrugada. Se había anudado una sábana a la cintura y ahora miraba fijamente la arena del patio. No había sido una buena idea. Se aferró con fuerza a la barandilla. Aún en la oscuridad de la noche podía ver el gran charco de sangre que había dejado la ejecución, y de nuevo sintió náuseas.

Tzar se despertó. Con la mano y los ojos cerrados había rebuscado sobre el colchón, pero estaba sola en la cama. Cuando abrió los parpados, lo corroboró: Veros no estaba allí con ella. Era de noche aún, así que no podía estar muy lejos. Por un momento sintió ansiedad al pensar que quizás él había cambiado de opinión y, rechazándola, había vuelto a dormir en el suelo junto a la cama. Se incorporó de un salto, esperando lo peor, pero al mirar en el suelo vio que allí tampoco estaba. Arreglándose el pelo que le caía insistente sobre los ojos, miró al balcón. Allí estaba, de espaldas bajo la luz de la luna. Sus tatuajes brillaban tenues, marcando todos y cada uno de los músculos de su cuerpo. Tenía el cabello, que en la oscuridad se veía blanco, retirado hacia atrás, la larga melena le llegaba hasta media espalda. Le miró embelesada, sintiéndose afortunada porque las dudas que había tenido hacia Veros no fuesen más que engaños de su mente asustada. Se levantó de la cama y fue hasta él, abrazándole por detrás. Era tan pequeña comparada con su amado que al agarrarlo en aquella postura, apoyaba su mejilla contra las costillas de él y los brazos casi no le daban para cubrir el torso del elfo.

Veros no la oyó acercarse, pero cuando ella le abrazó no se sobresaltó. El contacto del cuerpo de ella contra el suyo era como un bálsamo. Uno mejor que los que Venali preparaba. Notó cómo ella lo estrujaba para poder juntar las manos sobre su vientre, y el contacto de los pechos de ella aplastados contra su espalda hizo que se le erizase el cabello. Aun así, no podía dejar de mirar la arena teñida de rojo. Tranquilo, suspiró y puso sus manos sobre las de

ella. Tzar supo lo que le ocurría. Quizás el contacto íntimo de hacía un rato le había dado una renovada claridad para adivinar los pensamientos de Veros, pero ella estaba segura de que él se sentía confundido por lo que había pasado. Ella le conocía, sabía que no era capaz de algo así, que era noble y bondadoso, pero entendía la confusión de ver a los tuyos hacer algo que uno jamás podría aprobar. Inconscientemente, Tzar pensó en su madre. Cerró los ojos, intentando diluir aquellos desasosiegos. Con voz queda, rebotante de cariño, habló con la cara apretada contra la espalda de Veros.

—Tú no serás jamás como ellos.

Veros, aliviado por fin, asintió en silencio. Él no era como el resto de los Kelsalor, ni como su madre o sus hermanas, y por mucho que le pesase, ni siquiera era como su hermano.

Ninguno de los dos lo sospechaba aún, pero en los días venideros descubrirían cuán diferentes eran de todos ellos.

Hacía ya varias semanas que Lyre había anunciado a Veren cuándo sería la siguiente iniciación. Desde que lo supo, había estado pensado en la mejor forma de abordar el tema, pero siempre que se disponía a hablar de aquello con su hermano pequeño, las palabras se le trababan en la lengua y acababa sin decir nada. Pronto sería demasiado tarde. Sabía que algunas de las cosas que pasarían allí ya no pillarían a Veros por sorpresa, más desde que la esclava vivía con él, aun así, se sentía responsable y quería que supiese todos los pormenores. Veros era tan impulsivo que quizás, llegado el momento, acabaría reaccionando de mala forma y lanzaría toda la reputación de su familia a los abismos de la ignominia. Para Veren la reputación era lo de menos, pero estaba seguro de que, si algo así ocurría, Lyre acabaría arrancando la cabeza a su hermano pequeño. La iniciación se celebraría en dos días, así que aquella mañana resolvió que no esperaría más: hablaría con Veros ese mismo día e intentaría explicarle todo lo más claro posible, por muy embarazoso o difícil que fuese para ambos.

Veros despertó, como ya era costumbre, prácticamente encima de Tzar. No entendía cómo ella no se había quejado nunca, él pesaba casi el doble, y muchas veces, entre risas, habían sopesado la posibilidad de que acabase aplastándola mientras dormía. La notó pequeña y tersa, con el cuerpo pegado al de él. Hacía calor y tenía la piel húmeda por el sudor, pero a él no le importaba, Veros siempre notaba en Tzar aquel olor peculiar que lo volvía loco. Apretándose más contra ella, puso la pierna sobre su cadera. Era evidente que seguía dormida. Veros pegó la nariz a su hombro y aspiró su aroma. No tenía ninguna defensa contra eso. Gruñendo, le mordisqueó la oreja puntiaguda y Tzar se revolvió un poco hasta despertarse. Cuando abrió los ojos, se lo encontró ya encima por completo de ella, mirándola pícaro mientras le acariciaba todo el cuerpo. Ella se rió cerrando los ojos. Él comenzó a besarle el cuello, bajando poco a poco. Veros parecía no tener jamás suficiente de aquello, y ella en verdad estaba encantada. Desde la noche de la ejecución, en la que se habían descubierto mutuamente, habían estado explorándose siempre que habían tenido ocasión, y a las alturas en las que se encontraban se conocían a la perfección. Cada uno sabía exactamente qué hacer para volver loco al otro, y eso hacía el juego mucho más interesante.

Aquella mañana no era diferente a muchas de las anteriores, así que ella se puso boca arriba, separando los muslos dispuesta a recibirle, y él tomó rápido su lugar. Veros se centraba solo en el cuerpo de Tzar, en sus reacciones, por eso no se dio cuenta de que no estaban solos en la habitación hasta que ella gritó. Cuando la elfa apoyó la cabeza en la almohada, buscando una posición cómoda, miró al frente y, por encima del hombro derecho de Veros, se encontró de lleno con la fría mirada de Veren fija en ella. Gritó del susto, sintiendo vergüenza en el acto. Veros miró atrás, y vio a su hermano mayor sentado sobre unos almohadones. Apabullado, se quitó de encima de Tzar y se hizo a un lado, sonrojándose e intentado cubrirse con las sábanas, igual que ella.

—¿Cuánto tiempo...? —dijo carraspeando para aclararse la garganta.

Veren al fin dejó de clavar el azul de su mirada sobre Tzar, y posó sus ojos sobre Veros. Él supo al momento que algo no marchaba bien. No sabía qué era pero la expresión, por lo habitual altiva, de Veren parecía algo perturbada. Veren se limitó a encogerse de hombros. Tzar y Veros se miraron avergonzados. Ella, además, estaba enfadada; en Miraren era impensable una intromisión así, pero aquí, al parecer, tendrían que vivir con la sombra de Veren planeando siempre sobre ellos. Bufando, se cubrió con la sábana, para después levantarse y desaparecer tras la gruesa cortina del baño, que corrió por completo buscando algo de intimidad. Después los dos Kelsalor pudieron oír cómo comenzaba a llenar la bañera.

—Bueno —habló de nuevo Veros, intentando serenarse—. ¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí?

Veren, sentado con las piernas cruzadas, se frotó pensativo las manos, intentado encontrar la mejor forma de abordar aquello y, también, intentado sacar de sus pensamientos a la ofrecida Tzar que había visto unos minutos antes.

—Lyre dice que dentro de poco será tu iniciación —dijo el hermano mayor sin más, las palabras salieron de golpe aunque habló sereno—. ¿Sabes lo que es?

Veros negó en silencio. Había oído mencionar a Lyre y sus hermanas aquello de la iniciación, pero no sabía a ciencia cierta a qué se referían. Tzar, al oír que hablaban de aquello salió de nuevo de detrás de la cortina, prestando atención a las palabras de Veren. «No te metas en eso», las palabras de Jetta volvieron a sonar en su cabeza. Tuvo la certeza de que Veren

intentaría involucrar a Veros en aquello, y pensó que quizás sí debería entrometerse.

Veren miraba al suelo, nervioso, pensado en la mejor forma de explicar qué iba a pasar aquel día. No encontraba ninguna que no fuese demasiado fuerte en su opinión.

—Bueno... —poco a poco, comenzó a hablar, intentando ser lo más correcto posible, no quería que Veros se espantase—, ya dijo Lyre que pronto tendrías que ir a la iniciación, a lo mejor..., es posible..., quizás podría explicarte un poco...

Pero Veros no le prestaba atención. Oía el sonido de su voz, pero no hacía el menor caso a las palabras.

Tzar, envuelta con la sábana, había salido a la terraza y sensual se apoyaba sobre la barandilla. Sonriendo juguetona comenzó a hacer gestos a Veros para que despachase rápido a su hermano de allí. No estaba dispuesta a dejar que le prestase atención. Él, por su parte, entendió que ella tenía ganas de acabar lo que habían empezado y la veía dispuesta a usar todas sus armas para conseguirlo, por mucho que tuviese que decir su hermano, no pensaba resistirse.

Veros la miraba embelesado, en cuanto entendió lo que ella quería sonrió con amplitud.

—¡Veros! —Gritó Veren. Se dio cuenta con fastidio de que estaba hablando solo—. ¿Quieres escucharme?

Veros miró a su hermano y, después, a Tzar de nuevo. Escuchó el bufido hastiado de Veren y deseó que se le dejase solo con Tzar, pero Veren no hizo ademán de moverse.

—¿Ahora quieres hablar? —dijo por fin Veros, poniéndose serio. Veren se irguió, callado, tomando la defensiva—. Siempre he tenido que andar detrás de ti, y precisamente tú quieres hablar ahora. ¿Por qué no más tarde?

—Porque es importante —respondió Veren entre dientes.

Veros volvió a mirarle durante unos segundos para después volver a echar un vistazo rápido al balcón.

—Pues a lo mejor ahora soy yo quien está ocupado —dijo Veros secamente. Su hermano sabía perfectamente en qué estaba ocupado—. Si quieres decirme lo que sea tendrás que esperar.

Veren entendió a la perfección lo que estaba pasando. Tzar, por detrás de él, estaba usando su magia para hacer que Veros lo echase de la habitación. Aún sentado, volvió la cabeza y la vio en el balcón, apoyada en la barandilla. Ella le devolvió la mirada con pose digna, sonriéndole burlona. Pudo ver cómo la esclava adelantaba una pierna, totalmente al descubierto hasta la cadera, para cruzarla sobre la otra. La fina sábana dejaba pasar por completo los rayos del sol matutino, y su cuerpo insinuante se recortaba con precisión al trasluz, el cabello y ondulado castaño le caía de un lado sobre el hombro desnudo y mientras con una mano se apoyaba sobre la barandilla, con la otra se sujetaba la sábana al pecho. El mayor de los Kelsalor supo lo que aquella chiquilla estaba haciendo. Le avergonzaba reconocerlo, pero él mismo había utilizado aquellas artes para hacer que alguna de sus ofrendas en su provecho. Para su desgracia, no había ningún juego de seducción al que él no hubiese jugado. Con aquel gesto y aquella mirada, ella le estaba desafiando a la vez que inclinaba la balanza de Veros a su favor, le estaba diciendo que él le pertenecía ahora a ella y que ya tenía poco que hacer allí.

Veren se volvió hacia su hermano, que no había mudado el gesto de enfado. El hermano mayor rechinó los dientes por la rabia moviendo la mandíbula un par de veces.

«Después de todo lo que he hecho por ti, así me lo pagas», pensó amargamente. Notó cómo la ira crecía dentro de él hasta estallar.

—¿Sabes qué? —dijo intentado no parecer alterado, sin éxito. Le temblaba la voz y la furia latente le obligaba a hablar deprisa y sin pensar—. Yo habría dado cualquier cosa por que alguien me hubiese hablado a mí del futuro, o de cualquier cosa. Pero yo estaba solo. —Lanzó una mirada furtiva al balcón. Tzar levantó la barbilla. Él lo tomó como un nuevo desafío y asintió airado—. Supongo que ya da igual, tú ya no estarás solo nunca más. Ahora está ella aquí y ya no necesitas a nadie. Suerte, hermano, la vas a necesitar.

Veros se quedó sentado en la cama mientras Veren salía de su habitación hecho una furia. No había esperado una reacción así, dudo si ir detrás de él o no; quizás había sido desagradecido con él. Tras considerarlo unos segundos, recordó todos los momentos en los que Veren había evitado hablarle de aquello, o hacerlo de nada en absoluto.

Arrugando los labios decidió que estaba bien así, realmente sentía lo que le había dicho, pero quizás tenía razón y era hora de avanzar, por una vez, libre de la vigilancia muda de Veren.

En los dos días siguientes no volvieron a ver a Veren.

Veros tenía mal sabor de boca después de la discusión que habían tenido, pero esta vez no pensaba dar su brazo a torcer. Era hora de que Veren entendiese que él ya no era un niño. De todas formas, intuía que pasados unos días tendría que hablar de nuevo con él y permitir que le contase esas cosas tan importantes que quería decirle.

El hermano mayor, por su parte, se había encerrado en su habitación y no había salido de allí. Taciturno, estaba inmerso en un remolino de sentimientos que le tenía atrapado por completo. Por un lado estaba disgustado con Veros; por una vez había intentado ser claro y ponerlo a salvo abiertamente y este lo había rechazado. Estaba convencido de que aquella esclava morena tenía la culpa. Desde que ella había llegado a Arëmen la vida de los dos hermanos se había complicado en exceso. Llevado por el enfado se había descubierto imaginando cómo se deshacía de la chica, para después darse cuenta de que si lo hacía algo quedaría también vacío dentro de él..., por no hablar de su hermano. Veren jamás había sentido algo así por nadie, y mucho menos por una elfa. Ni siquiera sabía si era algo posible o permitido en su sociedad. Aquellos sentimientos le asustaban, y después del enfrentamiento de miradas que había tenido lugar en el dormitorio de Veros, habría dado cualquier cosa por desterrar aquella pasión y poner a la chiquilla en su lugar. Sí, había querido a Veros, pero él era su hermano, se sentía responsable de él, con la bruja elfa de Ocrera era algo diferente. Con ella se trataba de una emoción más profunda y acuciante. Estaba dolido con Veros, pero también le atenazaba la ansiedad por lo que fuese a ocurrirle durante el rito de iniciación y, sobre todo, por lo que pasaría después con ellos dos. Angustiado, acosado por todas aquellas sensaciones que durante toda su vida había luchado por mantener al margen, Veren decidió que poco podía hacer ya por su hermano, y resolvió quedarse encerrado en su habitación, evitándolo, hasta que la tormenta hubiese pasado. Quizás después podría volver a hablar con él y solucionar un poco aquella terrible situación.

El gran día llegó por fin. Todas las sirvientas de la casa iban como locas de arriba a abajo, corriendo por los pasillos, atendiendo a las hermanas

Kelsalor, que querían estar deslumbrantes, arreglando la partida hacia el templo, y ayudando a arreglarse a las esclavas afortunadas que habían sido elegidas para acompañar a la familia en aquella liturgia.

Venali se había esforzado mucho en elegir a las siervas y los soldados que participarían activamente en el ritual. La casa Kelsalor era la más importante de la isla, así que era una regla no escrita que tenía que aportar el mayor número de esclavos y que estos fueran los mejores. No sin mucho meditar, Venali había elegido a veintisiete sirvientas y más de cuarenta soldados, todos ellos elfos de sol. Todos conocían su papel durante el acto, y estuviesen o no de acuerdo, debían dar lo mejor de ellos mismos o sufrirían en sus carnes la ira de Venali y Lyre.

—Ella ha de venir con nosotros —decía Lyre a Veros. Había entrado por la mañana en la habitación de su hijo, estaba eligiendo para él las joyas y abalorios que luciría esa noche, y haciéndose la distraída se refería ahora a la esclava morena—. Has de sentirte lo más cómodo posible, hijo. Hoy es tu día. Si ella te ayuda a estar relajado, siempre será bienvenida entre nosotros.

El tono cariñoso de Lyre extrañaba a Veros, aun así, le agradecía que diese permiso a Tzar para acompañarles al templo. Ella les miraba a ambos apoyada en la columna del dosel, y cuando oyó que podría salir por fin del faro se sintió muy contenta y agradecida.

—¿Qué va a pasar? —preguntó Veros intentando contener el tono. No quería que su madre supiera de la satisfacción que acababa de darle al concederle aquel capricho—. En el templo, ¿qué vamos a hacer allí?

Lyre le miró directamente. Dejó un puñado de collares de oro que había sacado de un joyero sobre el tocador. No se sorprendió de aquella pregunta, pero al menos esperaba que Veros no hubiese incumplido parte de sus tareas al no explicarle a su hijo pequeño nada de lo que le esperaba ese día.

—Pensaba que Veros te habría contado algo —dijo ella en el tono más amable que pudo encontrar. Veros la miró con ojos grandes, sin decir palabra se limitó a negar despacio. Lyre sintió una punzada de enfado. Cuando todo pasase hablaría con Veros, pues estaba claro que su hijo mayor la había estado desobedeciendo más de lo que había sospechado—. Bueno, no has de tener miedo. —Poco a poco caminó hasta él, y le puso una mano en el rostro. Veros no mudo la expresión. «Jamás dejará de ser un chiquillo», pensó. «Quizá eso me sea útil en el futuro»—. Hoy comienza una nueva etapa para ti. Esta noche por fin serás un Anar por completo. Te presentarás ante nuestro dios, Arien

‘Glor, serás bautizado, y por fin comenzarás a servirle como ofrenda.

—Como hace Veren —dijo Veros en voz baja.

Lyre asintió. Por la expresión en el rostro de su hijo, estuvo segura por completo de que no tenía ni idea de qué era lo que Veren hacía cuando salía de casa. Aunque aquello la disgustaba, por otro lado, le parecía divertido imaginar cómo reaccionaría el inocente Veros cuando se descubriese el asunto. Conteniendo una risotada, continuó hablando:

—Tranquilo, te gustará —arguyó intentando tranquilizar al chico. De reojo, por encima del hombro de Veros, miró a la esclava de Ocrera—. Os gustará a ambos.

Lyre se dio la vuelta y volvió a dirigirse al tocador. Había mucho trabajo que hacer. Ella misma vestiría a Veros, le ayudaría a estar perfecto.

—Tú. —Sin mirarla, Lyre se dirigió a Tzar. Era la primera vez que le hablaba directamente, y la elfa dio un respingo. Aquello divirtió a Lyre, que dibujó media sonrisa cruel en su boca, pero no se dignó a mirar a la esclava—. Ve a buscar al resto de esclavas. Ellas te ayudarán a arreglarte. Tienes que estar presentable. Lávate y perfúmate bien. Veros necesita estar solo en este momento, y tú tienes mucho que hacer. ¡Muévete!

Ante la orden, Tzar, como impulsada por un resorte, salió reticente de allí.

«Como hace Veren».

Aquella frase no dejaba de repetirse en su cabeza, ya que en realidad ninguno de los dos sabía exactamente qué era lo que hacía Veren aparte de andar siempre digno y con la espalda más tiesa que un palo. Para Veros, a pesar de sus diferencias, Veren siempre sería su hermano, pero Tzar no sabía qué pensar sobre él. Lo cierto era que cuando lo conoció sintió compasión por él, pensó que había secretos en su interior que lo atormentaban, que se mantenía fuerte para poder seguir adelante, pero a esas alturas, Veren le asustaba. En raras ocasiones lo había visto natural, reír distendido, y a su juicio, era una bomba de relojería que podía estallar en cualquier momento. A veces lo descubría mirándola, y entonces ella podía ver en sus ojos algo de esa naturalidad arrolladora que tenía Veros, pero en cuanto él se daba cuenta de que le había pillado, volvía a recomponerse con aquel gesto de superioridad, y la chica sabía que aquello no estaba bien. Definitivamente, Veren había dejado de gustarle, y se esforzaba en esquivarle, a él y a sus penetrantes ojos color hielo.

Tzar fue hasta las cocinas. Había obedecido las ordenes de Lyre automáticamente, pero en realidad no sabía muy bien qué se esperaba de ella. Pensó en ir a buscar a Jetta y que su amiga la ayudase a entender mejor qué tenía que hacer.

Los pasillos del faro habían enloquecido. Había sirvientas corriendo de un lado para otro, algunas cargadas con bultos, otras en busca de algo. Una puerta se abrió y se oyó a Viessa rugir improperios y maldiciones. Tzar se quedó petrificada. Dos criadas salieron corriendo de la estancia y azoradas fueron en busca de algo a la lavandería. Tzar se dio cuenta de que por primera vez en casi un año salía libremente de la habitación. Aunque por lo que Veros le había contado pensaba que conocía el faro a la perfección, no sabía qué hacer. El resto de elfas, todas rubias y esbeltas, mucho más altas que ella, no le prestaban atención, pues andaban atareadas de un lado a otro. Sopesó durante un momento volver a entrar en la habitación y preguntar qué era lo que se esperaba que hiciera, pero descartó rápido la idea, ya que no quería enfurecer a Lyre. La matrona de los Kelsalor también le causaba desazón. Aunque hablase cariñosa y serena, o al menos lo intentase, Tzar veía la serpiente que en verdad era.

Caminó hasta la escalera, decidida una vez más a encontrar a Jetta.

Llegó por fin a las cocinas, no tuvo grandes problemas para encontrarlas. Aquella estancia estaba también en ebullición. Empujando a las elfas que cargaban ollas y comida, buscó a Jetta entre la multitud.

—¡Eh! ¿Qué haces tú aquí? —La voz de la troll le llegó desde atrás. Ella se dio la vuelta para encontrarse con su amiga.

En cuanto se reunieron, Tzar, sin pensarlo dos veces, la abrazó con cariño. Jetta, tímida, le devolvió el abrazo. Algunas de las sirvientas que tenían alrededor las miraron de reojo, pero sin abandonar sus tareas. Parecía que cocinaban para un regimiento.

—Parece que voy a ir con ellos —dijo Tzar intentado hacerse oír por encima del barullo de cacharros y cocineras.

Jetta puso cara de disgustada. La agarró por la mano y la llevó a un rincón donde podían hablar más tranquilas.

—¿De verdad vas a ir? —preguntó Jetta en voz baja. Tzar asintió—. Entonces debes comer algo antes de comenzar a vestirte. Mejor que te pille con el estómago lleno.

Cogieron algunos bollos y, aún cogida de su mano, Tzar siguió a la troll hasta que se escabulleron en una habitación plagada de literas. Estaban ellas dos solas. Tzar comenzó a comer en silencio, mientras Jetta la miraba con expresión extraña.

—Tzar... —comenzó a hablar la troll de piel azul—. ¿Os ha dicho Lyre lo que haréis allí?

—Sí —dijo la chica tragando un bocado. Jetta la miró extrañada—. Bueno, no, pero ha dicho que nos gustará y estaremos bien. —Jetta suspiró, aún dudaba si contar a su amiga a qué iba a enfrentarse. Tzar cuando vio su expresión intentó tranquilizarla—. Además, Veros estará allí. Él va a cuidar de mí, y si tengo que vivir con él en esta isla quizás lo mejor es que conozca las costumbres, a vuestro dios y todas esas cosas.

—Su dios —respondió Jetta secamente, poniendo énfasis en dejar claro que Arien'Glor no tenía nada que ver con ella.

Tzar dejó el bollo sobre la litera. Estaba claro que la troll callaba mucho más de lo que decía, y si de verdad la consideraba una amiga era hora de que le contara con todo detalle de qué iba todo aquello. Abrió la boca para hablar, pero alguien las interrumpió.

—¿Qué hacéis aquí?! —Una de aquellas criadas elfas, rubia y alta, había entrado en el dormitorio comunal y las había descubierto. Jetta se incorporó deprisa, escondiendo a Tzar tras ella.

—Ella ha sido elegida para acompañar a la familia al templo —dijo con tono firme, mirando directamente a la elfa de sol. Jetta era mucho más corpulenta y casi más de alta. Mientras continuaba hablando, señaló a Tzar detrás de ella por encima del hombro—. Es tan menuda que pensé que le iría bien comer algo antes de arreglarse.

La otra elfa soltó una risita y asintió.

—Las demás ya se están vistiendo —dijo divertida, relajando el tono—. Será mejor que la llesves allí antes de que alguien descubra que falta.

Ambas, de nuevo tomadas de la mano, obedecieron de inmediato y fueron hasta la lavandería donde la veintena de esclavas elegidas se bañaban y acicalaban ayudadas las unas por las otras. Todas hablaban y reían animosas,

pero cuando Tzar y Jetta entraron, ellas callaron y las fulminaron con la mirada.

—Ella va con vosotras —dijo Jetta, esta vez con el tono más acobardado—. Anda perdida y voy a ayudarla. No os molestaremos.

El grupo de sirvientas pareció relajarse, pero no volvieron a la charla de antes. Ahora cuchicheaban entre ellas, lanzando miradas furtivas a Tzar y su amiga, riendo por lo bajo.

—No les hagas caso —le susurró Jetta, pero, aun así Tzar no podía dejar de sentirse intimidada por aquellas hermosas elfas de piel y pelo claro.

Se cambió el escueto vestido, poniéndose uno más adecuado para salir a la calle, pero igualmente sensual. Jetta comenzó a peinarla, haciéndole intrincadas trenzas pegadas al cráneo sobre la melena. Tzar, se alisaba la tela con las dos manos, y pensaba en cómo se había acostumbrado a ir vestida de aquella forma, en qué dirían en casa si la vieran con esa pinta.

Cuando estuvo lista, Jetta se puso delante de ella.

—Estás preciosa —dijo sonriéndole, agarrándola por los hombros.

Tzar quiso abrazarla.

—Todo lo bonita que puede estar *algo* como *eso* —dijo una de las elfas de la sala, y todas se echaron a reír aplaudiendo con crueldad el chiste.

Tzar clavó la mirada en el rostro de su amiga, y se sintió pequeña. A pesar de su inclemencia, quien hubiese dicho aquello tenía razón. Ella no era rival para la belleza de aquellas elfas de sol.

En cuanto Veros entró en la lavandería todas enmudecieron. No solo porque se suponía que era su amo, sino porque estaba tan radiante que podría hacer sombra al mismo sol. Alto y espigado, vestido únicamente con su falda de seda de Anar, llevaba encima todas sus joyas de oro y rubíes. Lyre le había cepillado el pelo, poniéndole algunos abalorios brillantes prendidos del cabello y además le había maquillado los ojos con un tono oscuro, dándole aún más profundidad a sus rasgados ojos azules.

En cuanto vio a Tzar entre todas aquellas elfas, sonrió mostrando una perfecta hilera de dientes blancos, y ante aquel gesto muchas de las sirvientas contuvieron el aliento. Rápido, fue hasta la elfa morena. Las criadas fueron abriendo un pasillo para él a su paso. En cuanto estuvo frente a Tzar, le puso las manos en el cuello y, con suavidad, la besó en los labios. Para Jetta aquellos gestos de cariño no eran nada nuevo, así que ahora le tocaba el turno

de divertirse a costa de las demás; sonriendo burlona, escrutó los rostros de las sirvientas que antes habían sido crueles con ellas. Sus caras de asombró la complacieron. Ninguna de aquellas elfas había esperado algo así.

—Te he traído esto —dijo Veros a Tzar sin dejar de sonreír, desplegando una fina capa de encaje. Era de hilos dorados, y habían bordado piedras preciosas en ella. Con cuidado comenzó a ponérsela a su amada sobre la cabeza. Ella solo tenía ojos para él, jamás había imaginado que lo vería más hermoso de lo que ya era y ahora estaba sobrecogida—. Vas a llamar la atención, pero al menos quiero que puedas estar tranquila.

De nuevo se miraron fijamente, embelesados el uno con el otro, pero esa magia se rompió cuando Veren irrumpió en la lavandería. Algunas cridades tomaron aire sobresaltadas. Aquel estaba siendo un momento sorprendente y ellas eran testigos.

—Dime que ella no viene... —espetó Veren entre dientes.

Veros bufó fastidiado y le miró de reojo. Tzar puso los ojos en blanco. Veren, también arreglado para la ocasión, tan enorme como era, resultaba sobrecogedor. Igual que Tzar, se había trenzado el pelo, y llevaba pendientes largos de rubíes en los lóbulos. En su pecho, los aros dorados de los pezones destellaban. También se había ribeteado los ojos de negro, e igual que ocurría con Veros eso daba un aire misterioso y sensual a su mirada.

—Dime que... —comenzó a repetir Veren. Ya estaba al lado de los dos chicos.

—Lyre ha dicho que podía venir —dijo Veros, impertinente, mirándole por fin. En cuanto Veren vio a su hermano pequeño acicalado para su iniciación se vio reflejado en él, y aquello no le gustó. La tristeza se abrió paso en su pecho y comenzó a desinflarse un poco. Veros pensó que estaba cediendo a sus palabras—. Ha dicho que estaría bien, y a mí también me lo parece.

—A mí también me parece bien —dijo Tzar sin temor. Algunas sirvientas cuchichearon sorprendidas por su insolencia.

—A lo mejor no es una buena idea —dijo Veren mirando ahora a Tzar, no pudo añadir nada más. La capucha de encaje dorado le cubría la frente ocultando sus rasgos redondeados y delicados, dejando en el filo de la tela sus ojos verdes que parecían brillar más que las piedras de la capa; capa que, por otro lado, no era para una sirvienta, sino para alguien de mayor rango. Veren no podía pelear contra aquella niña y el hechizo de sus ojos.

—Vamos, Veren, Lyre dice que será bueno, y por una vez yo estoy de acuerdo. Además, ella irá conmigo, yo la cuidaré —añadió Veros, sonriendo, intentando quitar hierro a la situación. No quería ir a donde tuviese que ir habiendo peleado con su hermano.

Veren miró al suelo, suspiró y después volvió a levantar la cabeza asintiendo. Estaba desarmado por completo y, además, ya era tarde; no se podía hacer nada.

Ahora comprendía el plan de Lyre.

—Si hay algo que no puedas soportar —Veren habló sin mirar a Veros, sintiendo vergüenza. Lo tomó por las manos y puso sobre la palma de su hermano una pequeña botella de cristal, dentro había un líquido oscuro y espero—, toma esto.

Veros le miró extrañado. Sin dejar de sonreír, quiso preguntar qué era eso que no podría soportar, pero Veren no le dio opción y siguió hablando.

—Quiero que sepas que siempre he intentado protegerte —continuó hablando sin mirarle, Veros sentía la emoción en su voz—. Si, aun así, estás asustado, búscame. Aunque no lo parezca, intentaré ayudarte.

Veros asintió. Comenzaba a sentir miedo, pero no se dejaría llevar por él. Tzar los miraba a los dos y él sabía que ya era demasiado tarde para que ella se quedase en casa, sabía también que era muy probable que Veren tuviese razón y que habría sido lo mejor. No se había equivocado en otras ocasiones, pero, en el fondo, quería confiar por una vez en Lyre, pues en los últimos meses había descubierto una inestabilidad en su hermano que le hacía desconfiar.

Veren se recompuso y volvió a hablar. Esta vez se dirigió Tzar.

—Tú no vas a poder ir con nosotros. Eres una esclava. —Tzar se irguió molesta, pero Veren le hizo un gesto cómplice, ladeando la cabeza como el día en que se habían dado la mano mientras Veros era examinado. La chica supo que debía callar y escuchar. Después de todo era una esclava, pero no era estúpida, y Veren lo sabía—. Irás con ellas —dijo mientras señalaba con la barbilla al resto de elfas en la sala. Ellas volvieron a cuchichear—. Veros, hay que irse ya, nos esperan.

Veros obedeció, se despidió con la mirada de Tzar y se dirigió a la salida. Veren se quedó junto a la esclava morena para poder hablarle en privado cuando su hermano estuviese lejos.

—No soy tu enemigo —dijo entonces en voz baja. La miraba a los ojos, y Tzar se sentía desnuda bajo aquella mirada—. Créeme, no te va a gustar, a pesar de lo que diga Lyre. En cuanto todo empiece, búscame, yo cuidaré de ti.

Tzar no había esperado aquello. Pensaba que él iba a darle una reprimenda, pero había un viso en él de preocupación sincera.

—De acuerdo —respondió, asintiendo y relajando el gesto.

Veren, sobrepasado por los nervios, se permitió por un momento dejar de contenerse. Se acercó despacio hasta ella, sintiendo por primera vez el aroma de la chica, notando su calor, y poniéndole las manos sobre los hombros se inclinó un poco para besarla en la frente. Ella cerró los ojos y recibió aquel beso como una ofrenda de paz. Después de aquello, Veren salió sereno de la lavandería. Las elfas y la troll no pudieron verlo cuando les dio la espalda, pero por primera vez en muchos días, Veren sonreía. Aquel breve contacto había sido un pequeño regalo, pero pronto se ensombreció su gesto al recordar todo lo que les quedaba por delante.

En cuanto el Primer Anar hubo abandonado la sala, todas las sirvientas respiraron tranquilas. Muchas comentaban lo increíble de la situación, y lo muy bien que lucían sus amos, pero todas miraban a Tzar: que la habían juzgado mal era un hecho evidente. Una dio la voz, y todas comenzaron a prepararse para salir al patio. En cuanto la que había hablado antes pasó junto a Tzar, ella habló en voz alta mirando a Jetta.

—No está mal, para *un algo* como yo. —Tzar sonrió altiva, y Jetta empezó a reír.

La elfa de sol bufó contrariada y se apresuró a alcanzar la salida.

La familia Kelsalor al completo esperaba al grupo de sirvientas en el patio. A ellos se unió también la cuarentena de soldados que Venali había escogido para la ocasión. Cuando Lyre vio a toda la comitiva de su casa reunida dio la aprobación a su hija mayor, con un solo gesto le hizo saber que había hecho un buen trabajo reuniendo a los más dotados de la casa. Tzar, ya sola, se había despedido de Jetta, y ahora, tras caminar junto a las demás esclavas, estaba reunida con el resto de elfos en el patio. Ella solo tenía ojos para Veros. Este, en cambio, prestaba atención a su madre, que le hablaba mientras le alisaba la capa roja con las dos manos en voz baja.

—Retírate un poco la capa —decía Lyre a su hijo pequeño, mientras

tironeaba de la tela roja para dejar al descubierto su rostro. En cuanto el sol le tocó la piel los tatuajes refulgieron dorados.

Las cuatro hermanas Kelsalor se mostraron satisfechas: Veros estaba verdaderamente arrebatador. Junto a él, Veren esperaba paciente bajo su capa enjoyada, incluso para las hermanas era difícil decidir cuál de los dos era más agraciado, a pesar de lo mucho que se parecían sus rostros. En esta ocasión, Veren iría detrás con sus hermanas, a pesar de ser el Primer Anar hoy debía ceder su puesto a Veros, ya que ese era su día. Este iría a la cabeza, del brazo de la matrona.

Lyre miró orgullosa a dos hijos.

—Hoy será un día grande para los Kelsalor —dijo emocionada. Las cuatro hermanas vitorearon al unísono.

En cuanto todo estuvo listo las puertas doradas del patio se abrieron y la comitiva salió a la calle bajo el sol de la tarde.

—Va a ser un gran día —comentaba Venali, mientras Vashti asentía ansiosa.

Veren solo podía mirar al frente vigilando los pasos de su hermano y su madre. A pesar de que él solo era un niño cuando recibió su iniciación y su bautismo, aún recordaba la confusión, el asco y el miedo, así que no podía estar de acuerdo con sus hermanas, aquel no sería un gran día, al menos, para su hermano. Aunque confiaba en que el plan de Lyre de regalarle una esclava para practicar y llevarla al anfiteatro para que todo fuese más llevadero, funcionase, y que para Veros todo aquello no fuese tan traumático como lo fue para él. Además, él apenas tenía trece años en su iniciación, y Veros ya tenía más de diecisiete. Suplicaba fervorosamente en su interior que todas aquellas cosas ayudasen en un día como hoy.

Conforme iban avanzando por las calles otras comitivas de familias vecinas se les iban uniendo.

—¿Has visto el pelo de esa elfa? —comentó alguien entre el tumulto.

Veren supo que se referían a Tzar y apretó la mandíbula enfadado. Por muy de acuerdo que ella estuviese, no era una buena idea que les acompañase. Era algo exótico en la isla, y al participar en la iniciación se estaba equivocando y exponiendo por completo. «Por si no fuera suficiente con vigilar a mi hermano, tendré que cuidar también de ella», resolvió ofuscado. Miró atrás, hacia el grupo de sirvientas, y la vio en las primeras filas, ataviada con su

capa dorada de encaje, era la única que estaba cubierta y también era la más baja de todas, no había forma posible de que pasase desapercibida. Ella, en cuanto cruzó sus ojos con los de él, se sintió acompañada, y le saludó nerviosa con un gesto de cabeza mientras apretaba los labios.

Veren volvió a mirar al frente.

No, no era una buena idea, y no, él no estaba de acuerdo, pero ya no había vuelta atrás.

La noticia de que Lyre Kelsalor presentaría a su segundo Anar había corrido como la pólvora. Muchas eran las familias de nobles que esperaban poder entrar en el templo para participar en el rito. La puja que se daba como ofrenda al templo había subido mucho, por lo que los menos pudientes se habían quedado fuera. Si había más de treinta familias bendecidas con Anar, tan solo unas doce habían podido hacer frente al pago. Lo que realmente era una suerte para Veros, aunque que él no lo supiera.

La mecánica era sencilla: cuando había dispuesto un grupo de jóvenes que optaban a servir a su dios, las sacerdotisas los convocaban para que recibiesen bautismo. Las familias que no tenían pretendientes pagaban un tributo para participar, siempre era un precio sometido a subasta. Por el contrario, las familias de los futuros Anar tan solo tenían que aportar a sus hijos, algunos sirvientes, viandas y licores.

Veros estaba nervioso. Ya a las puertas del templo les esperaban las sacerdotisas. A su alrededor se apiñaban numerosas familias con sus respectivos Anar. Veros escrutó la concurrencia intrigado. No lejos de él y su madre descubrió a la familia Darieth. Nueleth estaba acompañada por sus tres hijas, además de por Levos. Los cinco lo miraban fijamente. Las hermanas comenzaron a cuchichear entre ellas y, sonriéndole, la que parecía la mayor le saludó sin pudor. Era la misma que les había hablado en el mercado aquel día. Veros tragó saliva. Si era cierto que aquellas arpías habían intentado asesinarle, las quería bien lejos. Nervioso, miró hacia atrás, buscando a Tzar entre la multitud de esclavas de su casa, pero se encontró de pleno con la mirada de Veren, que tenía una expresión extraña. Con las cejas enarcadas le hizo un gesto, pero lejos de darle consuelo lo puso aún más en guardia. Una vez más, lamentó no haberle escuchado.

—¡Kenala! —La voz de la gran sacerdotisa interrumpió su hilo de pensamientos.

Lyre le apretó el brazo con fuerza mientras tomaba aire. Parecía que se preparaba para una carrera. De entre la multitud emergió la matrona Kenala aferrada al brazo de su hijo, un chaval que apenas tendría catorce años, el niño estaba asustado, era evidente. Todos comenzaron a murmurar. Se rumoreaba que la matrona Kenala quería ascender rápido y por eso presentaba a su único

hijo como Anar. Iban vestidos con ropas humildes a pesar de que se habían esforzado en llevar sus mejores galas. El chico apenas llevaba un par de collares de brillo opaco y ninguna alhaja más. Mientras todos comentaban que serían los más pobres de la ceremonia, Lyre les dirigió una mirada de respeto. Para ella los Kenala serían a partir de ese día una familia a vigilar, ya que ella misma recordaba cómo había presentada a su pequeño Veren, algo más joven que aquel chaval, hacía ya más de un centenar de años, solas ellas y Venali, y cómo la ropa que llevaban aquel día no era mucho mejor que la de los Kenala. Cuando pasaron a su lado, Lyre les dedicó un asentimiento en señal de respeto. La matrona Kenala sonrió agradecida.

—¡Mapetod! —Un chico de la edad de Veros salió cogido del brazo de su madre. Detrás de ellos, una ristra de ocho hermanas les seguía el paso.

La matrona Mapetod, mucho más mayor que Lyre, no había cesado en su empeño de traer hijos al mundo hasta ser bendecida con un varón digno de ser Anar. Casi había perdido la cuenta de los años pasados desde que perdió a su primer varón. Habían subsistido con las ganancias generadas por las ofrendas de su hijo ya muerto, y la economía familiar comenzaba a ser un problema. Problema que hoy tendría, por fin, solución.

—¡Ailmar! —De nuevo un niño salió de la multitud acompañado de su madre y dos hermanas.

No eran tan deslucidos como los Kenala, pero era evidente que eran otra familia pobre que necesitaba medrar desesperadamente. De nuevo, Lyre les saludó respetuosa al pasar. Una de las hermanas tropezó al quedarse mirando a Veros y estuvo a punto de caer al suelo. Su madre la tomó con mano férrea por el brazo y le soltó una reprimenda en voz baja.

—¡Orlien!

La suma sacerdotisa estaba dejando a los Kelsalor para el final de forma deliberada. Sabía que el alto precio que se había alcanzado en subasta era gracias a ellos, y estaba dispuesta a darles el protagonismo que se merecían. Un Anar alto, casi tan alto como Veros, pasó tomando el brazo de su madre, detrás de ellos les seguían tres hermanas más. Una de ella lanzó un beso a Veros a su paso, y este se quedó desconcertado. Este era el segundo Anar que tenía la familia Orlien, quienes iban vestidos con lujos más similares a los de los Kelsalor. Al parecer, el primer Anar que habían tenido había muerto de repente hacía algunas décadas, y ahora las elfas de Orlien se sentían ufanas de poder volver a entrar en la rueda de adoración.

—¡Kelsalor! —La anciana dijo el nombre despacio, en un tono diferente al que había usado con las otras familias.

Los reunidos ante el templo, al escuchar el llamamiento, se apiñaron más para poder ver a Veros de cerca. Lyre, sin mirarlo, comenzó a caminar arrastrándolo con ella. Veros empezaba a sentir que aquello no estaba bien. Allí había algo que lo inquietaba.

Entraron en el templo y fueron distribuyéndose por la sala que circundaba la arena. Los ventanales habían sido cubiertos con gruesas cortinas, dejando la estancia en penumbra, y junto al altar se habían dispuesto algunas antorchas que dibujaban un cerco anaranjado sobre el suelo y hacían bailar las doradas representaciones de Arien'Glor al ritmo del tintineo de las llamas. Era una estancia bastante ancha y aún más larga. A pesar del tamaño, se respiraba una atmósfera opresiva debido a los inciensos y aceites que prendían en los cuencos de adoración. Apenas a un par de metros el uno del otro se alzaban cinco altares de piedra rectangulares que describían un círculo. Eran lo bastante grandes para que un elfo adulto se acostase en ellos. Cada una de las familias, según entraba, se fue colocando delante de uno de aquellos bancos de piedra decorados con relieves dorados en honor a su dios. Cuando Tzar entró con el grupo de sirvientes y soldados fueron directos a donde estaban las cuatro hermanas Kelsalor junto con Veren. Lyre y Veros esperaban junto al rectángulo de piedra. Detrás de ellos, se fueron apiñando el resto de familias que habían pagado para estar allí.

Los Darieth escrutaron con cuidado la sala, y poco a poco se fueron moviendo hasta estar bien cerca de los Kelsalor. No eran los únicos que habían hecho aquello. Tzar, cubierta con su capa dorada, se atrevió a mirar atrás. Sin contar con los casi ochenta sirvientes que habían traído los Kelsalor, ya había allí sesenta o setenta elfos y elfas más. Como la concurrencia no había sido tan numerosa como las veces anteriores, las sacerdotisas habían decidido que la ceremonia se celebraría al resguardo del templo, y no en la arena como solía hacerse. Nerviosa, la elfa de ocrera se puso de puntillas para mirar hacia los altares, pero no veía nada. Estaba sola en aquella marea de cuerpos.

—¿Qué ofrecéis? —La suma sacerdotisa se había situado en el centro del círculo de piedra, y preguntaba ahora a las matronas.

Lyre se dio la vuelta e hizo un gesto a Venali. Esta asintió y fue hacia las esclavas de su casa. Poco a poco, les fue tocando en el hombro y, bajo aquella

señal, las chicas corrieron hacia el centro del círculo, situándose de rodillas, de espaldas a la anciana, mirando hacia los altares. La última a la que tocó fue a Tzar, que por contexto supo que debía seguir a sus compañeras. Antes de separarse del grupo, Venali tiró de su capa y la capucha cayó, dejando al descubierto su cabello castaño trenzado. Hubo un clamor general de sorpresa. Tzar se quedó congelada, intimidada bajo la mirada curiosa de más de cien personas. Venali, severa, la empujó con fuerza para que fuese hasta el círculo de piedra. Pasó caminando rápido junto a Veros y él la siguió con la mirada.

«A lo mejor no es una buena idea».

Cuando Veros la vio arrodillarse junto al resto de las esclavas de su casa las palabras de Veren comenzaron a martillearle el cerebro una y otra vez. Los Kelsalor habían puesto en el círculo una pequeña muestra de lo que habían llevado al templo, y la suma sacerdotisa asintió satisfecha. Kenala aportaba tan solo una doncella, y Ailmar dos, y a pesar de que Mapelor y Orlien aportaban más, no llegaban ni de lejos a la cantidad que había traído Kelsalor. Las chicas se quedaron de rodillas en el centro del círculo, y la anciana volvió a hablar.

—Presentad vuestras ofrendas para Arien'Glor —dijo extendiendo los brazos.

—¡Alabado! —Alguien profirió una loa exaltada, y el resto de la concurrencia repitió al unísono—. ¡Alabado! ¡Alabado!

Lyre guió a Veros hasta el altar, después le quitó la capa roja y la tiró a un lado, dejándola caer al suelo sin ningún miramiento. El resto de las madres hacían lo mismo. Con suavidad, le obligó a sentarse en el banco de piedra. Veros la miraba, intentado descifrar los secretos que encerraba su rostro, pero le era imposible adivinar sus pensamientos. Lyre lo miraba fijamente. En cuanto Veros se hubo sentado, su madre, con manos temblorosas, le desabrochó la falda y la puso a un lado también. Quedó entonces completamente desnudo frente a aquella multitud. Ruborizado, miró en derredor, y vio que el resto de Anar se encontraban como él. Los chicos de Ailmar y Orlien parecían tan desconcertados como él. Mapetod estaba más tranquilo, pero Kenala miraba asustado de un lado a otro, escrutando a la concurrencia que se amontonaba sobre la rueda de altares.

—Si Veren te ha dado algo —dijo Lyre en voz baja, mientras le tomaba las piernas con cuidado para que las subiese al altar—, ahora es el momento de tomarlo.

Veros había llevado aquella pequeña botella todo el tiempo en el puño apretado. Casi lo había olvidado.

«Por si hay algo que no puedes soportar».

Nervioso, hizo ademán de llevarse el frasco a los labios, pero Lyre, experta en disimulo, le llevó las manos a la boca fingiendo acariciar su rostro para ocultar el gesto. Asintió, todavía clavándole la mirada, y él bebió con disimulo. Le pareció que aquel brebaje sabía a tierra. Lyre lo dejó allí arriba y se situó en la parte posterior del altar, de forma que quedaba de espaldas a las esclavas y de cara al público.

La vieja, aún en el centro del círculo que formaban las esclavas, comenzó a entonar una salmodia. Poco a poco, las doncellas del templo fueron apareciendo entre la multitud, repartiendo cuencos con brebajes humeantes. Todos bebían un poco y devolvían el recipiente a las ofrecidas muchachas. A Tzar, aún de rodillas, le llegó el tazón y, distraída, sin poder dejar de mirar a Veros en lo alto de la peana, bebió un pequeño trago. Era amargo, le recordó a la cerveza, aunque aquel brebaje era mucho más fuerte. Antes de pasarlo bebió otro trago más largo; fue algo instintivo. Una sensación terrosa le quedó varada en la boca.

Lentamente las respectivas hermanas se acercaron a sus Anar. El primero en llegar hasta Veros fue Veren. Tenía una expresión indescriptible anclada en el rostro. Veros jamás lo había visto de aquella forma. Parsimonioso, Veren tiró de su capa de Anar y quedó al descubierto. Miraba muy fijamente a su hermano pequeño sentado con las piernas subidas en el pedestal. Se acercó hasta él, estaban tan juntos que al respirar sus pechos se tocaban.

—Lo siento hermano. —Veren lo susurró con voz quebrada.

Veros parpadeó pesadamente. El brebaje que había tomado comenzaba a hacer efecto y se sentía lento y torpe. Veren puso las manos en sus mejillas, acariciándole con los pulgares los pómulos. Después se inclinó un poco y lo besó en los labios. Fue un contacto breve, apenas se tocaron, pero Veros se quedó petrificado. Se habían dado besos de cariño antes, pero jamás en los labios. Era cierto que Veren y sus hermanas se besaban en la boca constantemente, pero ellos jamás habían hecho partícipe a Veros de aquello. Por otro lado, en aquel beso no había afecto alguno, había sido frío y vergonzante.

Veren, roto por dentro, no pudo seguir frente a su hermano, y con paso lento

fue hasta el otro lado del altar, a la diestra de Lyre. En cuanto llegó a su posición, se volteó con discreción buscando a la elfa morena; la vio de rodillas detrás de ellos, a un par de metros de distancia. La chica tenía un brillo narcotizado en los ojos, al igual que el resto de sirvientas.

«Eso simplificará las cosas», pensó.

Las cuatro hermanas Kelsalor se cernían ahora sobre Veros, estaban de pie junto al altar, y le acosaban manoseándolo y besándolo. No de la forma en que lo había hecho Veren, ya que Veros podía notar las lenguas húmedas y calientes de sus hermanas hurgando con urgencia dentro de su boca. Intentaba resistirse, pero Lyre, con mano férrea, lo disuadía tomándole las manos o los brazos en cuanto trataba de deshacerse del contacto de alguna de sus hermanas. Desnudándose, Vashti, Viessa y Vanya se subieron al altar. Mientras las dos primeras lo acariciaban deseosas, Vanya se subió a horcajadas sobre él. Intentó por todos los medios escapar de ellas, de sus manos y sus bocas sucias, pero no conseguía más que dar torpes manotazos. Con creciente ansiedad comprendió que el frasco que le había dado su hermano era un sedante, y que el control de su cuerpo adormilado se le escapaba por momentos. Mientras Vanya le manoseaba la entrepierna, aquel calor desbocado volvió. Intentó evadirse de su cuerpo mientras Lyre le ponía una mano en el pecho y lo obligaba a recostarse sobre la piedra.

Veren miraba a la nada con los puños apretados, tenía los nudillos blancos por la fuerza que ejercía. No quería ser partícipe de aquella escena de ningún modo, pero sabía que no podía escapar. «Al menos Lyre ha permitido que beba del narcótico para anestesiarlo», pensó intentando consolarse. Recordó que en su día no tuvo aquella deferencia con él y se irritó todavía más.

La multitud comenzaba a mezclarse en la sala, los espectadores habían ido acercándose a los altares y comenzaban a participar también en los bautismos. Veren volvió a mirar atrás, intentando encontrar a Tzar. «Si no puedo hacer nada por él, intentaré ayudarla a ella», pensó. Necesitaba resarcirse de alguna forma.

Un gruñido molesto le llegó desde el pedestal. Al parecer, Veros no había perdido la consciencia del todo y seguía empeñado en liberarse de los cuerpos candentes de sus tres hermanas sobre él. Veren se tensó, e hizo un ademán de alcanzar a Vanya, que seguía moviéndose sobre Veros. Venali lo detuvo. Se puso entre él y el altar, llevaba en la mano uno de aquellos cuencos de bebida amarga. Se lo acercó a los labios, pero él reusó beber. Necesitaba mantenerse

sereno por si algo no iba como debía. Además, tenía que encontrar a Tzar. Venali no cedió. Cogiéndole fuerte por la nuca le entremetió el borde del cuenco en la boca y comenzó a derramarlo sobre él, obligándole a beber mientras chorretones de aquella bebida tibia le caían sobre el pecho.

En cuanto terminó, Veren se inclinó hacia adelante cerrando los ojos, mientras el líquido le bajaba por la garganta provocándole arcadas. Venali aprovechó para desabrocharle la falda y dejarla caer al suelo. Había urgencia en sus gestos.

Desde poco antes del incidente con los tatuajes de Veros no habían vuelto a estar juntos y ella le había echado mucho de menos. Que el resto de sus hermanas se centrasen en su hermano pequeño, ella necesitaba beber del cuerpo de Veren. Era una como una droga, una que por mucho que pasase entre ellos no conseguiría eliminar nunca de su ser.

El círculo interior era ya una amalgama de cuerpos desnudos, entrelazados los unos con los otros, bailando al son que marcaba el frenesí. Tzar intentaba con todas sus fuerzas salir de aquel amasijo de carne. Alguien le había arrancado el vestido y la capa, pero seguía haciendo esfuerzos para llegar hasta Veros. En cuanto pudo incorporarse un poco, de rodillas mientras manos hambrientas de elfos y elfas la obligaban a volver al revoltijo de cuerpos, vio a Veren recostado sobre el altar de piedra con la cabeza echada hacia delante. Allí no solo estaban las elfas Kelsalor, un gran grupo de elfas y algunos elfos se apiñaban rozándose jadeantes, esperando para poder cernirse sobre Veros. Sin duda el segundo Anar de los Kelsalor había despertado mucha curiosidad. Venali manoseaba el torso de Veren e iba bajando lamiendo del cuerpo de su hermano los restos de aquel brebaje que le había derramado encima, que tenía la cabeza echada hacia atrás.

«No quiero ser tu enemigo».

La voz del grandullón volvió a sonar clara en la cabeza de la chica. Desesperada, y con voz pastosa, gritó para hacerse oír entre aquella gente que gemía y ronroneaba.

—¡Veren!

Él reaccionó en el acto. Parpadeó con fuerza y levantó la cabeza, luchando contra el efecto narcótico de la bebida consumida. Apartó a Venali de un empujón y esta cayó al suelo con un relampagueo de furia en los ojos. Rápido, ignorándola, fue hasta Tzar y se puso de rodillas a su lado. Las manos

devoradoras de la gente en el suelo comenzaron a reclamarle también a él. Fue apartándolas a manotazos, y Tzar, obviando la desnudez de sus cuerpos y la rígida urgencia en la anatomía de Veren, se aferró a él. El Primer Anar notó la calidez del cuerpo de la elfa contra el suyo y eso apaciguó la manada de caballos desbocados que había en su interior.

—Vamos a intentar ponernos en otro lado. Un poco más apartados —dijo él con voz ronca y entrecortada. Comenzaba a notarse mareado también. Se irguió un poco, con Tzar bajo el brazo mientras ella lo apretaba con fuerza, intentando buscar un lugar donde esconderse, pero la visión comenzaba a tornarse borrosa.

Entre aquella marabunta, no escuchó a Venali venir por detrás. Hecha una furia, tomó a Tzar por el brazo, clavándole las uñas, y dándole un bofetón con la otra mano la apartó de Veren. La chica cayó al suelo, intentó levantarse, pero a causa del brebaje le costaba recuperar el equilibrio. Alguien rio al verla caer.

—Tesoro —dijo Venali sentándose encima de Veren—. Contigo siempre tan difícil.

Veren supo que no podría escapar del abrazo de Venali; ella montaría un escándalo y sería terrible no solo para él, sino para Tzar y para Veros. Simplemente se convenció de que debía dejarse hacer. Con furia, agarró a Venali por las caderas atrayéndola hacia sí, y ella suspiró extasiada al recibirle. «Siempre te sales con la tuya», pensó amargamente. A pesar de todo Veren no dejó de buscar a Tzar con la mirada mientras se entregaba al frenesí de su hermana. Lamentó no poder estar con ella a pesar de que estaban tan cerca que casi podían tocarse. Vio cómo Tzar era engullida por la marea de cuerpos. Entre los vaivenes de Venali, pudo verla tirada a su lado, con la mirada ida. No supo si ya estaba alucinando por culpa del brebaje, pero creyó ver a Levos Darieth cerniéndose sobre la elfa morena desde atrás. Ella le buscó con la mirada, y Veren no pudo más que alargar el brazo y tomar su mano, asiéndola con fuerza y arrastrándola hacia él tanto como pudo. Ella le devolvió el apretón, y poco a poco, sin soltarse, se dejaron llevar entre los jadeos y gemidos de cientos de voces embriagadas.

Todo había pasado por fin. Ufanas y satisfechas, las hermanas Kelsalor buscaban a sus sirvientas y soldados entre la maraña de cuerpos que reposaban sobre el piso del templo; era hora de volver a casa. Veren, por su parte, era incapaz de mirar a Veros, así que se centraba en encontrar a Tzar, moviendo con cuidado a la gente que aún estaba adormilada sobre el suelo de piedra. Había encontrado su capa dorada, pero no había rastro de la chica. Un centenar de imágenes martilleaban dentro de su cabeza, imágenes de sus ojos verdes, velados por la rubia melena de Levos mientras la tomaba, que le atormentaban. El aturdimiento no había pasado del todo, y era incapaz de distinguir si aquello había ocurrido o solo era o una treta de su mente.

Veros estaba aún sentado sobre el altar de piedra. Tenía las piernas flexionadas y los codos apoyados en las rodillas en alto mientras se agarraba las manos. La cabeza le colgaba flácida entre los brazos, la melena, larga y dorada, le cubría el rostro y caía hasta casi tocar la superficie de la peana. Respiraba pesadamente, era obvio que aún se encontraba bajo los efectos de la droga. Intentaba ordenar sus pensamientos, pero no lo conseguía. A su lado, Lyre, de nuevo vestida, conversaba animosa con Nueleth Darieth. La matrona de la otra casa le daba la enhorabuena efusivamente. Todo había salido a pedir de boca para las Kelsalor. Veros oía a las dos mujeres hablar, pero no entendía lo que decían. En su mente embotada todo era confuso todavía. Al oír la voz de Nueleth algo destelló en su mente, la vio moviéndose espasmódica junto a él, y no pudo contener una arcada. Su espalda se curvó como la de un gato, y tuvo que hacer esfuerzos sobrehumanos para aguantar el vómito dentro del cuerpo.

En cuanto notaron el gesto, las dos mujeres callaron. La madre Darieth miró a Lyre sorprendida, Veros había pasado la parte difícil de la iniciación, y esperaba que no fuese a derrumbarse ahora. Esta se revolvió nerviosa, puso la mano sobre la espalda de su hijo y la palmeó un par de veces.

—Mi pobre Veros —dijo intentando no parecer angustiada—. No tolera nada bien la bebida, seguro que la pócima que prepararon las sacerdotisas está danzando furiosa en su vientre.

Nueleth rió divertida, Veros siguió sin inmutarse en la posición que había

tomado. Por suerte había aguantado bien el mal trago. Lyre y la Darieth se despidieron, y entonces la matrona Kelsalor se acercó a su hijo. Severa, lo agarró por el pelo del cogote y le obligó a mirarla. Él intentaba enfocar la vista, pero no conseguía ver menos de dos Lyre que se movían de un lado a otro frente a él.

—Si vuelves a hacer algo así —amenazó ella entre dientes. Veros había estado a punto de estropear todo y dejarlos en evidencia—. Juro que te arrancaré el corazón.

Después lo soltó, y arreglándose el vestido intentó encontrar un poco de aquel orgullo que había sentido momentos atrás. No dejaría que el endeble carácter de Veros le empañase aquella gran victoria.

Poco a poco, Tzar se incorporó y consiguió ponerse de pie. Le dolía la cabeza y sentía náuseas. Recordaba cómo había empezado todo, cómo había llamado a Veren pidiendo auxilio, y cómo él había ido hasta ella sin vacilar, pero después de eso todas las imágenes se mezclaban y se volvían confusas.

Veren, ya vestido, la vio a lo lejos. Sabía que durante un rato se habían tomado de la mano. Recordaba haberla asido con fuerza y ver sus dedos finos entrelazados con los de él, pero ahora no entendía muy bien cómo ella había ido a parar a la otra punta de la sala. No sabía en qué momento la había soltado. Intentado no pisar a nadie, fue hasta ella y, con cuidado, le puso la capa sobre los hombros, ya que estaba desnuda por completo. No parecía darse cuenta. La capa estaba algo rasgada en el cuello, aun así, se las arregló para cerrarla y cubrir el cuerpo menudo de la esclava. Todavía parecía atontada. En cuanto él terminó de arreglar la tela la miró a los ojos, ella intentaba esquivarle. Veren pensó que era a causa del narcótico, así que la tomó por los hombros para atraerla hacia sí y abrazarla.

En cuanto ella lo tuvo cerca, notó aquel olor que había estado impregnando la estancia mezclado con algo más, otro aroma subyacente que le revolvía el estómago. La imagen de un enorme elfo de cabellos rubios abriéndose paso a través de su cuerpo le vino a la mente. Aún narcotizada, asoció aquel olor y aquellas imágenes con Veren. No sabía si había sido él o era una mala jugada de su mente, pero sintió una repentina rabia en contra del elfo. Apretando los labios y frunciendo el ceño, le empujó con todas sus fuerzas. Él apenas se movió de su sitio, pero al advertir la reacción de ella, dio unos pasos hacia atrás y levantó las manos para hacer ver a la chica que no era un peligro. Aun así, ella no mudó el gesto. Mirándole furibunda se alejó de él y de aquel olor

almizclado a varón.

Veren no comprendió, pero supo que no debía insistir. Todos estaban aún demasiado confundidos.

Durante el camino de regreso a casa Lyre obligó a sus dos hijos a caminar juntos; ahora ya eran iguales ante su dios. Ella les seguía acompañada de sus hijas, y detrás tenían a toda la comitiva de sirvientes que habían llevado al templo. A pesar de que era ya casi de madrugada, había gente en la calle. Algunos curiosos esperaban fuera y de camino se encontraron con familias que volvían a casa después de participar en la iniciación y el bautismo. Veros caminó casi todo el tiempo con los ojos cerrados y la capa bien calada sobre el rostro, apoyando el hombro contra el de su hermano, que ejercía como guía. Veren no sabía si lo hacía porque se encontraba todavía bajo el efecto de la droga o porque quería evitar el contacto visual con él. Llegaron al faro, y el grupo de sirvientes se separó de la familia, Lyre quería hablar con todos sus hijos en la terraza antes de que fueran a descansar.

—Estoy muy orgullosa de todos vosotros —repetía una y otra vez.

En unas horas amanecería en Arëmen, la brisa del mar movía las pesadas cortinas de la terraza haciéndolas ondear despacio. Fría, acariciaba el rostro de Veros, quien con expresión de asco miraba a su madre con fijeza. El pequeño de los Kelsalor temblaba aún con la capa roja sobre la cabeza, y Veren sabía que no era de frío. Lyre parloteaba con sus hijas, todas ellas emocionadas, y los dos elfos estaban de pie uno al lado del otro mirándolas sin decir nada. Veren había vuelto a recomponerse e intentaba que su cara no trasluciese nada del asco que le producían en aquel momento las mujeres de su casa. Veros comenzó a tiritar con más vehemencia, y supo que no se encontraba bien. Mirándolo, intentó cogerle la mano, quería tranquilizarlo, pero Veros la retiró presto, poniéndola detrás de la espalda. Le miró estupefacto, no solo porque le hubiese rehuido de aquella forma, sino porque la mirada de odio que le dirigió entonces le heló la sangre. Pensando rápido, pidió permiso para que él y Veros pudiesen retirarse y así hablar los dos a solas.

«Más vale tarde que nunca», se dijo.

Lyre distraída con sus hijas y sus comentarios jocosos se lo concedió sin reticencias.

—Un éxito, ¡todo un éxito! —comentaba Vashti emocionada.

—Ha demostrado ser un completo Kelsalor —respondió Vanya, en el mismo tono jubiloso que había usado su hermana—. Además, es muy reactivo, apenas lo tocaban se erguía de nuevo. Desde luego, ninguna otra familia tiene varones tan efusivos y complacientes como los nuestros. ¡Por fin podemos decirlo bien alto!

—Todos querían que recibiese bautismo —comentó Venali maliciosa. No le habían pasado por alto las reacciones de Veros, su temblor y su ira, y pensaba disfrutar torturándole—. Ha sido el verdadero triunfador de la noche. ¡Es un gran presagio!

Todas rieron divertidas, tenían mucho que celebrar.

Los hermanos ya se encontraban en la puerta cuando oyeron aquellas palabras. Veros dejó de controlarse y quiso dar la vuelta e ir a por sus hermanas. Las destrozaría con sus propias manos por lo que le habían obligado a hacer. Veren, siempre un paso por delante, agarró a su hermano pequeño por el brazo y lo obligó a salir al pasillo.

—Sigue andando —dijo sin más. No iba a dejar que cometiese una estupidez. Veros, al verse empujado, comenzó a perder la cabeza.

A empujones lo llevó hasta la escalera. Veros forcejeaba con él fuera de sí. Abrazándolo, intentó tranquilizarle, le rogó que se detuviese pero Veros no dejó de darle empujones. Había un destello de locura brillando en los ojos del pequeño de la familia.

—¡Me das asco! —le gritó mientras se desprendía de su abrazo con un empujón. La capa de Veros se movió un poco, deslizándose sobre los hombros, y este, airado, se la arrancó de un tirón dejándola caer al suelo.

Veren se quedó petrificado. La gran espiral de sus miedos volvía a girar frenética dentro de él, dejándolo congelado, sin posibilidad de reaccionar ante la ira de su hermano. Veros se echó las manos a la cabeza. No dejaba de ver aquellas imágenes desagradables en su mente, cerró los ojos haciendo un esfuerzo por detenerlas y dio la espalda a Veren. En cuando se hubo dado la vuelta comenzó a llorar.

—Si hablas conmigo te sentirás mejor. —Veren lo dijo en voz baja. Intentaba por todos los medios no perder en ese momento el ya debilitado vínculo con su hermano. Con su niño pequeño.

Muy al contrario de lo que había pretendido, aquellas palabras hirieron a Veros en lo más profundo del corazón.

—¿Que hable contigo? —preguntó volviéndose de nuevo hacia él. Tenía los ojos muy abiertos y la cara enrojecida y desencajada—. ¡¿Que hable contigo, dices?! ¡Tú deberías haberme hablado mucho antes!

Tenía razón. Por un momento Veren consideró defenderse arguyendo que lo había intentado, pero que él se había cerrado en banda. En cambio, decidió callar, pues sabía que aquella era una endeble defensa. Era una de las escasas ocasiones en las que no sabía qué hacer.

Veros, aún envuelto en aquella demencia narcótica que su cuerpo no había acabado de depurar, se olió las manos. Aquel maldito aroma carnal del templo lo impregnaba todo. Una vez más, sintió angustia. Veren ya no podía ocultar su pena. Se acercó unos pasos a su hermano e intentó que dejase de mirarse las manos, intentó de nuevo tomarlo en un abrazo. Necesitaba saber que aquello no iba a acabar con el cariño que se tenían.

—Tú me diste ese potingue... —Veros habló con lágrimas en los ojos, pero en tono bajo. Acababa de caer en la cuenta de aquel detalle—. ¿Cómo pudiste?

—Lyre me persuadió para que te lo hiciese llegar —respondió negando con la cabeza.

Ahora sí, el plan de Lyre se había desplegado en toda su magnitud. En la mente de Veren todo cobró sentido: lo había manipulado para que le ayudase a llevarlo al templo y a que no diese problemas en la iniciación, separándoles así, pues después de ver cómo Veren reaccionaba contra Venali en venganza por su hermano, no podía dejar que la relación de ellos dos continuase afianzándose. Juntos podrían ser peligrosos, y la matrona lo sabía bien.

Veren comenzó a sentirse miserable y enfermo. Su hermano no dejaba de llorar.

—Me das asco —dijo Veros entrecerrando los ojos con furia. Esta vez sí, Veren suspiró con fuerza mientras se erguía, y una lagrima cayó rodando por su mejilla—. ¡Te odio!

«Te odio».

Ya lo había dicho y no había vuelta atrás. Las palabras cayeron pesadas sobre Veren, como una lluvia de plomo. Lo dejaron clavado sobre el suelo.

—Tú me odias, ¿no? —A pesar de que iba a salirse el corazón por el pecho, a pesar del llanto contenido, Veren habló sereno—. Yo habría matado porque alguien cuidase de mí como yo he cuidado de ti. Lo he dado todo por tu

felicidad.

—¿Todo, el qué? —respondió Veros impertinente. Se irguió frente a Veren, casi era tan alto como él, y le miró fijamente, desafiándole—. ¿Qué es lo que puede dar alguien que no tiene corazón? Alguien que no siente nada por nadie.

Veren no respondió, se limitó a quedarse de pie, asimilando las palabras de su hermano, que volvió a murmurar que le odiaba mientras se mantenía allí erguido, intentando mantenerse ajeno a aquella tormenta de rencor.

El pequeño de los Kelsalor se dio la vuelta, y con paso tambaleante se aferró a la barandilla de la escalera para poder volver a su habitación, dejándole más solo de lo que se había sentido jamás.

Lyre, al fin, lo había conseguido.

Tzar, todavía desnuda debajo de su capa dorada, se apoyó en una de las paredes de la entrada. Habían llegado a casa, por fin.

No era capaz de serenarse, ya que las imágenes de lo que había ocurrido en el templo comenzaban a tomar fuerza en su cabeza, y ella era incapaz de discernir qué era real y qué no. Aún se sentía mareada por culpa de aquel brebaje; se veía envuelta en los cabellos de un elfo de sol, y aquella imagen no dejaba de aparecer una y otra vez en su mente. Rezaba pidiendo que no hubiese sido Veren, porque no podía asegurarlo o negarlo con certeza. Recordó el olor que desprendía después de haber participado en aquello y sintió náuseas. Pensó que si volvía a verlo vomitaría, o le daría un puñetazo. O quizás las dos cosas.

«¿Y Veros?».

Extrañamente se había olvidado de él, pero recordarlo no la hizo sentir mejor. Le había perdido el rastro al principio de toda aquella locura y no había vuelto a verlo. Por un momento recordó a varias elfas apiñadas sobre el altar en el que él se había subido.

«A lo mejor se lo han comido», pensó horrorizada. «No, eso no tiene sentido. Es la droga quien razona por mí».

Cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la pared. Estaba fresca y la reconfortaba un poco. Extrañamente, al pensar en su amado, no sintió las habituales mariposas en el estómago. Por el contrario, se vio dándole un puñetazo a él también. Quizás estaba equivocada respecto a Veren. Recordó cómo él la había cogido fuerte de la mano, arrastrándola hacia él, y entonces..., ¿qué? ¿También estaba detrás de ella? Eso tampoco tenía sentido.

Agobiada, enarcó las cejas intentado reprimir el llanto. Durante todo el camino el resto de criadas habían cuchicheado fanfarronas sobre lo que había acontecido en el templo. Ellas habían estado preparadas y prevenidas, y lo habían disfrutado. Tzar pensaba que por mucho que hubiese sabido no lo habría disfrutado, aun así, no quería mostrarse débil delante de las demás sirvientas y que volvieran a burlarse de ella.

«Créeme, no te va a gustar...».

—Por favor, sal de mi cabeza... —suplicó en voz baja. La voz de Veren había sonado clara en su mente.

Jetta apareció entre el grupo de esclavas. Las había estado esperando. Había pasado la noche en vilo, preocupada por su única amiga en aquella isla maldita. Sabía que la chica era fuerte, aun así, había padecido sobremanera. La vio apoyada contra la pared, de nuevo envuelta en la capa dorada que le había regalado su amo, tenía los ojos cerrados e irradiaba pesadumbre. Rápida, fue hasta ella y la abrazó en cuanto la alcanzó, pero Tzar la obligó a separarse de ella.

—No hagas eso —balbuceó la elfa.

Jetta entendió al instante. Pasó un brazo por su cintura y la obligó a caminar hacia la escalinata. Estaba decidida a llevarla a la habitación.

Le costó manejar a Tzar por las escaleras. Se tambaleaba y le costaba andar, iba arrastrando los pies mientras se mecía bajo aquella capa de encaje. Entraron en el dormitorio para descubrir que estaban solas. La estancia estaba oscura y en silencio. Jetta soltó a Tzar para ir a encender un par de velas sobre la mesa baja del centro. Apenas había tomado el pedernal, oyó un golpe a sus espaldas: Tzar se había dejado caer de rodillas al suelo, pesada como un fardo. Jetta fue hasta ella, chistando preocupada. En cuanto extendió los brazos para ayudarla a levantarse, la elfa interpuso una barrera entre ellas con sus manos. El aquel momento el más mínimo contacto la horrorizaba, viniese de quien viniese. Al fin, se levantó del suelo con mucho esfuerzo bajo la preocupada mirada de la troll.

—Deberías darte un baño —le dijo en voz baja. Pero Tzar no le respondió, se limitó a asentir y con pasos lentos fue hasta su antiguo rincón junto a la salida del balcón. Se sentó allí y cubriéndose más con la capa, se arrellanó contra la pared. La brisa del mar entraba por la puerta siempre abierta y le refrescaba la cara. Cerró los ojos y se dejó mecer por el tenue viento de la noche. Jetta comprendió que era mejor dejarla sola. Salió con gran pesar de la habitación, no sin antes alcanzar a Tzar unos almohadones y unas sábanas para que se pusiera cómoda en su sitio, prometiéndose que volvería por la mañana para comprobar cómo estaba la chica.

La elfa no supo que el tiempo pasaba hasta que Veros regresó a la habitación y la sacó de aquel extraño limbo. Él entró hecho una furia, abriendo la puerta de una sonora patada, el maquillaje que Lyre le había puesto horas antes en los ojos se le había emborronado. Sus ojos claros refulgían en

contraste con las cuencas sucias de negro, lo que le daba un aspecto demoniaco. Tzar lo miró aterrada. Veros, al verla allí, cayó en la cuenta de que ella había estado también todo el tiempo en el templo. Se llevó las manos a la boca, sintiéndose vil y egoísta. ¿Cómo podía haberla olvidado?

En cuanto ella vio que él perdía aquella expresión de demente, comenzó a llorar. Se agarró a uno de los almohadones que Jetta le había puesto alrededor y lo abrazó fuerte.

—Tzar, lo siento... —comenzó a balbucir Veros compungido. Todo aquello había sido culpa suya, la había puesto en peligro sin motivo, y ahora la culpabilidad lo estaba asfixiando.

Ella cerró los ojos con fuerza y negó. En un primer momento pensó que se sentiría reconfortada al tenerle cerca, pero ahora se daba cuenta de que la idea de compartir espacio con él era insoportable. No le culpaba, pero no le quería cerca. Él malinterpretó el gesto, y emprendió la carrera hacia la chica. Al verlo llegar, Tzar tuvo ganas de levantarse y lanzarse de cabeza por el balcón. Veros la abrazó con fuerza, pero ella no respondió al abrazo, se quedó muy quieta con todo el cuerpo en tensión. Intentó contener la respiración tanto como pudo, evitando que el olor a almizcle que Veros también desprendía la impregnase, pero él no la soltaba. Era el mismo efluvio que había sentido en Veren.

Él necesitaba saber que todo estaba bien entre ellos, que ella no le culpaba, así que buscaba su contacto. La cercanía física entre los dos siempre lo había reconfortado y había sido un lenguaje certero. Notó cómo el cuerpo de ella se cimbrea espasmódico y se retiró un poco para comprobar si estaba bien. Al hacerlo, Tzar, con el rostro desencajado, vomitó a sus pies.

Usaron el baño por turnos para limpiarse y arreglarse. Primero ella y después él. Veros se quedó horas dentro del agua, frotándose la mugre invisible que habían dejado sobre su piel los bautismos de sus hermanas y vecinos. Por mucho que frotaba no se sentía limpio.

Tzar lo oía gimotear y maldecir por lo bajo. Sabía que estaba sufriendo, pero algo la anclaba al suelo, evitando que fuese a consolarle. Quería hacerlo, pero no podía. Había arreglado un poco su rincón, y ahora volvía a estar allí sentada, en la misma postura lánguida que tomó durante sus primeros días en Arëmen. Amanecía ya cuando Veros salió del agua. Con el pelo húmedo se acercó a ella, suplicando silenciosamente consuelo, pero Tzar no le miró en ningún momento. No sabía cómo enfrentarse a lo que había sucedido. Veros se

puso en cuclillas junto a ella, y alargó la mano para colocarle el cabello detrás de la oreja puntiaguda, pero ella lo apartó de un manotazo, y aún sin mirarlo le habló en voz baja y pausada.

—Aléjate de mí. —Sonó más severo de lo que pretendía, aun así, no hizo nada para rectificar. Realmente necesitaba estar sola y en paz.

Veros recibió incrédulo aquella flecha que le hizo añicos el corazón, asintió y comenzó a llorar en silencio mordiéndose los labios. Abatido, caminó hasta el lecho y se sentó en él. Quiso decir algo, pero no sabía qué.

El narcótico abandonaba sus cuerpos, dejando tras de sí una estela de congoja y repulsa infinitos. Veros se metió bajo las sábanas sin dejar de mirar a Tzar, preguntándose si algún día podrían superar lo que había pasado aquel día.

El primer día después de la iniciación Veros fue incapaz de conciliar el sueño. Casi había sido una bendición. Se notaba cansado, quería dormir, pero no podía despejar su mente de las imágenes extrañas e inconexas de sus bautismos. Tzar, de nuevo, no volvió a moverse de su rincón en todo el día. Intentó ignorarla como había hecho al principio, pero la imagen de la chica era un imán que atraía sus ojos una y otra vez. Era cada vez más incapaz de levantarse de la cama, y entendió al fin cómo se había sentido Tzar aquellos primeros días. Tenía una boca hambrienta en el interior que se alimentaba de sus miedos y sus penas, que le susurraba maliciosa una y otra vez obligándole a recordar todos aquellos recuerdos horribles, y engordaba sobre él un peso invisible que no le dejaba casi ni respirar.

Pasó el día entero acostado, repasando una y otra vez lo que podía haber pasado y lo que no. Descartando aquello que parecía irreal, que podrían ser alucinaciones causadas por la droga. Rodaba bajo las sábanas, se pasaba la mano por el pelo, suspiraba acongojado y volvía a empezar de nuevo aquella rueda de dolor. Llegó de nuevo la noche y, haciendo un gran esfuerzo, consiguió conciliar el sueño.

Un ruido lo despertó.

«¿Cuánto he dormido?», se preguntó frotándose los ojos boca arriba. No el suficiente. Notaba el cuerpo pesado y lento.

El ruido seguía ahí. No sabía qué era.

¿Alguien suspiraba? Una, dos, tres..., infinitas veces. Se incorporó sentándose en la cama, oteando la habitación en busca de quien estuviese proviniendo aquella respiración alterada.

Una segunda voz jadeante se unió a la primera.

Se trataba de un hombre y una mujer. La chica gimió.

—¿Tzar? —dijo en voz baja. La habitación estaba en penumbra—. Tzar, ¿estás bien?

Salió de la cama, poniéndose en pie. Quisiera ella o no, iba a acercarse al rincón junto al balcón para comprobar si se encontraba a salvo.

Otro gemido llegó hasta él. Esta vez más fuerte. No parecía que estuviese

sufriendo. Al contrario.

—¿Quién...? —comenzó a preguntar a la vez que intentaba moverse, pero sus piernas no respondieron. Estaba clavado en el suelo. Asustado, comenzó a tironear de sus extremidades con las manos, pero no se separaban del piso ni un ápice.

El sonido de las respiraciones se intensificó.

Veros levantó la cabeza, intentó enfocar su vista para discernir en la oscuridad lo que pudiese estar pasando en el rincón de la chica. Ya era evidente que no estaba sola, ella y alguien más se revolvían frenéticos entre las sábanas allí en suelo. Se quedó petrificado, intentando entenderlo. La rabia le atenazaba, paralizándolo tanto como estaban sus piernas. Los dos cuerpos entrelazados en aquel rincón rodaron sobre el piso, y por fin pudo ver quién se encontraba con su esclava. El cuerpo torneado y enorme de Veren se cernía sobre el de la chica, que recibía gustosa y sensual cada una de sus embestidas. Gritó de rabia, pero parecía que aquellos dos no lo oían. Quiso salir corriendo hacia ellos, separarlos, gritarles toda su furia a la cara, pero al hacer el ademán para moverse, cayó al suelo hincando ambas rodillas. Seguía pegado.

Miró hacia abajo, desesperado, intentado averiguar qué era lo que lo tenía atrapado, pero lo que vio lo desconcertó por completo. El suelo de piedra teselada de su dormitorio había desaparecido. Un limo negro, pegajoso, estaba engullendo sus piernas poco a poco. Veros supo que si no se liberaba de aquella tierra devoradora, acabaría zambullido por completo en ella. Intentó apartar el fango de sus pies, pero fue peor. Aquella masa negra parecía tener vida propia, y como si de cabezas de serpiente se tratase, fue mordiendo y zampando sus manos y sus antebrazos también. Exasperado, al borde del colapso, luchó con frenesí contra aquel légamo, pero era imposible liberarse, por más que se debatiese: se hundía cada vez más y más. Notaba el contacto frío y viscoso sobre la piel mientras se hundía poco a poco hasta los hombros. Angustiado, recordó a Tzar y Veren dando vueltas por el suelo al otro lado de la habitación.

—¡Veren! ¡Tzar! ¡Ayudadme! —les llamó con voz urgente, a gritos.

Ellos dos aparecieron en el borde de su visión. El fango ya le llegaba por la barbilla y le costaba respirar sin tragar cada vez un poco más de aquella cosa. Su hermano y su amada estaban de pie frente a él, mirándole desde arriba con gesto altivo mientras se tomaban de la mano. Veren llevaba puesto su manto enjorado y rojo de Primer Anar, y Tzar iba todavía cubierta con la

capa dorada que él le había regalado.

—Por favor... Por favor —comenzó a suplicar al verlos allí—. No me dejéis solo. No me abandonéis aquí...

Pero ellos no se movieron ni una pizca. Por encima de ellos apareció entonces la dorada efigie de Arien'Glor, con los brazos extendidos, majestuoso sobre su carro de rayos de sol y sus doce caballos encabritados a su alrededor. Tzar abrió la boca para hablar, y lo hizo con la voz de la gran sacerdotisa del templo mientras repetía sin cesar:

«Presentad vuestras ofrendas para Arien'Glor. Presentad vuestras ofrendas para Arien'Glor...».

El limo por fin le alcanzó la boca y la nariz. Intentaba respirar, pero no podía más que tragar fango negro y frío como la noche. Inconsolable, Veros comenzó a llorar. Sus últimos centímetros desaparecieron despacio bajo el limo negro y, entonces, todo fue luz.

Una luz cegadora que le hirió los ojos.

Despertó con un alarido.

Era pleno día. Tzar, al oírlo gritar, lo miró asustada, encogiéndose. El grito la pilló desprevenida a pesar de que había sido testigo silencioso de cómo Veros había estado sufriendo pesadillas toda la noche, revolviéndose ansioso y suplicando en sueños. Lo había visto y había sentido lástima por él, incluso en algún momento pensó en ir hasta la cama para despertarlo, pero después pensó que quizás él buscaría algún consuelo y decidió que era mejor quedarse sentada y no hacer nada. Seguía sin querer que nadie la tocara.

Veros evitó mirar hacia donde estaba ella. Flexionando las piernas, cerró los ojos, anegados por el llanto, y poniéndose las manos sobre la frente intentó serenarse. Pensó que era mejor no dormir que sufrir aquel tormento.

A medio día Lyre hizo llamar a toda la familia a la terraza. En el pasillo que daba paso a la escalera, Venali instaba a Veren a darse prisa. Llegaban tarde al requerimiento de su madre. Veren iba detrás con paso sereno mientras que ella caminaba rápida, girándose de vez en cuando para urgirle con gestos efusivos. Desde que habían vuelto del templo hacía dos días ya, Venali parecía haberse instalado en la habitación de Veren y no le había dejado un momento a solas. El Primer Anar no veía el momento de liberarse de su compañía y así poder ir en busca de Veros e intentar razonar con los chicos. Les suplicaría perdón si era lo que querían, pero sentía que tenía que arreglar sus torpezas.

Venali, en cambio, no estaba dispuesta a separarse de él. Desde siempre había sentido un extraño apego por su hermano, siempre había intentado controlarse, pero desde que lo había visto actuando del modo en que lo hizo con la elfa de Ocrera durante la iniciación, estaba sobrepasada por los celos. Daba igual si ellos peleaban, si discutían o si se castigaban, ella siempre volvía a Veren, y él siempre la aceptaba, aunque fuese a regañadientes. No dejaría que esa chiquilla de cabello oscuro le robase a su hermano con sus abrazos tiernos y sus efusivas llamadas.

Llegaron a la terraza y Lyre les fulminó con la mirada.

—Bueno, ¿y dónde está? —preguntó la matriarca Kelsalor exasperada.

Los dos hermanos mayores no sabían de quien les hablaba. Ambos se miraron perplejos, sin comprender. Venali, rauda, se situó al lado de sus hermanas, que ya aguardaban junto a su madre tumbada en el diván. Veren se quedó de pie mirando a las cinco elfas de sol con las manos a la espalda. Varios minutos después, Veros llegó parsimonioso a la terraza.

—¡Por fin! —exclamó Lyre sarcástica—. ¡Qué alegría que hayas decidido honrarnos con tu presencia!

Veros no dijo nada. Se quedó quieto en el quicio de la puerta, envuelto en la oscuridad del pasillo. Había estado debatiéndose entre dudas, sintiéndose incapaz de enfrentarse a su familia al completo. Aunque parecía sereno, quería darse la vuelta y salir corriendo de allí, dejarlos muy, muy atrás, tanto que no pudiese siquiera volver a recordarlos.

—Bueno —volvió a hablar Lyre—, no te quedes en la puerta.

Había un toque de impaciencia en su voz. Veros, armándose de valor, salió a la terraza. Se sentía pequeño y avergonzado. Miró a sus hermanas y las recordó jadeantes sobre él. Tuvo que apartar la mirada. Por dentro se derrumbaba, pero por fuera quiso aparentar serenidad, a pesar de que su cara se había transformado en una máscara de asco y odio. Las cuatro hermanas se miraron preocupadas las unas a las otras; si el chico se derrumbaba ahora quizás le perderían para siempre. Veren, bien erguido, miró a su hermano desde su posición, ladeando un poco la cabeza. Este fue hasta la balaustrada y se apoyó en la barandilla. En todo momento Veros intentó no mirarle, a pesar de que sabía que le observaba.

Veren le miraba con creciente preocupación. Lejos de lucir su acostumbrada sonrisa, su hermano pequeño se presentaba serio, con semblante

triste y ojeroso. Era evidente que no estaba pasando por un buen momento. «Tengo que hablar con él urgentemente», se dijo volviendo la vista al frente.

—Quería volver a felicitarte por tu buena actuación durante la iniciación —dijo Lyre serena, hablando directamente a Veros. Este profirió una risita burlona y miró al techo. Cruzó los brazos sobre el pecho e intentó no ponerse a llorar y seguir aparentando indiferencia. Apenas lo conseguía—. Es la verdad. Lo hiciste muy bien. —Despacio, obviando los desprecios de su hijo, Lyre se levantó del diván y caminó un poco por la terraza—. ¿Recuerdas al Anar de Kenala? —comenzó a hablar de nuevo. No miraba ahora a Veros, ahora hablaba para todos sus hijos a pesar de que seguía dirigiéndose a él—. Entró el primero, él solo con su pobre madre. —Veros asintió—. ¿Recuerdas lo asustado que estaba? Andaba aferrado al brazo de la matrona como si estuviese trepando por un árbol. —Lyre negó con la cabeza, y chasqueó la lengua. Veros no tenía claro a dónde quería llegar, pero el resto de hermanos sí —. Bien, pues por lo visto aquel chico se había criado solo con su madre. Supongo que por eso es importante tener hermanos y hermanas que cuiden de ti y te eduquen. —Lyre volvió a hacer aquel gesto, como lamentándose—. El pretendido Anar de Kenala no pasó la iniciación.

Veros la miró sorprendido. No se le había pasado por la cabeza que aquello fuese siquiera posible.

—El chico se sintió sobrepasado y se colapsó en medio de todo aquel barullo. Comenzó a gritar y a intentar escapar, y las sacerdotisas tuvieron que sacarlo a rastras del templo. —Lyre de nuevo miraba a Veros, y este aguantó el gesto sombrío—. Me pregunto qué habrá pasado con él y con su madre. Es una gran desgracia. Aunque claro, si un hijo mío me hubiese dejado en evidencia de esa forma...

—Basta.

La voz de Veren, desde atrás, interrumpió su discurso.

Lyre se dio la vuelta hacia su hijo mayor, estaba sorprendida y tensa. Veros le miró por fin y al hacerlo una lágrima cayó rodando por su mejilla. Veren había cedido ante la presión, y había dado unos pasos hacia su madre, lleno de ira. Solo quería que Lyre dejase de torturar a Veros. Era evidente que el chico sufría con cada palabra envenenada que salía de sus labios.

Ella siguió mirándole enfadada, esperando una aclaración.

—Ninguno de nosotros haría algo así —concedió Veren, resignado bajo la

furia de esta. Debería haber dicho lo que estaba pensando. Debería haberle hecho saber a su madre que si seguía empeñada en atormentar a Veros la mataría allí mismo, pero en cuanto esta le miró, supo que no podía ganar esa batalla, así que rectificó para salvar su cuello y, por extensión, el de su hermano. Lyre asintió satisfecha. Veren, siempre tan dentro de los cánones de lo esperado.

Veros volvió a sentirse sucio y utilizado.

«He sido un necio por confiar en que él fuera distinto al resto de mi familia», pensó con amargura. «Pensé que no éramos tan distintos». Ahora, sin treta alguna de por medio, Veren se mostraba tan despreciable como era. Como siempre había sido.

Hastiado, no pudo soportar más toda la ignominia que supuraba de sus hermanos y con paso rápido salió de la terraza para ir a su habitación, dejándolos atrás, pero no tan atrás como hubiese deseado.

—Vamos, tesoro —Venali ronroneaba encima del pecho de Veren. Este estaba tumbado en la cama boca arriba, con los brazos levantados y las manos detrás de la cabeza. Al oírla hablar, bufó hastiado y puso los ojos en blanco—. No te hagas de rogar.

Ella continuó besándole el cuello y acariciándole.

«No puedo soportarla más», pensó. Aunque no era la primera vez que lo sentía, esta vez estaba seguro de ello.

Venali enfadada era peligrosa, pero cariñosa era asfixiante. Quitándose de encima salió del lecho. Habían pasado ya más de dos semanas desde la iniciación y Venali no se había marchado todavía de su cuarto. Además, por si fuera poco, lo había obligado a quedarse allí con ella, reteniéndolo de forma egoísta. Veren pensó que si tenía que complacerla una vez más se emascularía. Le dio la espalda dirigiéndose hacia el baño, ella se quedó de rodillas sobre el colchón.

—Vuelve aquí —le ordenó contrariada volviendo a su habitual tono autoritario.

Veren suspiró con profundidad.

—A lo mejor deberías marcharte ya a tu habitación —dijo él sin mirarla. No quería enfrentarse a ella, pero estaba seguro de que no podía soportarla durante mucho más tiempo.

—No quiero —respondió ella en voz baja.

Veren no supo distinguir si iba a lanzarle una reprimenda o a echarse a llorar. Desde luego, su hermana estaba extraña últimamente. Venali no dejó de seguir sus movimientos con la mirada durante todo el tiempo que tardó en prepararse para salir.

Veren, queriendo estar tranquilo, se vistió y se dispuso a abandonar la habitación. Cuando tomó el pomo de la puerta una pequeña caja de madera se estrelló contra la pared, muy cerca de su cabeza. Su contenido se desparramó tintineante a sus pies. No se dio la vuelta ni reaccionó. Simplemente se quedó quieto, en aparente calma, dando la espalda a su hermana.

—¡No te atrevas a marcharte! —le gritó Venali furiosa. Había cogido la

caja del tocador para después volver al lecho y lanzarla desde allí.

Veren sabía que si hubiese querido le habría dado de pleno. Disfrutando con aquello, consideró el darse la vuelta para divertirse con el enfado de ella, pero hasta de ese jueguito estaba cansado. Seguro de sí mismo, abrió la puerta y salió al pasillo. Venali, aún en la cama, no dejó de gritarle maldiciones y amenazas hasta mucho después de que se hubiese marchado.

Para Veros aquellas semanas tampoco habían sido fáciles. Los primeros días deseó morir; se quedaba en la cama sin hacer nada y dormitaba durante todo el día, lamentándose de sí mismo y su triste suerte. Tzar, al otro lado de la habitación, no había hecho nada muy diferente. Aunque, al menos, ella no había tenido pesadillas. Cuando Veros dormía, aquella pesadilla que había tenido la primera noche se repetía una y otra vez. Su mente no le daba tregua ni dormido ni despierto. No había intentado hablar con Tzar, aunque sí le había dedicado alguna mirada furtiva. En secreto, deseaba acercarse a ella, abrazarla y besarla, pero aquel «aléjate de mí» se le había grabado a fuego en el interior. Después de la primera semana seguía durmiendo en el suelo. Pasados los primeros días, no pudo soportar el estar en la misma habitación que ella sin hablar, así que resolvió volver a bajar a entrenar y, por suerte, siempre había estado solo en el patio trasero. Entrenaba hasta la extenuación, hasta que su cuerpo estaba tan cansado que su cerebro luchaba únicamente por ordenar a sus piernas que siguiesen sosteniéndole, dificultándole el pensamiento lógico, y aquello le ayudaba a despejar su mente. Poco a poco, los recuerdos de la iniciación iban diluyéndose, a pesar de que Veros sospechaba que siempre quedarían posos en su interior.

Tzar, en cambio, intentó analizar todo lo que había pasado de forma más racional. Todavía no había sido capaz de discernir si Veren abusó de ella de alguna forma durante todo aquello, tenía imágenes de él en la mente, pero no había nada claro. A los pocos días otros rostros iban dibujándose en sus recuerdos y aquello la confundía, pero, extrañamente, no la asustaba. Ella también era consciente de que Veros se había llevado la peor parte, y sentía una pena sincera por él, a la vez que se sentía sucia e incapaz de ayudarlo.

Uno de aquellos días, Jetta entró en la habitación. La miró con gesto triste, y se sentó a su lado. Su amiga quería abrazarla, pero la elfa aún rechazaba el contacto. Sin saber muy bien por qué, Tzar comenzó a contarle todo lo que había ocurrido en el templo. Habló sobre todo. Lo que podía recordar con

claridad y lo que no. Cuando hubo terminado de hablar se sintió mejor. Jetta la tomó de la mano y ella no se apartó. La troll le propuso salir algunos días de la habitación para que pudiera ayudarla en sus quehaceres. Dijo que hablaría con la capataz y que esta no se negaría, Tzar pensó que cambiar de aires le sentaría bien y aceptó animándose un poco. Durante la segunda semana, estuvo saliendo de la habitación junto a ella sin que Veros supiese nada. Cuando él se marchaba a entrenar, Jetta la pasaba a buscar para que la ayudase en las cocinas. El poder concentrarse en algo manual la aliviaba y, al tener la mente ocupada, cada vez estaba más limpia de las imágenes de lo pasado en el templo.

Aquella noche Veros estaba más inquieto de lo normal. Tzar, aún en su rincón, no podía dormir. Lo oía llamarla en sueños, y se sentía miserable. Por fin, hizo acopio de fuerzas y se levantó dispuesta a ir hacia el lecho. En la cama, Veros se revolvía y parecía sufrir espasmos. Lloraba en sueños.

—No me abandones... —pareció balbucir, y a ella se le partió el corazón.

Eso, precisamente, era lo que había estado haciendo todos aquellos días. Con el corazón en un puño, se sentó junto a Veros, que continuaba batiéndose con su pesadilla y no notó su presencia. Despacio, Tzar le deslizó la mano sobre el pecho. Sudaba con profusión y estaba frío. Al contacto cálido de la mano de Tzar dejó de moverse y su gesto se relajó paulatinamente hasta casi parecer el Veros de antes de la iniciación, durmiendo en paz. Su pecho comenzó a moverse de forma acompasada y ella supo que la pesadilla había terminado. Moviendo los dedos le acarició con suavidad. Cerró los ojos y se concentró en aquel contacto que se iba tornando cálido poco a poco.

No había sido consciente de lo mucho que lo había echado de menos. Habían estado en la misma habitación, pero no habían sido los mismos desde que volvieron del templo, y eso les había causado mella. Tzar no supo que lloraba. Casi no lo había hecho en las dos semanas anteriores, ni siquiera cuando contó todo lo que había sufrido a su amiga. Había querido racionalizar aquello, buscar culpables, se había concentrado en sus actos, sus aciertos y sus errores, tanto que se había descuidado a sí misma. Y lo que era peor, había descuidado a Veros. Aquel error era imperdonable. Él, aún dormido, se movió hacia ella, poniéndose de lado y buscando inconscientemente su calor.

Tzar supo que era momento de volver a la cama.

Recostándose contra él, se acurrucó y Veros, poco a poco, fue echándose encima de ella como solía hacer antes. Aunque le costaría un poco

acostumbrarse de nuevo a aquello y al constante contacto de él, sonrió aliviada. Cerró los ojos e intentó conciliar el sueño, aunque estaba segura de que no lo conseguiría.

Jetta y Tzar cargaban dos grandes fardos. Debían llevarlos a las dependencias de los soldados. Para ello, pasarían por el patio de atrás, era el camino más rápido. Era ya por la tarde, y esta sería su última tarea del día. Llegaron a la puerta de salida al patio y, antes de abrir la hoja, los oyeron discutir. Veren y Veros se gritaban el uno al otro. La elfa quiso salir al patio, pero se detuvo detrás de la puerta entreabierta durante un momento. A pesar de que había vuelto a dormir con Veros, apenas hablaban o se miraban. La situación no había mejorado mucho, al contrario, se había vuelto extraña e incómoda, aunque las pesadillas del elfo de sol parecían haber desaparecido.

—¡Déjame en paz! —espetó Veros a su hermano mayor. Estaba furibundo, se veían por primera vez en un par de semanas. Veren había ido a buscarle ansioso en cuanto se hubo liberado del yugo de Vernali, pero Veros no quería escucharle—. No me interesa, no quiero saber nada más que venga de ti.

—Veros, ¡por favor! —respondió él. Quiso sonar suplicante, pero en cambio el tono fue severo—. Déjame que te explique.

—¿Qué vas a explicarme, Veren?! —dijo Veros dolido—. ¡Ahora es tarde! Han pasado dos semanas ya. ¿Qué quieres ahora? Llegas tarde.

Ambos estaban plantados en la arena del patio. Se miraban fijamente. Veren intentaba quitarse aquella acostumbrada careta de soberbia, pero le estaba costando. Había aprendido a protegerse con ella y ahora, bajo presión, no sabía actuar como la situación requería.

Veros, iracundo, se llevó las manos a la cabeza y comenzó a andar en círculo mientras maldecía por lo bajo. No quería volver a hablar con su hermano, pero, por otra parte, le dolía apartarlo de su lado, aunque fuese un celoso vil.

—No he podido hablarte antes —dijo Veren en tono bajo. Intentaba desnudar su alma.

—¿Ah, sí? —respondió Veros despreciativo. Volvió a mirarle. Le pareció ver un atisbo de miedo en los ojos de su hermano mayor, pero, aun así, estaría alerta; no se dejaría engañar por sus falsos sentimientos.

—Vernali no me ha liberado hasta hoy —dijo Veren. Era la verdad, y por

primera vez en su vida sentía que debía hablar lo más francamente posible. Si comenzaba a poner excusas asustaría al chico, y eso era lo que menos quería en ese momento.

—¿Y que...? —Veros se cortó en medio de la pregunta. La expresión avergonzada de Veren le hizo comprender por qué Venali lo había retenido durante ese tiempo. Puso los brazos en jarras y miró al suelo. En su interior, si quedaba un mínimo resquicio de esperanza por que su hermano fuese diferente, por que fuese como él, se esfumó.

Veren supo que había tomado la decisión equivocada al ver su reacción. Había callado durante tanto tiempo sobre aquel tema que ahora cualquier forma de abordarlo sería funesta.

—Es repugnante —volvió a hablar Veros entre dientes. Veren dio unos pasos hacia él, intentando desterrar aquella acuciante sensación de rechazo, pero su hermano, al verlo venir, se retiró deprisa—. ¡Tú eres repugnante! ¡Eres como ellas!

Veren se quedó de pie, allí plantado, con la pena pintada en el rostro. La expresión de Veros era colérica, sus palabras se extendieron sobre él como un veneno untoso y letal. Ahora sí, Veren supo que su relación era insalvable. No pudo seguir soportando ser el blanco de sus desprecios, así que despacio, intentado aparentar indiferencia, esa indiferencia que lo había salvado del resto del mundo, salió del patio.

Veros le miró caminar. Que se alejara era un gran alivio.

Al abrir la puerta, frente a Veren apareció Tzar. Ella y la troll se deslizaron entre la madera y el enorme elfo de sol hasta el exterior. La vio pasar, pero no ralentizó el paso, necesitaba salir de allí, alejarse de todo. Ella ni siquiera le saludó, y suspiró aliviada cuando él no le dirigió ni una mirada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Veros, sorprendido y furioso. Jetta se encogió un poco y se puso detrás de la chica. Ella, aguantándole la mirada por primera vez en muchos días, se irguió.

—Ayudo a Jetta —respondió digna.

El elfo reaccionó de inmediato. A grandes zancadas fue hasta ella y de un manotazo tiró el fardo que llevaba en brazos al suelo. Tzar abrió la boca, airada, sorprendida por lo que Veros había hecho, pero él no la dejó contestar.

—No quiero que estés aquí fuera.

De nuevo, la elfa intentó replicar, pero Veros no le dio tregua. La agarró

por el brazo con fuerza y la obligó a volver al interior del edificio. Ella estuvo intentando zafarse de su garra férrea durante todo el trayecto hasta el dormitorio que compartía con su amo. En cuanto estuvieron dentro y la puerta se cerró, Veros aflojó la presión de su mano, y pudo liberarse de él sacudiendo el brazo.

—¿Qué crees que haces?! —le reprochó. Estaba furiosa. Él la miraba altivo, en silencio, y no pudo evitar evocar la imagen de Veren abrazándola en el templo—. ¡No soy de tu propiedad! ¡No puedes decirme qué hacer o qué no hacer!

—Yo no hago eso —respondió Veros hablando bajo. Se fue desinflando con lentitud y las imágenes de Veren en el templo se diluyeron en la mente de Tzar—. Tan solo quería protegerte. Estar ahí fuera con ellos es peligroso.

Tzar lo comprendía. Aun así, no quiso dar el brazo a torcer. Aún había algo que la obligaba a rechazarle. Ella intentó de nuevo esquivar su mirada.

Veros parpadeó un par de veces, y después miró hacia el balcón. Se sentía más solo que nunca. Echaba de menos la vida que hasta entonces había tenido con Tzar, su amor y su cariño, pero no era él quien iba a decírselo para recibir más desaires. De nuevo, intentado esquivar la situación, salió a tomar algo de aire a la pequeña terraza.

El sol comenzaba a esconderse tras los edificios de Arëmen, languideciendo poco a poco. Los intrincados tatuajes de Veros, que estaba sentado en el suelo del balcón, brillaban mortecinos, absorbiendo los últimos rayos de la tarde. Aun así, aquellas líneas doradas refulgían y contorneaban su cuerpo haciéndolo más hermoso. Tzar se acercó a la puerta del balcón y lo observó con detenimiento. Por fuera él seguía igual, pero por dentro algo había cambiado. La faz de Veros, antes siempre sonriente y risueña, era ahora una máscara de tristeza. Era evidente que él trataba de mantenerse fuerte, pero aquellas ojeras y la boca ligeramente crispada indicaban a Tzar que había perdido parte de su alegría aquel día en el templo. Sin saber por qué, pensó en Veren, en cómo lo había visto aquella primera noche hacía ya mucho, y en que había tenido el mismo brillo de angustia en sus ojos color hielo. Por un momento, supo que era posible que Veren no hubiese sido siempre así, que fuese el resultado de una triste vida de abusos. Ahora lo veía reflejado en Veros. Si aún lo amaba, no dejaría que acabase olvidándose a sí mismo y volviéndose huraño. Tranquila, se sentó en el suelo de la terraza junto a él.

—No podemos dejar que esto nos destruya —dijo ella en tono pausado.

Mientras hablaba se abrazó al brazo de Veros, fuerte y musculado. Él la miró de reojo y asintió mordiéndose los labios. Ella acababa de poner voz a su mayor miedo de aquella forma tan sencilla. Así era Tzar, cabezota en ocasiones, pero analítica, natural y, sobre todo, resolutiva.

—*Gi melin* —susurró Tzar mirándole a los ojos. Veros le devolvió la mirada y sonrió levemente, ella en raras ocasiones le había hablado en su idioma. La elfa volvió a ver un atisbo del Veros de antaño bajo toda aquella desdicha que lo sepultaba.

—¿Qué significa? —preguntó, curioso. No dejó de sonreír y mirarla.

Ella buscó en su cabeza palabras en el idioma de los elfos de sol que pudiesen ajustarse a lo que acababa de pronunciar, pero no las encontró. No sabía que no existían.

Tzar negó con la cabeza, y se separó un poco de él. No le soltó el brazo, pero se llevó la mano que tenía libre al corazón, sin dejar de mirarle, pausadamente, la llevó después al pecho de este, situándola en el mismo sitio. Veros comprendió al instante y sonrió ampliamente.

No, no dejaría que aquello les destruyese. Ella le devolvía la sonrisa, más recatada, y seguía tocándole en el pecho. Él liberó su brazo para pasárselo por la espalda y atraerla hacia sí en un fuerte abrazo. Ella le colocó las manos en el cuello pero no dejó de clavarle la mirada. Veros se veía a sí mismo en aquellos ojos color hoja y se sentía reconfortado por primera vez en muchos días. Poco a poco, para no causar el rechazo de Tzar, la besó en los labios y, para su sorpresa, ella le devolvió el beso con mayor vehemencia.

Sin que él tuviese la menor idea, Lyre había seguido el consejo que Veren le había dado hacía ya más de diez años.

«Retenlo. Deja que suba el precio».

Desde el día siguiente a la iniciación había comenzado a recibir propuestas por la ofrenda de su hijo pequeño. La oferta que tuvo que cubrir Veren era una ridiculez comparada con lo que llegaban a ofrecer después de los bautismos. La matrona Kelsalor tuvo miedo de aceptar demasiado pronto y que aquello le hiciese perder cuantiosas ganancias en el futuro. Además, por comprobar qué pasaría, había retenido también las ofrendas de Veren, y estas habían comenzado a subir como la espuma. Incluso alguien había tenido el descaro de hacer una proposición para pasar tiempo con los dos a la vez, pero viendo la actual puja solo por uno de sus hijos, Lyre consideraba que aquel precio, de momento, no estaba al alcance de nadie en Arëmen. Aunque sería una buena baza para jugar en el futuro, en el improbable caso de que la familia tuviese alguna necesidad inesperada. Por el contrario, sus hijas comenzaban a desesperarse. No entendían muy bien por qué Lyre no aceptaba de una vez por todas y lo ponía en la rueda de adoración. A su inexperto juicio estaban desperdiciando el ganar una buena suma de oro. Ella siempre les decía lo mismo, «pronto», y ellas tenían que aceptar a regañadientes. No les quedaba ninguna otra opción que obedecer a su madre. Al fin y al cabo, era quien llevaba las riendas de la casa, y siempre había tenido buen criterio.

Desde el día en que Veros encontró a Tzar en el patio, y después de su posterior charla, las cosas habían vuelto a encauzarse entre ellos dos. Fueron retomando la familiaridad progresivamente y volvían a relacionarse como antes. Una noche, ya en la cama, Tzar pidió a Veros que le contase todo lo que recordaba del templo. Al principio él rechazó la idea, pero ella le aseguró que hablar le ayudaría. Comenzó tímido, se sentía avergonzado y además pensaba que si ella llegaba a conocer todo en detalle le repudiaría. No fue así. Muy al contrario, aquello afianzó aún más su relación. Ahora ya no había secretos entre ellos, no había nadie sobre la faz de la tierra que supiese más el uno del otro, tanto por dentro como por fuera. Estuvieron charlando hasta el alba, Tzar también contó a Veros todo lo que recordaba, incluyendo las dudas sobre

Veren, a las que Veros se enfrentó apretando la mandíbula por la ira. Ambos concluyeron que no podían estar seguros de nada, pero que no bajarían la guardia. Un par de días después de aquellas confesiones también retomaron la rutina de amarse siempre que tenían ocasión. Al principio les costó, pero, poco a poco, reencontraron el placer de unir sus cuerpos. En el momento que su relación volvió a la normalidad, los dos comenzaron a sanar las heridas que les había dejado la iniciación.

Veros ya no salía nunca de su habitación. No podía soportar encontrarse con sus hermanas, pero su peor temor era volver a enfrentarse a su hermano. Lo había amado en demasía, y cuando había caído el velo, la decepción y la pena lo habían golpeado tan fuerte que aquellos sentimientos se habían tornado en odio y asco. Llegaría el día en que podría enfrentarse al hielo de su mirada, pero Veros confiaba en que fuese más tarde que pronto. Por las mañanas había comenzado a practicar algunos movimientos de lucha por su cuenta. El dormitorio era espacioso, y moviendo algunos muebles daba lugar a practicar sin ninguna estrechez. Al principio, Tzar lo había observado curiosa, pero pronto acabó pidiendo a Veros que la enseñase a ella también. Él aceptó sin reservas. Practicaban esgrima y también lucha cuerpo a cuerpo, Veros era un maestro paciente y ella aprendía rápido. Se entregaban al máximo en el aprendizaje, pero al final siempre acababan cediendo al cariño y al calor y normalmente acababan las lecciones antes de hora enredados el uno con el otro sobre el lecho o el suelo.

Una tarde, poco después de mediodía, los dos estaban enfrascados en una serie de golpes con los antebrazos. Tzar no conseguía coger el ritmo, y siempre acababa recibiendo golpes en las costillas en lugar de pararlos. Frotándose los costados, ella reía.

—Eres mucho más fuerte que yo —reprochó a Veros que, sudado por el esfuerzo, le sonreía mostrándole aquella hilera de dientes blancos y perfectos—. No es justo.

—Tú eres más rápida —dijo él intentado recuperar el aire—. Deberías aprovechar eso en lugar de ser tan cabezota y centrarte en la fuerza.

Tzar le hizo una mueca burlona, pero a pesar del escarnio, sabía que tenía razón. Él alzó los puños, cubriéndose la cara, y le hizo un gesto a la chica para que volviese a empezar con el ejercicio. Ella, suspirando, volvió a la carga. Aquello la divertía sobremanera, y sospechaba que Veros también lo disfrutaba mucho. De nuevo, volvió a lanzarle golpes tal y como él le había

enseñado, dejando la muñeca laxa pero no tanto como para descontrolar el objetivo. Veros, de nuevo, movió los codos hacia fuera una y otra vez, y la esquivó sin problemas. Tzar comenzó a reír y a golpear sin ton ni son, Veros rio también. De nuevo había fallado. Ambos comenzaban a estar cansados, y él pensó que podrían dedicar la tarde a otros asuntos. Rodeándola con el brazo derecho, la tomó por la mano con la siniestra, y con un movimiento hábil la obligó a ponerse de espaldas a él. Tzar supo al instante lo que él quería. El entrenamiento había acabado por hoy. Sin dejar de sonreír, se apretó contra Veros, poniéndose de puntillas y apoyando la cabeza en su pecho buscó su cuello con los labios. Él se encogió un poco, pero no se retiró. Bajó la cabeza y comenzó a besar el hombro de Tzar.

—Tienes el centro de gravedad alto —dijo Veren, pillando a ambos de improviso. Con aquel jueguito habían quedado de espaldas a la puerta, y ninguno de los dos había oído al Primer Anar entrar en la habitación. Ahora los miraba a ambos a pocos pasos de distancia—. Tienes que flexionar las rodillas.

—¿Qué...? —comenzó a decir Veros mientras su rostro se tornaba más y más sombrío. Ver a Veren allí y en aquel momento era lo que menos esperaba.

Tzar se fue escondiendo detrás del alto y espigado cuerpo de Veros. No quería tener que cruzar miradas con Veren.

—Digo que tiene la cintura alta y las piernas largas, eso la desequilibra —explicó Veren tranquilo, señalando a la chica detrás de su hermano. Parecía pasar por alto el cambio de actitud en Veros, o al menos lo intentaba—. Si no flexiona las piernas no se adaptará al ritmo jamás.

—No —resopló Veros impaciente—. Me refería a qué haces aquí.

Tzar salió de su escondite y fue directamente al balcón, a salvo de Veren. Él la vio correr a saltos, y de nuevo sintió aquella ternura inexplicable. Veros se dio cuenta de cómo la seguía con la mirada y rechinó los dientes.

—Bueno, ¿qué? —volvió a preguntar el hermano pequeño.

Veren lo miró de nuevo. Estuvo unos segundos de pie frente a él. Se alegraba sinceramente de volver a verle, pero su gesto de enfado le ponía en alerta. No dejaría que volviese a herirlo, no lo merecía.

—¿Qué tal estás? —preguntó de sopetón. Se aclaró la garganta antes de hablar, quería asegurarse de que no le temblaría la voz.

—¿Qué quieres ahora, Veren? —espetó Veros impertinente.

Antes de llegar a la habitación Veren pensó que era posible que su hermano pudiese perdonarle, que volviesen a hablar como antes y que todo se arreglase entre ellos. Frunciendo el ceño fue consciente de que aquellas eran cosas del pasado que no volverían jamás. Sintió una punzada en el pecho. Asustado, pensó que se le iba a parar el corazón. Aun así, se contuvo. Veren siempre se contenía. Soberbio, habló de nuevo:

—Lyre quiere verte en la terraza —dijo y, sin más, le dio la espalda y se dirigió a la puerta—. Ahora.

Lyre estaba ufana. Por fin había recibido una oferta digna de su hijo menor, la había aceptado despreciativa, pero sabía que era un excelente precio de partida. Además, consideraba que era el momento idóneo. Veros parecía haber recuperado el ánimo tras la iniciación, así que confiaba en que daría pocos problemas.

—Hoy saldrás a hacer tu primera ofrenda. —Lyre intentó hablar quitando importancia al tema. Veros la miraba de pie en la terraza, Veren estaba a su lado—. Si tienes alguna duda puedes preguntar a Veren.

Veros no reprimió una risita sarcástica. Veren se sintió herido y apretó los puños. En ningún momento se miraron. Lyre se sintió satisfecha al ser testigo de la renovada tensión entre sus dos hijos varones.

—No iré. —Aún no sabía bien qué era aquello de las ofrendas, pero después de lo que había vivido en el templo se hacía una pequeña idea. No pensaba ceder a las pérfidas pretensiones de Lyre.

—No irás. —Lyre repitió la afirmación de Veros mirándole fijamente. No había enfado en su voz, y aquello era para ambos hermanos mucho más perturbador que si hubiese comenzado a gritarles. Lyre asintió pensativa y continuó hablando—. La de Kodan es una madre respetuosa y sensata. No correrás ningún peligro. Además, ha pagado una buena suma por ti. Sería una grosería decirle que no ahora.

—He dicho que no. —Veros habló entre dientes. En un gesto inconsciente plantó bien los dos pies sobre el suelo, abriendo un poco las piernas, y apretó los puños que le caían a ambos lados del cuerpo.

Veren lo miró preocupado temiendo que cometiese una estupidez. Lyre no se dejó amilanar. Aunque sabía que si Veros se desataba ella tendría las de perder, pero aún se consideraba en un escalafón por encima de él.

Aparentando tranquilidad se acercó hasta él y le puso ambas manos en el pecho. Veros respiraba contenido, en tensión. Ella podía notarlo.

—Bueno, si no quieres ir, pues no vayas —dijo en voz baja y melosa. Veros era mucho más alto que ella, y le obligaba a echar la cabeza un poco hacia atrás para poder mirarlo directamente a los ojos—. Pero si no obedeces perderás algunos privilegios. —Consciente de que lo que iba a decir podía causar una explosión se alejó un poco de Veros, dándole la espalda. Serena continuó hablando—. Podría empezar por retirar a esa esclava de tu habitación. ¿Cuánto lleva ahí? Más de dos años ya.

Veros adelantó el cuerpo, dispuesto a presentar batalla. Veren lo tomó por el antebrazo. Lo miraba preocupado, deseando no tener que intervenir si su hermano pequeño cometía alguna estupidez. Veros le miró con asco y apartó el brazo liberándose del contacto. Lyre volvió a hablar. Sabía que debía retomar la situación a toda cosa.

—Podría dársela a los soldados. Están tan aburridos... Seguro que ella les divierte un poco. —De nuevo miró a Veros. Este tenía la cara roja por la ira—. O si sigues negándote —Fingió un gesto pensativo, como si estuviese buscando la palabra adecuada—, puedo mandar que la cocinen, quien sabe, es posible que algo tan exótico esté sabroso.

Veros comenzó a desinflarse. Por fantásticas que fuesen, sabía que las amenazas de Lyre eran reales. Mordiéndose los labios y pasándose la mano por el cabello, comenzó a sopesar sus opciones. Lyre caminó de nuevo hasta él y volvió a ponerse a escasos centímetros de su rostro. Habló en tono bajo, recalcando cada una de sus palabras.

—Inténtalo si quieres, pero no podrás protegerla siempre. No podrás si te sigues negando a cumplir con tu deber.

Veros pasó toda la tarde arreglándose. Había visto a Veren hacerlo infinidad de veces cuando era niño, y también se había arreglado para las fiestas de Lyre, así que no era nada nuevo. Tzar lo miró todo el rato, sentada en la cama con las piernas cruzadas, mientras él se movía por la habitación ocupado en cepillarse el pelo y acicalarse. Ya le había preguntado por enésima vez si no pensaba hacer nada al respecto.

—Tengo que ir —repitió Veros hastiado, también por enésima vez.

Tzar bufó enfadada. No entendía por qué no podía negarse. Le aterrorizaba

dormir sola, era la primera vez que lo haría estando en Arëmen, pero también le aterrorizaba lo que pudiese pasarle a Veros fuera de la casa. Siempre que había salido había ocurrido algo. En secreto, Veros sentía lo mismo, y ambos compartían miedos a pesar de que él intentaba mantenerse estoico.

Cuando comenzó a anochecer, Viessa fue a buscarlo. Él no podía mirarla directamente, y eso la divertía. Lo condujo hasta el patio delantero, la guardia lo esperaba para salir y, una vez allí, Venali y Vanya realizaron el breve ritual purificador con el incienso. Lyre fue a colocarle la capa roja de Anar sobre la cabeza, pero Veren salió al paso, pidiendo a su madre con la mirada que le dejase hacer a él. Veros, al verlo acercarse a él se tensó.

—Si quieres puedo darte un poco más de ese narcótico. —Veros se sorprendió cuando Veren le susurró la oferta al oído mientras fingía calarle la capa sobre el rostro.

El hermano mayor, a pesar de que era consciente de los sentimientos que provocaba en Veros, no podía rendirse tan fácilmente. Veros le miró atónito y airado para después empujarle a un lado con rabia, no sin antes susurrarle:

—No quiero nada de ti.

—Orios sigue enfadado con tu hermano —dijo la madre Kodan divertida, señalando a su hijo.

Veros había llegado a la mansión de la familia y había sido llevado a un salón abalconado. Le recordaba un poco a su casa, salvando las diferencias de tamaño y lujo. Aun así, era evidente que aquella familia era muy rica. Recordaba a aquel Anar del torneo, y pensó que no era extraño que siguiese enfadado, Veren por poco le cercenó la pierna con su kopesh dorado. Tanto Aial Kodan como Orios, su hijo, tenían los rasgos típicos de los isleños de Arëmen, pelo rubio y ojos azules, aun así, Veros pudo notar que tenían mucho que envidiar a la familia Kelsalor en cuanto al físico. La matrona Kodan era igual de alta que Lyre, pero su figura era mucho más estirada, de hombros anchos y cadera escasa. Tampoco tenía un rostro agraciado.

—Siempre que Veren viene a casa —continuó hablando Aial en tono cordial. Veros, al oír nombrar a su hermano mayor se tensó— dejó que Orios esté presente un rato y aprenda a ser un buen Anar. No hay otro como tu hermano.

Al decir aquello, el Anar de Kodan se revolvió nervioso. Era evidente que le fastidiaba. Veros frunció el ceño en cuanto ella comenzó a hablar de Veren. Estuvo tentado de replicar que él no era como su hermano, pero calló y reprimió su lengua. La madre Kodan se sabía la primera en recibir a Veros como ofrenda, y estaba dispuesta a disfrutarlo. Orios no le quitaba los ojos de encima. Veros lo miraba de reojo, ahora a él, ahora a la matrona. No sabía muy bien qué se esperaba de él, y la tensión lo estaba matando. Aial se acercó contoneando sus exigües caderas hasta Veros, llevaba en las manos una copa enjoyada que le ofreció mirándole a los ojos con lascivia.

—Bebe —ordenó, pero Veros se limitó a negar despacio con la cabeza. Aquel brebaje del templo había dejado un sabor amargo en su interior. No volvería a caer. Aial profirió una risotada, divertida ante su negativa, y se acercó más a él tomándolo por la nuca, obligándolo a beber—. He dicho que bebas.

Veros, suspirando, dejó de resistirse y acercó la boca al borde de la copa, mirando a la madre Kodan a los ojos con gesto desafiante. Lo que le había

ofrecido no era más que vino. A ella le divertía sobremanera aquella actitud soberbia. Sin saberlo, Veros estaba siguiendo al dedillo las actitudes de Veren, poniendo a Aial las cosas más difíciles si cabía, y a ella le encantaba. En cuanto Veros terminó de beber, Aial le limpió los labios con las yemas, restregando la boca de Veros, para después lamerse los restos de vino de los dedos. No dejó de mirarle con aquellos ojos libidinosos. Veros tragó saliva. El motivo de la visita comenzaba a aclararse. La matrona fue entonces hacia la mesa donde estaban los licores y dejó el vino. Se volvió de nuevo hacia Veros, apoyando las dos manos sobre la tabla. El vestido de seda que llevaba se le pegaba al cuerpo marcando su figura. A pesar de que ella lo intentaba, a él no le resultó sensual en ningún momento. Lo estudiaba, mirándolo de arriba abajo y Veros se sentía incómodo y desprotegido ante ella.

—¿Estás nervioso? —preguntó Aial.

—No. —La voz de veros sonó clara y segura, pero lo cierto era que la angustia y los nervios lo carcomían de forma caníbal. Aial, al oír su respuesta volvió a reír.

—Desde luego —dijo entre risas—, Lyre ha hecho un trabajo fantástico con vosotros dos. Y no solo me refiero a los modales. Dime, ¿todo es tuyo?

Por un momento Veros no supo qué contestar. Miró a Orios, todavía de pie a cierta distancia de ellos, este esbozó una sonrisa cómplice con su madre. Con disimulo, el Anar de Kondan se pasó los dedos por la nariz y después por los pómulos. Veros miró entonces de nuevo a la matrona. El parecido físico entre los dos era evidente, pero era cierto también que las facciones del hijo eran más armoniosas que las de la madre. La nariz de él era recta y puntiaguda, y los pómulos bien definidos. En cambio, la nariz de la madre era chata y ancha, y los pómulos prominentes ensanchaban su rostro. Veros entendió entonces a qué se refería aquella elfa de sol.

—Todo lo que tengo es mío —respondió por fin irguiéndose. Madre e hijo se carcajearon al unísono. Ambos se estaban divirtiendo mucho a costa de la inocencia de Veros, a pesar de que él intentaba por todos los medios aparentar seguridad.

—Veamos si eso es cierto —respondió Aial pícaro. Se acercó hasta él y le quitó la capa roja de la cabeza. Con gestos lentos, mientras ambos se miraban fijamente, ella le acarició el torso, para de repente meter una de sus manos por la cinturilla de la falda y llevarla directamente a su entrepierna. Él dio un respingo al notar el contacto. De nuevo, madre e hijo se miraron y rieron

divertidos.

Después de unos minutos más de charla, Aial decidió llevar a Veros a sus aposentos. Lo guió de la mano por los intrincados pasillos de la casa. Durante todo el camino Veros estuvo controlando si viraban a derecha o izquierda, preparándose por si había que salir precipitadamente. Ya en el dormitorio, Aial volvió a servir más bebida, y esta vez Veros bebió gustoso. Pensó que lo iba a necesitar, y aunque jamás lo reconocería, lamentaba haber rechazado el último ofrecimiento de Veren. Ella no dejaba de escrutar cada uno de sus gestos con lúbrica curiosidad. Tranquila, llevó a Veros hasta el lecho, y él se quedó de pie, esperando de espaldas a la cama.

—Bueno, ¿qué? —dijo la matrona Kodan. Veros no sabía qué se suponía que tenía que hacer ahora, así que se limitó a encogerse de hombros.

Aial suspiró fingiendo hastío. Lo cierto era que aquella inocencia la cautivaba.

—Veren siempre sabe qué hay que hacer en cada momento —dijo rebufando con aquel tono fingido—. Me pregunto si habré pagado demasiado por ti.

—Yo no soy Veren —espetó. Con aquella nueva comparación con su hermano, tuvo suficiente. No pudo reprimirse.

Aial Kodan, satisfecha, asintió lentamente. Entonces fue hasta él y con ambas manos lo empujó con fuerza. Veros se dejó caer sobre el colchón, cuando la matrona se subió sobre él a horcajadas, con la lujuria pintada en el rostro. Cerró los ojos y deseó estar en casa.

Ya era de madrugada cuando cruzó el umbral del faro. Lyre, impaciente, lo esperaba a los pies de la escalera, agarrando con una mano la barandilla labrada la retorció sin cesar. Veren, aunque había pensado en ir a esperarle, acabó desechando la idea. No quería ser testigo de la caída a los avernos de su hermano.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó Lyre mirándole desde arriba. Veros, ojeroso y cubierto de nuevo con su capa roja, tenía el rostro descompuesto. Lentamente asintió. Al mirar a su madre, dos enormes lagrimones le cayeron rodando por las mejillas. Lyre suspiró aliviada al fin.

Veros estaba dentro de la bañera. Tzar la había llenado para él y con suavidad le frotaba la espalda. Ella sabía que para él el contacto era un alivio,

y a juzgar por el aspecto derrotado con el que había entrado en la habitación, iba a necesitar mucho de aquella cura. Ahora estaba dentro del agua, encogido, tenía las piernas dobladas y se abrazaba las espinillas, apoyando la cabeza sobre las rodillas. Cada vez que ella le ponía la mano sobre la espalda, Veros se estremecía un poco, aun así, se sentía reconfortado por la presencia de la chica. Tzar le instó a que hablase de lo que había sucedido, a pesar de que por como se comportaba él podía imaginar la escena, pero él se había negado. Su mayor temor era que ella descubriese todo aquel bochorno y acabase rechazándole. Estaba tan carcomido por la vergüenza que no entendía que aquello no pasaría nunca.

—No deberías haber ido —dijo ella con voz preocupada. No era un reproche, sino un lamento.

—No puedo negarme —susurró él. Miraba a un punto indefinido en la nada, y sus ojos lacrimosos no habían estado secos desde que encontró a Lyre en la escalera.

—Me pregunto qué clase de madre obliga a sus hijos a algo como esto —refunfuñó Tzar.

—¿Qué hacen las madres en tu tierra? —preguntó Veros con un hilo de voz.

—Cuidan de sus hijos —respondió Tzar, aunque al pensar en su madre carraspeó un poco—. O al menos la mayoría lo hacen.

—Me hubiese gustado nacer allí —dijo Veros, de nuevo con aquel tono apagado.

Tzar comenzó de nuevo a sentir morriña de su hogar. Había aceptado que jamás podría volver, pero aquello que les estaba pasando, sobre todo a Veros, no era justo, y estaba convencida de que en Ocrera no hubiese ocurrido jamás.

—Tzar —volvió a hablar Veros después de unos minutos en silencio—, el día que escapaste al puerto, ¿qué pretendías?

—Quería volver a casa —habló en voz baja, haciendo un gran esfuerzo por reprimir las lágrimas. Veros asintió despacio aún mirando aquel punto indefinido—. Pero Veren me hizo entender que era imposible. Estamos atrapados aquí.

Con el tiempo había entendido el mensaje y las palabras. Veros de nuevo quedó callado. Una idea germinaba en su interior.

—Cuando era niño —comenzó a decir con algo más de fuerza en el tono—, solía pensar que Veren lo sabía todo.

Se incorporó y Tzar se echó un poco hacia atrás. Lo miraba curiosa y preocupada. Él dejó de abrazarse y aún dentro del agua se acercó hacia ella, apoyando las dos manos en el borde de la bañera. Un poco del agua caliente se derramó por el suelo, él se había movido con urgencia.

—¿Qué pasaría si no estuviésemos atrapados? —dijo recobrando toda su fuerza, mirándola con fijeza. Tzar no sabía a qué se refería, pero de nuevo veía aquel destello de demencia en los ojos color cielo de Veros y comenzó a asustarse—. ¿Qué pasaría si sí pudiésemos salir de Arëmen?

En el Abismo de Calnora no había tiempos establecidos. En aquella porción de infierno sobre el agua, no existía ninguna regla. Lo que pasaba, pasaba sin más, y por lo habitual tenía mal final. Aun así, había escasos días de calma en el estrecho. No eran frecuentes, ni tampoco fáciles, pero existían. No había una fecha determinada, dependía de la calidez del viento, la frialdad del agua y la densidad de las nubes. Cuando aquellos tres factores eran los adecuados, el Calnora dormía durante unos pocos días. Cada ocho o nueve años, quizás diez, los marinos a ambas orillas del Carley miraban expectantes los cielos lejanos en busca de las señales que les anunciaran aquel descanso. Veros no sabía identificarlas, pero sí recordaba que hacía mucho que no llegaban barcos de Ocrera ávidos de comercio, la última vez que había oído hablar de aquellos barcos él era un niño, así que ya no podía faltar demasiado. En cuanto contó a Tzar que tenían una mínima oportunidad, ella aceptó sin pestañear cualquier plan que él fuese a proponer. Si había una posibilidad, por pequeña y descabellada que fuese, tenían que intentarlo.

—¿Y qué pasa si no me aceptan?

Habían estado horas discurriendo cómo y cuándo podrían marcharse atravesando el Abismo. A Veros aquella charla le había sentado bien, tenía mucho mejor aspecto e incluso había comido algo. Ambos estaban decididos, pero largo rato después, ya en la cama y en la habitación en penumbra, Veros habló por lo bajo materializando uno de sus muchos miedos. Tzar no se sorprendía de que la nueva vida en el continente le asustase.

—Lo harán —dijo ella decidida. No lo decía solo por tranquilizarle, de verdad sentía que si eran capaces de llegar a Miraren juntos, los suyos acogerían al elfo de sol sin reservas—. Si vienes conmigo, te aceptarán. No eres muy diferente de nosotros.

En cuanto ella hubo dicho las últimas palabras, él se incorporó un poco sobre el colchón, tumbándose de lado, apoyando el codo para poder mirarla desde arriba. Tenía aquella expresión pícara, tan propia de él. Ella rió porque sabía lo que estaba pensando. Apenas le había hablado de su tierra, ni siquiera le había dicho que su padre era un rey, o que se esperaba de ella que lo fuese algún día. Entendió que en ese momento Veros pensaba que todos los elfos de

Ocrera eran más o menos como Tzar.

—Bueno, un poco diferente sí eres —dijo sonriendo, para después volver a ponerse seria. Si iban a hacer aquello debían estar ambos convencidos—. ¿Te estás echando atrás ahora?

Él negó con vehemencia y ella suspiró aliviada. No habló más, no podía negar que la idea del plan le había venido en un acceso de locura, y que quizás estuviesen poniéndose en riesgo de más. Aun así, ya estaba dicho. Ahora no se echaría atrás. No solo por no parecer un cobarde, también porque estaba convencido de que ambos merecían algo mejor. Suspirando, se arrellanó contra el hombro de Tzar, que no había dejado de mirarlo fijamente en ningún momento. Buscando consuelo, la abrazó y la tomó como almohada. Ella le pasó la mano por el cabello y le besó la cabeza. Pasase lo que pasase, debían marcharse de Arëmen, ahora estaban allí solos, y de todas formas sus vidas corrían peligro. Daba igual si perecían ahogados en el mar o a manos de Lyre, fuese como fuese, lo harían juntos.

—¿Que queréis qué?! —se escandalizó Jetta cuando le contaron su idea de la fuga.

Veros hizo un gesto apremiante con las manos, si la troll se ponía a gritar se enteraría toda la casa. No confiaba en la propuesta de Tzar de meterla en aquello, pero era cierto que la necesitaban. Habían pasado un par de días discutiendo la mejor forma de organizar todo, y habían llegado a la conclusión de que ellos dos solos no podrían hacerlo sin ayuda de nadie. Veros no podía salir del faro sin escolta, y Tzar simplemente no podía salir. Pero Jetta tenía cierta libertad de movimientos. Además, para Tzar aquella troll de piel azul era su única amiga allí y no estaba dispuesta a dejarla atrás. No había discusión posible. Tras el impacto inicial, Jetta comenzó a sopesar lo que significaría ser libre por una vez en la vida, y en silencio y con aquella tentación sobre su cabeza escuchó la idea de Veros. No era tan mala, podía hacerse. Pensativa, miró a los dos muchachos durante largos segundos. Quería a Tzar, pero aún no confiaba del todo en el joven amo. Era cierto que no la había tratado jamás como lo habían hecho las otras amas y que tenía aquel trato particular con la elfa morena, pero no dejaba de ser un elfo de sol. Cuando por fin accedió, Veros y Tzar la abrazaron al unísono, y ella miró al cielo preguntándose en qué loca y peligrosa aventura se estaría metiendo.

Había pasado casi una semana desde que ejerció de ofrenda para la matrona Kodan, y Veros parecía haberse recompuesto bastante. Tzar, aliviada, envidió la sorprendente resiliencia de él. Estaba convencida de que si algo así le sucediese acabaría volviéndose loca. Veros no había tenido que volver a salir en una de aquellas visitas, el precio había subido tanto para los dos Anar de la casa Kelsalor que su trabajo como ofrendas se había reducido significativamente. Aunque no lo sabían, tanto Veren como Veros daban las gracias en secreto a Lyre por su voraz talento especulativo.

Tzar y Veros habían cenado hacía rato y, en voz baja, hablaban animosos sentados alrededor de la mesita baja.

La puerta del dormitorio se abrió sin previo aviso.

Ambos, fastidiados, esperaron ver la enorme figura de Veren entrando a la habitación, pero pronto se sorprendieron al comprobar que en realidad se trataba de Vanya. Ella entró segura de sí misma, contoneándose. Tzar la miró con severidad. En secreto, seguía envidiando la hermosura y la figura de las mujeres Kelsalor. La tercera hermana llevaba un atuendo curioso. Se había amarrado un pañuelo azulado al busto, cruzándolo en equis a la altura del cuello, resaltando así las curvas del pecho. Llevaba una falda del mismo color apoyada casi en los huesos de la cadera que se abría a cada paso dejando a la vista sus esbeltas piernas. Tzar y Veros se miraron extrañados sin saber qué esperar. Veros no la había vuelto a ver desde el día posterior a la iniciación, cuando tampoco le prestó mucha atención, y ahora, al verla caminar sensual y felina por el dormitorio, enrollando un mechón de cabello en uno de sus dedos de forma distraída, no pudo más que ruborizarse, ya que las imágenes de ella cimbreadas en frenesí sobre él bajo la tenue luz del templo le golpearon como un relámpago. Avergonzado, apartó la mirada.

—Hermano... —dijo Vanya melosa. Veros tuvo la amarga certeza de lo que aquella arpía venía buscando.

Se acercó hasta donde estaban los chicos sentados y, de rodillas, se puso entre ellos. Él se quedó quieto, esperando lo peor. No podía mirar a su hermana a los ojos. Vanya, resuelta, le puso una mano en el rostro y le obligó a mirarla. En cuanto los ojos azules de ambos se encontraron, ella sonrió y él apretó la mandíbula. Poco a poco, fue acercando su rostro al de él, buscando sus labios con la boca entreabierta, pero cuando estuvo a pocos centímetros, algo la obligó a echarse hacia atrás violentamente. Tzar la había agarrado por el pañuelo anudado al cuello y la había forzado a retroceder. Vanya la miró

furiosa. Tzar no se achantó, se irguió, pequeña como era, plantando cara a la elfa de sol con rostro decidido. Vanya la miró divertida y le dio la espalda, acercándose de nuevo a su hermano. Esta vez Tzar no tuvo tanta delicadeza, directamente la agarró por la cabellera y la obligó a separarse de Veros otra vez. La reacción de Vanya no se hizo de esperar. Aún no le había liberado Tzar el cabello cuando levantó la mano derecha y propinó un sonoro bofetón a la elfa, que cayó a un lado sobre los almohadones. Veros, en un acto reflejo puso una rodilla en tierra e incorporándose agarró a Vanya por los hombros. Hundía los dedos en la carne de su hermana, seguro de que ella mañana tendría moratones allí, pero en lugar de disuadirla aquello pareció excitarla más. Él destilaba odio por cada poro de su piel.

—Puede quedarse o marcharse, a mí me da igual. —Vanya habló desafiante a pesar de la tensión, ella encontraba el lado divertido a aquella situación, y Lyre las había puesto sobre aviso acerca del carácter y las preferencias de Veros—. Pero recuerda lo que dijo madre acerca de tus privilegios y tus obligaciones.

Veros mudó el gesto. Enarcó las cejas contrariado, sopesando cada una de las palabras que había dicho su hermana sin dejar de mirarla fijamente. Tras unos segundos de silencio que a Tzar le parecieron eternos, Veros habló:

—Sal —dijo con un hilo de voz.

—Pero... —Ella no podía creer lo que estaba oyendo. ¿Acaso no sabía ya lo que Vanya quería? ¿Cómo podía aceptarlo? Tzar no lo entendía, y no se movió ni un ápice.

—Sal —volvió a ordenar Veros, esta vez severo y mirándola directamente.

Veren huía de la habitación de Venali, una vez más. Casi echaba de menos sus salidas como ofrenda en comparación al calvario que su hermana le estaba haciendo pasar. Si no cejaba en su empeño de acapararle tendría que hablar seriamente con Lyre. La situación se estaba volviendo insostenible para el Primer Anar.

Al doblar la curva del pasillo la vio.

En cuanto comprendió que aquel bulto en el suelo era Tzar, su corazón comenzó a latir desbocado. No la había visto en más de quince días. A menudo se había descubierto pensando en ella, sobre todo cuando tenía que intimar con Venali, poco a poco y de forma inconsciente la había convertido en un

particular salvavidas. Incluso reconocería que la había echado de menos. Nunca había llegado a comprender qué era lo que la había impulsado a apartarse de él en el templo, pero después de que la relación con su hermano hubiese quedado destruida, él no había tenido oportunidad de hablar con la elfa de Ocrera y averiguarlo. Apretando el paso, fue hasta ella. La chica estaba sentada en el suelo, junto a la puerta de la habitación de Veros, se abrazaba las piernas con la frente apoyada en las rodillas y lloraba desconsolada en silencio. Veren suspiró y se agachó junto a ella. Alargó la mano para tocarla, para hacerle saber que estaba allí y también para calmar el fuego que ardía en su interior, acariciarle el cabello y sentir de nuevo aquel sosiego. Pero al extender la mano, ella levantó la cabeza y le miró con los ojos verdes anegados de lágrimas. Al verle dejó de llorar. Tzar sabía que el momento en el que debía enfrentarse a Veren llegaría tarde o temprano, pero en secreto había deseado conseguir marcharse de la isla sin volverle a ver. Ahora lo tenía delante, mirándole con creciente preocupación, y no sabía si abrazarlo o lanzarle una patada. Él, sometiendo sus sentimientos en un esfuerzo titánico, retiró la mano y esperó a que ella hablase. Tzar no dijo nada, tan solo se quedó mirándole, recordando de nuevo al enorme elfo tirando de ella mientras la agarraba de la mano en el templo. Veren, por fin, cedió a la presión del hermoso rostro de ella, a pesar del llanto, e intentando esquivar sus ojos esmeralda miró a un lado y otro del pasillo. Entendió que la chica estaba sola allí fuera.

—¿Qué ha pasado? —El Anar habló con fingido tono calmado.

Tzar, cerrando los ojos y volviendo a llorar, negó con la cabeza. Se mordía los labios, una angustia evidente la estaba aplastando. Veren, por un momento, pensó que algo le había ocurrido a su hermano pequeño, pero se recordó a sí mismo que aquello ya no era de su incumbencia. Suspiró y miró al suelo intentando ordenar sus pensamientos, era difícil teniendo a la chica de nuevo tan cerca. Por un segundo deseó que aquellos dos hubiesen discutido y Veros hubiese desterrado a Tzar de sus aposentos. Eso al menos le daría una oportunidad. Mordiéndose los labios y cerrando los ojos, se recriminó aquella debilidad. Necesitaba serenarse. En cuanto respiró un par de veces, tranquilizándose, comprendió qué era lo que podía estar pasando. Carraspeó para aclararse un poco la voz y que ella no notase su turbación.

—¿Quién es? —preguntó de nuevo con voz monótona. Tzar se puso una mano sobre la frente mientras apoyaba el codo en la rodilla y sollozó un par

de veces.

—Vanya —respondió Tzar en tono lastimero.

Él se mordió los labios de nuevo, disgustado negó. Por fin, lo que había estado intentando esquivar durante años, había sucedido. Sabía que era inevitable, como intentar meter toda el agua del Carley en una sola copa, pero eso no lo hacía menos doloroso. No solo por el hecho de que hubiese fracasado estrepitosamente, sino por la tortura que sabía que significaría para Veros. Por un momento, estuvo tentado de irrumpir en la habitación, agarrar a Vanya por el cuello y apretar hasta que quedase tan amoratada e inerte como el pequeño Meldor, y de nuevo tuvo que hacer un par de respiraciones para calmarse. Tzar no dejó de mirarlo. Pudo ver que su sufrimiento era sincero. De nuevo volvió a preguntarse si de verdad en el templo había pasado lo que ella creía, o todo había sido producto de su mente. Viendo a Veren allí, a sus pies, sopesando lo que podía estar pasando con Veros y aquel pequeño destello de tristeza en los ojos del elfo, era posible que hubiese estado confusa. Veren alzó de nuevo la mirada y se encontró de pleno con los ojos de Tzar. Inconscientemente se pasó la lengua por los labios en un gesto rápido. Ella se puso en guardia. De nuevo, Veren pensó que si no podía ayudar de su hermano cuidaría de la chica. Alargó la mano hacia ella, y habló:

—Ven conmigo —le pidió. No tenía ninguna intención más allá de resguardarla del resto de elfas Kelsalor y darle cobijo durante aquella noche. El pasillo no era un buen lugar para dormir—. No puedes...

El cuanto la rozó con los dedos, ella dejó de abrazarse las piernas para darle un empujón. Veren casi cayó al suelo de espaldas. Recobrando un poco el equilibrio, miró a Tzar contrariado. Ella parecía asustada, estaba de nuevo a la defensiva. La chica había malinterpretado sus intenciones, y sin saberlo, él había dado rienda suelta, de nuevo, a sus divagaciones sobre los abusos que había recibido en el templo.

—¿Pero qué...? —comenzó a preguntar. Por un momento se olvidó de toda contención, y sonó fastidiado y curioso. Era imposible entender a aquella muchacha. De nuevo, volvió a tenderle la mano para que se levantase y fuese al resguardo que él le ofrecía.

—Ni lo intentes —respondió ella en tono severo. Había dejado de llorar, y sus ojos color hierba traslucían verdadero desprecio.

—¿A ti también te doy asco? —Veren asintió iracundo. Por fin entendía

qué era lo que estaba pasando—. Perfecto, púdrete ahí. Veremos qué sentimientos te despierta tu querido Veros después de haber pasado una temporada como Anar.

De nuevo, haciendo un gran esfuerzo por controlarse, se levantó y dio la espalda a la chica, dejándola allí sola para marcharse a su habitación. Mientras se alejaba, podía sentir la mirada de ella clavándose en su espalda. Intentó cubrirse de indiferencia, a pesar de que la acuciante sensación de que ella podía leerle por dentro había vuelto. Estaba de nuevo seguro de que había visto lo que era en realidad, y era normal que lo despreciase.

Al fin el día llegó. Las lunas transcurrieron despacio, en ocasiones demasiado despacio para Veros. Aunque había contado con el apoyo constante de Tzar, cada vez que tenía que salir de la casa o atender a alguna de sus hermanas, sentía que perdía un poco de su ser. Las pesadillas volvieron, desgastándole tanto que había días en los que de no ser porque Tzar lo obligaba prefería quedarse en la cama mirando a la nada. Pronto se cumplirían los tres años desde que Tzar había naufragado con el Adrall. Ella no podía creer cuánto había cambiado su vida desde entonces. Su amor por Veros era más fuerte que nunca, juntos habían vivido buenos y malos momentos, y ambos se sentían capaces de soportar todo estando uno al lado del otro. Veros y Jetta confiaron a ciegas en la palabra de Tzar. Ella les había asegurado que al llegar a Ocrera, a Miraren, todos sus problemas habrían desaparecido, ya que la villanía de la sociedad de los elfos de sol habría quedado muy lejos. Jetta cumplió su cometido a la perfección, y los dos chicos no podían estar más agradecidos. Le debían la vida. La troll, en sus discretas salidas del faro, había conseguido encontrar un refugio seguro cerca del puerto de comercio, y además había ido escamoteando joyas y oro de la casa con ayuda de Veros y Tzar. Después de tanto tiempo, tendrían fortuna suficiente para pagarse el billete al continente. O al menos eso esperaban. Ahora ya estaba todo listo, y era difícil que pudiesen echarse atrás. El plan era sencillo: tras la diligente preparación de Jetta a las órdenes de Tzar tan solo quedaba salir del faro y encontrar el barco. Tzar sabía que ningún mercante se negaría a llevarlos por la suma adecuada. Con amargura, lo había comprobado en Carith, y aún seguía pagando por su estupidez. Tan solo tenían que salir del faro, verse en el refugio, buscar el barco, y marcharse de allí. Veros saldría primero. Lo haría temprano para no levantar sospechas, si Lyre aún dormía ningún guardia se atrevería a despertarla para preguntar nada. Tzar y Jetta saldrían a mediodía, la troll conocía una salida trasera que usaban las criadas en sus escauceos con los guardias, así que si alguien las veía allí tampoco preguntaría nada. Se reunirían en el asilo de la guarida que había preparado Jetta después de que ellas dos hubiesen buscado el transporte y en cuanto este zarpase, abandonarían Arëmen. A pesar de que todo estaba atado y bien atado, en cuanto la confirmación de que dentro de un par de días los barcos de Ocrera

llegarían a sus costas, los tres comenzaron a sentirse nerviosos. Debían actuar con cuidado.

Habían pasado ya más de cien días desde que Veren encontrase a Tzar en el pasillo durante aquella primera visita de Vanya a Veros, y desde entonces habían coincidido en aquel mismo lugar al menos una vez por semana. Aunque todavía había días en los que le costaba, había aprendido a vivir con la ausencia de Veros. Aún lo quería y sospechaba que siempre sería así, pero sus desprecios le habían dolido tanto que se había construido un nuevo escudo de indiferencia para parapetarse de sus constantes ataques y reproches. Apenas lo había visto desde entonces, siempre a lo lejos en las recepciones de Lyre o al otro lado de la terraza durante las reuniones de la familia. Él había seguido su rutina entrenando en el patio, pero Veros había rehecho su vida lejos de él. Lo sabía y le hería sobremanera, pero también intentaba consolarse pensando que quizás era mejor así. En cambio, con Tzar la cosa era diferente. Con ella sentía que había perdido todas y cada una de las batallas silenciosas que habían librado, aun así, tenía la extraña necesidad de que ella le aceptase, pero ella también le despreciaba. Aquella bruja, con su magia y su entrepierna, había alejado a su hermano pequeño de él. Veren intentaba culparla de todo lo que había pasado, engañándose a sí mismo para no quedar reducido a cenizas por el fuego de la culpabilidad.

—Date prisa... —urgía Tzar a Veros mientras ambos no dejaban de besarse y abrazarse—. Tienes que salir ya.

El día por fin había llegado. Si todo marchaba como debía, Veros, Tzar y Jetta abandonarían la isla al día siguiente como muy tarde.

—Solo uno más... —rogaba Veros, volviendo a besar a la chica en los labios con vehemencia.

Estaba ya preparado, con su capa de Anar sobre la cabeza, dispuesto a salir al exterior, fingiendo ir a una ofrenda. Despidiéndose, ambos con la preocupación pintada en el rostro, salió al pasillo dispuesto a interpretar su papel a la perfección. Dejar que las dos mujeres llegasen después hasta él, solas, le causaba preocupación, pero entendía que era la única forma.

El pasillo del gran faro estaba vacío. Era temprano se suponía que todos debían estar durmiendo. Caminó unos pasos, y al doblar la curva del corredor se encontró de frente con Veren. Salía del dormitorio de Venali, intentaba cerrar despacio, haciendo el mínimo ruido para que ella no despertase. Se sorprendió al ver a Veros listo para salir de la casa.

—¿A dónde vas? —preguntó de sopetón. Aquello era demasiado extraño como para mantenerse al margen.

—A alguna madre se le ha antojado por la mañana —respondió Veros seguro de sí mismo. Él y Tzar habían ensayado aquel discurso cientos de veces. Aun así, estaba nervioso, ya que no pensaba que fuese a tener esa conversación precisamente con Veren. Él no era un guardia estúpido.

Veren asintió lentamente, escrutando cada uno de los gestos de su hermano. Supo al momento que mentía.

—¿Lo sabe Lyre? —preguntó tranquilo. No sabía exactamente de qué se trataba todo aquello y no pudo desobedecer aquel instinto protector que tan fuerte había sido con su hermano pequeño.

—¡Claro que lo sabe! —espató Veros contrariado. Sabía que no podía engañar a Veren, en sus adentros rogaba ganar el tiempo suficiente para que todo saliese bien.

Veren no mudó el gesto, se quedó mirándole, intentando adivinar sus intenciones. Quiso preguntarle directamente, sintió una terrible nostalgia frente a la certeza de que en otro tiempo Veros le habría contado todo sin pestañear, esperando apoyo incondicional. Verlo ahora actuando a sus espaldas, rehuyéndole, hizo que aquella tormenta se desatase de nuevo en su interior.

—Ten cuidado —dijo en voz baja, en sus ojos se dibujó un cariño sincero y Veros, sobrecogido, estuvo a punto de echarse en sus brazos. No había esperado aquella reacción por parte de Veren. Pero no podía. No podía siquiera salir de allí con Tzar. Estaba seguro de que Veren sabía que ocultaba algo, pero no de qué era. Si lo hubiese sabido no habría hablado de aquella manera.

—Lo tendré —respondió Veros conteniendo la emoción.

Por primera vez en muchísimo tiempo, sonrió a su hermano mayor. No negaría que le habría gustado despedirse de él de otra forma, pero, bajo el criterio de Veros, Veren se había ganado aquel parco adiós a pulso. El pasillo pareció iluminarse un poco, Veren, ladeando la cabeza, suspiró y dedicó media sonrisa a su hermano, este pudo notar cómo el hielo en el corazón del Primer Anar se derretía un poco. Veren, emocionado, sintiéndose liviano por primera vez en varias lunas, le hizo un gesto con la cabeza a la vez que se mordía el labio inferior. Si Veros tenía que irse, a donde fuera que fuese, debía hacerlo ya. Este entendió a la perfección y se marchó, mientras caminaba giró

la cabeza sobre el hombro para verlo una última vez.

Veren dio media vuelta, dispuesto a volver a su dormitorio. Ignorante de lo que se avecinaba, pensó que quizás con el tiempo y tras aquel breve reencuentro podría recuperar la añorada complicidad con su hermano, esa que acaba de asomar tímida en el pasillo.

Las cocinas del gran faro de nuevo eran un hervidero. Un regimiento de sirvientas se afanaba en almacenar las viandas exóticas que habían comprado en el puerto. Los mercaderes de Ocrera habían llegado con las bodegas llenas, y se marcharían con los bolsillos repletos de oro bendecido por Arien'Glor. Tzar y Jetta disimulaban, hurtando algunos víveres de aquí y de allá. Solo lo necesario por si la salida se retrasaba. Para el resto de sirvientas, ver a Tzar ayudando a Jetta no era algo extraño, aunque no había estado con ellas cada día, sí era normal verla en las cocinas detrás de la troll, pero para Viessa y Vashti su presencia fue una sorpresa. Estaban ocupadas en organizar al personal y vigilar que todo se hiciese conforme a las órdenes de Lyre, así que decidieron que se divertirían a costa de la chica luego. Las cuatro hermanas Kelsalor habían estado ya con Veros muchas veces, y las reacciones dolidas de la chica nunca habían dejado de divertirlos. Tzar y Jetta, nerviosas, en cuanto hubieron preparado todo se dispusieron a tomar la salida del faro por la puerta pequeña.

En cuanto salieron al patio de atrás, ellas dos también se encontraron con Veren de frente. Tzar y él se miraron fijamente. En la cabeza del elfo no dejaba de revolotear la extraña idea de que aquello no era una casualidad. Veren, con los brazos en jarras, saludó a Tzar en silencio. Ella le devolvió el saludo con un movimiento de barbilla. Jetta, asustada y sabedora de que no había tiempo para aquello, la cogió por el brazo y la obligó a seguir adelante. Veren no dejó de mirarla mientras se alejaba hacia las dependencias de los soldados. La veía andar, casi desnuda, con aquel mínimo vestido blanco enrollándose en sus piernas a cada paso y deseaba ir hasta ella y arrancarle la tela de un tirón. Aún con los brazos en jarras se dio la vuelta hasta estar de espaldas a la puerta solo para poder seguir mirando el vaivén de las caderas de Tzar al caminar.

—Te estaba buscando —dijo Venali desde la puerta. Pero él no le hizo caso, siguió mirando a las dos esclavas alejarse. Venali, bufando molesta, se acercó hasta él. Cuando la tuvo al lado, él fue consciente de su presencia, y suspiró agobiado.

—¿A dónde van esas dos? —preguntó Venali airada. Veren se limitó a encogerse de hombros. Venali miró el rostro de su hermano, embelesado con la chica, y notó cómo su enfado iba en aumento—. Jetta debería estar en la cocina, y esa no sé dónde, pero desde luego no ahí.

Venali, celosa y fastidiada, comenzó a caminar a la zaga de las dos esclavas. Pensaba darles una buena reprimenda por estar fuera de su puesto.

Las dos amigas consiguieron llegar hasta la portezuela que las llevaría por intrincados pasillos hasta una calle trasera que desembocaba en la avenida. Por lo general, aquella salida era utilizada desde dentro de la casa, era imposible acceder desde la calle, y aunque alguien hubiese podido, debía estar lo suficientemente loco como para acabar en una habitación donde dormían por turnos más de cien soldados bien entrenados.

—Ya casi estamos —dijo Jetta en voz baja. Iban a conseguirlo. En unos minutos estarían fuera del faro. La troll puso la mano en el pomo, un pequeño gesto y todo habría salido a pedir de boca.

—¡Eh! ¡Vosotras dos! —La voz de Venlai las traspasó como un rayo.

Jetta cerró los ojos, con la mano todavía en el pomo, ahogándose bajo la viscosa certeza de que habían sido descubiertas. Tzar, como accionada por un resorte, se dio la vuelta, escondiendo a su espalda el bulto que tenía en las manos.

—¿Pero qué creéis que estáis haciendo?! —gritó de nuevo la primogénita Kelsalor. Tzar la miró, reprimiendo las ganas de llorar. Ella llegó hasta ellas dos, y dando un zarpazo arrancó el bulto que la elfa morena escondía a la espalda, con gestos azorados lo desenvolvió, para descubrir una capa y algunos víveres.

—No puedo creer que seáis tan estúpidas... —rezongó Venali divertida, tenía la malicia impresa en la cara. Tras inspeccionar el bulto y mirar a la puerta de salida, no había que ser muy avisado para averiguar qué era lo que pretendían aquellas dos esclavas.

Vanya entró azorada en la terraza. En cuanto hubo hablado, Lyre se levantó del diván hecha una furia.

—¿Qué quieres decir con que no está?! —gritó a su hija.

—Pues que Veros no está en su habitación —continuó hablando Vanya, la voz le temblaba—. Tampoco está en la casa, los guardias lo buscan, pero

parece ser que ha salido temprano y todavía no ha regresado.

Veren miró a Tzar y a la troll. Estaban de rodillas en el suelo de la terraza frente a Lyre, tras ser descubiertas por Venali, les habían amarrado las manos a la espalda y las habían llevado a la fuerza en presencia de la matrona. Él no podía creerlo, pero todo parecía indicar que aquellas dos pretendían escapar. De nuevo, todas las piezas volvieron a encajar en la metódica mente de Veren, y pudo adivinar qué era lo que estaba pasando. Recordó el encuentro con Veros en el pasillo, y se sintió furioso. No estaba seguro de si su hermano lo había manipulado para poder escapar, pero la sola idea lo trastornaba. Con los brazos cruzados sobre el pecho, miraba a aquella bruja enana de ojos verdes, de rodillas en el suelo, y de nuevo tenía deseos de acercarse hasta ella, pero esta vez para abofetearla con todas sus fuerzas. Por fin había conseguido nublar el poco sentido común de Veros y salirse con la suya. Ahora sería demasiado tarde para los dos. Lyre, rabiosa, fue hasta Tzar y la agarró por el cabello, la chica cerró los ojos por el dolor.

—Dime dónde está, y te juro que te daré una muerte poco dolorosa —susurró Lyre al oído de Tzar, su voz era una ponzoña. La chica, fuerte, la miró y apretó los labios. No diría una palabra. Lyre, al borde del colapso, sin soltarla del pelo, comenzó a propinarle bofetones con la mano libre. Tzar se encogía e intentaba escapar, pero la matrona la tenía bien agarrada por el pelo.

—¡Basta! —La voz de Jetta, profunda, desgarró toda tensión en la terraza del faro—. ¡Ella no sabe nada, yo iba a marcharme sola!

Lyre dejó de golpear a Tzar y la miró pensativa. Sopesó durante un momento que aquello pudiese ser cierto. En realidad, tenía la amarga esperanza de que la troll estuviese mintiendo, que su hijo menor fuese a traicionarla era algo que la descomponía.

—No sé dónde está el amo joven —arguyó entre sollozos Jetta. Tzar había sido el único ser sobre la tierra que la había tratado como a una igual, si las dos iban a morir, al menos intentaría devolverle aquel cariño con su vida—. Yo sola pretendía marcharme.

Tzar, aturdida por los golpes que le había dado Lyre, negó con la cabeza e intentó hablar, pero se notaba la cara hinchada y torpe.

—No... —susurró casi sin voz, pero no pasó inadvertida para Veren, quien no dejaba de mirarla mientras el resto de elfas se centraban en la troll.

—¿Tú sola ibas a marcharte? —preguntó Venali, quien no las tenía todas

consigo— ¿Ella qué hacía allí contigo?

—Solo despedirse —respondió Jetta acongojada. No podía dejar de llorar.

—¿Solo eso? —preguntó Lyre, sus ojos rebosantes de furia acribillaban a la esclava de piel azulada.

Jetta asintió con más vehemencia, y las elfas Kelsalor se incorporaron de nuevo, mirándose, llenas de dudas. Lyre caminó hasta el diván y se recostó en él. Pensativa, acarició con una mano el terciopelo rojo, preguntándose qué habría de verdad en aquella declaración. Tzar, moviéndose un poco se acercó a Jetta, de haber estado libres se habrían abrazado, pero tenían las manos atadas a la espalda, así que intentaron consolarse juntando los hombros mientras lloraban derrotadas. Lyre hizo un gesto con la cabeza a Venali, y esta actuó rápido. Al fin y al cabo, era más fácil creer la versión de la troll, y si Veros las había traicionado pronto lo sabrían. La primogénita de los Kelsalor se situó tras Jetta y apartó a Tzar de una patada. Le dio en las costillas con la fuerza suficiente para hacerla rodar por los suelos. Presta, la daga dorada apareció destellante en su mano. Tzar levantó la vista en el momento justo para ver cómo Venali degollaba a Jetta desde atrás. Gritó con todas sus fuerzas, pero las elfas de sol la ignoraron. Veren, con los músculos agarrotados, cerró los ojos con fuerza bajo la presión del lamento de la chica. En silencio rogó porque todo hubiese acabado ya. Lyre hizo otro gesto a Venali, y esta se dirigió hacia Tzar.

Veren supo, una vez más, lo que iba a pasar.

—¡No! —gritó justo cuando su hermana había apoyado la hoja dorada en el cuello de la esclava. Sus hermanas y su madre lo miraron sorprendidas. Él se quedó petrificado con los brazos extendidos. No sabía por qué había actuado de aquella forma. Desde luego, la chica se merecía un castigo, pero en cuanto supo que iba a suceder no pudo contenerse.

Lyre bufó airada. Más valía que Veren diese una buena explicación, y más valía también que fuese rápido.

—Si la matas, él no volverá. —Intentó recomponerse mientras hablaba y sonar convincente.

Venali soltó una risa cargada de ironía, pero Lyre estudió con cuidado las palabras del Anar. No se había equivocado en el pasado. Veren tenía buen juicio para aquellas cosas.

Los nervios de todos estaban a flor de piel. Un paso en falso y aquello les

costaría todo el poder y riquezas que habían acumulado durante años. Todo por el capricho de un niño mimado. Una vez más, Lyre sabía que debía actuar con diligencia.

—Haz que hable. Usa los medios necesarios —dijo Lyre severa a Venali.

Tzar lloraba rota por el dolor que le causaba la muerte de su amiga, se había dejado caer como un despojo a los pies de Venali.

—¿Qué pasa si se niega? —reepochó Venali.

—Entonces podrás hacer con ella lo que quieras.

Algo había salido mal. Veros estaba seguro de ello. En cuanto las dos esclavas no habían aparecido a la hora acordada, comenzó a preocuparse, pero ya cuando comenzó a anochecer, tenía la horrible certeza de que el plan no había ido como debía. Escondido en la casa que Jetta había alquilado a pie de puerto, miraba nervioso entre los postigos, deseando estar equivocado y verlas aparecer en cualquier momento. Pero no fue así. Miraba a los visitantes extraños que Arëmen recibía aquellos días: hombres, enanos, trolls, y se lamentó de no poder llegar a conocer sus tierras algún día.

La ropa ensangrentada de Tzar estaba tirada a los pies del diván. Lyre la miraba intentando ordenar sus pensamientos. Sabía que si Veros no daba señales de vida tendrían que salir a buscarlo antes de que se cerrase el Calnora. Había llegado a las mismas deducciones que Veren, ya que la elfa de Ocrera no había dicho ni una palabra. Y eso que Venali se había entregado a fondo. Al final, asqueada por el amasijo de carne sanguinolenta al que había sido reducida, Lyre ordenó que se deshiciesen de ella. Ahora solo le quedaba esperar paciente.

Veren no pudo soportarlo más, y se retiró a un rincón oscuro del salón. Sabía que no podía resguardarse en su dormitorio, era su obligación estar junto al resto de la familia, pero la tortura de Venali también había hecho mella en él. Carcomido por la ansiedad, se había mordido tanto las mejillas por dentro que la boca le sabía a su propia sangre. En cuanto no pudo soportar la visión y los gritos de la atormentada Tzar, se hizo a un lado intentando evadirse, para al final acabar vomitando. Venali era cruel. Siempre lo había sido y siempre lo sería. Él lo sabía, y ahora se sentía un estúpido por no haber actuado antes y haber detenido toda esa locura. Ahora ya era tarde.

A paso rápido, Veros caminó hasta el faro. Las puertas de la verja de la residencia de los Kelsalor estaban abiertas de par en par. Le estaban esperando. Suspirando resignado, entró con paso sereno en el que había sido su hogar hasta aquel día. Subió hasta la terraza sin que nadie se interpusiera en su camino. Respiró profundamente un par de veces antes de salir a la terraza,

después, quitándose la capa roja de Anar de la cabeza, ir al encuentro de su familia.

El gran charco de sangre en el suelo atrajo sus ojos como un imán. Apretando la mandíbula, rezó por que no fuese de Tzar.

—Querido hijo... —exclamó Lyre. Su voz era un témpano, a pesar de que ella había intentado ponerle énfasis—. Has vuelto.

Veren salió de las sombras. Veros lo miró para comprobar que su faz era una máscara indescriptible de ira y tristeza. Algo que jamás había visto en él. Ese fue el primer aviso que recibió. Mientas su hermano mayor se quedaba separado del grupo, él caminó hasta la mácula carmesí, quedándose justo al borde. Todas las elfas esperaban que hablase. Su imagen se proyectaba sobre el oscuro liquido en un angulo picado y le daba un aspecto trágico.

—¿Dónde está? —fue todo lo que dijo. Su voz salió de su cuerpo serena y altiva. Lyre soltó una risita, pues a pesar de que en los últimos tiempos no se habían tolerado, Veren y Veros le parecían ahora calcos el uno de otro. Con aquella actitud despectiva y contenida, la matrona se preguntó cuál sería la respuesta adecuada.

—Bueno... —comenzó a divagar—. Es difícil de decir.

Todas comprendieron al momento cuál era el juego al que Lyre quería jugar. Era arriesgado, pero podía servir para aplacarle. O, al menos, habría servido si Veros hubiese atendido a razones.

—¿Vive? —preguntó Veros. Solo su pérfido dios, Arien'Glor, si es que existía, sabía lo que le había costado formular aquella pregunta. Aun así, no le temblo la voz.

—Todos hemos de morir algún día —respondió Lyre mirándole con fijeza.

Veros apretó los puños. Luchaba por no mostrar debilidad, por seguir fuerte. Pero aquella respuesta, la idea de que ella hubiese muerto, comenzó a carcomerle por dentro como una gran serpiente de dolor e ira. Sus cuatro hermanas se fueron acercando poco a poco a él. Las sospechas de que Veros iba a traicionarlos se habían confirmado, ahora no podían dejarlo marchar o hacer cualquier otra locura. Veros debía ser castigado.

Él las miró desafiante, no era consciente de que había comenzado a derramar lágrimas. Vanya y Venali se acercaban despacio por el flanco derecho, y Vashti y Viessa por el izquierdo. Buscó con los ojos a Veren. Este no había dejado de mirarlo en ningún momento, Veros se sorprendió al ver que

su hermano mayor lloraba. Era la primera vez que lo veía derramar lágrimas, y para él aquel fue el segundo aviso. Veros le hizo un leve asentimiento. En aquellos momentos Veron ya habría adivinado sus intenciones, y esperaba que, aunque fuese un poco, pudiese comprenderlo. Al verle llorar de aquella forma supo que sí. Veron le devolvió el gesto despacio. Si antes había tenido dudas, ahora estaba seguro. Era su hermano pequeño y siempre lo amaría.

—Querido hijo, sabes que puedo perdonarte cualquier cosa —comenzó a hablar de nuevo Lyre—. Pero sabes también que tenía que castigar esta pequeña travesura.

Lyre bajó las piernas al suelo, agachándose con gestos parsimoniosos, cogió la ropa ensangrentada de Tzar y la alzó poniendo cara de asco, como si estuviese agarrando un animal muerto y apestoso.

Para Veros aquello fue suficiente.

Rápido, se agachó y con ambas manos removió la tela de su falda de Anar, de debajo de la fina seda salieron sus manos empuñando sendos sables. Una de las tareas que Jetta había seguido a rajatabla había sido conseguir robar aquel par de espadas del armero. Las cuatro hermanas se sorprendieron, jamás hubiesen esperado esa reacción. Veros las miraba iracundo, con los brazos en cruz mientras apuntaba con las puntas de las hojas a sus hermanas. Dos de ellas retrocedieron un poco, pero Vanya, encolerizada, quiso ir hacia él y arrebatarse una de aquellas armas. Veros, rápido, rodó sobre sí y bajó el brazo de la izquierda describiendo un amplio círculo.

Vanya aulló de dolor y su brazo cayó rebotando sobre el charco de sangre casi seca en el suelo.

Las cuatro hermanas Kelsalor chillaron asustadas, Lyre exhortó a todos sus hijos a tranquilizarse, quería retomar el control de la situación, pero ahora mandaban las espadas de Veros.

—¿Por qué?! —preguntó a voz en grito, encolerizada. No podía entender la actitud de su hijo pequeño. Lo había juzgado débil de carácter, pero ahora el brazo cercenado de su tercera hija decía lo contrario—. ¡Tienes una buena vida! ¿Podrías ser el más grande y eliges el deshonor y la herejía?!

—¿Es que no lo entiendes?! —respondió Veros en alto también. Aquella locura momentánea volvía a brillar en su mirada. Enarcando las cejas compungido, recordó las palabras de Tzar—. ¡Una madre debería cuidar de sus hijos!

—¡Yo os cuido! —respondió Lyre asombrada. No entendía el razonamiento de Veros—. Os cuido y os protejo a los dos más de lo que nadie lo hará.

—¡Tú nos humillas! —vociferó Veros, apretando con fuerza los pomos de las espadas, adelantando el cuerpo hacia Lyre. Cuando ella le vio reaccionar con tanta vehemencia se echó un poco hacia atrás, asustada.

La matrona Kelsalor, con pesar en su corazón, descubrió en aquel instante que hacía mucho que había perdido a Veros. Quizás jamás había sido suyo. Dándole la espalda, tomó la resolución que debía. Veros debía ser castigado. Venali miraba a uno y a otro, mientras intentaba parar la sangre que salía a borbotones por el hombro de Vanya. Vashti y Viessa ayudaban con torpeza. Lyre alzó una mano, y Venali supo lo que ordenaba. Esta, presta, se levantó y fue a por Veros, pero él no había bajado la guarda en ningún momento. Le lanzó una patada al estómago y ella trastabilló hacia atrás, uno de sus pies, en búsqueda de equilibrio, se metió de pleno en el charco de sangre y acabó dando un gran espaldarazo contra el suelo provocando un sonido hueco. Las tres hermanas Kelsalor restantes, que habían visto la breve pelea desde el suelo, quedaron salpicadas de sangre coagulada.

Veros tenía que ser rápido si quería salir de allí con vida. Corrió hasta el pasillo, pero una vez allí alguien lo alcanzó por detrás, tirándole del pelo y obligándole a retroceder. En cuanto se dio la vuelta, vio a una furiosa Venali bufando como un toro mientras comenzaba a lanzarle puñetazos en el vientre. Veros movió las espadas en horizontal, dispuesto a quitársela de encima, pero ella las esquivó saltando hacia atrás.

—¡Soldados Kelsalor, venid a mí! —gritó con todas sus fuerzas Venali mientras miraba a Veros con gesto cruel.

Él oyó los pasos azorados de los soldados subiendo por la escalera hasta ellos y supo que estaba perdido. Venali se irguió, y extendiendo la mano le hizo una petición silenciosa para que le entregase las armas. Pero, de repente, pillando por sorpresa a ambos, un musculoso brazo pasó por delante de la garganta de Venali y la aferró como una serpiente. Veron, desde atrás, se había movido rápido también. Agarró a Venali, asfixiándola. Ella no pudo verle, y él no cesó la presión hasta que ella perdió el conocimiento.

—¿Está...? —preguntó Veros a Veron mientras este dejaba el cuerpo inmóvil de su hermana en el suelo.

Él, de rodillas, le miró y negó. Después se irguió y miró fijamente a Veros.

Seguía con aquella impensable máscara de dolor en el rostro.

—Voy a marcharme —dijo Veros en voz baja. Respiraba agitado, los guardias continuaban su ascenso por la escalera y pronto estarían allí. Veren también los oía, así que asintió y fue hasta su hermano.

—Dame uno de esos —dijo sin más, de forma resuelta, y Veros obedeció sin pestañear.

Una vez más, moviéndose como si solo fuesen uno, los dos hermanos fueron hasta la escalera. Veros no dudó ni un segundo de las intenciones de Veren, pero al verle moverse entre los guardias, lanzando tajos y cercenando carne, no pudo más que sorprenderse. Veren era un espectáculo en sí mismo, entrenado a la perfección y actuando sin dudas o remordimientos. Se obligó a seguir adelante, y siguiendo a la perfección el ritmo que marcaba su hermano mayor, fueron abriéndose paso entre los cuerpos, matando y mutilando. Las espadas subían y bajaban rápidas. Juntos, los dos varones Kelsalor eran imparables. Cubiertos de sangre, llegaron hasta la puerta principal. Veros, asustado, se dio la vuelta para comprobar la matanza que él y Veren acababan de perpetrar. Tuvo ganas de vomitar, pero ya habría tiempo para compadecerse más adelante, ahora tenía que huir.

—No hay tiempo —dijo Veren resollando. Le alargó una capa de uno de los guardias que habían asesinado, y él se puso otra.

Juntos, los dos hermanos salieron a la calle y con paso presto se dirigieron al puerto.

Caminaron juntos por las calles, buscando amparo en los portales y esquinas. Veren, nervioso, pensaba que en cualquier momento los interceptarían los guardias de su casa y de nuevo tendrían que volver a pelear. Había matado a una veintena de hombres solo para proteger a su hermano, y lo volvería a hacer. Solo temía el momento en que ya no le quedasen fuerzas para seguir salvaguardando a Veros. Siempre, siempre intentaría escudar a su pequeño, aunque aquello significase la muerte.

Veros, sintiéndose extraño e iracundo durante todo el trayecto apenas habló. Veía a Veren darse la vuelta una y otra vez, y sabía que la persecución era inminente. Quería volver a confiar en él, le había ayudado sin dudar un segundo, pero no estaba seguro de si el Primer Anar sería capaz de entender sus sentimientos. Apretando el paso, intentó llegar al puerto lo antes posible, no había tiempo para nada más. Cuando casi habían llegado, volvió a ver a Lyre levantando la ropa hecha trizas y ensangrentada que Tzar había llevado, y rompió a llorar. Tuvo que parar un momento, y apoyar la mano en una pared, pues pensó que iba a desmayarse por la pena. Veren esperó paciente a que se recompusiera.

—Con esto bastará —dijo el capitán del barco. Era un hombre de tez morena, tenía un acento extraño.

Por algún inocente motivo Veros había pensado que todo el mundo en Ocrera tendría el acento de Tzar, pero ahora comprobaba que no era así. Acompañado de Veren, había pasado por el refugio, había tomado la bolsa con el oro, y había conseguido encontrar un barco que lo llevase al otro lado en un tiempo record. No tardarían mucho en zarpar. Veren observó la escena en silencio. No podía creer que Veros fuese a hacer aquello. Juntos, sin hablar, se quedaron el uno al lado del otro esperando que los marinos acabasen los preparativos para abandonar Arëmen. A lo lejos oyeron un barullo, y ambos supieron que pronto los soldados de su casa llegarían hasta ellos. El capitán del barco no era estúpido, y en cuanto se dio cuenta de la situación ofreció a Veros subir al barco y esconderse en las bodegas. Este aceptó agradecido. Un poco de buena suerte al fin.

Veros miró a Veren, quería despedirse de él, pero a la vez había algo que le impedía articular palabra. Veren bajó la mirada y comenzó a llorar. Veros no pudo seguir mirándole y se dio la vuelta para tomar la pasarela hasta cubierta.

Apenas había dado dos pasos, Veren lo cogió desde atrás. Veros se tensó, dispuesto a presentar batalla, pero, para su sorpresa, Veren lo abrazó con fuerza.

Él, le devolvió el abrazo.

—Quiero decirte tantas cosas... —dijo Veren con voz entrecortada. Muy lejos del efecto calmante que habían tenido siempre los abrazos de su hermano, este estaba siendo amargo como la hiel. Le perdía y no podía evitarlo.

—Ya no hay tiempo —respondió Veros compungido también. Y era cierto, los soldados ya estaban en la plataforma del puerto buscándoles entre la multitud.

—No me abandones, por favor —suplicó Veren entre llanto. No soltaba a Veros, y este comenzó a intentar zafarse de su abrazo. Si no lo dejaba ir pronto lo apresarían los guardas. Poco a poco, Veren le fue soltando, no dejaba de mirarle fijamente. Veros se apartó, pero Veren volvió a agarrarlo, esta vez lo tomó con fuerza por el cuello y pegó su frente a la de él.

—Lo siento —susurró Veren sin dejar de mirarlo.

Veros enarcó las cejas y asintió. Rápido, dio un beso en la mejilla a Veren y volvió a separarse de él.

—¿A dónde vas a ir? —habló de nuevo Veren, necesitaba retenerlo, pero Veros no respondió, presto iba hacia la pasarela de nuevo—. No puedes marcharte.

—No me resignaré a llevar esta vida —dijo Veros volviéndose. Su tono sonó más duro de lo que había pretendido, aun así, siguió hablando a pesar de la expresión apenada de Veren—. Me repugna, y no seré el juguete de Lyre nunca más. Prefiero el destierro.

Veren asintió. Lo entendía a la perfección. Veros tenía una oportunidad, una que Veren jamás se atrevería ni a soñar. Allí de pie, vio a su hermano pequeño subir al barco.

Nervioso, vio cómo los guardias seguían avanzando, pronto habrían llegado a su posición. Veren, aún cubierto con la capa de los soldados de su

casa, aferró con fuerza el puño del sable. Estaba dispuesto a todo. El capitán de aquel navío, consciente de que si descubrían al polizón en su barco tendrían problemas, hizo que sus hombres se diesen prisa en zarpar. Poco a poco, la enorme nave comenzó a separarse del puerto. El ruido que producía el oleaje movido por el barco era abrumador. Veren vio a Veros de pie en la cubierta, este se despidió de él con la mano, y antes de volver a echarse a llorar se dio la vuelta.

La imagen de Veren haciéndose pequeño sobre las tablas del puerto lo estaban desgarrando. Podría haber ido con él, pero con Veren era todo siempre muy complicado. No estaba seguro de si hubiese aceptado en caso de que se lo hubiese propuesto. Ahora daba igual. Intentado serenarse, pensó en que Veren era parte de todo aquello, de aquella pesadilla que quería dejar atrás, y si quería superar y olvidar todo aquello, era mejor dejarle atrás. Aun así, era doloroso.

Veren, al ver el barco alejarse cayó en la cuenta: Veros no le había preguntado por la esclava, seguía convencido de que ella había muerto. Era posible que fuese cierto, ya que Venali la había dejado muy maltrecha, pero recordaba haberla visto moverse un poco, inconsciente, cuando los guardias recibieron las ordenes de encerrarla en el calabozo. Reaccionando rápido, pensó que aquello podría hacer que Veros cambiase de idea, si no era tarde ya.

—¡Ella vive! —gritó con todas sus fuerzas, esperando que Veros recibiese el mensaje. En aquel momento, los soldados de su casa supieron que él estaba allí, y corrieron prestos a su posición.

Veros, todavía en cubierta, a salvo de cualquiera que siguiese en tierra, oyó gritar a su hermano. El viento y las olas transportaron el mensaje, transformando las palabras, así que lo que llegó hasta las puntiagudas y enjovadas orejas de Veros fue:

«Vive libre».

—Así lo haré —se dijo en voz baja, pensando que su hermano no podía haberle mandado mejores deseos.

Ignorante, Veros suspiró, expulsando un poco de aquella furia y tristeza. De pie en cubierta, comenzó a prepararse para su nueva vida en libertad.

Fin de la primera parte.

